

ISSN 0001-3773

BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

**TOMO LXXV • Número 294
ENERO-JUNIO 2024**

Bogotá

Los artículos publicados en el *Boletín* son de exclusiva responsabilidad de sus autores.



Esta publicación se ha financiado mediante la transferencia de recursos del Gobierno nacional, a la Academia Colombiana de la Lengua.

En consecuencia, ni esta Corporación, ni el Ministerio de Educación Nacional, son responsables de las opiniones aquí expresadas.

Revisión, selección y corrección de estilo:
Isabel Luna Coutin

Armada digital e impresión:
OPR DIGITAL SAS
Calle 9 n.º 28-09
Bogotá, D. C., Colombia, 2024

BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

COMITÉ EDITORIAL

Miembros de la junta directiva

Director del *Boletín*

César Armando Navarrete Valbuena

ACADEMIA COLOMBIANA

Carrera 3 n.º 17-34
Apartado aéreo 13922
Bogotá, D. C. – Colombia

Teléfonos directos:

Dirección 2-82 35 62

Secretaría 3-34 11 90

Biblioteca 3-41 46 75

Contabilidad 3-41 47 62

Oficina de Divulgación 3-42 62 96

Comisión de Lingüística 2-81 52 65

Portería 3-34 31 52

El director del *Boletín de la Academia Colombiana* ruega el favor de acusar recibo de nuestra publicación al correo electrónico:
biblacademialengua@gmail.com

Como se han presentado algunas deficiencias en el servicio postal, es indispensable la acusación de recibo; sin él tendremos que suspender el envío.

CONTENIDO

Pág.

DÍA DEL IDIOMA

**Palabras pronunciadas por el director de la Academia
con motivo de la conmemoración del Día del Idioma**
Eduardo Durán Gómez 9

Día del Idioma
Jorge Valencia Jaramillo 13

POSESIONES

**Palabras pronunciadas por don Eduardo Durán Gómez en
la sesión de bienvenida del académico correspondiente,
don Juan Gabriel Vásquez**
Eduardo Durán Gómez 23

Las batallas de la lengua
Juan Gabriel Vásquez 26

**Respuesta de Daniel Samper Pizano al discurso de posesión
de Juan Gabriel Vásquez**
Daniel Samper Pizano 33

**Discurso de toma de posesión del nuevo director
de la Academia Colombiana de la Lengua**
Eduardo Durán Gómez 49

Marco Aurelio: de la historia a la ficción literaria
Pablo Montoya 54

Ver con palabras
Pedro Alejo Gómez 69

**La controversia entre el centralismo y el regionalismo
en la historia de Colombia**
José Antonio Ocampo 72

José Antonio Ocampo. Entre la historia y la economía
Pedro Alejo Gómez 93

Bienvenida a Irene Vallejo
Eduardo Durán Gómez 97

	Pág.
Palabras, anatomía de un misterio <i>Irene Vallejo Moreu</i>	100
Discurso de recepción a Irene Vallejo Moreu <i>Juan Esteban Constaín</i>	108
TRABAJOS DE LOS ACADÉMICOS	
Apuntes sobre el lenguaje y el diálogo <i>Cecilia Balcázar de Bucher</i>	115
Rogelio Echavarría: poeta de la cotidianidad, del amor y de la muerte <i>Cristina Maya Gallego</i>	129
Henryk Sienkiewicz, nobel de literatura 1905: novelista de la historia patria y de los valores universales <i>Bogdan Piotrowski</i>	141
Aldous Huxley: visionario de la inteligencia artificial y la posmodernidad <i>Jorge Emilio Sierra Montoya</i>	190
COLABORACIONES	
Opinión y divulgación: el léxico, la ortografía y la gramática desde la «Gazapera» <i>María Alejandra Medina Cartagena</i>	203
Arnoldo Palacios, el héroe discreto de la literatura colombiana <i>José Luis Díaz-Granados</i>	213
RESEÑAS	
De Toro y Gisbert, Miguel. <i>Americanismos</i>, Librería Paul Ollendorf, 1912 <i>Carlos Manuel Varón Castañeda</i>	223
García Márquez, Gabriel. <i>En agosto nos vemos</i>, Penguin Random House, 2024 <i>Pedro Antonio López Sierra</i>	231
VIDA DEL IDIOMA	
Cuestiones idiomáticas <i>Cleóbulo Sabogal Cárdenas</i>	235

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DEL DÍA DEL IDIOMA*

Por
Eduardo Durán Gómez**

Como es tradicional en esta Academia, hoy abrimos nuestra sala máxima para rendir tributo a la lengua castellana y a su máximo exponente, don Miguel de Cervantes Saavedra, al cumplirse un año más de su defunción.

La exaltación del idioma como el instrumento de comunicación más idóneo con que contamos permite recordar al mundo hispanoparlante que, gracias a esta poderosa herramienta, nuestra existencia se hace fácil y la interrelación posible; de allí que sea posible lograr en todos los campos los fines propuestos, y poder estar en capacidad de disfrutar el ejercicio vital en medio del maravilloso mundo de las palabras, que están dispuestas para expresar el sentimiento humano en todas sus manifestaciones.

El español es hoy en día uno de los idiomas más hablados en el mundo, y su cultivo y proyección han hecho que no solo se constituya como una lengua en plena acción, sino además capaz de desarrollar unas dinámicas que les permiten cada vez más a muchas personas acogerse a ella para adoptarla como el idioma que los acompaña en todas las actividades de su diario vivir.

Esta academia, que fue la primera fundada en el Nuevo Mundo, hace ya 153 años, ha estado presente en todos los momentos importantes de la evolución lingüística, y desde estos salones sus miembros desarrollamos permanentes trabajos que, con la motivación de los estudios y los análisis de las expresiones idiomáticas, han permitido tener un

* Discurso pronunciado el 23 de abril de 2024 en el paraninfo de la corporación.

** Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

papel preponderante en todos los objetivos de conservación y estímulo de nuestra lengua.

Hoy, con la estimulante presencia del señor embajador de la madre patria, don Joaquín de Aristegui, renovamos ese compromiso y ratificamos, con emoción profunda, nuestra fe en el auspicio del idioma como elemento nutricional de nuestra vida y como factor de proyección de todas nuestras actividades.

Por eso queremos exaltar a los alumnos de los colegios que en su trayectoria educativa se han destacado como vivo ejemplo del estudio del español, y que han contribuido a irradiar los beneficios de la comunicación idiomática, no solo en su proyecto de formación académica, sino en todo lo que constituye su actuación en el mundo que los rodea.

Y tenemos hoy dos motivos adicionales de reconocimiento que, sin duda, nos llenan de orgullo, pues se han convertido en muestras inequívocas de exaltación del idioma. Ambos, en feliz coincidencia, tienen que ver con el departamento de Antioquia, una de las regiones más importantes de Colombia, que registra permanentes e importantes aportes a la cultura nacional, debido a la formación de sus gentes y a la capacidad de abordar instrumentos que motivan, fortalecen y acrecientan la actividad humana en todas sus formas.

En primer lugar, queremos resaltar las ejecutorias de un antioqueño, nacido en la población de San Roque, que ha sabido jugar un papel fundamental en todas las actividades que ha emprendido, inicialmente como profesional de la economía que llegó a entender el significado del comercio exterior para el desarrollo del país, y que junto con el entonces presidente Carlos Lleras idearon la puesta en marcha de un instituto encargado del tema, hasta llegar a lo que hoy es el Ministerio de Comercio, Industria y Turismo. Más adelante supo aplicar sus conocimientos y experiencias para proyectar un acuerdo comercial entre los países andinos, objetivo que alcanzó y que fue el motivo para ser distinguido con la Cruz de Boyacá, máxima presea del gobierno colombiano, que ha lucido sobre su pecho, y ha contribuido al brillo de su existencia que le ha sabido dar otros merecimientos, entre ellos ser miembro de la junta monetaria del Banco de la República, cofundador de la Corporación Andina de Fomento, ministro de Desarrollo Económico y alcalde de Medellín.

Pero ha sido el campo de la comunicación y de la cultura el que lo ha acompañado siempre en todas sus actividades, situación que le permitió compartir amistad y cercanía con personajes del mundo de las letras como Jorge Luis Borges, Camilo José Cela, Juan Rulfo y Manuel Puig.

Llegó a presidir la Asociación de Medios de Comunicación de Colombia y fue el primer presidente de la Comisión Nacional de Televisión. A su vez, el Congreso de Colombia lo tuvo en su seno durante casi dos décadas, escenario donde supo ser un representante auténtico de la cultura nacional.

Fue presidente de la Cámara Colombiana de Libro —a la cual sigue vinculado como su presidente honorario—, creador de la Feria Internacional del libro de Bogotá y presidente honorario de la misma. Además, fue gran impulsor de las ferias del libro del resto de ciudades del país.

También inspiró y fue el autor de la Ley del Libro, instrumento legal que hoy rige al sector editorial colombiano. Fue presidente de Fundacultura y rector de la Universidad Agraria de Colombia, y actualmente es miembro de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores.

Ha desarrollado el género de la poesía y ha publicado varios libros a través de distintas editoriales. Su abundante producción sigue; de hecho, próximamente publicará un nuevo poemario que ha titulado *Huracán en el paraíso*. No dudamos en afirmar que será un texto premonitorio de lo que irá a ser su vida en el parnaso, a donde llegará en día lejano, con la fuerza de sus ideas y con el tifón de su poesía cautivadora.

Esta Academia se siente honrada en exaltar esa hoja de servicios puesta a disposición de los más audaces proyectos que han fortalecido nuestra cultura, y que han sabido ser los medios más efectivos para el engrandecimiento de nuestra gloriosa lengua.

Desde esta Academia queremos acercarnos a las regiones, hacer de nuestra actividad un elemento motivador e integrador que permita exaltar los valores regionales y tenerlos presentes a la hora de hablar del conjunto de nuestra expresión y del talento que representan.

Por tal motivo, hemos incluido en esta celebración de nuestro idioma el género de la trova que, al parecer, tuvo sus orígenes en la región de Provenza, en Francia, en el siglo XII, pero que en nuestro medio se desarrolló en el departamento de Antioquia, y allí supo florecer como un elemento consustancial de las gentes de esa provincia que la han vinculado a su expresividad para, no solo comunicar situaciones y sentimientos, sino desarrollar un modelo cultural que, sin duda, enriquece el idioma, porque de él se deriva, con él se nutre y bajo él se proyecta en las más diversas formas.

La trova es una composición improvisada, rimada, de carácter competitivo entre dos actores. A través de ella se desarrollan habilidades para lograr entrelazar palabras que, armónicamente, expresen una idea o sentimiento, que al ser conectadas y aglutinadas permitan una conjunción que versifica la expresión, exalta la capacidad de comunicación y agrega gracia, donosura, ingenio, ocurrencia, ironía, alegría y satisfacción.

Su práctica ha hecho que en la región antioqueña las gentes crezcan asistidas por este medio expresivo. Su permanente exaltación, sin duda, permite que el idioma comparezca con toda su capacidad creativa, para extraer de él los más bellos y oportunos enunciados que consolidan su grandeza y fortalecen enormemente su expresión.

Este género suele estar acompañado de instrumentos; entre ellos, guitarra, tiple o requinto, guacharaca o cualquier otro que permita alegrar y motivar la expresión. Pero lo que realmente importa es el contenido de las palabras allí plasmadas, pues cada frase, cada rima, cada conjunto de versos genera una composición idiomática que pone de presente la riqueza indiscutible de nuestro idioma.

Esta Academia quiere exaltar la trova, y quiere también decirles a los antioqueños que han sabido cultivar un género que nos llena de orgullo, que le permite a Colombia brindar idóneos y acertados instrumentos de comunicación, y que le significa a la lengua española llenarse de motivación para continuar su proceso de consolidación como uno de los idiomas preponderantes en el mundo entero. El español vive, y la trova constituye, sin lugar a dudas, un elemento que lo nutre y lo exalta.

DÍA DEL IDIOMA*

Por
Jorge Valencia Jaramillo**

Señor director de la Academia Colombiana de la Lengua, don Eduardo Durán Gómez, señores académicos, señores magistrados y exmagistrados de las Altas Cortes, apreciados compañeros y amigos de la Cámara Colombiana del Libro, de la Casa Kopp, de la Fundación Pro del Chocó, del Consejo Nacional Profesional de Economía, Beatriz, León Felipe y Lilian, Diego Alberto, señoras y señores.

Vengo aquí, a este hermoso recinto, a recibir una honrosa distinción de parte de ustedes hoy, 23 de abril, cuando se conmemora el Día del Idioma y el aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes Saavedra.

Me siento, pues, altamente halagado por este homenaje por lo que ha sido mi labor como colaborador de la Cámara Colombiana del Libro y su presidente durante varios periodos, por haber sido el creador de la Feria Internacional del Libro, así como de la fundación Fundalectura, y por mi obsesión permanente por que los colombianos lean más, pues, yo creo, que quien no lee no piensa, y es como aquel que camina por el mundo sin saber, ciertamente, a dónde va.

Yo, que nací en el idioma español —y es claro que moriré en esta bella lengua—, no me canso de pensar en cuántos grandes escritores la han embellecido desde aquel momento en que don Miguel de Cervantes resolvió escribir el *Quijote* para hacer una crítica satírica hacia la literatura de su época, a los libros de caballerías y a las hazañas heroicas de los caballeros andantes.

* Discurso pronunciado el 23 de abril de 2024 en el paraninfo de la Academia Colombiana de la Lengua.

** Creador de la Feria Internacional del Libro de Bogotá —Filbo— y de la fundación Fundalectura. Actualmente es presidente honorario de la Cámara Colombiana del Libro.

Me llamó siempre mucho la atención que don Quijote vio el mundo a través de un lente de realidad distorsionada, un mundo totalmente de ficción, mientras que Sancho Panza, su fiel escudero, tenía a toda hora sus pies en el suelo, pragmático y realista como pocos. Sin duda Cervantes quiso burlarse de todas esas historias de pura fantasía de los famosos caballeros y, a fe, que lo logró para toda la eternidad. También debo resaltar que, a mi juicio, don Quijote representa, igualmente, la lucha entre la imaginación y los buenos deseos y la dura realidad que, con frecuencia, mata lo poco bueno que los seres humanos podemos tener. Pero, además, su relación con los libros fue fundamental para poderse identificar como caballero andante. No fue, pues, solo burla, era un profundo sentimiento que llevaba muy adentro en su corazón. Y qué hermoso sería que algo de caballeros andantes pudiésemos tener hoy los hombres cuando el sexo, el dinero y el poder todo lo compran; nada resiste su atracción. Los verdaderos valores como la ética, la libertad, la justicia y los derechos humanos, en general, poco valen para la mayoría de quienes habitan este planeta.

Yo llegué a los libros desde niño, de la mano de mi madre que amaba la literatura y, dentro de ella, la poesía. Y de los muchos versos que ella me leía, nunca pude olvidar a Gustavo Adolfo Bécquer y sus bellas rimas.

Volverán las oscuras golondrinas
 en tu balcón sus nidos a colgar,
 y otra vez con el ala a sus cristales
 jugando llamarán [...]

Unas rimas que bien reflejan sus tristes amores, pues, inocente que fue, tuvo la locura de enamorarse al tiempo de dos hermanas y, por eso, nunca pudo conocer la felicidad, si es que esta existe, ni en el amor ni en sus versos. Y, como si una maldición lo persiguiera, murió a la tierna edad de los 34 años, de tuberculosis.

Bécquer nació en Sevilla, España, y siguiendo yo, apasionadamente, la historia de su vida, encontré en la misma ciudad a don Antonio Machado, otro gran poeta que nunca he podido olvidar, otro poeta, cuando no, que tuvo una vida amorosa más triste, si cabe, que la de Bécquer. También murió de una enfermedad en los pulmones. Como si

estuviera de moda que todos los poetas y escritores que yo admiraba se murieran de tuberculosis. Y sucede que lejos de allí, también, se moriría de tuberculosis mi amigo Franz Kafka. Y sus amores, al igual que los de Bécquer y Machado, fueron un verdadero desastre. Tengamos en cuenta que Kafka se comprometió, oficialmente, tres veces en matrimonio, dos de ellas con la misma mujer, y las tres veces él rompió el compromiso. Piadosamente, he ido a visitar en varias oportunidades su tumba en el cementerio judío, en Praga, y mirando su lápida le he preguntado, reiteradamente, cómo fue todo aquello de sus amores. Me dice que si leo algunas de las muchas cartas que le escribió a Felisa, o más tarde a Milena, tal vez lo entienda. Y las leí, y sigo pensando que, verdaderamente, este buen amigo no tenía salvación y que por eso fue capaz de imaginar que uno se acuesta normalmente y amanece convertido en un insecto.

Volviendo a los amores de don Antonio Machado, quiero contarles que, en mi opinión, ellos fueron algo de no creer. En su época, en España, los hombres y las mujeres tenían por costumbre casarse jóvenes, y así se casó su hermano, Manuel, pero Antonio no se animaba. Cumplió los veinte y los veintidós y los veinticinco y los veintiocho y los treinta y los treinta y dos y, claro, se entiende, ya tenían frecuentes discusiones familiares por ser un solterón empedernido. Era muy raro, muy extraño que no se casara. Pero ocurrió que un día, cuando cumplió los treinta y dos, se fueron de visita donde unos amigos y allí se encontró, de repente, con una chica de tan solo trece años y, gran sorpresa, ahí sí se enamoró perdidamente de ella para el desconcierto y rechazo de toda la familia. Una niñita de trece años y un hombre de treinta y dos, era escandalosa la diferencia. Pero Antonio insistió e insistió e insistió hasta que Leonor, que así se llamaba, cumplió los quince años y él treinta y cuatro. Y la Iglesia, para mi sorpresa, confieso que no soy tan docto en materias religiosas, les aprobó el matrimonio. Es una historia bastante singular y muy romántica, diría yo hoy día.

Estarán ustedes preguntándose para qué cuento yo esta historia esta mañana, pues paso a decirles, así de sopetón, bruscamente, que cuando Leonor cumplió los dieciocho años—tres años, nada más, llevaban de matrimonio—ella se murió y se murió de tuberculosis, precisamente, tenía que ser, claro está.

Machado escribió, entonces, uno de los versos más breves y más hermosos que uno se pueda imaginar. Dice así:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Machado, con sus 37 años auestas, y una pena inmensa —tremenda— en el fondo de su corazón, empezó a buscar cómo sobrevivir y participar en la vida cultural española. Con el paso de los años gana renombre como poeta, y en 1927 es recibido en la Real Academia de la Lengua, en Madrid. Un año después conoce a la única mujer que él pensó que podía llenar la inmensa ausencia de Leonor, Guiomar se llamaba. Pero Machado era republicano y las tensiones políticas con los franquistas ya estaban en ebullición. Y Guiomar era franquista, monárquica, católica, muy religiosa, casada y con tres hijos. Durante varios años tuvieron amores secretos, solo se veían a hurtadillas, a tomar un café y, hablando de lo que se podría llamar «estar juntos en la intimidad», nunca se consumó. Juzguen ustedes esta relación.

Con el paso de los días llegó la guerra civil. Le dijeron a Machado que, siendo ya un poeta de tanto renombre y republicano, corría peligro, que debía abandonar España. Él, como buen hijo de familia, seguía viviendo con su madre, en medio de una pobreza tremenda, y se ganaba la vida como un simple maestro de francés en una que otra escuela. En su pobreza se le habían caído los dientes, por lo que daba verdadera lástima. En medio de las advertencias pensó en irse para Francia; entonces, y de la manera más secreta posible, lo llevaron a Barcelona. Pero allí le dijeron que debía huir, en el acto, pues para allá iban los franquistas. Ante esto, tomó a su anciana madre de la mano y arrastrando los pies logró llegar a Colliure en Francia. Al mes siguiente murió y, como tocaba, murió de una enfermedad en los pulmones, no podía morir de nada diferente. Su madre, fiel hasta la muerte con su hijo, lo siguió tres días después; o sea, enterró a su hijo y se echó la bendición y se acostó y se murió ahí, no más, literalmente. Es así como comparten tumba allá en el extranjero, en Colliure.

Poco antes de morir, Machado había escrito:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

[...]

Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Yo —como era obvio, por todo lo que les he narrado— sentí, pues, una gran atracción por la poesía y desde joven quise escribirla. Y así lo hice, pero durante muchos años fue un acto clandestino, secreto y, cosas que pasan en la vida, estando yo de embajador plenipotenciario en las Naciones Unidas, decidí, finalmente, que había llegado la hora, que los tenía que publicar, y allí, en Nueva York, los revisé, lentamente, uno a uno, hasta pensar, de manera ilusoria, que sí podían conocer la luz, pero con tan mala suerte que no vieron la luz sino las sombras, pues estando en el aeropuerto, ya de regreso para Colombia, me robaron el maletín en el que cargaba toda mi producción poética, hasta ese infausto día para mí.

Ante mis fuertes y angustiosos reclamos, Avianca me dijo que lo único que se podía hacer era poner la denuncia en la policía del aeropuerto y, destrozado por la pérdida, con mucha tristeza y rabia a la vez, procedí de conformidad a hacer el denuncia, pero el policía del caso nunca creyó mi historia pues, con la cara de tragedia que seguramente yo tenía, pensaba que lo que se me había perdido no eran unos versos, que yo, realmente, ocultaba una dura verdad y que lo que se me había perdido eran unas valiosísimas joyas, o miles de dólares, pero nunca unos míseros versos.

La vida de los poetas es muy diferente a la de los demás mortales; vibramos en ondas diferentes y nos dicen que estamos locos cuando en la noche nos ven mirando la luna o, absortos, parece que nos quedamos mirando al vacío cuando en verdad estamos mirando los ojos de aquella mujer que un día nos dijo adiós, sin volver a mirar atrás.

Volviendo al policía de marras, displicentemente tomó nota de mi angustiada declaración, y ahora y siempre creí que, al abandonar yo su despacho, echó, prestamente, las notas a la basura. Y, claro, como es

fácil concluir, el maletín nunca apareció. Y mis secretos versos se los tragó la nada, para siempre.

Mucho tiempo después de cuestionar mi suerte, me animé otra vez a volver a escribir, y ya he publicado varios libros que andan por ahí, dando vueltas. De pronto, en el torbellino que es este mundo, alguien me detiene y me dice alguno de mis versos, y yo me lleno de alegría; o un desconocido, de repente, me dice: «adiós poeta». Yo sonrío y me digo: esa es la vida de quien se atreve a escribir versos, nada más. Para los poetas nunca habrá nada más. Y, digamos humildemente, que, para nosotros, es una gran satisfacción que al menos eso suceda.

Confieso aquí, esta mañana, que mucho me hubiese gustado dedicarme a la poesía, pero bien sabemos que ello no es posible, pues es claro que es casi imposible económicamente vivir de ser poeta. Lo normal es que el poeta no salga nunca de pobre, difícilmente podrá pagar el alquiler, o si vive con una amiga, a ella le tocará trabajar para sostenerlo.

Y hablando de libros y de poesía, es obligatorio aquí en la Academia Colombiana de la Lengua, cómo no, en esta sobresaliente ocasión, decir unas pocas palabras sobre Jorge Luis Borges, uno de los escritores más influyentes y originales de toda la historia de la literatura, y quien ha sido para mí un referente eterno. Borges escribió en español, precisamente, pero no solo escribió, sino que leyó desbordadamente hasta que, por la mala suerte de su herencia genética, se quedó ciego. Así lo manifestó él mismo:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Borges escribió ficción como nadie, y en su escritura inventó libros para burlarse de los eruditos y de sus lectores también, pues, con frecuencia, no sabemos si lo que estamos leyendo es de Borges o es de otro autor y, además, con su endiablada cultura cita personajes que a veces son reales y otras son imaginarios. Y uno, como buen tonto, buscando en la enciclopedia o en Google, personajes que nunca existieron.

De su inmensa producción recuerdo profundamente *Ficciones* y *El Aleph*, y de su bella y compleja poesía solo alcanzo a mencionar hoy pequeñas partes de los poemas «1964» y «La luna». De este último:

Cuenta la historia que en aquel pasado
tiempo en que sucedieron tantas cosas
reales, imaginarias y dudosas,
un hombre concibió el desmesurado
proyecto de cifrar el universo
en un libro y con ímpetu infinito
erigió el alto y arduo manuscrito
y limó y declamó el último verso.

Gracias iba a rendir a la fortuna
cuando al alzar los ojos vio un bruñido
disco en el aire y comprendió, aturdido,
que se había olvidado de la luna.
La historia que he narrado aunque fingida,
bien puede figurar el maleficio
de cuantos ejercemos el oficio
de cambiar en palabras nuestra vida.

Y de «1964», estos fragmentos:

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna
ni los lentos jardines. Ya no hay una
luna que no sea espejo del pasado,
cristal de soledad, sol de agonías.
[...] pero no basta ser valiente
para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras
y te puede matar una guitarra.

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
un instante cualquiera es más profundo
y diverso que el mar.
[...]

La dicha que me diste
 y me quitaste debe ser borrada;
 lo que era todo tiene que ser nada.
 Solo que me queda el goce de estar triste,
 esa vana costumbre que me inclina
 al Sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

Y qué se podría decir de los amores de Borges, pensando en Bécquer, Machado y Kafka: que los amores de Borges fueron algo difícil de imaginar. Tuvo un amor de juventud con Elsa Astete cuando él tenía veintiséis y ella diecisiete, pero se separaron. Ella se casó, y después, oigan ustedes, ya viuda y con un hijo —y cuando Borges tenía ya la módica edad de sesenta y ocho años—, se casaron. ¡Qué tal esa! Y espero que me oigan bien: a los dos años de matrimonio se separaron. Entonces, si hacemos la cuenta, él amó a esa mujer a la distancia durante 42 años, o sea que era un amor increíble, y uno dice, bueno, cásense, ya es suficiente tan larga separación; pero lo que no se puede aceptar es decir, en el aire, que con su febril imaginación, mantuvo vivo algo que no existía.

En aquel intermedio de veintiséis años de esta pareja y los sesenta y ocho de Borges, este se enamoró de dos hermanas: Norah y Haydée Lange, bellas ambas, y les escribió versos e hizo hasta lo imposible por conquistarlas, pero, las dos, tranquilamente lo abandonaron. El mal de Bécquer que antes les narré, aquí también se dio.

Después de estos abandonos, y ya roto su matrimonio, Borges conoció a María Kodama, su última esposa y compañera hasta el final. Pero sucede que los separaban cuarenta años de distancia. Y uno se pregunta cómo pudo funcionar esa relación, pero así fue.

Y, así, pensando yo en Bécquer, Machado, Kafka y Borges escribí un pequeño poema que dice así:

Todo amor
 es una esclavitud.
 Y mientras más grande
 y más hermoso el amor
 más grande y más terrible
 la esclavitud.

Para terminar este, mi pequeño y respetuoso homenaje al inolvidable Borges, recordaré lo que dijo Mario Vargas Llosa sobre él: «la obra de Borges es siempre perfecta, como un anillo».

Regresando al mundo de los humanos, quiero comentarles, resumidamente, que como presidente de la Cámara Colombiana del Libro quise siempre hacer muchas cosas en favor de los libros y de la lectura, y no sé cuántas logré, pero hoy me parece oportuno recordar aquí tres de ellas: la Ley del Libro, la Feria Internacional del Libro y una fundación: Fundalectura.

Siendo yo senador de la República, por allá en el año de 1993, con la compañía de los directivos de la Cámara Colombiana del Libro de esa época, consideré necesario conseguir la aprobación de una ley que diera estímulos a los escritores, los editores, las librerías y los lectores. Así, pues, nos dimos a la tarea y en un año conseguimos su aprobación, cuyo producto es la Ley 98 del 23 de diciembre de 1993. Esta ley aprobó que los escritores, los editores y las librerías estuvieran exentos del impuesto sobre la renta y, además, asunto muy importante, que los libros no paguen IVA.

Desde 1993 hasta el 2023 se tramitaron diecinueve reformas tributarias y en todas ellas intervine. En dieciocho reformas la ley se mantuvo incólume, hasta la del año pasado que, contra mi voluntad, se les impuso a los editores un gravamen del 15 % sobre la renta.

Por otro lado, la historia de la Feria Internacional del Libro es una historia muy larga que trataré de resumir al máximo.

En el año de 1985, siendo presidente de la Cámara Colombiana del Libro, discutimos sobre la necesidad de tener en Colombia una feria del libro internacional, que le diera a Colombia una posición editorial relevante, que le permitiera el lanzamiento de nuevos títulos, la presencia destacada de escritores nacionales y extranjeros, buscar un estímulo que permitiera a miles de personas estar cerca de los libros e incentivar así su lectura, pues Colombia era un país poco lector y, aunque al día de hoy hemos crecido, es claro que todavía tenemos un largo camino por recorrer.

Fue así como en 1988 inauguramos la primera feria y desde entonces es un evento que no ha parado de crecer. En este momento estamos en la 36.^a versión. Es decir, son 36 años de labores ininterrumpidas, de un éxito nacional e internacional indiscutible, lo cual, naturalmente, me llena de inmensa satisfacción.

En cuanto a Fundalectura, fundación que creé y dirigí, nació en 1990, con el propósito de contribuir al desarrollo cultural del país mediante la generación de condiciones y líneas políticas en lectura y escritura que impactaran a toda la sociedad. Es hoy una institución con amplia trayectoria como creadora de cultura, conocimiento y metodologías innovadoras para el fomento de la lectura, la escritura y la oralidad.

Fundalectura es, además, la sección colombiana del International Board on Books for Young People, IBBY, integrada por 68 secciones que conforman una red mundial comprometida con el ideal de reunir niños alrededor de los libros.

Bien, debo terminar esta intervención agradeciendo, de nuevo, y de manera muy especial, a la Academia Colombiana de la Lengua por el inmenso honor que me hace con este reconocimiento.

Mil y mil gracias.

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR DON EDUARDO
DURÁN GÓMEZ EN LA SESIÓN DE BIENVENIDA
DEL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE,
DON JUAN GABRIEL VÁSQUEZ***

Por
Eduardo Durán Gómez**

Cuando esta venerable institución abre sus puertas mayores, resguardadas por la imponente y severa efigie de don Miguel Antonio Caro para que, bajo su umbral iluminado, ingrese un nuevo miembro, quienes aquí habitamos nos inclinamos reverentes en señal de orgullo por lo que significa el acrecentamiento de la energía vital que nos sostiene, que nos proyecta y que nos dispone para ofrecer nuestros mejores frutos.

El recipiendario de hoy es nada menos que don Juan Gabriel Vásquez, un escritor que, a sus 52 años, está en capacidad de ofrecernos un recorrido intelectual que vemos asistido por meritorias producciones que lo han consagrado como un autor mucho más allá de las fronteras, a quien no solo el universo de la hispanidad ha aprendido a valorar, sino que, además, ha sabido aprovechar múltiples expresiones idiomáticas, de ahí que de sus líneas ha sabido manifestar talento, significado sustancial y proyección en el horizonte iluminado de la expresión escrita.

Esta institución, que transita ya sobre la segunda mitad del segundo centenario, y que fue la primera fundada en el Nuevo Mundo, ha tenido un destino laudatorio gracias a la genialidad de muchos de sus miembros que han sabido proyectar en el camino infinito del tiempo la expresión idiomática que nos ha hecho iluminar el ámbito del idioma que recibimos de la madre patria, y al cual le hemos hecho los más grandiosos aportes al haberlo podido acrecentar con variadas y fecundas

* Discurso de bienvenida pronunciado el 2 de febrero de 2024 en las instalaciones de la Academia Colombiana de la Lengua.

** Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

expresiones, y con nuevas bases que fortalecen el sostén de esa portentosa estructura, hasta consolidarla como una de las mayormente acogidas en el mundo.

El arte de la escritura se deduce, en primer lugar, de la necesidad de materializar la expresión que hace que sea también el vehículo para transmitir el conocimiento; pero, también, para extraer el genio creativo del intelecto individual y para manifestar el sentimiento, que unas veces sale de la entraña que indica la razón, y otras, de la que orienta y dispone la intencionalidad.

Juan Gabriel Vásquez se ha sabido consagrar como un escritor con variadas y fecundas facetas: comenzó en el cuento y la crónica, para pasar al género periodístico y llegar después a los espaciosos salones de la novela; aquellos que desatan la imaginación a partir del conocimiento de situaciones o de la extracción del imaginario creativo que captura, transforma, enriquece, atavía y proyecta para diseñar la narrativa que cautiva, destelle y atraiga, en una operación envolvente que involucra al lector y lo deja allí hecho parte del escenario mágico creado.

Aquí es cuando el término inverosímil pierde, quizás, sus dos primeras letras para entrar a imponer una realidad en la cual el lector halla un espacio, y seguramente una cómoda poltrona, desde donde participa en un ejercicio imaginario que unas veces le proporciona información, otras lo asocia a ricas vivencias, muchas veces lo arroja a escenarios insospechados, y en ocasiones lo lleva a reflexiones concluyentes en donde se juntan la razón y la sinrazón, para alentar la imaginación.

Pues bien, don Juan Gabriel Vásquez se ha convertido, hoy en día, en uno de los grandes exponentes de la lengua castellana, como diría el poeta, «aquella de Isabella y del manchego», que se transportó a estas tierras de ultramar para llegar a nosotros, y que nosotros mismos nos hemos encargado de acrecentarla con vivas muestras de grandeza y con la intencionalidad de hacerla parte insustituible de nuestra expresión permanente.

Será, entonces, el propio Juan Gabriel Vásquez el que nos exponga sus razones por las cuales ha estado tan hondamente comprometido con nuestra lengua, y la forma como ha sabido discurrir por ese camino

del lenguaje, que unas veces nos agobia, otras veces se convierte en expresión sugerente, y siempre nos acompaña en todas nuestras actuaciones. Y aguardaremos también la respuesta a su discurso a cargo del académico de número don Daniel Samper Pizano, quien no solo lo conoce en el trato personal, sino que ha estudiado su obra, la ha digerido en lo más profundo y ha extraído de ella los elementos nutricios de su creatividad.

Bienvenido, don Juan Gabriel, a esta institución que lo acoge con una agradable expectativa, porque sabemos que nos ayudará positivamente en estas tareas para permitir que nuestra lengua siga siendo un instrumento dinámico y en permanente crecimiento, para que nos ofrezca el resplandor que siempre nos ha sabido proporcionar.

LAS BATALLAS DE LA LENGUA*

Por
Juan Gabriel Vásquez

Es un inmenso honor estar esta mañana aquí, entre ustedes, acompañado de tantos amigos y colegas, de mi familia y de mi esposa, para ocupar un lugar que me enorgullece en el territorio de mi lengua, que es mi patria portátil, mi instrumento de trabajo y el objeto de mis desvelos. «No hay mejor gramática para una lengua que el orgullo de hablarla», dijo hace diecisiete años, en un congreso de la lengua, Daniel Samper Pizano. Estas palabras pueden verse como una glosa a esa gramática.

Por razones que un día espero entender, en los últimos tiempos han decidido ustedes admitir en esta institución a un puñado de novelistas. Espero que no se arrepientan, aunque sé muy bien que la responsabilidad de estar a la altura de este nombramiento nos corresponde a nosotros. Pero hoy quiero decirles que, más allá de nuestras dudosas cualificaciones, creo que este riesgo que toman ustedes es de muchas formas un acierto profundo. Digo que se trata de un riesgo porque la ficción, igual que la poesía y la dramaturgia, ha vivido siempre en tensión profunda con la lengua que la hace posible: las artes literarias violentan su lengua, la irrespetan, la transforman, la obligan a llegar a lugares imprevistos, rompen sus reglas e inventan unas nuevas. Cuando emprendió esa guerra contra la gramática, la sintaxis y el significado que es *Finnegans Wake*, James Joyce, que hoy cumpliría 142 años de nacido, solía decir: «Se me acabó el inglés». Y, ya hablando de nuestra tradición más establecida, no tengo que recordarles a ustedes lo que hace García Márquez en *El otoño del patriarca* para que entendamos que la relación entre las novelas y las academias no siempre pasa por los valores de la ortodoxia.

* Discurso de recepción como miembro correspondiente leído en el paraninfo de la Academia Colombiana el 2 de febrero de 2024.

Pero también digo que la decisión de abrirnos a los novelistas las puertas de esta institución venerable es un acierto, y además una vindicación, si uno tiene, como tengo yo, dos intuiciones. Primera, que la invención de la novela moderna es un acontecimiento importante, no solo en la historia de la literatura, sino en la conquista de ciertos valores indispensables de nuestras sociedades. Segunda, que esa invención tuvo lugar, no de manera exclusiva o excluyente, pero sí privilegiada, en nuestra lengua: en la lengua española que es fuente de las preocupaciones y las batallas de esta academia tanto como lo es de las mías. En siete breves décadas, a caballo entre el siglo XVI y el XVII, fue tomando forma en la lengua castellana una manera radicalmente nueva de explorar el mundo. Era un tiempo de transformaciones: nuevos continentes surgían del otro lado del mar, y el planeta mismo comenzó a comportarse de repente de manera distinta, girando alrededor del sol en vez de seguir haciendo lo que había hecho siempre. Era un mundo de jerarquías subvertidas; en él se cuestionaban todas las certezas que se habían dado por válidas durante siglos; el ser humano se vio de repente en el centro del universo, y empezó a necesitar nuevas maneras de explorarse y entenderse.

Por esos tiempos aparece en España un librito breve pero problemático, una carta escrita por un autor anónimo y dirigida a otra figura que tampoco se identifica. Con el *Lazarillo de Tormes* la ficción en prosa conquistó territorios que le eran hasta entonces extraños o extranjeros, por los que en realidad nunca se había aventurado, pero que se convertirían con el tiempo en sus dominios por excelencia, en el terreno de sus investigaciones y sus inquisiciones más atrevidas. La revolución del *Lazarillo* consistió en proponernos la autobiografía de un personaje salido de nuestra realidad más vulgar: un hombre desprovisto de heroísmo, de nobleza y buena cuna, de educación y dinero. El problema es que los lectores de su tiempo no habrían aceptado nunca una narración semejante, ni habrían sabido cómo leerla, si se les hubiera presentado en forma de ficción. Francisco Rico lo explica mejor que nadie:

Un libro del corte del *Lazarillo*, hacia 1552, no se dejaba leer como «ficción» de buenas a primeras: en el marco del relato en prosa, la categoría de «ficción» —en virtud de la cual se cuentan como si fueran verdaderos hechos que no lo son— no se había aún conjugado con la realidad humilde y familiar, no había querido someterse a las limitaciones y tedios de la experiencia cotidiana.

En otras palabras, una vida como la de Lázaro no era de recibo en el arte de la ficción literaria; y fue por eso por lo que su autor prefirió presentar su libro como la carta real que un hombre real le escribe a otro. Por eso dice Francisco Rico que, más que anónimo, el *Lazarillo* es apócrifo. Es una falsificación, una impostura; y también es el libro donde la novela moderna comienza a ser lo que ha sido después y desde entonces, por lo menos en la familia literaria que por comodidad llamamos realismo. Fue allí, en nuestra lengua española de mediados del siglo XVI, donde la ficción en prosa le abrió los brazos a una parte de la experiencia que nunca había sido suya. Se convirtió en un viaje de exploración y conocimiento de nuestra naturaleza humana más común; un magisterio de curiosidad por los otros, por sus vidas insondables con las que nos cruzamos todos los días; un reconocimiento del misterio infinito de lo cotidiano, el único lugar donde los seres humanos podemos, como decía Ford Madox Ford, saber cómo viven los demás «su vida entera»; y un territorio de libertad que se ha enfrentado durante siglos a todas las restricciones —morales, religiosas, sexuales, sociales— que han tratado de domarla o asfixiarla.

El *Lazarillo* se publicó a comienzos de la década de 1550. Francisco Rico habla de 1552; la edición que yo he visto con mis propios ojos, en una fundación de Ginebra, es la de Amberes, de 1554, que tiene una importancia particular: cinco años después fue incluida por la Santa Inquisición en su *Index* de libros prohibidos, junto a catorce libros de Erasmo de Rotterdam que eran el combustible intelectual de la Reforma. Para ser sincero, yo entiendo muy bien la prohibición: el *Lazarillo* no respeta nada, y de sus páginas salen muy mal parados todos los representantes de los poderes, de clérigos a aristócratas. El libro es pesimista porque es lúcido, y ha sido llamado nihilista porque no se engaña; para mí, abre un espacio donde el lector puede asistir a una vida construida a escala humana, una vida como la suya, una vida que transcurre en un mundo sin héroes ni dioses ni ayudas sobrenaturales —a la intemperie metafísica, como decía un filósofo—, y donde ni siquiera se tiene, como tenían los personajes de Rabelais, el consuelo de la fantasía.

Antes de que terminara el siglo del *Lazarillo*, un español de casi cincuenta años, poeta y dramaturgo fracasado, que además había perdido una mano peleando por su rey, quiso hacer valer sus sacrificios para conseguir un puesto en América. Don Miguel de Cervantes escribió un

memorial, dirigido al rey, para pedir uno de varios cargos en las colonias: gobernador de Soconusco, corregidor de La Paz, contador de la Nueva Granada o de las galeras de Cartagena. Recibió la respuesta al respaldo de sus propios folios mendicantes, y el tono y las palabras tuvieron algo de burla y aun de insulto: «Busque por aquí en qué se le haga merced». Se ha convertido en una especie de tradición pensar que es entonces cuando Cervantes, despreciado y desilusionado, se pone a escribir *Don Quijote*. Pedro Gómez Valderrama, cuyo fantasma está presente de varias formas en esta academia, escribió un cuento bellísimo, «En un lugar de las Indias», en el que especula sobre la posibilidad contraria: que Cervantes hubiera obtenido el cargo de contador de galeras en Cartagena. En el cuento, Cervantes envejece con una mulata llamada Piedad, escribiendo montañas de páginas sin jamás publicarlas; vuelve a España «consumido por el alcohol y la sensualidad de la mulata», escribe Gómez Valderrama, y conoce a un tal Alonso Quijano, que le lee la historia que acaba de escribir: las aventuras en ultramar de Miguel de Cervantes. La especulación es bellísima, pero inquietante: no sé a ustedes, pero a mí me provoca escalofríos la idea de que Cervantes hubiera dejado de escribir *Don Quijote* por venirse a disfrutar de la costa Caribe.

Para nuestra fortuna, la realidad fue distinta. Cervantes fue rechazado por la burocracia ingrata de la Corona española y, al mismo tiempo que pierde un cargo y un futuro mejor, pierde toda obligación de lealtad hacia un sistema —político, religioso, civil— que lo ha despreciado. Es un hombre sin ilusiones, pero también es un hombre sin obligaciones; en una palabra: es un hombre libre. Con esa libertad que le ha caído encima, y que viene acompañada de conocimiento y de experiencia, se pone a escribir un libro, un libro impredecible y multiforme, que comienza con el pretexto de ser la sátira de un género previo —los romances de caballerías—, pero que en realidad rompe muy pronto con esas miras humildes y empieza a hacer cosas que nadie, ni siquiera su autor, había previsto. Cuando se publicó, en 1605, el *Quijote* tuvo tanto éxito que por todas partes comenzaron a salirle imitadores o parásitos, y a mí nunca ha dejado de maravillarme que a uno de ellos —a su acto de parasitismo, de robo literario— le debamos uno de los grandes acontecimientos de la historia literaria. No es exagerado decir, me parece, que sin ese hombre *Don Quijote* no tendría tal vez la influencia que tiene ni, por lo tanto, la misma importancia.

La historia, que seguramente ustedes conocen, es así: un escritor de segunda línea, un tal Alonso Fernández de Avellaneda, nacido en Tordesillas, quiso aprovecharse del éxito del libro de Cervantes y publicó en 1614 una continuación de las aventuras de don Quijote y Sancho. Tanto irritó a Cervantes que ese plagiador mediocre le robara sus criaturas, que al año siguiente dio a la imprenta su propia y legítima segunda parte, en la que no solo se permitió vengarse del plagiador con humor y elegancia, inventando escenas en las que Sancho y don Quijote se burlan del escritor de Tordesillas y de su libro sin gracia, sino que se dio el lujo de matar a su personaje principal, el pobre don Quijote, para que nadie más nunca pudiera robárselo. Así lo declara la pluma de Cervantes, a la cual prestó voz el autor al final de su segunda parte:

Para mí solo nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para el uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote.

Todo este episodio de la historia literaria —el apócrifo de Avellaneda, la reacción de Cervantes— me ha sugerido siempre dos reflexiones. La primera es la que ya he mencionado: la gratitud que nos merece el imitador mediocre, sin cuyo libro Cervantes nunca hubiera escrito la segunda parte del suyo; y la segunda parte es, para mí, lo que hace que el *Quijote* sea el libro fundador que es, la profecía de todo lo que vino después, la obra inagotable donde la ficción en prosa descubre sus infinitas posibilidades. Se dice con frecuencia que la primera parte del *Quijote* es un libro para lectores y la segunda parte es un libro para escritores. Se quiere decir con eso que en la segunda parte están las elaboradas estrategias, las intuiciones técnicas y las osadías literarias que los escritores hemos venido explotando después, desde los ingleses del siglo XVIII hasta los posmodernistas del siglo XXI, muchos de los cuales creen que están descubriendo algo jamás visto cuando no hacen sino repetir lo que ya hizo, hace más de cuatro siglos, un hombre cansado y sin ilusiones.

La segunda de las reflexiones que me sugiere el breve monólogo de la pluma viene como respuesta a una pregunta compleja, sin duda uno de los grandes misterios de nuestra tradición literaria. ¿Por qué el *Quijote* no tuvo herederos en su lengua? El *Lazarillo de Tormes* abrió un camino por el cual entraron después *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y *El buscón*, de ese Francisco de Quevedo que tanto se burló de Cervantes: así nació lo que llamamos novela picaresca. Pero nadie en España —ni en español— reconoció la inmensa revolución del *Quijote*; en lengua inglesa, en cambio, Henry Fielding y Laurence Sterne, por solo poner dos ejemplos evidentes, declararon explícitamente sus deudas con el *Quijote*. «Escrita a la manera de Cervantes», es la leyenda que aparece en *Joseph Andrews*, de Fielding, un libro que, al contrario que el *Quijote*, sí reconoció su propia novedad: Fielding se jactó de que nunca antes se había escrito algo así en su lengua —reconociendo que en otras sí—. Y en medio de *Tristram Shandy*, Laurence Sterne invoca, para que sus personajes le salgan bien, al «gentil Espíritu del más dulce humor, que antaño se sentó sobre la pluma fácil de mi amado Cervantes». De manera que los ingleses reconocieron algo que a los de nuestra lengua, al parecer, se les escapó. Por supuesto que uno puede dejarse llevar por la metáfora y echarle la culpa a la pluma de Cervantes, que pide a los escritores que dejen en reposo los huesos podridos de don Quijote. Tal vez los escritores españoles se tomaron la petición demasiado al pie de la letra.

Pero acaso este misterio, el silencio novelístico de la lengua que inventó la novela, pueda explicarse de otras formas. A los poderes de aquel reino español, indistinguible de la Iglesia católica, debió de parecerles por lo menos preocupante un libro como el *Quijote*, así como la posibilidad de que vinieran otros libros parecidos después. Y no porque el *Quijote* presentara el retrato de una España de tres religiones, ni porque en una escena quemaran libros el cura y el barbero, en alusión burlona y crítica a los caprichos pirómanos de la Inquisición, ni porque en alguna frase se deslizara una visión reformista y aun luterana; sino porque la historia de don Quijote y Sancho, tal como la cuenta Cervantes, propone una forma de hablar del mundo contradictoria y paradójica, alérgica a las verdades absolutas y a los valores sagrados. En otra parte he recordado que fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel —que ni siquiera era amigo de la Inquisición—, tenía para los católicos un consejo especial: cuidarse del «pecado de ironía». Y justamente eso,

una ética de la ironía, es lo que nos propone el *Quijote*, llevando a lugares inesperados las conquistas enormes que ya había conseguido el *Lazarillo*. Una ética de la ironía, digo: una presentación de lo humano donde se desconfía de las certezas y se abren los brazos a la profunda ambigüedad de la experiencia. Se trata de una verdadera revolución que es estética, pero también moral, y después de la cual, mucho me temo, no hemos vuelto a ser los mismos. Ni en nuestra lengua, ni en cualquier otra. Y eso es, para mí, motivo de celebración. En cualquier otra lengua, pero sobre todo en español.

Muchas gracias.

RESPUESTA DE DANIEL SAMPER PIZANO AL DISCURSO DE POSESIÓN DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ*

Por
Daniel Samper Pizano**

Después de la estupenda lección de literatura que nos ha dado en su discurso de aceptación Juan Gabriel Vásquez, el reglamento de la Academia indica que un académico escogido por el recipiendario debe dar respuesta a sus palabras.

Yo he tenido la alegría y el honor de ser el señalado, misión que se torna en extremo difícil tras la lúcida y lucida exposición de quien es uno de nuestros autores más queridos y reconocidos internacionalmente. De allí que, antes que redundar en las cualidades del autor o sacarle viruta sobrante al tema que él acaba de pulir con ebanistería verbal impecable, mi modesta disertación solo aspira a ser un risueño homenaje —repito, un risueño homenaje— al nuevo miembro correspondiente y a los novelistas colombianos de antes y de ahora.

Con la venia de ustedes, pues, procedo con el discurso de recepción reglamentario.

En cierto cuento de Juan Gabriel Vásquez titulado «Las ranas», un veterano de la guerra de Corea advierte al soldado Salazar: «Los que más hablan son los que menos hicieron».

Como no quiero que caiga sobre mi cabeza el comentario del veterano, procuraré hablar poco y hacer más.

* Discurso de recepción a don Juan Gabriel Vásquez como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, pronunciado el 2 de febrero de 2024.

** Miembro numerario de la Academia Colombiana de la Lengua.

Respetuosa y orgullosa de su pasado, esta vieja casa quiere también asomarse al presente y al futuro, convencida de que la lengua española es el mejor vehículo para adentrarse en el universo abigarrado, mestizo, fresco, inquieto y rico de América Latina y España.

Nuestro instituto fue el primero de su índole en el Nuevo Continente y es copiosa la lista de grandes autores y gramáticos vinculados a él a lo largo de más de siglo y medio. Nos hemos propuesto celebrar ese sesquicentenario pensando en el próximo, y por eso intentamos sumar a hombres y mujeres de valía intelectual dispuestos a trabajar por nuestra lengua.

Ya lo sé. El déficit femenino en este grupo sigue siendo bochornoso, aunque hoy figuran más académicas de número que nunca. Era solo una en 1984, cuando se posesionó Elisa Mújica. En este momento son cinco, lo que significa que cada diez años se suma otra mujer, dato bastante penoso.

También se ha reducido la media de edad. Hay ahora más jóvenes que hace un tiempo. Hablo de gente menuda, aunque algunos pinten canas, porque la adolescencia sorprende a los miembros de las academias, aquí como en España y en Francia, cuando rondan ya los cincuenta años. Es una sabrosa manera de rejuvenecer.

Quienes examinan en los óleos de este edificio los rostros de sabios ya mayores, con barba poblada y cuello tieso, tienden a creer que aquellos compatriotas que en 1871 fundaron en Bogotá la primera extensión de la Real Academia Española eran unos viejitos adorables.

Grave error. El promedio era de 38 años, y don Miguel Antonio Caro, uno de sus primeros directores, no llegaba a los treinta. Viejos, nosotros, queridos amigos, que hace pocas semanas posesionamos a Juan Esteban Constaín, un niño de 45 años, y hoy lo hacemos con Juan Gabriel Vásquez, quien a los 51 es once mayor que don José María Vergara y Vergara, cuyo tesón permitió formar esta asamblea.

Vergara y Vergara falleció a los pocos meses del nacimiento de la Academia. Fue, sobre todo, un gran historiador y un entretenido cronista que, entre otros aportes valiosos, demostró que el buen humor no

riñe con el rigor investigativo. No es célebre por sus novelas, pocas y casi desconocidas, por lo cual sorprende saber que quizás la primera vez que en una sesión de la Academia se mencionó este género fue en 1872, cuando don José Manuel Marroquín evocó al ilustre finado y citó *Olivos y aceitunos todos son unos*, su «novela de costumbres políticas», como la definió el famoso humorista.

Digo que es curiosa esta cita, porque en el siglo XIX colombiano reinaba la poesía en el mundo de las letras. Eran los tiempos en que los cachacos llevaban hojas de rimas frescas en el bolsillo y practicaban la ley del talión lírico: «Si me lees, te leo».

Es verdad que Jorge Isaacs había publicado *María* en 1867 y que por la misma época aparecieron algunos textos novelescos de Soledad Acosta de Samper. Las ficciones, sin embargo, eran *rara avis* en la literatura nacional. El gran imán era el poema, hasta el punto de que en 1589 don Juan de Castellanos escribió en verso su formidable crónica sobre el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo.

Al relato ficticio llegamos tarde. La obra mexicana *El periquillo sarmiento*, de 1816, considerada la primera novela latinoamericana, antecede en veinte años a *María Dolores o la historia de mi casamiento*, de José Joaquín Ortiz, que podría ser la precursora nacional.

Hace un siglo era difícil predecir que la poesía dejaría de ser el género literario más socorrido en Colombia y que en menos de cuatro décadas la novela asumiría la responsabilidad de practicar la vivisección de nuestra sociedad, nuestros problemas, nuestras tragedias, nuestras alegrías, nuestros personajes, nuestros sentimientos y nuestro pasado.

Es preciso aceptar que la poesía, el ensayo y la historia se han quedado cortos en la tarea de explicar el país. Lo han hecho mejor, en cambio, las ficciones al acudir a las palabras, las peripecias, la recreación y la sonrisa.

Cuando los libros de historia omitieron la tragedia humana y el desastre natural que ocurría en nuestras selvas, se encargó de contarlos *La vorágine* en 1924. Y cuando se necesitó una visión totalizadora de nuestra sociedad, *Cien años de soledad* asumió con excelencia la tarea.

Añadamos que la crónica periodística de las últimas décadas, antes cautiva del relato costumbrista, ha logrado efectos parecidos a la novela gracias a que copia de ella recursos y técnicas.

Juan Gabriel Vásquez es cronista, ensayista, catedrático y poeta. Pero sobre todo novelista. Él ha sabido utilizar los instrumentos del narrador para, mezclados con sus investigaciones sobre hechos y personajes históricos, explorar lo que hemos sido y lo que somos.

Como él, decenas de autores escudriñan el alma y el esqueleto de este país acudiendo a su imaginación de relatores.

Al dar la bienvenida al nuevo miembro correspondiente quiero rendir un homenaje a la novela colombiana y a los escritores que se han ocupado de trabajarla y renovarla.

Dice la mitología académica que en otros tiempos era habitual escuchar en sus salones estudios eruditos y esponjados poemas para saludar a un nuevo miembro.

Me habría encantado ensayar algunos malabares líricos con el ritmo yámbico o el trocaico y abrumarlos a ustedes con un hexámetro dactílico y además homérico o al menos una buena oda pindárica. Pero sé que, por admirable herencia de familia, Vásquez prefiere la humildad encantadora del verso popular.

Ningún formato más querido en esos terrenos que la décima, ejercicio de grandes poetas del Siglo de Oro, en particular del rondeño Vicente Espinel, cuyo fallecimiento conmemoraremos cuatro siglos dentro de dos días. De hecho, este acto de hoy inaugura el oficialmente llamado «Año espineliano».

La estrofa de diez versos y ochenta sílabas prácticamente se extinguió en España y, en cambio, vive andariega, descalza y feliz en las canciones y coplas del pueblo latinoamericano.

Para no seguir concediendo la razón al veterano amigo del soldado Salazar, abrevio el discurso y procedo a leer unas décimas espinelas en homenaje a nuestros novelistas. Cuento para ello con una inmejorable

compañía: la de la actriz Katherine Vélez que, con generosidad extraordinaria, ha aceptado acudir a la cita académica de hoy para enriquecerla, ennoblecerla y, casi me atrevería yo a decir, embellecerla, pero parece que este tipo de inocentes galanterías están actualmente prohibidas.

Y ahora sí, «va por usted, compadre Juan Gabriel»... como diría un juglar vallenato de los que exaltamos en esta misma sala hace veinte años con alguien que llevo en el corazón: mi queridísimo coacadémico Juan Gossain Abdala.

Breve historia extensa de la novela colombiana en décimas

—Acápiteme en homenaje a Silva
en séptima consonante y octava real—

«Una noche de murmullos»,
cantaba José Asunción
en la lírica mansión
donde vivía con los suyos.
Mencionaba los cocuyos
las ranas y la humedad
del helaje en Bogotá.
Sus nocturnos son gemidos,
ensoñaciones y ruidos
dignos de fosa o de huesa
o una exangüe luz del día.
Nada pesa en su poesía,
pero otra cosa es su prosa...
(Parece una enorme losa
su novela *Sobremesa*).

Soledad, mi tía lejana,
isla en la literatura,
escritora prematura
de la historia colombiana.
Recia dama bogotana,
combatió hombro con hombre
hasta forjar un renombre
para la posteridad.
Fue así mi tía Soledad:
un estado, más que un nombre.

En su núbil compromiso
un ave negra veía
la enamorada María
en la hacienda El Paraíso.
Mas se enfermó de improviso:
¡pobre Efraín, pobre suegra,
a quienes ya nada alegre!
María murió y fue enterrada.
Y en una tumba, parada,
se burlaba el ave negra.

Esclavista es, no lo dude,
la historia del Real Alférez:
revende negras mujeres
y a negros hombres sacude.
A cualquier tópico acude:
un romance entre tapices
muy clasista y sin deslices,
pone Eustaquio de pantalla.
Y atrás, afirma el canalla,
los siervos sufren felices.

Más que bueno fue exitoso,
y fue más cursi que fino.
Lo llamaron el Divino
y solo era escandaloso.
Vargas Vila fue vicioso,
vacuo, vejador, vendido,
vinoso, venal, valido,
volteriano, vagaroso
victimista y vanidoso,
cual la V de su apellido.

No es cosa de Disney, no,
pero este caballo hablaba.
Él mismo se preocupaba
por contrarlo, y lo contó.
A Marroquín relató
su vida atado a reatas;
sus cosas tristes y gratas
en la vieja Santafé
y en la sabana, hasta que
el Moro estiró las patas.

Gran figura bogotana,
 don Clímaco Soto Borda
 a menudo armó la gorda
 su chispa audaz y profana.
 Fundó la novela urbana
 con un idilio en malhora
 de un señor y una señora
 que fueron muy infelices
 entre alcohol y meretrices.
 Esa es *Diana cazadora*.

«¡La selva se los tragó!»,
 finalizó José Eustasio
La vorágine, y despacio
 en el horror nos sumió.
 Qué debacle nos legó
 aquella historia pasada:
 la cauchería, ya agotada,
 fue el *fatum* de Arturo Cova;
 la ganadería hoy nos roba
 y la selva está arrasada.

Caballero Calderón
 y Manuel Mejía Vallejo
 fueron el más fiel reflejo
 que dio su generación.
 Y Antonio, culto y guasón,
 el hijo de Caballero,
 que fue frustrado torero,
 empleó el humor como medio
 y relató sin remedio
 la *Iliada* de Chapinero.

Con tres pares de cojones
 Elisa, Fanny y Helena
 destruyeron la cadena
 que reservaba a varones
 la escritura de ficciones.
 Y diré, aunque haya pelea:
 cualquier wayú se marea
 y sufre terribles daños
 si llega a pasar cuatro años
 a bordo de Zalamea.

Eran las dos muchachitas
casquivanas y preciosas;
las hermanas Hinojosas
por la historia están descritas.
Fueron mozas favoritas
de próceres inmortales
y sus juegos maritales
saltaron a la ficción.
Ya aconductada su acción,
prosperaron con Morales.

Se anticipó lustros varios
a la que ya se asomara:
una narrativa rara,
con unos nuevos temarios.
Cuentos revolucionarios
distintos a lo común
con enome influencia en un
clan costeño inspirador.
Fue don Pepe Fuenmayor,
genuino abuelo del *boom*.

Cepeda ha sido escritor,
parrandero, periodista,
de gallo buen mamador
y cinematografista.
Como compadre, el mejor:
mientras su risa se expande
no hay mal paso que él no ande.
Qué chispeante su cultura,
qué ágil su literatura,
qué grande *La casa grande...*

La comarca de Macondo,
el nido de los Buendía,
en otros tiempos creía
que el mundo no era redondo.
Hasta que un mago lirondo
rodeado de soledad
explicó a la humanidad
con su barba y su bastón
la maravilla que son
cien años de gabedad.

Le falta espacio al que escribe,
 pero le sobran pretextos,
 para celebrar los textos
 que nos regala el Caribe.
 Nadie opinar me prohíbe
 que fantasear tiene un dueño
 y es el escritor costeño
 (nombré a Macondo de aposta).
 Sin duda ha sido la costa
 la fábrica del ensueño.

—Estrambote asonante en séptima—

Un estrambote destaca
 a Marco Schwartz, Alba Pérez,
 Jota Mercado, Illán Baca,
 Olaciregui, Junieles,
 (¿a Caputo cité abajo?)
 Eva Muñoz, Mora Vélez
 y otros que nombro a destajo.

Él se inventó el narcocuento,
 vio rezar a los sicarios
 y en relatos perdularios
 eternizó aquel momento.
 Luchó contra el esperpento
 de mal modo, que es su modo;
 atacó con lengua y codo
 y empuñó, gritando *¡basta!*,
 su misión iconoclasta.
 ¡Vallejo sacudió todo!

Cantó a la tierra caliente,
 a los mares y a los ríos,
 a los puertos, los navíos,
 la montaña y la pendiente.
 Vivió la vida de frente;
 Maqroll fue voz de su coro
 con una rubia y un moro;
 fue pirata, fue errabundo
 y, una vez creó su mundo,
 hizo Mutis por el foro.

Eremita tropical,
pocos con él han hablado
pues se esconde y es callado
y huidizo en lo habitual.
Es Tomás, en general,
avaro con su presencia
y más parece, en esencia,
ser un fantasma precario.
Pero su obra es, al contrario,
de acerada consistencia.

Metódico es el trasunto
de ganar o de perder.
Así lo deja saber
Santiago Gamboa, y al punto
pasa a escribir de otro asunto.
Sin embargo se le olvida
qué método nos convida
o qué conducta ejercer
para poder obtener
un mugre empate en la vida.

Novelista desde niño,
lo vi sus textos mostrar
a quien pudiera ayudar
con un consejo o un guiño.
A mis recuerdos me ciño
al evocar las canteras
de una vocación de veras.
Escritor de fuerte tranco,
Jorge dio el golpe más Franco
con su *Rosario Tijeras*.

¡Qué ruidajo hacen las cosas
cuando tropiezan y caen,
y qué eco tan fuerte traen
por pesadas y ruidosas!
Terribles y estrepitosas,
siembran pánico en la gente
y asustan al más valiente
hasta arrugarle la piel.
Pero Vásquez Juan Gabriel
escribe y calla sonriente.

La obsesionan la violencia
la locura y el amor
y su prosa es un primor
por su estilo y su sapiencia.
Premiada con insistencia,
orfebre del español
y orgullosa de su rol,
para que el mundo la vea
Laura Restrepo broncea
sus delirios bajo el sol.

Escribió sobre su padre
un texto estremecedor
que condensaba el dolor
de un atentado cobarde.
También, sin mayor alarde,
al amor le hizo un esguince
como si cumpliera quince
y no su madura edad.
Esta fue tu salvedad,
Héctor Abad Faciolince.

Cocinar una novela
es como escribir un plato:
hay que cuidar la olla un rato
y al lápiz darle candela.
Cualquiera sigue esta escuela.
El problema de Quiroz
es más complejo y atroz
pues el secreto es que trate
de que la trama remate
sin que se queme el arroz.

Si quería William Ospina
hurgar nuestras entretelas,
sus históricas novelas
nos dieron canela fina.
Veo que Constaín se inclina
desde la Mezquita Azul
bajo efectos del Red Bull
a escribir sobre el pasado.
Por eso espero sentado
un novelón de Estambul.

Cuando Antioquia era una olla
de guerra cruel y violenta
surgió quien mejor la cuenta:
el profe Pablo Montoya.
Su vida se desarrolla
con vocación de argonauta
bajo una variada pauta:
ensayo, cuento, poema...
Por difícil que sea el tema,
siempre le suena la flauta.

En la torva oscuridad
explora Mario Mendoza
la caldera bulliciosa
que hierve en toda ciudad.
Al tiempo, desde otra edad,
Pedro Gómez Valderrama
a un teutón genial proclama
y aumenta la rayadura
(esta es metáfora pura)
de un tigre que ruge y brama.

Realista, Rafa Baena
pinta este país violento
y describe con talento
en dinámicas escenas
batallas malas y buenas.
Sonriente, Carlos Castillo
repite un mismo estribillo:
«Mi libro es obra acabada:
las solapas, la portada...
Solo me falta escribillo».

Extraordinaria poeta,
dio un salto hacia la novela,
y, como el más lento vuela,
se hizo en su tierra profeta.
Las claves de su receta
son el amor, la verdad,
las parejas y la edad.
Su mirada de mujer
hace a los hombres querer
que tenga piedad Piedad.

En sus novelas (no flacas)
 Ricardo Silva ha contado
 historias de hoy, del pasado,
 y de un MAN llamado Cacas.
 Barroca y también berraca,
 su prosa es un tibio abrazo
 que envicia paso por paso,
 como el fútbol o el alcohol.
 A mi juicio, es *Autogol*
 su más sabroso golazo.

El codiciado Alfaguara
 diéronle a Pilar Quintana,
 que lo ha recibido ufana
 y así otro premio acapara.
La perra, su obra preclara,
 sin apremios, sin afanes,
 tiene ya miles de fanes;
 y sin afanes ni apremios
 seguirá ladrando premios
 hasta ganar el de canes.

Mientras Albalú trinaba,
 tejía Germán Espinosa
 y Evelio, pluma furiosa,
 a Bolívar enterraba;
 Solano a Corea viajaba,
 Juan Sebas volvía a comer,
 Melba, feliz sin saber,
 escribía a García Robayo
 (de quien Antonio es tocayo)
 y Fayad velaba a Esther.

Y agora, con sones gratos
 que cantan hasta los mudos,
 pregonaré unos saludos,
 como hacen los vallenatos.
 Saludo por sus retratos
 sobre la gente sencilla
 a don Tomás Carrasquilla.
 Saludo a Julio Paredes
 y doy mi *Pax*, ante ustedes,
 al hijo de *La Perrilla*.

A Azriel saludo: «¡Shalom!»;
desde su historia judía,
que viene, yo apostaría,
del tiempo de Telecom.
Entre tanto el *Uncle Tom*
tiene aquí quien lo rebata,
porque el negro y la mulata
han encontrado los sellos
de un autor que habla por ellos.
Se llama Manuel Zapata.

Desde *Chambú* hasta *Changó*,
de *Tránsito* al *Arzobispo*,
vuela un gallinazo pispo
que una rosa masticó.
Saludo a Andrés, que murió
cuando más nos prometía,
a Efe, *Toá*, Geno Díaz,
Moreno Durán, Alape;
que Triviño no se escape,
ni Suescún, ni el buen Matías.

Y saludo a Mallarino,
a Londoño, tan mohino,
a Andrés Arias y al otro Arias
(pues tenemos Arias varias).
A Esteban, un paisa fino;
saludo a Burgos Cantor;
a Gossaín, gran señor,
que cultivó mala yerba.
Eso a Medina lo enerva
y a los Álvarez, peor.

A Sánchez Baute saludo
(ya vamos llegando al fin).
Él, con Abel y Caín,
explicar el país pudo.
A Miguel Torres acudo
pues en sus libros están
clamores de sangre y pan:
las claves de aquel abril
en que un siniestro albañil
dio muerte al líder Gaitán.

Serrano recrea la historia;
Naum Montt monta la pluma;
Pinzón y Marvel se suman;
María Ospina anda en la gloria.
Es siempre la misma noria.
Nos vamos a detener
antes de que, por joder,
vestido de novelista
se nos incruste en la lista
el entromiso Samper.

Yo ya no saludo más
porque la audiencia se aburre
aunque me parezco al gurre
por mi paciencia tenaz.
Y Juan Gabriel es capaz
de soportarme sin mengua
pues su entusiasmo no amengua
y tiene activa la mecha
al festejar que en la fecha
le coronaron la lengua.

La nómina está incompleta.
Faltan muchos novelistas
que no salen en las listas
por a, be, ce, equis, ye, zeta.
Se me agotó la receta.
A muchos los desconozco,
no están otros que conozco,
algunos se me olvidaron
o simplemente no entraron
por error. Lo reconozco.

Explico la impertinencia
de este homenaje sencillo.
Quien cuenta es un Pepe grillo,
una voz de la conciencia.
Mintiendo con transparencia,
luminosa como un rayo,
la novela, sin desmayo,
nos señala al rey desnudo:
lo que la historia no pudo
y no consiguió el ensayo.

—Estrambote final consonante en séptima—

El novelista es un grito,
un despertador contrito
que rescata del letargo
con su terca cantaleta
a un país dulce y amargo.
Y ahora sí, no más carreta:
pido perdón y me largo.

Muchísimas gracias a todos y un feliz fin de ceremonia...

DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN DEL NUEVO DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA*

Por
Eduardo Durán Gómez**

Sea lo primero expresar el testimonio de gratitud a los miembros de esta venerable institución, por haber pensado y decidido que los intereses de gobierno de esta Academia Colombiana de la Lengua se me hayan confiado, para que sea posible continuar el tránsito institucional, en un futuro que asegure su subsistencia y preserve su gloria. Tarea difícil, pero que con un equipo como el que se me ha asignado, compuesto por don César Navarrete Valbuena, como vicedirector; doña Cristina Maya Gallego, como secretaria; don Olympo Morales Benítez, como vicesecretario; don Álvaro Rodríguez Gama, como bibliotecario; y don Bogdan Piotrosky, como tesorero, estamos seguros de que la unión de nuestros esfuerzos irá más allá de lo anhelado para que sea posible colmar las expectativas confiadas.

Cuando la representación del paso del tiempo nos indica que para esta venerable institución el anuario se ha repetido ininterrumpidamente en 153 ocasiones, nos levantamos erguidos para contemplar su pasado glorioso, para advertir el futuro y para vislumbrar el esplendor del idioma, aquel que heredamos de la madre patria y que nos ha identificado más allá de la quinta centuria.

En esta solemne ceremonia, en la cual nos acompaña precisamente el señor embajador del reino de España, don Joaquín de Aristegui, con las credenciales de esa patria que nos legó su cultura, desde los tiempos de la reina Isabel de Castilla y de don Antonio de Nebrija, el gramático mayor de la Lengua Castellana, nos aprestamos a dar paso a un

* Discurso pronunciado el 12 de febrero de 2024 en el paraninfo de la corporación.

** Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

nuevo cuerpo de gobierno que regirá los destinos institucionales en los próximos tres años.

Cuando ingresamos al vestíbulo de este imponente palacio, que es a su vez el templo del idioma, nos inclinamos reverentes ante el bronce que plasma la efigie de Cervantes, que pareciera, desde su epopéyica figura, escrutar la presencia de quienes aquí concurren para prolongar su tarea, y para proyectar el instrumento espléndido de la expresión que él supo patentar en la grandiosa obra de la literatura universal que significó la consolidación definitiva del idioma.

Y cuando nos introducimos en este paraninfo, el aula máxima de la institución, en donde la solemnidad está llamada a revestir los momentos importantes de nuestro trabajo académico, evocamos de inmediato el sentimiento de nuestra misión, para renovar los espíritus y para reafirmar el compromiso con las exigencias institucionales que se nos imponen.

Fue ese ya lejano día de 1870 cuando tres reconocidos personajes de la cultura nacional, don José María Vergara y Vergara, don Miguel Antonio Caro y don José Manuel Marroquín, tomaron la iniciativa para crear esta institución, siguiendo las instrucciones de la Real Academia Española, cuando esta decidió abrir por primera vez la posibilidad de crear un organismo similar en el Nuevo Mundo. Ya lo dijo en un discurso don Dámaso Alonso, a la sazón director de la Real Academia Española: «Los españoles no somos los amos de la lengua española; los amos somos todos los hablantes del español, sin importar dónde hayamos nacido».

Desde entonces, por estos amplios salones, de letras y de sueños, han desfilado los más importantes protagonistas de la expresión oral y escrita, que además se ha visto plasmada en profundas obras de la literatura, de la poesía, de la dramaturgia, del periodismo, de la lingüística y de la ciencia.

En esta institución comenzaron a trabajar Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo en los profundos estudios gramaticales que llegaron a significar pilares fundamentales de la lengua castellana. También Rafael Pombo, el primer secretario, que iluminó de poesía el recinto, a la par que el idioma entero; don Antonio Gómez Restrepo, con sus

acertados estudios históricos; don Carlos Martínez Silva, con sus trabajos gramaticales y literarios; don Miguel Abadía Méndez, que entregó sustanciales estudios sobre los términos derivados del latín; don Daniel Samper Ortega, que organizó la colección de escritores colombianos que lleva su nombre; don Marco Fidel Suárez, el estilista más significativo del idioma, cuyos trabajos le dieron tanto resplandor que se convirtieron en clásicos de nuestra literatura; el profesor Luis López de Mesa, humanista y científico de enormes quilates, cuya forma de escribir cautivaba a los gramáticos de entonces; don Guillermo Valencia, cuya palabra hecha verso o prosa cautivaba los lectores, a la par que era aplaudida con resonancia en las plazas mayores del país entero; el padre Félix Restrepo, erudito y sobresaliente educador y escritor; don Rafael Maya, maestro insuperable de la lírica; Pedro Gómez Valderrama, cuya obra rompió las fronteras; Otto Morales Benítez, humanista, historiador, cronista y periodista; Elisa Mújica, escritora y lingüista admirable; y las poetas Dora Castellanos y Maruja Vieira, que pasaron la centuria de sus existencias con una admirable producción poética cuyos ritmos alcanzaron la gloria. Podríamos seguir mencionando nombres, pero sé muy bien que en la mente de cada uno de ustedes están presentes y actuantes todos los personajes de las letras que por aquí han pasado y han dejado su grandiosa obra.

Todos esos nombres unidos a muchas figuras contemporáneas, pues el cultivo del idioma no es tarea de pocos, han sido fundamentales para promover a sus anchuras el desenvolvimiento progresivo de nuestra lengua. El idioma es dinámico, se enriquece diariamente con nuevas palabras y acepciones, que poco a poco van ganando terreno en los diversos escenarios de su uso, hasta lograr que las mayorías hablantes las adopten, y que el consentimiento sesudo de los eruditos las apruebe dentro de un proceso purificador que conlleva la aplicación de la jurisprudencia del lenguaje, para llegar a las ansiadas elocución y prosodia.

A los académicos de la lengua se nos acostumbra ver como a unos árbitros o jueces, y a veces hasta como policías del idioma. No. Nuestra labor está concentrada en ser, simplemente, armonizadores de la expresión, de ahí que nos resulta indispensable velar por un proceso que no estimule el desorden, que no propugne por las formas cacofónicas del discurso y que mantenga el ritmo, para que el ejercicio de hermo-

sear nuestra lengua nos asista a todos los que la hablamos, y en esa labor se nos permita mantenerla en salvaguardia y librarla de fatales variaciones.

Por otro lado, en las Academias de la Lengua hacemos un trabajo más allá del estudio del ordenamiento lingüístico y de la aplicación de los cánones gramaticales; promovemos la literatura, la poesía, el periodismo, nos asociamos a la ciencia para estimular su expansión y nos juntamos con todos aquellos que quieran hacer del idioma una herramienta creativa y estimulante para la comunicación, para la construcción de formas y espacios, y para estimular el progreso de cualquier iniciativa humana. Y desde luego, para la recreación, pues todo espacio alentado por el buen hablar o el buen escribir se convierte en una ocasión sugerente para alentar la vida y para extraer sus mejores elementos nutricios.

La lengua es, entonces, un instrumento de múltiples facetas que el ser humano tiene a su alcance para crear o para destruir; para alegrar o para amargar; para estimular o para minimizar; para dilucidar o para opacar. Nos acompaña también en el silencio o en el bullicio, y nos lleva más allá de la existencia, cuando es posible evocar el legado que dejaron las palabras pronunciadas y los vocablos escritos en el trasegar de la existencia.

La lengua tiene que procurar siempre ir más allá de una común medianía, para abarcar nuevos espacios en donde sea posible estimular a todos aquellos que le imprimen nuevos elementos, y que están destinados a aportarle frutos sustanciosos que terminan dando nuevas semillas para que, dentro de su posterior proceso de germinación, abunden en frondosos ramajes y florescencia cautivante. Como diría García Márquez: «cuántos millones de años tuvieron que pasar para que la rosa fuera rosa, con el único propósito de que fuera hermosa». Tenemos que armonizar ese movimiento para que sea asertivo, para que el universo de la expresión luzca los más cautivantes destellos y estimule las más creativas producciones. No podemos perder de vista que la lengua representa el pasado, el presente y el porvenir de la existencia.

Cervantes clamó a los poderes reales para que lo dejaran ir a habitar las indias; sin embargo, no logró obtener su manifiesto anhelo. Pero el

Quijote sí pudo llegar pronto para quedarse definitivamente como el elemento fortificador de nuestro discurso, y como la semilla que aquí germinó en los más extensos valles y en las más encumbradas colinas, hasta lograr el mayor número de hablantes de la hispanidad.

Muchas tareas nos esperan: no solo las tradicionales e irrenunciables de conservar y dar esplendor a la lengua, sino las que se nos advierten con la aparición de la modernidad —impulsiva y huracanada— que a través de los nuevos medios de comunicación digital se desatan a toda prisa y que es necesario procesar y ordenar para que nuestra lengua no pierda su esencia, y para que la comunicación pueda preservar instrumentos idóneos y eficaces al alcance de sus objetivos. ¡Todo no vale!, podemos decir con rotunda seguridad. A quienes somos vigías del idioma nos corresponde actuar y marchar a la par de esas dinámicas, en misión depuradora, y en la irrenunciable función de aplicar la balanza que deseche las partículas de baja ley que contaminan, entorpecen y lo perturban.

No podemos concluir esta intervención sin dejar constancia del trabajo adelantado por don Juan Carlos Vergara Silva, quien se desempeñó como director titular de esta Academia desde el fallecimiento de don Jaime Posada, gran impulsor de la educación y la cultura, que regentó los destinos de esta institución durante un cuarto de siglo. Don Juan Carlos, lingüista y educador consagrado, supo entregarle a esta casa todo su potencial profesional, y solo ante quebrantos de salud lamentables tuvo que ausentarse temporalmente. Aquí continuará con todo su acervo y sabiduría, acompañando varios proyectos, muchos de los cuales tienen sus raíces en su afortunada inspiración.

Tenemos, entonces, un alto compromiso y una tarea enorme que no dejaremos desvanecer. El horizonte está abierto, el derrotero lo han trazado los grandes intelectuales que por estos amplios salones han desfilado con el vigor de sus talentos. No seremos inferiores a la tarea encomendada. La Academia se ha venido robusteciendo con un grupo muy selecto de intelectuales de gran valía. Estos y aquellos que nos han venido acompañando, con su tesonera y admirable labor, conformaremos todos la fuerza envolvente y fúlgida que impulsará los requerimientos que nuestra lengua requiere para que, tal como lo dispone el ordenamiento de la maternal Real Academia, sea fecunda y resplandeciente.

MARCO AURELIO: DE LA HISTORIA A LA FICCIÓN LITERARIA*

Por
Pablo Montoya

Palabras liminares

Gregorio Salvador Caja ya dijo todo, y mucho más, sobre las particularidades de la letra «Q» cuya silla vengo a ocupar en esta prestigiosa Academia Colombiana de la Lengua. Gregorio Salvador, en su memorable discurso para posesionarse como miembro de número de la Real Academia Española, desentraña las virtudes y la historia de esta letra que es, entre todas las del alfabeto, la que otorga más latinidad a nuestra lengua. Yo, que soy tan solo un escritor y un profesor de literatura y no un sabio, como lo fue Salvador Caja, solo quiero decir algunas palabras no sobre la letra que me ha correspondido, sino sobre la persona que reemplazo aquí. Se trata del académico colombiano Adolfo de Francisco Zea, quien ocupó la silla Q de esta Academia entre 2008 y 2021.

No conocí personalmente a mi predecesor, pero esta breve semblanza la hago gracias a su propia escritura y a las palabras que sus amigos y seres queridos han dicho sobre él. Adolfo de Francisco Zea nació en Bogotá en 1928 y murió en esta misma ciudad en 2021. Fue un hombre de inteligencia preclara y de una inmensa capacidad para entender con lucidez las vicisitudes humanas desde su profesión. Dedicó sus esfuerzos profesionales, que fueron copiosos, a esa mezcla humanística que suelen otorgar los abrazos de la medicina, la historia y la literatura. Recorrió el mundo acompañado de su curiosidad infatigable por la ciencia médica y el psicoanálisis. Ocupó cargos directivos en asociaciones médicas en Colombia y siempre se comportó como un hombre responsable y benemérito. Por sus frutos intelectuales y la reputación de su

* Discurso leído el 2 de mayo de 2024 en el paraninfo de la Academia Colombiana de la Lengua en la ceremonia de posesión como miembro de número.

persona fue miembro de las Academias colombianas de Medicina, de Historia y de la Lengua. Sus estudios sobre la psicología del mundo de Franz Kafka supieron llamar la atención de los estudiosos de la obra de quien sea acaso el escritor más inquietante de la lengua alemana del siglo XX. Asimismo, sus consideraciones sobre la locura de don Quijote de la Mancha y las relaciones entre el humanismo y la medicina forman parte de las preocupaciones que, como ensayista, supo desplegar en sus libros Adolfo de Francisco Zea. Rindo, pues, mi homenaje a este maestro de la medicina y a este indagador entusiasta de la palabra literaria. Y solo espero que pueda llenar de alguna manera el gran vacío que ha dejado en esta Academia que hoy me recibe.

1

¿Por qué escribir desde la Colombia del siglo XXI una novela sobre Marco Aurelio? La respuesta es sencilla: porque fue mi manera de reaccionar, como autor de ficciones históricas, a la pandemia del coronavirus que arremetió contra el planeta, en 2020. Aquella situación de gran incertidumbre en la que se pudieron comprender, por un lado, las relaciones entre el poder político, militar y sanitario y las sociedades civiles, y por el otro, la fragilidad y capacidad de resistencia que posee la criatura humana, fue lo que me lanzó a la Roma del siglo II de nuestra era.

En ese siglo, entre los años 165 y 180, sobrevino la primera pandemia sobre los dominios del imperio romano. Los especialistas hablan de una especie de viruela que hubo de diezmar a una buena parte de las legiones militares, que, entre otras cosas, fueron quienes la difundieron a través de sus campañas expansionistas. A Marco Aurelio, como dirigente imperial, le tocó enfrentar entonces un panorama de crisis generalizada como nunca antes se había presentado. Este emperador, cuyo principal anhelo era ocuparse de la filosofía y que, al llegar al poder, quiso gobernar sus dominios en paz, debió capotear calamidades diversas. Primero, la llegada de la peste a Roma —ciertas fuentes dicen que en esa ciudad morían dos mil personas diarias a causa del flagelo—. Luego, inundaciones y terremotos devastadores. Y, al mismo tiempo, debió ocuparse de las invasiones bárbaras y el crecimiento de la secta del pez, que habría de contribuir a que un poderoso imperio pagano se convirtiera en un manojo convulso de reinos cristianos.

El asunto de gobernar, con las mejores intenciones, una realidad abocada a la debacle fue lo que, en primera instancia, me atrajo del mandato de Marco Aurelio. Una realidad que se asemeja bastante a la nuestra en lo que tiene que ver con la experiencia del cosmopolitismo y sus conexiones comerciales, los flujos migratorios continuos y las crisis pandémicas, climáticas y bélicas. La labor que realicé fue tan ardua como apasionante, y este discurso de posesión como miembro de número pretende transmitir, con la anuencia de ustedes, la tensión creativa e investigativa a la que se ve sometido alguien cuando decide hacer una novela sobre un personaje histórico de las dimensiones del emperador estoico. Es decir, los modos en que se oscila, una y otra vez, entre las supuestas verdades del pasado y la reinención imaginativa de ellas.

2

Las fuentes directas a propósito de Marco Aurelio están reunidas en dos textos que él mismo escribió. El primero es *Meditaciones* que, en rigor, no fue un libro pensado para publicarse, sino una serie de ejercicios espirituales para sobrellevar la cotidianidad de un hombre cuya principal responsabilidad fue procurar que el imperio que regía no se derrumbara. El segundo lo comprende la correspondencia con Frontón, el maestro en retórica latina de Marco Aurelio, en la que aparece un vínculo afectuoso, sesgado de simpatías mutuas, entre el maestro y el discípulo.

Ahora bien, la gran diferencia que se levanta entre *Meditaciones* y esta correspondencia está moldeada por los apuros de un período temporal. *Meditaciones* se trama durante los últimos años de la vida del emperador, cuando su tarea esencial era combatir contra los sármatas, cuados y marcomanos en las fronteras del norte y tratar de negociar con ellos una paz tan escurridiza como endeble. Pero cuando Marco Aurelio las escribía era un hombre enfermo y una buena parte de sus seres queridos ya no existían. Por lo tanto, los escritos *A sí mismo*—tal es la traducción directa del griego de estos pensamientos— están nimbados de una suerte de pesimismo melancólico, cuyo mérito consiste en que toda su visión de la existencia humana se traduce en una sabiduría particular, a veces oscura y críptica, a veces transparente y consoladora, que no ha cesado de atraer a los lectores a lo largo de los

siglos. Mientras que las cartas entre Frontón y Marco Aurelio, intercambio de sentimientos y anécdotas íntimas y poco inclinado a la divagación de la filosofía y a las exigencias de la retórica, pertenecen a la juventud del futuro emperador, cuando aún no se habían precipitado sobre el imperio todas las tormentas.

Otras fuentes directas importantes son las cartas administrativas que el mismo emperador emitió y sus edictos, varios de ellos registrados en el célebre *Digesto*. Luego, están los textos secundarios integrados por tres biografías que datan de los siglos III y IV: la de Julio Capitolino, que está en *Historia Augusta*; la de Herodiano, que puede leerse en *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*; y la de Eutropio, ubicada en el *Breviario de la historia romana*. Así como los libros de la *Historia romana* de Dion Casio, dedicados a este emperador. Pero es la biografía de *Historia Augusta*, acaso, el manantial de donde han bebido tanto los historiadores como los escritores a la hora de querer acercarse a Marco Aurelio. Sugestiva fuente mayor, ya que la semblanza de Capitolino se enraíza no solo en el dato de lo que sucedió, sino también en el mero chisme y el rumor infamante.

De hecho, los historiadores reconocen que *Historia Augusta* no es una fuente segura. Aunque sea inevitable acudir a ella para tratar de levantar ante los ojos de las nuevas generaciones algo que posee, más bien, el perfil de la ruina y el vestigio. Pero me atrevo a suponer que es este contorno el que más atrae a los escritores a la hora de lanzarse a ese ayer. Un ayer hecho de polvo y humo y que resulta imposible recuperar del todo. O que solo se logra asir gracias al encantamiento, propio de las cosas ilusorias, que prodigan las palabras escritas o leídas.

En realidad, la historia como la literatura se enfrentan al pasado con herramientas más o menos idénticas, aunque los fines buscados por los unos y los otros sean algo distintos. El historiador asume el pasado a través de la investigación. Se dirige a las fuentes con minucia y, si es responsable con los principios de la ciencia histórica, se apertrecha en la objetividad y la imparcialidad para reconstruirlo. El escritor obra de manera parecida. Sabe, por ejemplo, que si quiere escribir una novela sobre un emperador romano del siglo II deberá consultar con rigor y disciplina los a veces sinuosos y poco visibles archivos de la historia.

Pero lo que distancia al escritor del historiador es que el primero actúa desde las orillas de la literatura. En estas se imponen, y en ocasiones con libertad inobjetable, las coordenadas de la invención y la imaginación. ¿El historiador sería, entonces, el mensajero de la verdad y el escritor un sospechoso emisario de la mentira? La pregunta no es ociosa. Y no lo es porque seguimos leyendo los libros de historia y las novelas históricas bajo tales interrogantes. Apoyándonos en la antigua distinción de Aristóteles que plantea que la historia cuenta lo que sucedió, mientras que la poesía aquello que podría haber sucedido. Lo que se podría afirmar, en todo caso y con relativa seguridad, es que el historiador y el poeta son hijos de su tiempo. Lo cual significa que cada uno rehace el pasado permeado por unas modas del pensamiento y unas estéticas que son determinadas por esas mismas modas.

3

La primera novela sobre Marco Aurelio se publicó en España, en 1528, y se convirtió en un *best seller* renacentista. Se editó varias veces en el mismo siglo y hubo muy pronto traducciones a otras lenguas. Es como si con esta aceptación entusiasta en el vasto imperio español que gobernaba Carlos I hubiese una anticipación del gran éxito que tiene *Meditaciones* en la actualidad. *El libro áureo de Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara fascinó a un público que se interesaba por esa existencia ejemplar del pasado desde su ir y venir por palacios, iglesias y monasterios. La novela se nutre, por lo demás, de una tradición literaria que, en la España de entonces, gustaba de jugar con remotos manuscritos en lenguas extranjeras y extraviados en bibliotecas. Lo que leemos en Guevara es, pues, una traducción ofrecida al lector de un modo parecido a como lo habría de hacer después Miguel de Cervantes con *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Guevara narra, en la primera parte del libro, la vida de Marco Aurelio y termina con dieciocho cartas que él escribe a varias cortesanas. Contorno este último que evidencia cómo Guevara pretendió satisfacer las expectativas del público lector del siglo XVI.

Es curioso que *El libro áureo de Marco Aurelio* se haya escrito cuando aún *Meditaciones* no se había editado. De él solo circulaba una copia que hizo Aretas de Cesarea, en el siglo X, y había permanecido oculta en alguna de las bibliotecas de Italia. La primera edición de *Meditacio-*

nes, traducida al latín—recuérdese que el emperador escribió este manojo de consideraciones personales en griego— aparece en 1559, cuando ya Antonio de Guevara había muerto. Por lo tanto, se puede deducir que el fraile tomó como referente principal la *Historia Augusta*. El fondo histórico de determinados eventos y los personajes ciertamente parten de allí. Pero el resto, y lo más sobresaliente de los episodios de la vida del emperador, surgen de la imaginación de Guevara. Y esta imaginación acude tanto a la invención como a la falsificación. Falsificación que, valga la pena precisarlo, nunca se tomó como un defecto en el siglo XVI. Al contrario, era lo que se le pedía al escritor: que inventara, falsificara o modificara el pasado, pero que supiera acogerse a la verosimilitud del relato. Y nada cuesta suponer que fue este rasgo de la novela de Guevara lo que provocó el éxito de su primera recepción.

Pero así Guevara no hubiera leído *Meditaciones*, es evidente que se dejó llevar por la imagen del emperador estoico que las generaciones posteriores han modelado. En esto Guevara anticipa las novelas que vendrán después. Es decir, forja un personaje literario empujado por el tremendo peso que la historia y sus formas discursivas le han otorgado. La dimensión de esta exigencia alcanza tales extremos, que Guevara no hace ninguna descripción física de su personaje. Solo presenta a un hombre benevolente y lleno de virtudes morales. En el prólogo a la novela, por ejemplo, dice:

Veed [...] la vida de este príncipe y veréis cuán claro fue su juicio, cuán recta su justicia, cuán recatado en su vida, cuán agradecido a sus amigos, cuán sufrido en sus enemigos, cuán severo con los tyranos, cuán pacífico con los pacíficos, cuán amigo de sabios y cuán émulo de sabios, cuán venturoso en sus guerras y cuán amigable en las pazes [...].

4

En adelante, las novelas históricas en que Marco Aurelio se presenta, sea como personaje principal o secundario, gozan de estos atributos. El espesor estoico del emperador y el hálito de sabiduría que destilan sus pensamientos, tal como lo han expresado los intérpretes de su época y de la modernidad—desde Julio Capitolino hasta Pierre Hadot—, caen de hinojos ante esta figuración. Pero es quizás Ernest Renan, con su *Marco*

Aurelio y el fin del mundo antiguo, quien más contribuyó a que tengamos, desde la fecha de su publicación en 1882, la idea de que este emperador manejó las diversas crisis del siglo II con el carácter tolerante y comprensivo de un sabio verdadero. Con todo, hay dos aspectos complicados y polémicos que sobresalen en las novelas que se ocupan de Marco Aurelio y que Renan también menciona. El primero es su entorno familiar en el que aparecen, cubiertos por un manto de oprobio continuo, Faustina, su esposa, y Cómodo, el hijo de ambos y el sucesor imperial. Frente a la primera, todas las novelas, sin excepción alguna, se refieren a una emperatriz lasciva y proclive al desenfreno.

Antonio Guevara registra, igualmente, la faz lujuriosa de esta mujer. Y cuatro siglos más tarde, en *Mario el epicúreo*, de Walter Pater, surge el mismo perfil. Tratado, no obstante, con cierta distancia porque el escritor inglés se preocupa por matizar la clemencia y la bondad que hay tanto en el comportamiento como en los discursos del emperador. *Mario el epicúreo* se publicó en 1885 y sedujo a la generación de Oscar Wilde y al círculo de Oxford, por los contornos finos y crepusculares en que se describe la Roma de los antoninos. La novela da cuenta de la formación filosófica de un joven de la nobleza romana. Mario se inicia en el platonismo, transita por el estoicismo y el epicureísmo y culmina sus días subyugado por los ritos fúnebres de los cristianos. Durante tal periplo, en el que se describe tanto la capital del imperio como algunas zonas rurales de Italia, se asiste a una lección de estilo en la que, por momentos, la intervención de la reflexión filosófica detiene no solo la trama de los hechos, sino que minimiza lo que es el encanto supremo de esta obra: su aliento poético. Rara novela histórica, insuflada por la poesía y la filosofía y las guisas en que el Romanticismo se acercó a la antigüedad romana, *Mario el epicúreo* sigue conservando el rótulo de ser un libro de culto.

Reconozcamos entonces que, ante la valoración negativa de Faustina que ha hecho *Historia Augusta*, los escritores se han sentido atraídos. Qué mejor motivo para suscitar el interés de la literatura que una emperatriz disoluta. Se trata de un buen plato ofrecido por esa Roma en la que, junto a un dirigente moderado y justo, aunque cornudo, se mueve una matrona de instintos insaciables y de corazón perverso. La biografía de Capitolino habla de «infamia», de «deshonor», de «crimen» en una Faustina que no vacilaba en acostarse con marineros y

gladiadores. Por estas infidelidades perniciosas, atribuladas por un ansia ninfómana, Faustina resultó engendrando a Cómodo, el más abominable de los emperadores. Pero es menester recalcar que es en «algunos dicen» en donde se basa Capitolino para esgrimir la conclusión de que todo lo dicho en los corrillos de la hablilla es verdad.

Se sabe que Faustina tuvo con Marco Aurelio trece hijos durante una vida marital que le abarcó acaso treinta años. Y fue una mujer virtuosa, responsable y culta. Es más, el mismo emperador la homenaja al final del primer libro de *Meditaciones* cuando señala su carácter dócil, afectuoso y desprovisto de artificios. Lo que ha sucedido es que no se le ha perdonado a Faustina haber sido la madre de Cómodo. Un hombre tan virtuoso —tal ha sido la opinión que ha prevalecido a lo largo de los siglos— no podía ser el progenitor de un ser humano tan monstruoso y aberrante. Pero hoy es factible concluir que a Faustina le ha tocado recibir los vituperios de esa misoginia implacable, propia de la mentalidad romana del imperio, que luego habría de pasar, y con mayor virulencia aún, a los historiadores y cronistas cristianos de después.

5

El segundo aspecto, presente en estas novelas, es la relación de Marco Aurelio con el cristianismo. Algunas lo muestran como un perseguidor de la secta y, por ende, le atribuyen la responsabilidad de los eventos brutales sucedidos en Lugdunum, hacia el año 177 o 178. Una carta, atribuida a Ireneo, fue enviada a las iglesias de Asia y Frigia y allí se consignaron el salvajismo ejercido por las autoridades romanas de esa ciudad y la memorable resistencia de las víctimas, entre las que se encontraba Blandina, una esclava cristiana de origen asiático. Esta muchacha, humilde y de frágil constitución, fue torturada hasta el límite delante de un populacho que osciló, según el testimonio de Ireneo, entre el delirio ebrio y la estupefacción, porque Blandina, siendo tan endeble, tardó mucho en morir. Había sobrevivido no solo a las torturas de los calabozos y del anfiteatro, sino a las garras de los leones y a los cuernos de un toro. Y, por supuesto, gracias a esta entereza, muy pronto Blandina recibió los honores de la santificación.

Sobre la carta de Ireneo —de la que no se conoce el manuscrito original y solo quedaron los fragmentos que recuperó Eusebio de Cesarea en

su *Historia eclesiástica*—Max Gallo se apoya para escribir *Marco Aurelio: el martirio de los cristianos* (2006). Allí el emperador es un personaje secundario y solo surge para que el lector comprenda la contradicción que hay cuando un sabio estoico, digno exponente de la perfección humana, ordena la tortura y muerte de aproximadamente cincuenta cristianos. Julius Priscus, amigo de Marco Aurelio, escucha testimonios de cristianos en Lugdunum sobre la persecución que han padecido. Priscus, que posee esclavos practicantes de esta superstición religiosa, no abomina de la religión oficial de Roma, aunque se pronuncia en contra de las brutalidades cometidas contra aquellos pobres inocentes. La novela se detiene en describir los excesos de los sentidos y la sed de sangre de los paganos, sobre todo cuando habla de Cómodo y su entorno. Y reprocha, una y otra vez, a Marco Aurelio, entre taciturno y reflexivo—múltiples pasajes de *Meditaciones* son parafraseados siempre que Priscus conversa con él—el que haya autorizado semejantes atrocidades.

La pretensión de Gallo, en la línea trazada por *Quo vadis* de Henryk Sienkiewicz, es homenajear a los mártires de una religión que, en la novela, se antepone, como un depositario de cualidades fraternales y amorosas, a una sociedad decadente que sucumbe ante la fascinación por la crueldad y obedece a un poder envilecido. Pero para levantar la loa a la resistencia cristiana se escenifica la incapacidad política y la ambigüedad moral de Marco Aurelio. Porque lo que termina planteándose es que el emperador fue el principal culpable de estos hechos que la historia de los vencedores, es decir la de los cristianos, ha edificado. Esto no es motivo, por supuesto, para censurar el balance de Gallo, pues lo suyo es una novela y, por tanto, pura ficción. Pero es evidente que al leer su libro el desocupado e ingenuo lector concluye que lo contado, al menos frente a los martirios y el mecanismo político que los ordenó, fue la verdad de lo sucedido.

6

Charles Renouvier es el autor de un sugestivo libro llamado *Ucronía*. Largo ensayo historiográfico con atavíos de novela, y enmarcado en las tendencias utopistas del liberalismo francés de mediados del siglo XIX. *Ucronía* parte de una mutación imaginada de la historia de la Roma imperial del siglo II, para tratar de incidir en el devenir democrático de la Europa Occidental. La ucronía, tal como la propone Renouvier, es una

historia paralela que se desencadena por unas trascendentales decisiones políticas asumidas por Marco Aurelio. En esta variante de lo que sucedió y habría de suceder —y aquí se sitúa la ficción literaria de Renouvier— Marco Aurelio no cede el poder a Cómodo. Al contrario, decide desterrarlo y continúa con la adopción del mejor, empezada por Nerva y continuada por Trajano y Adriano. De tal manera que el emperador otorga la administración del imperio a Avidio Casio, a Claudio Albino y a Helvio Pertinax, quienes, amparados por principios estoicos, harán cumplir los propósitos del virtuoso regente. Estas medidas son todas de tipo utópico, si se tienen en cuenta las situaciones de la época, pero vistas desde ahora apuntan a la consolidación de sociedades más justas e igualitarias, más liberales y progresistas, y obedecen a la ideología política del infatigable activista político y filosófico que fue Renouvier.

Algunas de las medidas propuestas por este Marco Aurelio liberal son, entre otras, otorgar la ciudadanía a todos los habitantes libertos de las provincias occidentales. Ceder las tierras incultas a los campesinos que se comprometan a cultivarlas. Disminuir la esclavitud otorgando manumisiones a esclavos responsables y trabajadores. Reducir impuestos a los más pobres y aumentar los de los más pudientes. Reducción del servicio militar obligatorio a tres años. Aumentar las instituciones educativas gratuitas del Estado y fortalecer la enseñanza de la filosofía y las letras. Ampliar los derechos civiles de las mujeres. Y, finalmente, prohibir la ciudadanía romana a todos aquellos que se declaren cristianos y rechacen las obligaciones cívicas exigidas por el código civil romano.

Es en este último punto, por supuesto, donde el Marco Aurelio de Renouvier se diferencia del de Gallo y demás escritores que lo han denigrado por haber perseguido a los cristianos. En *Ucronía* se postula una transformación de la historia del personaje para reivindicar el papel civilista y antimilitarista, racional y pacifista que, a juicio del escritor francés, debería de tener el destino histórico si no del planeta, al menos de la Europa Occidental. Este Marco Aurelio tan pragmático como utopista se suicida, incluso, porque no quiere implementar la violencia para llevar a cabo las medidas que deja planteadas en su testamento. Testamento que es uno de los pasajes más atractivos del libro de Renouvier, porque en él se dibuja a un emperador que apunta al futuro, es decir, a este en el que nosotros, ciudadanos del siglo XXI, nos movemos. Marco Aurelio es consciente, por ejemplo, de que los tres

grandes problemas que debe superar la civilización romana para proyectarse en el futuro son el militarismo, la esclavitud y la intolerancia religiosa.

Frente al militarismo, el emperador de *Ucronía* propone una progresiva eliminación de los ejércitos hasta llegar a la desaparición de la profesión militar, perjudicial porque ella tiende a la violencia, para una vivencia verdadera de la paz. Ante la esclavitud, considera necesario abolirla de cualquier república que se pretenda justa. Y con respecto a la intolerancia religiosa, aconseja que los cristianos deben ser expulsados del imperio por odiar la libertad de las conciencias y oponerse a que ella sea extendida por el mundo. Pero el Marco Aurelio de Renouvier es magnánimo y considera que no se debe castigar con la muerte a aquellos sectarios que detesten a Roma y la tilden de gran Babilonia digna de ser devorada por el fuego divino. Solo hay que desterrarlos y dejarlos regresar cuando estén curados de su intransigencia y de su ambición de tomarse el poder. Este altruismo estoico se trasunta, especialmente, en el juramento que los cristianos deben hacer si quieren permanecer en las provincias occidentales de Roma. Es interesante citarlo aquí porque actúa como un espejo que refleja las bases esenciales sobre las que se han edificado las democracias europeas actuales; no sobre un libro religioso, sino sobre una especie de código civil. El cristiano y cualquier otro ciudadano de la gran ciudadela que anhela Marco Aurelio debe decir:

Creo en la durabilidad del mundo, en la moral natural del hombre, en la santidad de los derechos y de los deberes sociales; respeto la conciencia de mis conciudadanos y los cultos que han fundado o que puedan fundar más adelante, siempre y cuando esos cultos no atenten contra la libertad ajena; reconozco el orden político en el que mis propios derechos son reconocidos; no pongo por encima de ese orden, en lo que pertenece a su dominio, ninguna potencia sobrenatural capaz de obligarme; y renuncio a toda acción personal y a toda asociación cuyo fin consistiera en someter la vida civil a una creencia religiosa.

7

En *Con los ojos abiertos*, Marguerite Yourcenar hace una declaración polémica. Al preguntársele por qué no optó por Marco Aurelio y

sí por Adriano para escribir su célebre novela, la escritora belga responde que la experiencia humana de Marco Aurelio es profunda pero no vasta, mientras que la vida de Adriano ofrece lo variado y múltiple. Opina, además, que lo referente a Marco Aurelio ya fue dicho por él mismo. Reduce la vida de este emperador a una cotidiana postura de la armadura romana, a la sobriedad de un funcionario escrupuloso y descorazonado, y a un enfermo que tomó, también todos los días, medicamentos para sus úlceras estomacales. Y consciente quizás de esta semblanza limitada, Yourcenar pone como remitente de la larga carta que escribe Adriano al joven y meditabundo Marco Aurelio.

Pero pareciera que la literatura frente a Marco Aurelio no ha hecho mucho caso a las palabras de Yourcenar. Yo, que tanto he aprendido de ella, de sus novelas y ensayos así como de sus posiciones políticas, también la he desatendido. Porque solo fue sumergirme en la vida y la época de este emperador, de un modo bastante similar a como ella lo hizo con el suyo —afianzado en la investigación exhaustiva y ejerciendo una frecuente empatía hacia el personaje ficcionalizado—, para concluir que su existencia fue tan rica como variada, y tan dramática como ejemplar. Y mi divisa, siguiendo la tradición iniciada por Antonio de Guevara, fue reinventar a Marco Aurelio. ¿Y para qué? Pues para ponerlo a dialogar con nuestros días.

El Marco Aurelio que ofrezco al lector en mi reciente novela titulada *Marco Aurelio y los límites del imperio* es, entonces, un gobernante que, en las vísperas de su muerte, hace un recuento de su periplo existencial desde los cuarteles de invierno. Es un hombre otoñal y enfermo quien reflexiona sobre las sinuosidades del poder y también sobre su paradójica esencia. Se abordan, en diferentes momentos de la novela, temas como el sentido de la vida y la muerte, los ciclos breves y sucesivos de ese orden cósmico entendido por los estoicos, el amor familiar y el deseo erótico, los éxtasis solares, el conflictivo vínculo que tuvo Roma con los bárbaros y los cristianos, y la búsqueda incesante de una paz menoscabada a toda hora por el advenimiento de la guerra. La novela que escribí, haciendo eco del contexto temporal en que comencé a idearla, inicia con la llegada de la peste a Roma. Luego se hace un recuento de la infancia y adolescencia de Marco Aurelio teniendo como referente lo escrito en *Meditaciones*.

Pero lo que es brevedad y misterio en el primer libro de esta obra, decidí ampliarlo en la novela. Así, meros nombres de hombres y mujeres pronunciados para ser agradecidos por los favores y enseñanzas recibidas se llenan de gestos y carnalidad, de planteamientos éticos, intelectuales y apasionados frente a las diferentes facetas de la vida. Y es que mi intención fue otorgar, a la vez que respetar la cronología de los hechos de la vida de Marco Aurelio, una mayor envergadura humana a esos personajes que la historia ha tratado ya sea con desdén o indiferencia, ya sea con injuria ominosa. Por tal razón, traté de reivindicar a las mujeres. Y ellas se presentan como acompañantes primordiales a la hora de querer entender las dinámicas del comportamiento íntimo y público del emperador.

En esta dirección, la figura de Domicia Lucila, la madre, es sinónimo de luminoso amparo. Faustina, la esposa, no es la pérfida amante de gladiadores brutos, sino alguien inteligente y sensato que se une a las arduas tareas administrativas de su esposo. La emperatriz, incluso, es objeto de erotización en la novela, así como lo es aquella concubina tardía y anónima elegida por Marco Aurelio y que apenas es mencionada por la *Historia Augusta*. Tal erotismo acaso sea uno de los riesgos más grandes que asumí a la hora de ficcionalizar una figura histórica que, en razón de su sacralización, ha sido despojada de cualquier goce corporal y de toda fantasía sexual. Finalmente, está el papel que ocupa en la novela la nodriza que tuvo el emperador. La evocación de esta joven, esclava griega que amamantó al bebé y le enseñó al niño las primeras palabras de su lengua, actuará a lo largo de la formación sensual y mística de Marco Aurelio como una suerte de hilo de Ariadna que lo conducirá al hallazgo que significa todo centro.

Con todo, hay un personaje que me permití inventar para introducirme como escritor del siglo XXI y darle a la novela una crítica al devenir militarista del imperio romano. El de Roma, recuérdese, fue un modelo de civilización basado en la expansión bélica y en la idea de una supremacía social. A mí no me interesó nunca caer en la lisonja ni a Roma ni a Marco Aurelio, a pesar de sentir atracción por los inmensos aportes de la cultura de la primera, y por la visión estoica de la vida y la muerte del segundo. Al contrario, quería polemizar con ambos. Por este motivo, y porque la pretensión de la novela fue siempre actualizar la figura de un emperador de la Roma del siglo II, puse la figura de Livio Tertulo

en escena, que es un pacifista alimentado por las ideas de Musonio Rufo, y un antiesclavista y una especie de feminista como lo fueron muchos estoicos de la antigüedad.

Ahora bien, esta idea de confrontar diferentes miradas sobre la presencia de la guerra en los procesos civilizatorios se enmarca con claridad en la tradición cervantina. En mi novela se plantea o, más bien, se debate la idea que Cervantes ilustra en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de que son las armas las que deben ser cantadas por las letras y que estas últimas han de jugar un papel subalterno. Aunque la novela de Cervantes es una apuesta por la imaginación literaria y su hidalgo es magnánimo y combate a favor de los más humildes, no deja de ser también un hombre intoxicado por la idea de las armas y su sistema de vanaglorias y celebraciones. Aunque ¿cómo pasar por alto la caricaturización de Cervantes del pomposo caballero militar al vestir a don Alonso Quijano con armas risibles y montándolo en un caballo enclenque?

8

Escribir desde la Colombia del siglo XXI una novela sobre Marco Aurelio significa no solo entrar en esa literatura extraterritorial, que planteó en su momento George Steiner, como una expresión cosmopolita surgida en coordenadas que los idearios regionalistas asfixian con frecuencia, sino también formar parte de esa importante tradición que llegó al Nuevo Mundo traída por los europeos cultos y letrados del siglo XVI y XVII. Significa, asimismo, decir que nosotros, los escritores de estos parajes montañosos, costeros, llaneros y selváticos de América del Sur, somos inobjetable herederos de Roma.

Semejante heredad puede verse reflejada, aquí y allá, en la literatura colombiana. Surge con las preocupaciones estilísticas y las faenas del traductor en Miguel Antonio Caro, quien hizo una de las traducciones más impresionantes de la *Eneida* de Virgilio al español. Aparece en esa rara novela, deliciosamente erudita, *Phineés*, de Emilio Cuervo Márquez, que supo abrir una veta de la que algunos de nosotros seguimos bebiendo. O en los poemas de Guillermo Valencia en los que esa Roma antigua se asoma, a veces, con la perfección de un mármol esculpido. O en la valentía del guerrero enamorado que describe «La muerte del

estratega» de Álvaro Mutis. O en el ir y venir de Pablo de Tarso, convencido de que él mismo es un hombre y, al mismo tiempo, un iluminado por Dios, que Germán Espinosa forja en *El signo del pez*.

La literatura es, finalmente, como el cauce de un río que avanza en el tiempo alimentado de sus múltiples afluentes. Y la lengua, escrita y oral, es el agua que nos hace creer que es la misma así cambie cada vez que se la mire. Y los acontecimientos tumultuosos, las civilizaciones que se suceden, los numerosos seres humanos entran en esa suerte de corriente que sigue y no cesa y se siente interminable por momentos, para después desembocar en la vastedad de otros horizontes. Entre esas iluminaciones portentosas, provocadas por el torrente de la historia, está Roma y todo lo que de ella continua desprendiéndose. Por ello decir, amparándonos en uno de aquellos bárbaros similares al que registra Borges en «Historia del guerrero y la cautiva», *nos quoque romani sumus*, es decir que esa antigua tradición sigue palpitando con fuerza entre nosotros.

VER CON PALABRAS*

Por
Pedro Alejo Gómez**

Apreciado Pablo:

Le ha correspondido a usted la silla de Adolfo de Francisco, un ilustre médico y humanista que sabía que las palabras son la primera herramienta terapéutica y que igual que a las heridas a veces también hay que curar la vida. Tengo de Adolfo el recuerdo indeleble de una amistad que a lo largo de la vida fue una lección. No podría por ningún motivo comenzar sin evocarlo. Celebro que sea usted quien ocupe la silla que a él le correspondió.

I

Hace ya unos años escribí un texto para el ingreso de Pablo Montoya a quien propuse como miembro correspondiente de esta Academia. Quiero ahora completarlo con algunas reflexiones sobre su obra reciente y decir algunas cosas sobre su persona.

Hay una independencia central en la obra Pablo Montoya que debe resaltarse. Una independencia que no capitula y que es radicalmente la razón de ser del escritor, que es un hombre que se asoma con palabras y desde las palabras al vasto horizonte de todos los tiempos pasados, presentes y por venir. El escritor es un hombre que ve con palabras y que con ellas muestra. Decir, etimológicamente, es mostrar.

Esa independencia es la responsabilidad del escritor consigo mismo y con los hombres. Los temas que Montoya aborda y la forma en que lo

* Discurso pronunciado el 2 de mayo de 2024 en la ceremonia de recepción de Pablo Montoya como miembro de número.

** Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua.

hace son la prueba de esa independencia, tanto más apreciable en una época en que las editoriales fabrican escritores que a la postre no son más que sus amanuenses, o, si se quiere, sus productos. Esa honorable independencia en los temas y la forma de abordarlos son la razón de la dignidad de su obra y serán la razón para que esta perdure.

II

La obra ensayística de Montoya es una admirable prueba de lucidez. *Un Robinson cercano* —lo cito como ejemplo— comprende diez ensayos sobre literatura francesa del siglo XX que van de Gide a Julien Gracq y Celine. Esos textos están poblados de agudas observaciones que revelan esa capacidad reflexiva que permite que la decantada obra de Montoya tenga la singularidad y la hondura que tiene.

Esas lecturas permiten afirmar que la ciudad que él habita es el tiempo, que es la más populosa de todas las ciudades. «El lenguaje es la única sociedad del hombre (cháchara, cotilleo, familia, genealogía, ciudad, leyes, charla, cantos, aprendizaje, economía, teología, historia, amor, novela) y no se conoce ningún hombre que se haya librado de él», afirma Pascal Quignard, sobre quien escribe uno de esos ensayos.

III

Hombre en ruinas —un extenso poema en prosa que Pablo Montoya presentó hace años en la Casa Silva— es una epifanía que está en el corazón de su obra, particularmente en *Lejos de Roma* y en *Marco Aurelio y los límites del imperio*. De todo queda un vestigio que va desde la geología hasta el trazo deliberado.

Una nota de autor sobre *Hombre en ruinas* recuerda que

frente al Coliseo, asediado de voces y de imágenes que me llegaban desde el fondo de la memoria más remota, tuve que aferrarme a la escritura. Surgieron entonces los primeros bocetos de lo que más tarde sería un extenso poema en prosa sobre el sentido en el vestigio. [...] seguí escribiendo sometido a las impresiones dadas por el tiempo ido y a la ansiedad del hombre por permanecer [...] sabiendo que lo único perdurable es la huella. Huella cuyo palpito es una imagen fragmentada que después se funde en el olvido.

Digo que *Hombre en ruinas* forma una trilogía con *Lejos de Roma* y *Marco Aurelio*, libros estos que son, sin duda, significativamente y más que cualquier otra cosa, diálogos con Ovidio y Marco Aurelio. Esas voces articuladas que residen en las *Metamorfosis* y las *Meditaciones* con las que sus autores buscaron hacer retroceder las fronteras de la muerte, usted, Pablo, las acoge más que como testimonios como palabras en el diálogo del hombre que es la vida. Mientras dure el diálogo durará la vida porque la vida es cambiante y la muerte, en cambio, es quieta y rígida y no se mueve.

Quiero citar, en homenaje a usted, unas líneas de una de las cartas que le escribió Marco Cornelio Frontón a Marco Aurelio: «Sucede que el filósofo puede ser un impostor, pero el que se dedica a las letras no puede serlo. Lo literario es cada palabra. Por otra parte, su propia investigación es más profunda a causa de la imagen». Su obra, Pablo, ajena al truco y libre de toda grandilocuencia, prueba la verdad de Frontón. Otros textos suyos —«Estación Tolstoi» y «La risa de Voltaire» y las otras peregrinaciones— son visitas, diálogos con hombres, respuestas siglos después en el gran diálogo de los tiempos que es la historia.

Publio Ovidio Nasón, el hombre que al comenzar las *Metamorfosis* afirmó con una belleza que se confunde con la verdad que, «ahora estoy preparado para decir cómo los cuerpos se transforman en otros cuerpos», exiliado por Augusto está abocado a explorar en Tomis, a donde habría de morir, la geografía del destierro que son los repetidos confines de su propia memoria. Ese es el asunto de *Lejos de Roma*. Otros son los territorios que aborda *Marco Aurelio y los límites del imperio*. Es interesante anotar la relación entre los territorios de los dos libros: uno explora los íntimos confines de la memoria y, en él, su límite con el tiempo son sus nostálgicos recuerdos pues, más que a otra parte, Ovidio está desterrado en el fondo de sí mismo y el otro aborda los confines del mundo afuera, hasta donde es alcanzable.

Los años durante los que hemos conversado me han parecido apenas el preludeo de todas las cosas que nos quedan por abordar. Quienes conocieron a mi padre recuerdan su inmensa cultura que no usaba para apabullar, su ecuanimidad, la costumbre de no imponer distancias. Si ahora lo menciono es justamente porque su trato me lo recuerda.

Su ingreso a esta Academia es un honor. Me honra darle la bienvenida.

LA CONTROVERSIA ENTRE EL CENTRALISMO Y EL REGIONALISMO EN LA HISTORIA DE COLOMBIA*

Por
José Antonio Ocampo

I. Las raíces históricas de nuestra heterogeneidad regional

La combinación de nuestra compleja geografía con la evolución de nuestras estructuras poblacional y económica ha generado una diferenciación regional profunda que es una de las esencias de nuestra nacionalidad. Si nos remontamos a la Colonia, en muchas partes del país sobrevivieron pueblos indígenas, pero también se mezclaron con la población blanca dando lugar a regiones donde predomina el mestizaje. En una parte importante de las zonas bajas, las que limitan además con nuestras dos costas, se impuso la esclavitud para la explotación del oro, la conformación de grandes haciendas y la provisión de servicios a los hogares urbanos ricos. La población afrodescendiente hace, por lo tanto, presencia importante e incluso dominante en estas zonas. Y a dos regiones, Antioquia y Santander, vinieron migraciones tardías de población blanca durante la Colonia que conformaron unas estructuras económicas en las que, respectivamente, la pequeña minería de oro y la artesanía textil vinieron a hacer una parte de sus actividades económicas.

Esta heterogeneidad racial, si se me permite utilizar ese término, asociada además a la geografía y a las actividades económicas, es una de las características más importantes de Colombia si se compara con otras naciones latinoamericanas. En efecto, si se miran los censos de población

* Discurso pronunciado el 20 de agosto de 2024 con motivo de la posesión como individuo correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Agradezco en particular los comentarios del académico Pedro Alejo Gómez a mi presentación en la Academia, así como a Darío Restrepo y Carmen Astrid Romero a una versión previa de este documento. El documento utiliza apartes de un artículo en el libro *Colombia, Control Fiscal en la República, 200 años*, publicado por la Contraloría General de la República y la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, y de versiones previas de ese ensayo.

que se hicieron en torno a 1800 se observan cuatro estructuras poblacionales muy diferentes en América Latina. En la primera predomina la población mestiza e indígena, con México y Perú, centros ambos de los principales virreinos, como los ejemplos más notorios. Un segundo grupo lo constituyen los países donde predominaban las poblaciones afrodescendientes, con Brasil, Cuba y Venezuela; como desde la Colonia la población blanca: Chile y Uruguay. Y hay un cuarto grupo donde los tres grupos raciales se dividían casi por terceras partes: Argentina y Colombia. Argentina dejó de serlo, en parte por la venta de esclavos a Brasil, pero sobre todo por la masiva migración europea que recibió a fines del siglo XIX y comienzos del XX. De esta manera, nuestro país fue el que mantuvo esa heterogénea estructura racial, muy asociada, además, a las diferencias regionales del país.

La evolución económica transformaría profundamente algunas de estas estructuras poblacionales. En ese sentido, conviene resaltar que en las primeras décadas de la República se generaron tres procesos importantes. El primero fue la liberación gradual de los esclavos, quienes, como efecto de las guerras de independencia, fueron liberados al unirse tanto a los ejércitos españoles como a los que nos dieron la independencia; a ello le sucedió la libertad de vientres decretada en 1821 en el Congreso de Cúcuta y luego la eliminación final de la esclavitud en 1851. Aunque los antiguos esclavos se integraron a actividades urbanas y rurales en calidad de subalternos, uno de los efectos más importantes fue la desaparición de la minería esclavista de oro del Pacífico, que dejó a la población del Chocó y la costa del Cauca en una situación de aislamiento y extrema pobreza. Curiosamente, el surgimiento de Buenaventura como uno de los principales puertos de Colombia, gracias a la construcción casi simultánea del canal de Panamá y del ferrocarril del Pacífico en la década de 1910, no le generó a esa población afrodescendiente grandes posibilidades, ya que las actividades económicas principales se concentraron en Cali. Como lo he señalado en uno de mis escritos, Cali se convirtió en el puerto y Buenaventura en el muelle. Esta es una estructura económica que, por lo demás, se ha mantenido en gran medida hasta nuestros días.

El segundo proceso fue la importación creciente de textiles ingleses con precios bajos, alimentados por la primera revolución industrial, que terminó por acabar con la industria textil de algodón de Santander. Las viejas zonas artesanales de esa región, como Socorro, Vélez, San Gil y

zonas vecinas, que producían dichos productos para nuestro país, y también en parte para lo que hoy son nuestras naciones vecinas, entraron por ello en un período de decadencia. Esas zonas concentraban la décima parte de la población colombiana, pero comenzaron a perder peso poblacional desde mediados del siglo XIX. Es interesante que la artesanía textil de lana sobrevivió, notablemente, en Boyacá, donde el empleo artesanal era el más importante del país de acuerdo con el censo de población de 1870.

El tercer proceso, y el más importante en términos poblacionales, fue la migración interna en distintas regiones del país. En tal sentido se destaca, en primer término, la migración de la población antioqueña hacia el sur de ese departamento, así como a Caldas, Quindío, Risaralda y al norte del Valle del Cauca y del Tolima. También fue importante la ocupación de la falda occidental de la cordillera oriental, especialmente de Cundinamarca. Estos dos procesos migratorios serían el epicentro de la expansión cafetera de fines del siglo XIX y, especialmente, el primero de ellos de las primeras décadas del siglo XX. A estos procesos se agregan la ocupación del Magdalena medio, el Tolima y el Huila, así como, en menor medida, de la Orinoquia, con actividades ganaderas, pero también de algunos productos agrícolas, entre los que se destacó por algunos años el tabaco de Ambalema.

Aparte del ascenso del café, otros procesos económicos afectaron las estructuras poblacionales. El primero fue el ascenso de dos nuevos puertos, Barranquilla primero y Buenaventura después, así como la navegación a vapor, especialmente por el río Magdalena. El segundo fue el desarrollo gradual de nuestro sistema de transportes, muy deficiente en el caso de los ferrocarriles y mejor, aunque tardío y gradual, el de las carreteras. El tercero fue el ascenso de la industria moderna, con Medellín y Bogotá como sus principales centros, pero también Cali y Barranquilla. Como resultado de todos estos procesos y, en general, del desarrollo económico del país, se originó un proceso de urbanización con el predominio gradual de los centros industriales pero, también, dada la compleja estructura regional del país, de muchas ciudades intermedias importantes.

Esta heterogeneidad regional se ha manifestado en distintos momentos de la historia en la organización política, es decir, en el papel

del gobierno nacional vs. los gobiernos regionales y locales. Sin embargo, muy comúnmente las interpretaciones históricas sobre estos temas son proyecciones de una visión del presente hacia el pasado o una repetición de viejos juicios sobre algunos períodos históricos. Por ejemplo, el federalismo que caracterizó al país durante varias décadas del siglo XIX es considerado por muchos como un fracaso, sin tener en cuenta no solamente consideraciones que relativizan su supuesto «fracaso», sino, además, la gran diferencia entre el debate federalismo-centralismo de entonces y las circunstancias del país en períodos posteriores. Por otra parte, comúnmente se supone que el centralismo ha sido una constante en el país desde 1886, ignorando la diversidad de situaciones que vivió bajo la vigencia de la Constitución centralista expedida en ese año.

En contra de este tipo de interpretaciones, es esencial resaltar que el debate centralismo-descentralización ha variado significativamente a lo largo de los poco más de dos siglos de nuestra historia independiente. Notablemente, los debates más contemporáneos tienen que ver con la racionalización y control sobre un aparato estatal más desarrollado. Este aparato estatal comenzó a insinuarse con claridad en la década de 1920, pero su gran desarrollo fue posterior. Por el contrario, hasta comienzos del siglo XX se debatió en torno a un aparato estatal que, incluyendo a los militares en tiempo de paz, nunca debió sobrepasar significativamente los 10 000 empleados en todo el país y tenía, además, una capacidad muy reducida para proveer servicios sociales e infraestructura. En torno al control sobre este exiguo aparato estatal se discutió, sin embargo, la formación misma de la nacionalidad colombiana.

II. El debate centralismo-federalismo en las primeras fases de la República

En la época colonial, el actual territorio colombiano tenía una economía completamente desarticulada: una «economía de archipiélago», como la denominó correctamente Luis Eduardo Nieto Arteta (1975, p. 15). A esta realidad económica correspondía una segmentación del poder político, expresada en la Colonia a través de la institución del cabildo. Era obvio, por lo tanto, que una vez desaparecida la fuerza aglutinadora del imperio, el territorio se fragmentara en la única realidad económica y política que existía: la localidad. Así lo

expresó claramente José Manuel Restrepo, quien fue, además, uno de los grandes próceres de la naciente República:

Apenas hubo ciudad ni villa rival de su cabecera, o que tuviese algunas razones para figurar, que no pretendiera hacerse independiente y soberana para constituir la unión federal o para agregarse a otra provincia [...]. Donde quiera que hubo un demagogo o aristócrata ambicioso que deseaba figurar se vieron aparecer juntas independientes y soberanas aun en ciudades y parroquias miserables (Restrepo, 1969, pp. 149-150).

Este federalismo radical, si se le puede llamar así, fue el que caracterizó el período de la llamada «Patria Boba».

Ante esta situación objetiva, solamente se interpuso la realidad militar, es decir, la necesidad de luchar unidos por nuestra independencia (Bushnell, 1966, pp. 33-34). La necesidad objetiva del centralismo en la lucha independentista se expresó con fuerza en la evolución del pensamiento de muchos de los caudillos de la independencia, especialmente en el caso de Bolívar.

De esta manera, en los primeros años de la República, el federalismo expresó una realidad económica y política: la desmembración del territorio; y el centralismo otra: la necesidad de la lucha por la independencia. Era natural, sin embargo, que una vez terminada la guerra el sentimiento federal se manifestara de nuevo con fuerza. Se expresó tanto en la división de la Gran Colombia como en la pugna entre los grandes caudillos por el control sobre las grandes unidades territoriales con la guerra de los Supremos de comienzos de la década de 1840 —como una de sus manifestaciones— en la entonces República de la Nueva Granada.

Además, la misma existencia de los caudillos debilitó las élites locales o, al menos, las obligó a expresarse a través de ellos. De esta manera, uno de los principales resultados de la independencia fue la capacidad del poder nacional de controlar las entidades locales. En materia económica, los primeros gobiernos republicanos se concentraron, fundamentalmente, en la reorganización del sistema fiscal nacional, con su foco principal en las aduanas y los monopolios del tabaco y

la sal, pero hicieron muy poco en el terreno de las finanzas provinciales y municipales. A fines de la década de 1840, los recaudos brutos del gobierno nacional eran de \$ 2,6 millones—los netos apenas la mitad de esta magnitud—, las rentas provinciales y municipales solo \$ 550 000.

El federalismo logró expresarse plenamente desde mediados del siglo XIX y quedó plasmado en tres Constituciones sucesivas: la de 1853, promovida por los liberales radicales y los conservadores; la de 1858, aprobada bajo un gobierno conservador; y la de 1863, por dos grupos liberales. El federalismo fue, por lo tanto, un verdadero consenso nacional.

Este movimiento federal de mediados de siglo XIX no fue, sin embargo, un intento de retornar al localismo de la Patria Boba. Por el contrario, la Constitución de Rionegro, la única duradera entre las constituciones federales, dividió el país en nueve grandes estados. Uno de sus efectos, curiosamente positivos, fue que impidió que los conflictos entre localidades dentro de los estados se convirtieran en conflictos nacionales (Tirado Mejía, 1976, pp. 22-27; Safford, 1977, pp. 233-234). Por eso, a pesar de que el período federal estuvo plagado de numerosas guerras civiles locales, solo experimentó una guerra civil nacional—la de 1875-1876—. El intento centralizador de fines de siglo XIX dio lugar, en cambio, a tres guerras nacionales en quince años.

Para los liberales, el motivo fundamental de la descentralización fue robustecer la iniciativa local, que en un país desarticulado como la Colombia de ese entonces era un requisito necesario para cualquier avance económico. La primera gran manifestación del sentimiento federal de mediados de siglo fue la descentralización de rentas y gastos de 1850. Salvador Camacho Roldán señaló, al respecto, que «Entre las diversas reformas introducidas por la idea liberal, ninguna tan esencial al desenvolvimiento del sistema republicano como la descentralización de rentas y gastos» (Camacho Roldán, s.f., p. 169). Aníbal Galindo lo manifestó con igual fuerza: «La ley de descentralización fue menos que un arbitrio fiscal, y más que una medida económica, porque fue una gran reforma política para sacar al país del marasmo del centralismo y remover toda su actividad con los estímulos del gobierno propio» (Galindo, 1978, p. 177).

En términos fiscales, el federalismo fue un éxito rotundo. Con rentas cedidas de menos de \$ 500 000, los recaudos de las entidades seccionales alcanzaron un máximo de \$ 3,5 millones oro a fines del período federal, es decir, el equivalente a dos tercios de las rentas nacionales, una proporción que nunca se volvería a alcanzar. Vale la pena anotar que este robustecimiento de las finanzas de los estados soberanos no se hizo a costa de las rentas nacionales. Por el contrario, estas rentas también se incrementaron gracias a un crecimiento de los recaudos aduaneros. Esto fue posible ya que el período federal fue también el de mayor crecimiento de la economía colombiana en el siglo XIX (Ocampo, 1984, cap. II). El federalismo permitió, además, que los estados con mayores recursos—especialmente Antioquia—se aislaran en gran medida de los conflictos en otras zonas del país y se concentran en su propio desarrollo (Brew, 1977, pp. 94-101).

En la década de 1870, el federalismo pasó a ser atacado por los propios liberales por dos razones diferentes. La primera es porque, en la visión de algunos de ellos, la Constitución de 1863 se había convertido en un obstáculo para el desarrollo de la nacionalidad colombiana. Rafael Núñez, el ideólogo fundamental del ataque al federalismo, lo expresó con claridad: «En el funesto anhelo de desorganización que se apoderó de nuestros espíritus, avanzamos hasta dividir lo que es necesariamente indivisible; y, además de la frontera exterior, creamos nueve fronteras internas, con nueve códigos especiales, nueve costosas jerarquías burocráticas, nueve ejércitos, nueve agitaciones de todo género casi repitentes» (Núñez, 1945, p. 434). En su visión era necesario, por lo tanto, unir «lo que es necesariamente indivisible», es decir, la nacionalidad. Núñez olvidó, sin embargo, que el federalismo había sido un consenso nacional del cual, además, él había hecho parte.

El segundo ataque se situó en el terreno de las finanzas públicas. Curiosamente, el período de mayor robustecimiento de las finanzas públicas colombianas en el siglo XIX—la década de 1870—fue también el de altos déficits fiscales. El motivo fundamental fue que el gobierno nacional se enfrascó en innumerables obras públicas, principalmente en la construcción de ferrocarriles. Además, los estados comenzaron a acudir crecientemente al fisco nacional y, dadas las inmensas necesidades del país en el ramo, la situación se hizo explosiva. Aníbal Galindo, escribiendo como secretario—ministro—de Hacienda en 1883,

vio en esta costumbre de auxilios nacionales una reaparición del centralismo y un debilitamiento de la energía local que se había tratado de promover con la descentralización de mediados de siglo (Galindo, 1978, pp. 274-278).

III. El intento de centralismo a ultranza y el consenso descentralizador

La transición del federalismo al centralismo y, posteriormente, a un nuevo consenso descentralizador duró veinticinco años: desde la guerra civil de 1885 hasta el triunfo de la Unión Republicana, de origen bipartidista, en las elecciones de la Asamblea Nacional Constituyente de 1910. Este cuarto de siglo fue un período caracterizado por grandes traumatismos políticos: tres guerras civiles, entre ellas la más sangrienta de nuestra historia, y una dictadura. Como lo señaló Charles Bergquist, la república unitaria se estabilizó en 1910 sobre la base del dominio político de una «clase dirigente nacional» íntimamente ligada al comercio exterior. Se trataba de una clase que se había formado lentamente a través del siglo XIX y que se venía expresando, tanto a través del partido liberal, como del conservador (Bergquist, 1981). La hegemonía política de esta clase dirigente inició el período de despegue definitivo del capitalismo moderno en Colombia e hizo posible la transición desde la década de 1920 a un Estado moderno.

La Unión Republicana logró en 1910 un consenso sobre la necesidad de autonomía y un relativo poder fiscal de los gobiernos regionales. Este movimiento fue precisamente una victoria contra el intento ultracentralista de Rafael Reyes, que quiso eliminar cualquier vestigio de independencia de los gobiernos regionales a través de la división de los antiguos estados en pequeños departamentos, la eliminación de sus fuentes de recursos propios y su reemplazo por transferencias del gobierno central, entre otras reformas. Finalmente, el movimiento republicano logró fijar como rentas departamentales las de degüello, licores y tabacos, sobre las cuales se había presentado una gran pugna con la Nación desde 1887. Además, logró incluir en la reforma constitucional de 1910 el principio según el cual «Los bienes y rentas de las entidades territoriales son de su propiedad exclusiva; gozan de las mismas garantías de la propiedad y renta de los particulares y no podrán ser ocupadas sino en los mismos términos en que lo sea la propiedad

privada», que quedó consagrado como el artículo de 183 de nuestra anterior carta política (Vidal Perdomo, 1978, pp. 8-10; Cruz Santos, 1966, pp. 40, 46-47, 109-110 y 145).

Gracias a la división clara entre rentas nacionales y departamentales y a la creación de nuevas fuentes fiscales, los departamentos adquirieron una importancia solo ligeramente inferior a la que habían tenido los estados federados en el siglo XIX. En las décadas de 1910 y 1920, los ingresos departamentales giraban alrededor del 50 % de los ingresos nacionales —aunque en dicho cálculo se incluyen los aportes nacionales— (Ospina Vásquez, 1955, p. 350), contra un 27 % en 1887-1890 y un 15 % o menos durante el gobierno de Reyes.

La importancia fiscal de las finanzas regionales en los años 1920 fue, por lo tanto, mucho mayor de la que caracterizaba al país antes de las reformas descentralizadoras de los años 1980. Los departamentos y municipios superaban en conjunto a la Nación en términos de gastos en 1929, especialmente en los casos de la educación y la salud, y casi la igualaban en importancia en inversión pública. Solo en términos tributarios eran ampliamente superados. Sorprende, especialmente, la importancia de los departamentos y municipios en la inversión pública, y en el endeudamiento externo en la década de 1920 que fue necesario para financiarla. Dicho endeudamiento se concentró, sin embargo, en los departamentos y municipios más ricos, especialmente en Antioquia y Medellín, que contrajeron conjuntamente el 48 % de la deuda externa departamental y municipal y la cuarta parte de la deuda pública externa en dicha década. Esto indica que, al igual que en el período federal, la descentralización entonces prevaleciente terminó favoreciendo a las regiones con mayor capacidad fiscal.

IV. La centralización creciente

De esta manera, si bien la centralización política, militar, legislativa y judicial fue una constante desde 1886, el creciente centralismo que caracterizó la vida fiscal colombiana es un fenómeno histórico que solo se consolidó con posterioridad, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. En efecto, los tributos de los departamentos y municipios equivalían a un 54 % de los impuestos nacionales en 1929 y 50 %

en 1945, pero disminuyeron al 36 % en 1967 y solo a 18 % en 1978. La misma tendencia se observó en el gasto público.

Esta centralización fiscal fue básicamente el reflejo de las crecientes funciones que asumió el Estado en el proceso de desarrollo moderno del país. Dicho proceso no solo transformó cuantitativamente al Estado, desarrollando una burocracia numerosa, sino que, ante todo, lo alteró cualitativamente. De esta manera, el debate centralismo-descentralización cambió de naturaleza. En el terreno político, en la década de 1980 se discutía básicamente el control sobre un aparato estatal complejo y burocráticamente numeroso, que antes no existía, y se refería en particular a la posibilidad de incrementar la eficacia de la acción estatal mediante la mayor descentralización de algunas funciones públicas.

Para analizar con mayor atención las peculiaridades de este proceso de centralización, vale la pena distinguir tres esferas de la acción del gobierno nacional a través de las cuales se consolidó su dominio sobre otros niveles del sector público: 1) la provisión de infraestructura física; 2) los mecanismos de intervención y regulación de la economía; y 3) el gasto público social. Ante la creciente concentración de estas funciones en el orden nacional, solamente surgió como contrapeso histórico el desarrollo de los servicios públicos modernos, alrededor de los cuales los grandes municipios colombianos lograron mantener un peso importante.

Desde el punto de vista económico, la provisión de infraestructura adquirió una nueva dimensión cuando el Estado comenzó a desarrollar directamente los sistemas de transporte moderno, es decir, el ferrocarril, las carreteras y las facilidades portuarias. Este proceso se consolidó firmemente en la década de 1920. Vimos, sin embargo, que desde fines del período federal la presión de las subvenciones nacionales para las vías de transporte fue una constante histórica. Debido a los inmensos recursos de que dispuso la Nación en la década de 1920 para invertir en infraestructura, dichas presiones, canalizadas a través del Congreso nacional, produjeron una proliferación de vías y subvenciones, y una corrupción en el ramo que contribuyeron a interrumpir los ingresos de capital desde mediados de 1928, así como a la caída en 1930 del partido conservador, que había gobernado nuevamente al país desde 1914 (Patiño Roselli, 1981, cap. v).

Desde fines del siglo XIX, el problema básico en esta esfera fue el acceso diferencial de la Nación y las regiones, no solo a los tributos más jugosos, sino también al crédito externo. Los impuestos al comercio exterior fueron, desde la independencia, el ingreso tributario más importante, y ninguna reforma federal intentó descentralizar este ramo. Más aún, la necesidad de conformar un mercado interno condujo a la eliminación progresiva de las aduanas internas, lo que se consolidó definitivamente durante la Regeneración. Cuando surgieron nuevas fuentes tributarias de gran alcance, en particular los impuestos a la renta desde 1936 y a las ventas desde la década de 1960, se fortaleció de nuevo el fisco nacional. Por otra parte, aunque la Nación no tuvo acceso en el siglo XIX al crédito externo, por la imposibilidad crónica de pagar la deuda contraída durante la independencia, sí pudo servir como garante y fuente de subvenciones de las empresas ferroviarias privadas que se desarrollaron, la mayoría de las cuales eran extranjeras. Cuando el crédito externo se abrió por fin en la década de 1920, las regiones y ciudades más ricas del país se beneficiaron de él, como ya se señaló, pero su capacidad de endeudamiento estaba prácticamente copada en 1929, y la desorganización con la que acudieron a los mercados internacionales de capitales obligó al Gobierno nacional a establecer controles estrictos al endeudamiento de los departamentos y municipios mediante la Ley 6.^a de 1928. A partir de entonces, el control nacional sobre el crédito externo a los gobiernos subnacionales ha sido continuo.

En todo caso, si se exceptúa Antioquia, ninguna entidad territorial tuvo los recursos necesarios para desarrollar por sus propios medios las vías de transporte de mayor envergadura. El caso del Ferrocarril de Antioquia es tan excepcional que tiende más bien a confirmar la dificultad que tuvieron las regiones para desarrollar este tipo de obras. Por ejemplo, el Valle del Cauca, una región no solo relativamente rica, sino además en ascenso económico desde comienzos del siglo XX, fue incapaz de mantener y modernizar plenamente el puerto de Buenaventura.

La dependencia de los estados y departamentos del fisco nacional en lo relativo a las vías de transporte tendió a reproducirse en el nivel municipal, a medida que los gobiernos locales tomaron iniciativa en el desarrollo de los servicios públicos modernos. Al respecto, no hay que olvidar que muchos de estos servicios aparecieron inicialmente como empresas privadas y solo lentamente pasaron a ser controlados por los

municipios. Simultáneamente, con la intervención municipal se difundieron las subvenciones nacionales, que se regularizaron con la creación del Fondo de Fomento Municipal en 1940. Además, la Nación comenzó a jugar un papel creciente en el desarrollo eléctrico, una intervención que se acentuó a medida que las redes eléctricas se extendieron a las regiones más pobres y las zonas rurales del país, y que se construyó el sistema de interconexión nacional. En el ramo de telecomunicaciones, la centralización se impuso mucho más pronto. Sin embargo, la administración de los servicios públicos en las grandes ciudades colombianas permaneció como una función local, otorgándoles recursos a las empresas municipales, que les permitió invertir en el desarrollo de tales servicios y servir como unos de los pocos contrapesos a la centralización fiscal.

Al desarrollo de la infraestructura física se agregó en los años 1920 y 1930 una serie de mecanismos de intervención del Estado en la economía, que por su propia naturaleza se concentraron en el Gobierno nacional. Existían algunos antecedentes en materia de intervención del Estado, especialmente la creación del Banco Nacional a fines del siglo XIX y la política proteccionista de la Regeneración, muy acrecentada durante el gobierno de Rafael Reyes. Sin embargo, con la creación del Banco de la República y el Banco Agrícola Hipotecario en 1923, las medidas de emergencia ante la crisis mundial de los años 1930 y la política de «intervencionismo integral» de Alfonso López Pumarejo, se inició una fase de activa presencia estatal en la economía que se fue profundizando a lo largo del siglo XX (Ospina Vásquez, 1955; Tirado Mejía, 1981). Tal presencia se manifestó, no solo en la formulación de políticas económicas por parte del Gobierno nacional y su intervención en las relaciones agrarias y laborales, sino también en la creación de una gran cantidad de entidades descentralizadas y empresas públicas nacionales, que vinieron a hacer parte integral del centralismo que caracterizaba al Estado colombiano en la década de 1970.

A todo lo anterior, se añadió la centralización del gasto público social. En este terreno, a pesar de los esfuerzos que se realizaron durante el siglo XIX y comienzos del XX para extender los servicios educativos del Estado, estos no cubrían sino una proporción mínima de la población hasta mediados del siglo XX, y se encontraban aún menos desarro-

llados los servicios de salud. Con la extensión de los programas de educación y salud, su creciente diversificación y el desarrollo de las nuevas formas de gasto público social —los programas de vivienda popular, la seguridad social y el bienestar familiar—, la centralización se impuso en este ramo, acelerándose desde los años 1970 con la institución del situado fiscal, la nacionalización de la educación secundaria y el financiamiento de un número creciente de universidades públicas —muchas de ellas formalmente departamentales— por parte de la Nación (Misión de Finanzas Intergubernamentales, 1982, cap. IX). El situado fiscal, creado en la reforma constitucional de 1968 e instrumentado por la Ley 46 de 1971, fue históricamente una medida muy peculiar ya que, aunque de espíritu descentralizador, condujo a la nacionalización de facto de la educación primaria y de la salud a través del control central de los Fondos Educativos Regionales y los Servicios Seccionales de Salud.

De hecho, la nacionalización creciente de la educación y la salud fue el último paso en el proceso de centralización del Estado colombiano. Este proceso terminó creando una administración delegada de estos programas sociales, que en cierto sentido convirtieron a los departamentos en meras agencias políticas del Gobierno nacional. Además, los departamentos se vieron perjudicados por la proliferación de organismos paralelos del Estado, no solo las oficinas de las entidades descentralizadas nacionales (incluyendo los Fondos Educativos Regionales y los Servicios Seccionales de Salud), sino también las Corporaciones Regionales y varias entidades en diversos campos de la acción pública y, en los departamentos cafeteros, los Comités Departamentales. Al mismo tiempo, la mayoría de los municipios colombianos pasaron a depender casi completamente de las transferencias y de una multiplicidad de agencias nacionales (Misión de Finanzas Intergubernamentales, 1982).

En este proceso solo se mantuvo la importancia fiscal de los grandes municipios. No es, por lo tanto, sorprendente que ese fuera el espacio privilegiado para avanzar hacia una descentralización en la década de 1980. Sin embargo, más allá de ello, si la función histórica del centralismo fiscal en Colombia fue la extensión de las funciones del Estado, la descentralización efectiva de los amplios servicios estatales creó la posibilidad de revitalizar los gobiernos departamentales y municipales.

V. El retorno de la descentralización y sus frenos

El nuevo impulso descentralizador se expresó de nuevo desde los años 1980 y se materializó con fuerza en la Constitución de 1991. Tuvo dos propósitos diferentes. El primero fue el fortalecimiento de la democracia a través de la elección popular de alcaldes y gobernadores. El segundo fue acercar la competencia y, por ende, la responsabilidad de la prestación de servicios del Estado, especialmente de los servicios sociales, a la comunidad que los recibe. El proceso de descentralización fue financiado, en parte, con el fortalecimiento de los impuestos departamentales y municipales—particularmente de los segundos—y el crecimiento y mejor distribución de las regalías, pero especialmente por el aumento de la participación de los departamentos y municipios en los ingresos corrientes de la Nación. Esta última se transformó, sin embargo, en una de las causas de los desajustes de las finanzas públicas que surgieron en los años 1990, y condujo a la limitación de dichas participaciones desde comienzos del siglo XXI, lo cual se constituyó en un nuevo freno al proceso de descentralización.

El primer paso fue la reforma de los impuestos departamentales y municipales, como parte de las medidas de ajuste económico decretadas a comienzos de la administración Betancur mediante una emergencia económica. Al ser declarada esta última inconstitucional, las medidas correspondientes fueron la base de la Ley 14 de 1983. La reforma les dio en particular una mayor autonomía a los municipios para establecer sus impuestos prediales y de industria y comercio, dentro de los rangos en las tarifas establecidas por la ley, y les entregó a los departamentos un impuesto dinámico, el de consumo a la gasolina, para complementar los recursos tradicionales que obtenían por concepto de cerveza, licores y tabaco. En todo caso, no deja de ser un contrasentido que el país haya estado sujeto a múltiples reformas tributarias nacionales, pero no haya tenido una nueva ley general de impuestos regionales en cuatro décadas.

El primer paso para aumentar la participación de las entidades territoriales en los ingresos corrientes de la Nación se dio con la Ley 12 de 1986, que incrementó al 50 % la participación los municipios en el IVA. Este proceso se complementó a nivel político con el Acto Legislativo 1 de 1986, mediante el cual se estableció la elección popular de

alcaldes. Es interesante observar que esta reforma constitucional, así como la Ley 12, e incluso la reforma de los impuestos regionales de 1983, evidenciaron un sesgo municipalista en el proceso de descentralización. Este sesgo solo sería parcialmente superado por la Constitución de 1991, que intentó rescatar el papel de los departamentos y decretó la elección popular de gobernadores.

Para fortalecer la inversión social territorial, la nueva Constitución estableció una creciente participación de los departamentos y municipios en los ingresos corrientes de la Nación. La ley 60 de 1993, que desarrolló este principio, generó un fuerte aumento de los ingresos recibidos por las entidades territoriales por este concepto, que pasaron de una quinta parte a cerca de la mitad de los ingresos corrientes de la Nación a fines de la década de 1990¹. A esto se agregó el apoyo que obtenían las entidades territoriales a través de mecanismos de cofinanciación de sus inversiones.

En forma paralela, se pasó de lo que he denominado administración delegada a una descentralización más efectiva de los servicios sociales del Estado, especialmente de educación y salud, aunque sujeta todavía a normas y supervisión nacional. Algunos rubros sociales siguieron a cargo del Gobierno nacional, especialmente la educación universitaria y las campañas nacionales de salud, a lo cual se agregaron otros programas específicos en años posteriores, especialmente distintos tipos de subsidios a las familias y a grupos sociales especiales, hoy a cargo del Departamento para la Prosperidad Social. También, cabe resaltarlo, el rubro más importante del presupuesto de educación —los salarios de los maestros— es resultado de las negociaciones entre el gobierno nacional y la Federación Colombiana de Educadores —FECODE—, es decir, de un proceso que se puede considerar centralista.

La creación del sistema de seguridad social en salud mediante la Ley 100 de 1993 generó otros cambios importantes en el proceso de descentralización. En particular, mezcló subsidios a la demanda, procedentes del sistema de seguridad social, con participaciones de las entidades

1 Y, cabría agregar, de menos del 2,0 % del PIB en la segunda mitad de los años 1980 al 4,5 % del PIB a fines de la década de 1990.

territoriales en los ingresos de la Nación, que tradicionalmente financiaban la oferta directa de servicios —hospitales, centros y campañas de salud—. De acuerdo con la visión de esta ley, el proceso debería converger hacia uno en el cual los recursos de las entidades territoriales se canalizarían también, en su mayoría, a subsidios de demanda y todas las entidades —públicas, privadas y solidarias— competirían en la provisión de servicios. Varios hospitales públicos provenientes de los antiguos Instituto de Seguros Sociales y del Sistema Nacional de Salud sobrevivieron, aunque con un claro debilitamiento, y algunas entidades territoriales crearon también Empresas Promotoras de Salud —EPS— de carácter público, que complementan las EPS privadas y solidarias, especialmente en el régimen subsidiado de salud. Por lo tanto, la Ley 100 debilitó el objetivo de descentralizar el manejo de la salud pública.

Aunque la participación en las rentas nacionales y los recursos tributarios propios aumentaron, el gasto de las entidades territoriales aumentó aún más rápidamente durante los años 1990, generando crisis fiscales en muchas de ellas. La Ley de Endeudamiento Territorial de 1997 —denominada corrientemente Ley de Semáforos— y, especialmente, las leyes de ajuste fiscal territorial —617 de 2000 y 819 de 2003—, frenaron este proceso, poniendo a muchas entidades bajo severos programas de ajuste fiscal administrados por la Dirección de Apoyo Fiscal del Ministerio de Hacienda².

Por su parte, para frenar el fuerte efecto que las crecientes participaciones de las entidades territoriales estaban generando en las finanzas públicas nacionales, el Acto Legislativo 1 de 2001 creó el Sistema General de Participaciones —SGP—, el cual estableció un crecimiento anual de las participaciones basadas en la evolución de la inflación y pequeños aumentos reales³. El Acto Legislativo 4 de 2007 prorrogó hasta 2016 el sistema, con ajustes más favorables para las entidades territoriales⁴ y unos recursos adicionales para educación y

2 A estas normas se agregan las relacionadas con rentas territoriales incluidas en la reforma tributaria de 1998 —Ley 488—, la Ley 549 que creó el Fondo Nacional de Pensiones de las Entidades Territoriales, y la Ley 550 de 1999 sobre reestructuración de los pasivos de las entidades territoriales.

3 Inflación causada más el 2 % anual entre el 2002 y el 2005, y 2,5 % entre el 2006 y el 2008.

4 Inflación más 4 % anual en 2008-2009, 3,5 % en 2010 y 3% en 2011-2016.

la primera infancia⁵. Después de esta nueva transición se estableció una fórmula que volvió a atar las participaciones a los ingresos corrientes de la Nación, estableciendo que aumentarán con base al crecimiento promedio de dichos ingresos en los tres años anteriores.

El resultado de las normas expedidas desde comienzos del siglo actual ha sido, sin embargo, una fuerte disminución de las participaciones de las entidades territoriales en los ingresos corrientes de la nación, las cuales han retornado a niveles similares a los de comienzos de los años 1990—en torno al 30 %—⁶. En conjunto, estas reducciones, además de las crecientes competencias nacionales en el manejo de los recursos de salud y la multiplicación de programas sociales a cargo del gobierno nacional, deben considerarse como claros frenos al proceso de descentralización.

Por su parte, el Sistema General de Regalías ha constituido una fuente adicional y muy importante de recursos para las entidades territoriales. El auge de los sectores mineros y, especialmente, petroleros, que se aceleró a comienzos del siglo XXI, se combinó con la decisión de hacer beneficiarias de las regalías a todas las entidades territoriales, y no solo a las productoras y aquellas por las cuales se transportaban los productos, que se materializó con el Acto Legislativo 5 de 2011. Los recursos han beneficiado, en particular, a los departamentos. Han tenido, sin embargo, numerosos rezagos en su ejecución debido al atraso en el diseño de proyectos de inversión viables y a la complejidad del sistema de su aprobación a través de los Órganos Colegiados de Administración y Decisión—OCAD—. Es muy probable, además, que estos recursos comiencen a disminuir como resultado de la menor producción de petróleo y carbón.

Muchos autores han indicado que el objetivo de aumentar la eficiencia del gasto descentralizado solo se logra cuando la proporción de los gastos locales financiados con recursos propios es mayor. Sin embargo, la capacidad de distintas entidades territoriales para benefi-

5 Si la economía creciera más del 4 % se destinarían recursos adicionales a la atención de la primera infancia. Para un análisis más detallado del Sistema General de Participaciones, véase Bonet, Pérez y Ayala, 2014.

6 Como proporción del PIB, también se han reducido, pero en forma más moderada.

ciarse de sus facultades tributarias que les dio la Ley 14 de 1983 ha favorecido en particular a los municipios más grandes, que cuentan con mejores bases tributarias (Bonet, Pérez y Montero, 2018). Por el contrario, los criterios claramente redistributivos que se han incluido en el Sistema General de Participaciones sí han permitido mitigar, en parte, las disparidades regionales existentes en materia social.

Como un todo, se puede decir que el modelo de descentralización que surgió en Colombia desde los años 1980 ha sido un híbrido entre uno, en el cual los gobiernos territoriales son esencialmente ejecutores de políticas diseñadas a nivel central, y otro, de elección pública local, en el cual dichos gobiernos gozan de autonomía en la definición de sus políticas y son responsables directamente ante la ciudadanía por los servicios que prestan. La división precisa de las responsabilidades de los distintos niveles de gobierno; y la coordinación de las distintas fuentes de financiamiento no ha sido una tarea fácil y mantiene, sin duda, elementos importantes de centralismo. Puede decirse, por lo tanto, que el objetivo de fortalecer las decisiones de los gobiernos subnacionales con la elección popular de alcaldes y gobernadores solo se materializó en los municipios con mayor proporción de ingresos propios.

En todo caso, vista como un todo, esta descentralización parcial, como se la podría denominar, ha sido efectiva en aumentar la cobertura de los servicios sociales, garantizando una convergencia de los indicadores de desarrollo social de las entidades territoriales (Ramírez, Díaz y Bedoya, 2014) y en reducir significativamente la pobreza multidimensional. Estos son sus mayores logros. Ello contrasta con la creciente divergencia en materia de desarrollo económico, que ha sido una característica del país desde las reformas de mercado que se adoptaron también a comienzos de los años 1990 (Ocampo y Romero, 2023, capítulo 4). Además, el proceso de descentralización no ha incluido un papel importante de las regiones en las políticas de desarrollo económico, aunque algunas regiones sí han adoptado políticas en este campo, con el apoyo del sector privado.

Este es el marco del renovado debate sobre descentralización, pero especialmente de mayor autonomía territorial. Algunas de las reformas más importantes son las que ha puesto sobre la mesa la Misión de Descentralización, que presentó recientemente su informe (Misión de

Descentralización, 2024). Incluyen la expedición de una nueva ley orgánica de ordenamiento territorial, una clara definición y delimitación de competencias de los departamentos y municipios, que frenen la tendencia de las últimas décadas a ampliar las competencias nacionales en muchos campos, y el diseño de mecanismos de supervisión que garanticen el cumplimiento de sus funciones y la integridad de sus procesos políticos. A ello se deben agregar el fortalecimiento de los esquemas asociativos territoriales y de la participación ciudadana en las regiones.

Reducir las desigualdades económicas regionales, que han tendido a aumentar durante las últimas décadas, debe ser un objetivo adicional y esencial de las reformas. Es esencial, por lo tanto, que la nueva agenda de descentralización incluya una mayor participación de las regiones en las políticas de desarrollo económico regional. En este sentido, una propuesta importante de la Misión de Descentralización es crear un Fondo de Convergencia Económica Territorial, para potencializar las capacidades productivas de los territorios según sus vocaciones, de tal forma que contribuya a la convergencia regional. A ello habría que agregar la necesidad de instrumentos de apoyo a la formación de los equipos de funcionarios públicos y, en general, al desarrollo de capacidades en las regiones menos avanzadas del país.

En términos de financiamiento, el aumento en las participaciones de las regiones en las rentas nacionales ya es objeto de nuevas iniciativas constitucionales. Dada la compleja situación fiscal del gobierno nacional, estas deben ser responsables fiscalmente. Es esencial, además, que el Sistema General de Participaciones mantenga, e incluso fortalezca, las reglas que contribuyen a reducir las desigualdades regionales. Y, finalmente, estas iniciativas deben estar acompañadas de una buena reforma de los impuestos departamentales y municipales.

Dada la histórica heterogeneidad regional del país, el retorno del debate sobre descentralización es un avance. Sus elementos esenciales deben ser fortalecer la autonomía territorial y reducir las desigualdades regionales, tal como lo establece la Constitución de 1991. En términos históricos, esto exige revertir la fuerte tendencia centralizadora que caracterizó al país entre las décadas del cuarenta al ochenta del siglo pasado, y que revivió desde comienzos del siglo actual, en contra del espíritu y de la letra de nuestra carta política.

Referencias

- Bergquist, Charles (1981). *Café y conflicto en Colombia, 1886-1970*. Medellín: FAES.
- Bonet, Jaime; Pérez, Gerson Javier y Ayala, Jhorland (2014). «Contexto histórico y evolución del SGP en Colombia». *Documentos de trabajo sobre economía regional y urbana* (205). Cartagena: Centro de Estudios Económicos Regionales del Banco de la República.
- Bonet, Jaime; Pérez, Gerson Javier y Montero, Jorge Luis (2018). «Las finanzas públicas territoriales en Colombia: dos décadas de cambios». *Documentos de trabajo sobre economía regional y urbana* (267). Cartagena: Centro de Estudios Económicos Regionales del Banco de la República.
- Brew, Roger (1977). *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Bogotá: Banco de la República.
- Bushnell, David (1966). *El régimen de Santander en la Gran Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Camacho Roldan, Salvador (s.f.). *Memorias*. Medellín: Editorial Bedout.
- Cruz Santos, Abel (1966). *Economía y hacienda pública*. Bogotá: Ediciones Lerner, Tomos xv (1 y 2) de la *Historia Extensa de Colombia* de la Academia Colombiana de Historia.
- Galindo, Aníbal (1978), *Estudios económicos y fiscales*. Bogotá: Cámara de Representantes.
- Misión de Finanzas Intergubernamentales (1982), *Las finanzas intergubernamentales de Colombia, Informe de la misión*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Misión de Descentralización (2024). *Informe final*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación, <https://www.undp.org/es/colombia/publicaciones/informe-final-mision-descentralizacion>
- Nieto Arteta, Luis Eduardo (1975). *El café en la sociedad colombiana*. Bogotá: Ediciones Tiempo Presente.
- Núñez, Rafael (1945). *La reforma política en Colombia*, Tomo II. Bogotá: Editorial Antena, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Ocampo, José Antonio (1984). *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*. Bogotá: Siglo XXI FEDESARROLLO.
- Ocampo, José Antonio y Carmen Astrid Romero (2023). *Crecimiento económico colombiano y sus efectos sobre el desarrollo social y regional, 1905-2019*. Bogotá: Banco de la República.
- Ospina Vásquez, Luis (1955). *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Medellín: Editorial Santa Fe.
- Patiño Roselli, Alfonso (1981), *La prosperidad a debe y la Gran Crisis, 1925-1935*. Bogotá: Banco de la República.

Ramírez, Juan Mauricio; Díaz, Yadira y Bedoya, Juan Guillermo (2014), *Convergencia social en Colombia: el rol de la geografía económica y de la descentralización*. Bogotá: Fedesarrollo, octubre.

Restrepo, José Manuel (1969), *Historia de la Revolución de Colombia*, Tomo I. Medellín: Editorial Bedout.

Safford, Frank (1977), *Aspectos del Siglo XIX en Colombia*. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo.

Tirado Mejía, Álvaro (1981), *Aspectos políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-1938*. Bogotá: Procultura/Colcultura.

Tirado Mejía, Álvaro (1976), *Aspectos sociales de las Guerras Civiles en Colombia*. Bogotá: Colcultura.

Vidal Perdomo, Jaime (1978), *Evolución del régimen departamental y municipal*. Barranquilla: Cámara de Comercio.

JOSÉ ANTONIO OCAMPO ENTRE LA HISTORIA Y LA ECONOMÍA*

Por
Pedro Alejo Gómez**

A quien primero le oí ponderar los textos de José Antonio Ocampo fue a Jaime Jaramillo Uribe. Esa ponderación tiene una significación particular porque fue Jaime el más importante historiador colombiano en el siglo XX y quien cambió, sin camino de regreso, la visión de la historia del país que era en mucho, hasta entonces, una especie de teatro cuyo escenario estaba iluminado por el fuego de las batallas, y en cuyo libreto no había otros actores que los próceres que eran una especie de santos laicos, y cuyas voces eran las únicas que se alzaban sobre un inquietante y remoto coro de sombras mudas. Ello al punto de que leerla sin cautela implicaba el riesgo de concluir que Bolívar, igual que cualquier otro santo, hacía milagros y había levitado en Pasto.

Fue Jaime quien abrió ese cuarto encerrado que era la historia y con ello comenzaron a oírse las voces de quienes, hasta entonces, habían sido condenados a la muerte suspendida del silencio y para abrirlo acudió a las fuentes primarias de la historia. Entonces las cosas volvieron con la misma luz que las trajo a la vista de quienes las vieron por primera vez y la historia comenzó a parecerse a la verdad.

El día mismo en que Jaime me habló de la *Historia económica de Colombia* fui a Tercer Mundo y compré el libro, cuyo compilador, y también el autor de las últimas doscientas páginas de las cuatrocientas que tiene la *Historia*, es José Antonio Ocampo. Comencé a leerlo en la página doscientos en el capítulo dedicado a «La crisis mundial y el cambio estructural».

* Discurso de recepción a don José Antonio Ocampo pronunciado el 20 de agosto de 2024.

** Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua.

Esas páginas están pobladas, sin tregua, de hechos precisos que se suceden uno tras otro, descritos con admirable exactitud y sin un solo adjetivo.

En ellas lo más remotamente cercano—casi que diría antípodamente cercano—a un adjetivo podría ser cambiar el orden de los hechos con lo que cambiaría la interpretación.

En esa precisión sobre los hechos, pienso, está una de las claves de la buena escritura. La otra está en saber que es con los hechos con lo que se escribe. Esos textos—igual al que ustedes acaban de escuchar—me recordaron un admirable consejo literario. Alguien dijo: «Hay que seguir el relato y no al autor». El consejo es tan bueno que he olvidado quien lo dijo, pero no el consejo. Seguir los hechos, no al autor: consejo este tan contrario a lo que acostumbra el país.

Esos textos me llevaron a pensar en Suetonio, que escribió con esmerada exactitud e indeclinable laconismo la *Vida de los Césares*, y en Kafka, que siempre va conmigo, pues ambos escribieron valiéndose de los hechos puros sin calificarlos ni adjetivarlos y de ahí su sobria elocuencia.

No sé a ciencia cierta si José Antonio Ocampo es un historiador clandestino interesado en la economía o un economista apasionado, vehementemente, fervoroso que ha buscado convertirnos a la economía con los recursos de la historia.

En todo caso un día me dijo: «el que no sabe la historia no puede entender el presente». Sin duda tiene razón, además, porque en verdad solo una parte de nosotros mismos vive el presente y el resto habita en forma simultánea incluso las épocas más oscuras.

Para escribir estas páginas he tenido que sortear varias dificultades.

Podía haber escrito un listado de los temas que Ocampo ha abordado, pero abandoné la posibilidad por el riesgo de que este texto acabara en un inevitable parecido a la lectura del índice de un tratado de economía.

Después descarté, también con sensatez indiscutible, la posibilidad de empezar un párrafo con una línea que dijera «es autor de los siguientes libros y artículos académicos» por los seguros riesgos que implicaba: la sola cita, sin ningún comentario, de los setenta libros y los más de cuatrocientos artículos académicos que ha escrito, me llevó a considerar el peligro de abordar su lectura y —al llegar a la mitad del discurso, agobiado y sin aliento— verme abocado a poner en evidencia la falta de consideración del autor por haber escrito tal cantidad de cosas dejándome sin tiempo para decir nada sobre él.

Por las mismas razones abandoné las distinciones que ha recibido y los cargos que ha ocupado.

Opté por trazar unas líneas para un dibujo que sirva para su retrato. Voy a hacer un retrato suyo en un espejo.

Escogemos las cosas según somos. Escoger o, lo que es lo mismo, declarar una predilección es confesar. Eso que escogemos, aun si nuestra escogencia es equivocada, es invariablemente un espejo de lo que somos.

Un día después de hablarme sobre la claridad solar de los escritos de Kant me contó sobre el interés con que asistió a un curso de filosofía.

Luego me habló de su admiración por un hombre a quien sir Winston Churchill describió como «ese faquir semidesnudo», y a quien el comité del Premio Nobel rechazó como candidato al premio de la paz, y que «utilizaba los lápices hasta que no podía ya sostenerlos en la mano, pues a sus ojos representaban el trabajo de uno de sus hermanos y derrocharlo habría sido dar muestras de indiferencia hacia ese trabajo». «Gandhi —me dijo— es la gran figura política».

Esa confesión declara la esperanza de los pobres del mundo y la convicción de que solo «vence quien convence» según la célebre expresión de don Miguel de Unamuno, y con ello la fe en la libertad.

La vida es una pintura cuyo lienzo transparente es el tiempo. Hay una gramática de la vida, la coherencia la gobierna. Esa constante preocupación de José Antonio Ocampo por el país que aparece en sus

escritos de prensa, en las opiniones que continuamente ha dado sobre asuntos cruciales me trae el recuerdo de una línea memorable escrita por Unamuno en su *Diario íntimo*: «Yo soy fuerte como un roble, a mí solo me matarán las heridas de España».

José Antonio, es un honor darle la bienvenida a esta Academia.

BIENVENIDA A IRENE VALLEJO*

Por
Eduardo Durán Gómez**

En esta casa, en donde las letras exaltan la existencia y se regocijan con ella para animarla y pretender hacerla real, palpable, actuante y anhelante, recibimos hoy a una escritora que ha sabido posicionarse en el mundo del lenguaje y la comunicación, como un elemento nutricional que ha estado en condiciones para encomiar el universo lingüístico y proyectarlo en la magia de la expresión oral o escrita.

Cuando se produce un elemento literario nunca puede ser atribuido a lo casual, a lo inesperado o a lo simplemente aparecido, pues estaríamos frente a lo que se puede denominar la razón de la sinrazón.

El ejercicio literario requiere de acumulación de conocimiento, de adiestramiento mental, de ejercicio comparativo y deductivo, para que puedan surgir los hechos, las formas y los personajes, que entrelazados todos dan origen a la creación literaria.

Irene Vallejo es una escritora que ha ido paso a paso allanando un camino en las letras, a quien su pasión por la lectura la nutre de conocimiento y la proyecta para la creación. Ella ha bebido de las canteras de los grandes escritores, pero también de la ciencia filológica que estudió y que le ofrece las bases para ir mucho más allá de un ejercicio narrativo, hacia razonamientos luminosos que extrae de los ejercicios comparativos, de rigurosos contextos que lleva a los aposentos de la duda y que transforma en novedosas proyecciones, siempre creyendo en lo infinito del raciocinio, en el universo sin límite del pensamiento y en el elemento agregado que transporta a los nuevos horizontes y de donde salen los nuevos escenarios de la genialidad literaria.

* Disertación de bienvenida a la nueva miembro correspondiente extranjera de la Academia Colombiana de la Lengua, pronunciado el 7 de octubre de 2024.

** Director de la Academia Colombiana de la Lengua.

Una conversación con Irene Vallejo significa entrar en un mundo mágico que nutre con sus palabras, que alimenta con su sonrisa permanente y traviesa, que ilumina con su mirada y que hace fijar la atención en una cantera de ideas que ella sabe desatar, suavemente, hasta construir grandes espacios.

Pero adentrarse en la lectura de sus textos significa fijar la atención desde la primera frase. La última columna periodística suya que leí comienza con la expresión «La vieja crueldad, presume de juventud» y ese corto enunciado encierra todo un mundo de expectativa, que de inmediato pone a funcionar la imaginación del lector y constituye todo un universo sugerente que invita a devorar el resto del texto, mientras el lector desata también sus propias deducciones que puede acercar a sus íntimos espacios.

Ella misma nos define con asombroso acierto la magia del libro, la riqueza de la lectura, la transformación inmersa en la asimilación de los espacios del creador literario:

Anhelamos ver por otros ojos, pensar con otras ideas y sentir otras pasiones. La magia consiste en ponernos las lentes de la ficción y observar a través de ellas, deslizándonos en los placeres, los terrores o las ambiciones ajenas. Y, sin movernos de la cama, el universo entero nos pertenece, la inmensidad está al alcance de nuestros dedos.

Aunque no estoy tan de acuerdo con la expresión «sin movernos de la cama», pues con frases afortunadas y luminosas como esta, a veces queda uno sentado, tal vez de pie, o acaso con el impulso de salir corriendo en busca del desenlace creativo del autor.

Bien podemos decir hoy respecto a Irene Vallejo que el peso del universo literario que hoy nos ofrece es el producto de ese numen fecundo amasado en las noches, sopesado en el alba, proyectado en la cánicula y condensado en el crepúsculo, para después proyectarlo en el tiempo del universo anhelante de su producción luminosa.

No es casual que *El infinito en un junco* nos muestre todo ese proceso de la creación del libro, de su proyección en el pensamiento humano, de su impacto en la evolución de la humanidad y de lo que puede

ser el milagro en la condensación de las ideas y en la evolución del espíritu.

La Academia Colombiana de la Lengua, la primera fundada en el Nuevo Mundo, ya hace 153 años, se complace en tener entre sus miembros, a partir de hoy, a la escritora Irene Vallejo, quien hará parte de este grupo intelectual, que desde hace un poco más de siglo y medio viene siendo un referente del idioma español, y una casa en donde las letras constituyen el aliciente del pensamiento creativo.

Ya se encargará el académico Juan Esteban Constaín de responder, a nombre de la institución, su trabajo de ingreso.

Bienvenida a esta institución, en donde la cultura hispana tiene un formidable lugar de encuentro.

PALABRAS, ANATOMÍA DE UN MISTERIO*

Por
Irene Vallejo Moreu

Gracias infinitas a esta Academia, a su presidencia y a su ilustre membresía por este regalo desmedido. Vivo en una ciudad constantemente ataviada de niebla, una niebla que brota del río, borra los rostros y convierte las calles en páginas en blanco. Apenas puedo creer que la más antigua y longeva academia de América me abra sus puertas, a través de un océano, más allá del biombo de bruma zaragozana.

Conocí Colombia en la biblioteca de mis padres, que fue mi primer atlas. Allí, en un lugar destacado, encontré los libros de Mutis y García Márquez. Pronto empecé a viajar por caminos de letras desde los Pirineos a los Andes, y a lo largo de los años conocí otros nombres, de cumbre en cumbre, desde Julio Flórez a Fernando Vallejo y Evelio Rosero, desde Albalucía Ángel a Alejandra Jaramillo y Pilar Quintana. Siempre sentí que su literatura es especialmente generosa. Y agradezco que consideren la lengua una conjugación de la hospitalidad.

No puedo viajar a Colombia sin recordar a los exiliados españoles que aquí fueron recibidos. No solo les abrieron los brazos y fronteras, sino que alentaron sus carreras intelectuales en la Universidad Libre, la Universidad Pedagógica Nacional, la Universidad de la Sabana, en la de los Andes, o en el Gimnasio Moderno, al que fui invitada hace unos meses, por citar solo algunos lugares. Aquella bienvenida refundó nuestra historia con un nuevo hito acogedor y humanista. En estos tiempos de atrocidades y migraciones, quisiera evocar ese historial generoso hacia los refugiados de guerra.

Si esos recuerdos literarios y humanos explican mi garganta anudada por la emoción, también mi corazón de filóloga late al galope ahora

* Disertación para el nombramiento como académica correspondiente extranjera de la Academia Colombiana de la Lengua, pronunciada el 7 de octubre de 2024.

mismo, en esta mítica Academia de la Lengua. Para mí, desde mis más remotos recuerdos, la lengua y la escritura se cuentan entre los grandes prodigios de la vida. Al hablar convertimos nuestro cuerpo en instrumento musical. Nos comunicamos creando sonoridades en la corriente de aire que sale de los pulmones, atraviesa la laringe, vibra en las cuerdas vocales y adquiere su forma definitiva cuando la lengua acaricia el paladar, los dientes o los labios. Todos estos órganos intervienen a su debido tiempo para moldear nuestras frases. Y aunque la lengua no puede por sí sola crear el habla, es su símbolo desde tiempos muy antiguos. Por eso decimos: «tiene la lengua afilada» o «se le comió la lengua el gato». «Lengua» significa ambas cosas: el músculo y el idioma, la carne y la palabra, el órgano animal y la comunicación que nos hace humanos.

La lengua es una parte fascinante de la anatomía. Las mariposas desenroscan su larga lengua para beber en las flores como en cálices y los colibríes usan las suyas para besarlas en pleno vuelo. El camaleón lanza su lengua a una distancia mayor que su propio cuerpo. Cuando nos concentramos, la punta de la lengua asoma por los labios entreabiertos, como queriendo salir al encuentro de la realidad exterior. Y en esa búsqueda de protagonismo, nuestra pequeña lengua, tomando la palabra, modelando el aire, ha logrado actuar en el mundo y, con sus verdades y mentiras, cambiarlo para siempre.

El escritor Arnoldo Palacios nunca olvidó las palabras de un hombre de atuendo blanco impoluto, escuchadas siendo niño, en una sastrería de su Chocó natal, como cuenta en *Buscando mi madrededíos*:

Las palabras tienen su misterio. Cuando uno las lee o las tiene en la cabeza, se ve que cada palabra está hecha como una persona, no se puede confundir una con otra. Y cuando uno las pronuncia, la resonancia hace ver más patente el significado, hace ver la cosa tal cual es: bonita, fea, cristalina, musical, amarga, sabrosa.

Hay algo irresistible y sensual en el acto de hablar. Sin asomo de duda, existe el deseo textual. En palabras de Palacios, las sensualidades sabrosas. Y diré más: la dicha de los dichos. El deleite de leer.

La lectura es una actividad asombrosa en sus paradojas. Como escribió Quevedo, los libros «en músicos, callados contrapuntos, al sueño

de la vida hablan despiertos». Leemos y escribimos en solitario, pero al hacerlo construimos comunidades. Incluso leer en soledad es un acto colectivo, porque nos aproxima a otras mentes. Siendo un empeño sedentario, nos devuelve a nuestra condición nómada. Nos descubre que necesitamos conversar con los muertos para sentirnos más vivos. Lo compendió con brillantez mi maestro Juan Gabriel Vásquez en *Viajes con un mapa en blanco*:

He escrito siempre en soledad, creyendo que así estoy frente a aquellos demonios (mi biografía, la historia de mi país, la de eso tan confuso que llamamos cultura, la de eso no menos confuso que llamamos pasado). Pero no es así: no estoy solo. Escribir es también buscar una familia.

De ahí mi felicidad por ser recibida en la familia de la Academia.

La literatura nos ofrece un camino de ida y vuelta a nuestro interior pasando por todos los demás. Un viaje a las lejanías para disminuir la distancia entre una misma y el prójimo. Sin la posibilidad de la lectura, los otros aparecen solo como ajenos, extranjeros o enemigos. No sé quiénes son, qué piensan, cuáles son sus razones. Quedamos huérfanos de palabras para dialogar con ellos y, de esa forma, nos deslizamos más fácilmente al extremo de percibirlos como amenazas. En cambio, cuando leemos nos avicinamos a otros territorios, nos nombramos osadamente ciudadanos adoptivos de lugares solo recorridos a lomos de los libros. Reconocemos nuestras irracionalidades, hallamos ideas insólitas, nos ataviamos de otras personalidades, incorporamos las geografías más íntimas por contemplarlas con el ojo de la mente. Antes de visitarla por primera vez, ya llevaba a Colombia en el torrente sanguíneo del idioma.

En Colombia encuentro una lengua prístina, clásica, espléndida. Es el idioma de quienes saben relatar, acariciar la palabra. Y soy consciente de poder entender y gozar tan solo una fracción de su mosaico idiomático, que se despliega en más de sesenta lenguas nativas. Reconozco mi fascinación irrefrenable por los proyectos de bibliotecas colombianas, de los que en todo el mundo se habla con admiración. Desde los bellísimos Parques Biblioteca de Medellín a los biblioburros que conocí en Cartagena, de las mareas de lectores en la Feria Internacional

del Libro de Bogotá hasta las champas de libros de mi querida Velia Vidal en el río Atrato o la labor de Espantapájaros y esa *Casa imaginaria* de Yolanda Reyes, todo el país está surcado por esta pasión de lecturas compartidas. Allá donde viajo, menciono con fascinación sus iniciativas y su creatividad. En todo el mundo nos interpela su decisión de confiar colectivamente en el arte para restañar las heridas de la violencia. Sabia ruta, camino osado y pausado. Porque leer entronca con la búsqueda de sentido —y es un canto al sentido de la búsqueda—.

En las etimologías reverberan ecos y se esconden revelaciones. El latín *meditatio* descende de la misma raíz indoeuropea de donde procede otro verbo, *mederi* —cuidar, sanar—, que nos ha dado las palabras médico y medicina.

Desearía reivindicar la labor saludable de la humilde filología, que, ejerciendo la meditación sobre las palabras, sana los textos y nos enseña, en tiempos de hipérboles y bulos, la importancia de regresar siempre a las fuentes primarias, de cotejar y contrastar, de leer entre líneas y buscar la expresión justa. La filología también se ocupa de investigar y conocer a fondo cada idioma, para protegernos de todo intento de manipulación lingüística, para salvaguardar una conversación saludable y serena, para proteger el legado de leyes y leyendas que nos permite vivir juntos.

La democracia es una invención extravagante. Cuando hace milenios los griegos inventaron esta extraña forma de organización imaginaron —con sus exclusiones y limitaciones— una convivencia basada no en la fuerza, sino en una delicada urdimbre de acuerdos y en un diálogo incesante. En la mayor parte de las especies no existen las votaciones, los acuerdos por mayoría, la separación de poderes, la igualdad de derechos, los consensos y los debates, la protección de las minorías. Son inventos sofisticados, extraños, sutiles, con frecuencia amenazados, nacidos de siglos de reflexión y logros históricos. En ocasiones he subrayado que del término *lector* deriva *elector*. Como pude dialogar hace unos meses con don Fernando Carrillo —ensayista, escritor de buena ley y de óptimas leyes—, en el cuidado de la palabra reside el cuidado de nuestro futuro, porque nuestras decisiones se sostienen en los discursos, el debate, el arte del buen parlamento, las leyes sabias. Esta Academia es casa de la lengua: aquí, hogar de la literatura, de la filolo-

gía, del pensamiento y la creación, se mantiene vivo ese diálogo vibrante, sereno y transformador que preserva nuestros mayores logros. Cuidemos nuestra imaginación, salvemos lo que nos salva, porque las palabras solo pueden ser valiosas si son valerosas. Frente a la tentación del yo y del ya, el arte es diálogo. Es conversar con esa fragilidad que nos hace fuertes.

El sabio Tucídides decía que en las guerras las palabras pierden su significado. Hace ya más de veinticinco siglos, el ateniense observó que la manera de emplear ciertos términos permite diagnosticar el estado de salud colectivo. Pensaba que las sociedades se están descomponiendo sin saberlo cuando se convencen de que cualquier forma de moderación es el disfraz de la cobardía. Cuando afirman que quien se detiene a deliberar solo está buscando pretextos para no actuar. Si el servilismo dentro de las facciones se empieza a llamar lealtad. Si el bien común se trata como un botín. Si llamamos listo al que mejor conspira y pusilánime a quien se detiene a reflexionar. Si hablamos de acuerdos solo para encubrir fugaces transacciones de intereses. El peligro acecha, precisamente, en esas épocas que desacreditan la prudencia, el matiz, la ética, la delicadeza, el tacto y el pacto. Tucídides, que era un analista clarividente, resumió este proceso en una frase de absoluta vigencia actual: «En efecto, la mayoría de los hombres prefieren que se los llame hábiles por ser unos canallas, a que se los considere necios siendo honrados: de esto último se avergüenzan, de lo otro se enorgullecen». Como lección para el presente, Tucídides nos legó la necesidad de proteger la robustez de ciertas palabras.

Si el historiador griego está en lo cierto, entonces explorar y defender el sentido de cada una de ellas por medio de diccionarios, gramáticas y estudios filológicos entraña un afán pacífico y conciliador. Yo así lo entiendo, y veo reflejada esa convicción en la tierra donde se fundó esta longeva Academia, el país que tantos grandes filólogos, lexicógrafos, humanistas y eruditos nos ha regalado. Pienso en Rufino José Cuervo y en ese proyecto de maravillosa envergadura, el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, un empeño sostenido durante más de un siglo, desde 1872 a 1994: cien años de solidez intelectual.

Quisiera demorarme en los libros que nos ayudan a pensar con sosiego, los ensayos, encrucijadas de meditación y remedio. Una búsqueda

da de los centros de gravedad, siempre en fuga hacia las periferias. Un género literario terapéutico, reflejo de su tiempo, pero también antídoto frente a él. Los escribimos y leemos para comprender el ayer, captar el alcance de lo que está sucediendo ante nuestros ojos y leer el presente que resbala entre nuestros dedos, engarzándolo con el futuro.

En las aguas turbulentas de la revolución mediática, tienden a desaparecer los espacios para la exploración silenciosa y para las ideas difíciles, aquellas que necesitan lentitud, paciencia, titubeo, matiz y concentración. Cuando todo se vuelve público al instante, en una atmósfera preñada de los truenos de la polarización, es más necesario que nunca un espacio literario para confrontar pensamientos complejos.

El ensayo trenza arte y educación. La educación es la cultura que comienza; y la cultura, la educación que prosigue. Pero hoy el pensamiento habla sobre todo desde ciertos territorios—al norte de nuestro sur compartido—y en el idioma dominante. Por eso resulta urgente la reivindicación del ensayo en español. Nuestra poesía y novela ya tienen una habitación propia en la literatura universal, pero siento que el ensayo permanece todavía al este del edén. Injustamente postergado. Es el género literario más dominado geográficamente por las publicaciones en lengua inglesa, cuando debería ser el territorio de las miradas y las experiencias más diversas, del caleidoscopio planetario.

Ahí se construyen las ideas, se narran los hechos, se forjan las interpretaciones. Lo que está en juego, por tanto, es una forma de poder. No solo el poder de intentar determinar qué pensamos sobre los temas, sino sobre qué temas pensamos. Esta última influencia es más sutil, pero determina que ciertos asuntos vitales para el mundo queden orillados en la conversación universal. Por eso quisiera celebrar una riquísima y fértil veta de ensayo y crónica en nuestra lengua.

Tal vez empezando por el *Sueño* de sor Juana Inés, que es ensayo filosófico y poema, como el *De rerum natura*, siguiendo por Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Carlos Monsiváis, Rosario Castellanos, José Lezama Lima, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Borges, Piglia, Aira, Caparrós, Vargas Llosa. Con un destacadísimo capítulo en la literatura colombiana: el sueño americanista de Germán Arciniegas, las emociones sabias de Mauricio García Villegas,

la lucidez indómita de Juan Gabriel Vásquez, el asombro herido de William Ospina, las cartografías del delirio en Carlos Granés y el humanismo valiente e irrenunciable de Juan Esteban Constaín.

Y las crónicas, entre lo íntimo y lo político, de Gabriel García Márquez, Piedad Bonnett, mi admirado y amadísimo Héctor Abad Faciolince. A las que se unieron hallazgos retrospectivos como las memorias de Emma Reyes. Durante mi visita al Chocó descubrí *Mi Cristo negro*, de Teresa Martínez de Varela. Mujer singular, mulata, maestra, periodista, secretaria de Educación, rectora de colegios, secretaria de juzgado, madre de seis hijos. Escribió la valiente crónica del último fusilado en Colombia, Manuel Saturio Valencia. ¿Qué recordaría Manuel Saturio ante el pelotón de fusilamiento?

Creo urgente destacar la exigencia estética y literaria de estas obras, que nunca se conforman con una expresión tan solo eficaz y somera en sus regalos verbales. Al contrario, buscan, en tensión lingüística permanente, expandir los límites de esta forma literaria e hibridarla con la poesía o la narrativa. No renunciar a la incandescencia de la palabra. Fue Alfonso Reyes quien definió al *ensayo* como el «centauro de los géneros», donde, «hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al etcétera». La metáfora del centauro refleja la condición mixta y mestiza del género, donde confluye la ciencia y el arte, la emoción y la investigación, tradiciones e irreverencias, hipótesis razonadas junto a intuiciones sugeridas. Ese centauro encarna —en palabras que tomo prestadas de Mauricio García Villegas— «un balance entre pasiones y reglas» y, sobre todo, dentro del paisaje de las ideas, expresa una poderosa originalidad, también entendida en su sentido etimológico de regreso a los orígenes.

Los libros necesarios son aquellos que descubren esas fracturas de desasosiego que, oscuramente y sin formularlas del todo, nos atraviesan. Tras ellos se oculta la tarea detectivesca de encontrar las preguntas que en cada momento laten, no verbalizadas.

Para fortalecer estos hallazgos, necesitamos leernos mutuamente, escuchar las ideas, deshacer los olvidos y omisiones, buscar un lenguaje

inasible, secreto y poético en los territorios de la lengua compartida. Unir nuestras dos orillas con puentes y trenzas de literatura, para que las voces del sur que somos no queden orilladas. Cuidar la vitalidad de las palabras, que en ciertas épocas parecen titilar y apagarse, marchitarse como flores cabizbajas. Aquí, en Colombia, sin embargo, alzan el vuelo, aladas, como aves lingüísticas, como garzas verbales. Gracias a esa pujanza, crece nuestro idioma, músculo y lenguaje. Y, página a página, pensamiento a pensamiento, forjamos una familia verbal y vital.

Solo me resta agradecerles, con el acento más cálido, que la atención de ustedes se haya posado en los libros de quien les habla. Gracias, infinitas gracias.

DISCURSO DE RECEPCIÓN A IRENE VALLEJO MOREU*

Por
Juan Esteban Constaín**

Estimado señor director, don Eduardo Durán Gómez. Estimados miembros de número y correspondientes de la Academia Colombiana de la Lengua. Doña Irene Vallejo Moreu, querida Irene. Señoras y señores:

Hace algunas semanas, en medio de las noticias cada vez más frecuentes y atroces que este mundo engendra, por desgracia, de guerras e invasiones, miserias e «*influencers*», discursos de Donald Trump o trinos de Elon Musk, los periódicos de Italia, dónde más si no, contaron la historia de Gabrielle Liquori, un ladrón con nombre de personaje de película de Vittorio de Sica que entró a robar en un apartamento en el refinadísimo barrio romano de Prati. No parecía una misión excepcional, la verdad, solo el hurto de unas joyas y tal vez un par de candelabros rococó; el botín de siempre de los ladrones honrados de Roma, su merecido premio por los días de abnegación y brega, los viajes en moto o en bus en esa ciudad vesánica fundada por Rómulo cuando doce pájaros volaron hacia su esquina en el monte Palatino, mientras a su hermano Remo, según el historiador Tito Livio que mojaba su pluma en la tinta del mito, le tocaron solo seis—qué bella es la etimología de la palabra *inauguración*, tener de nuestro lado los augurios y la suerte—. Lo cierto es que Gabrielle Liquori estaba metiendo en su bolsa las cosas que se iba a llevar, por decir lo menos, cuando vio sobre una mesa, a tiro de mano, un libro cuyo título llamó su atención: *Los dioses a las seis*. Se acercó a ojearlo y no pudo parar de leer, era la historia de los dioses y los héroes en la guerra de Troya. Se sentó en una poltrona, como si nada, y así lo encontró la policía tres horas después, no sin

* Discurso pronunciado el 7 de octubre de 2024 en la Academia Colombiana de la Lengua.

** Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

antes dejarlo pasar, en absoluto silencio, a medio camino entre la estupefacción y la ternura, la última página.

¡Y todavía hay quienes se atreven a poner en duda el futuro del libro impreso! La verdad es que no, porque a diario nos asaltan también, y por fortuna, casi como consuelo y paliativo de todas las demás noticias que demuestran que el libro es inmortal y que nada tiene más futuro que el pasado. Hace seis meses nomás, por ejemplo, el mundo empezó a conocer, ya en serio y de verdad, lo que contienen los papiros de la biblioteca de la llamada «Villa de los Pisones» en Herculano: miles de rollos de papiro que el fuego congeló en el tiempo desde la erupción del Monte Vesubio en el año 79 después de Cristo, y que ahora, gracias a la inteligencia artificial, todo hay que decirlo, comienzan a revelársenos a manos llenas, como si por fin pudiéramos desentrañar su alma que antes solo intuíamos de manera incompleta y fragmentaria, desplegando esos pedazos de piedra, desde el siglo XVIII, para recoger las astillas de su corazón. Eso tiene la historia, que no solo avanza hacia adelante sino también hacia atrás; el progreso ensancha el horizonte de lo que vendrá, sin duda, va abriendo y desbrozando, jalonando, inaugurando su camino, así en gerundio, pero su luz se riega sobre el pasado y lo hace cada vez más preciso y comprensible, a un tiempo más distante y remoto y más cercano, como las fotos deslumbrantes de esos planetas que antes eran apenas un borrón pixelado y difuso y ahora parecen ya una bola de billar perfecta y reluciente.

Pero de todas estas historias felices y esperanzadoras sobre la vigencia y la urgencia del mundo antiguo en el nuestro, quizás no haya ninguna más conmovedora que la del *Infinito en un junco*, el libro de Irene Vallejo a quien hoy recibimos con afecto y admiración como académica correspondiente extranjera en esta Academia de la Lengua, la primera en América. Si alguien hubiera dicho en la víspera que el libro más importante de nuestro tiempo, y no solo en nuestro idioma, quiero enfatizar este hecho, iba a ser una historia personal y apasionada, brillante y arrolladora de la erudición en la Antigüedad y las peripecias de la tinta y el papel hasta nuestros días —la tinta que tiñe el papel y lo redime de su condición inerte, lo hace nuestro, lo hace humano para siempre—, si alguien hubiera dicho algo así un día antes, nadie lo habría podido creer ni concebir, ni siquiera en el mayor de sus delirios. Y sin embargo ocurrió, además como suele ocurrir con los verdaderos

clásicos: de la nada, de manera espontánea y fervorosa, como si se tratara de una revelación, y acaso lo fuera. Los lectores empezaron a compartir la dicha de ese texto que es a la vez un tratado sabio y riguroso y un diario personal, una libreta de apuntes y una novela de aventuras, un poema en algunos de sus momentos más bellos y elevados, incluso un poema épico y en otros casos un poema lírico y confesional.

Sé que hay quienes se ofenden, o por lo menos se incomodan, con la condición sectaria y casi religiosa de los lectores de *El infinito en un junco*, que además ya se cuentan por millones en todo el mundo, la noticia de su fuego arde con igual furor allí donde llega, como si fuera la primera vez. Pero es que hay libros que son mucho más que eso, y explicar ese azar y ese prodigio resulta imposible; hay libros que se vuelven un símbolo, un refugio, una bandera, un consuelo, una tabla de salvación, un triunfo en medio del desastre. ¿Qué los prepara y los define? ¿Cuál es la lógica que anida en su éxito descomunal? Nadie lo sabe, quizás allí esté el secreto, en la condición casi milagrosa de los clásicos que llegan a serlo de manera tan rápida y contundente. En el caso de *El infinito en un junco* se pueden aventurar varias hipótesis: el hecho de que fuera un libro sobre un tema tan concreto y especializado, incluso acartonado, podría decirse en teoría, pero escrito de forma tan bella y tan cercana, con tanta emoción, al punto de que muchos de sus lectores sienten por primera vez que ese universo de la llamada «cultura clásica», que por cualquier razón antes les resultaba inaccesible y esquivo, ahora se les revela con todo su encanto y toda su sapiencia; el hecho de que el libro saliera justo antes de la pandemia y su legión de privaciones aterradoras y apocalípticas, y que durante el encierro fuera la única lectura que muchos pudieron y quisieron hacer, como si en sus páginas —en sus pliegues luminosos— hubiera una explicación total del mundo que estaba pereciendo y la esperanza y la certeza de que las cosas más bellas que hay en él siempre habrán de sobrevivir. No lo sé.

El infinito en un junco tiene varios atributos excepcionales que juntos, fundidos así, permiten alguna conjetura que explique su fama y su éxito, la devoción que suscita. Otros lectores más calificados que yo podrán ahondar en ellos, y sé que lo han hecho, pero insisto en algunos: el rigor y la erudición, la calidez del estilo, el desparpajo y la gracia de sus digresiones personales, que son tan importantes en el libro como

el tema mismo que lo inspira. En fin: hay allí una dosificación tan inteligente de tantos temas, algunos de ellos convencionales y ortodoxos, otros provocadores y heterodoxos, que el lector se va impregnando de ese espíritu, se compenetra con él y tiene la mejor sensación que pueda haber a la hora de leer un libro, casi la definición de lo que es un gran libro, y es que uno no puede parar de leerlo, pero tampoco quiere que se acabe, que se agote, que se vaya disolviendo entre las manos. Es lo que los tomistas llamaban «delectación morosa»: la lentitud voraz con que uno consume un placer y lo habita, lo prolonga lo más que se pueda para no abandonar jamás su sombra generosa y feliz. Eso pasa con la prosa de Irene Vallejo, que es como una seña masónica de quienes buscan la felicidad a la hora de leer.

Pero hay algo adicional que tiene que ver con *El infinito en un junco* y el misterio de su éxito; y digo «misterio» no porque no se lo merezca, todo lo contrario, sino por lo extraño y maravilloso que es. Primero, una especie de artificio, un truco de magia que el libro contiene, un conjuro, y es que su propia historia editorial se integra al relato épico que hay en él. Mejor dicho: el éxito de *El infinito en un junco* hace parte del texto —también me encanta la etimología de esta palabra, el texto como tejido y tesitura, la trama que hacemos y deshacemos tanto al escribir como al leer—, es la historia que faltaba allí, que continúa y se resuelve en las manos de cada lector. Eso es hermoso y aleccionador; eso es la literatura, como en las ánforas sicilianas en las que sale Penélope tejiendo su famoso telar en el que está ella tejiendo su famoso telar en el que está ella tejiendo su famoso telar, y así hasta el final, o como en el libro primero de la *Eneida*, al final, en el que Eneas y Acates ven en el templo de Juno la imagen que relata su propia historia y su propio dolor. Ya todo está contado, ya todo está escrito, y sin embargo no podemos dejar de hacerlo: «las cosas están llenas de lágrimas», dice el héroe troyano, las arrastran consigo y llegan al corazón: «*sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt...*»: las cosas son lágrimas, su memoria y su recuerdo, y la literatura las exhuma para volverlas a tener.

Y hay otro hecho que explica el éxito de *El infinito en un junco*, con él me gustaría terminar, espero no haberme extendido en exceso, perdonarán la emoción de «fan», y perdonarán el anglicismo de origen latino de este vocablo. Ese hecho tiene que ver no con el texto en sí mismo sino con su autora, porque el mundo de la literatura y de los

libros, el llamado de forma tan solemne y tan pomposa, y tan absurda, «mundo de la cultura», que se ocupa o debería ocuparse de cosas tan bellas y nobles, es en realidad un hervidero de tristeza y amargura, envidia y mezquindad, miseria y frustración, arrogancia y pedantería, intriga y pequeñez, insignificancia y pretensión, en fin: no sigo porque no termino hoy. Pero con *El infinito en un junco* el mundo quedó fascinado y seducido no solo con su contenido, sino con quien lo había hecho posible: una aragonesa dulce y sonriente, sencilla y bondadosa, generosa, entusiasta, que honraba con su actitud lo que decía su libro, que tenía el mismo carisma, que hizo de su admirable historia personal la razón principal para escribirlo como un ajuste de cuentas con la vida. Sin aspavientos ni reclamos, sin confundir jamás la perversidad con la inteligencia, que es quizás la peor maldición de nuestro tiempo, en especial en el mundo de las letras. Pues no: Irene Vallejo es tan amable que parece que fuera una pose, el invento de un personaje, pero basta conocerla para descubrir que esa es su naturaleza más profunda y verdadera, su forma de ser. Estoy señalando rasgos morales y no intelectuales, lo sé, pero es que en su bondad está la clave de su obra, la gracia y la dicha y la belleza que destila, el encanto que irradia y envuelve a sus lectores, por eso hoy son millones. Si alguien merece hoy el ya tan devaluado epíteto de la influencia, no hay nadie que lo ennoblezca más con su voz y su trabajo que Irene Vallejo; ella sí que es una *influencer* de verdad y para bien, no sé si la única.

Hay una tradición talmúdica, creo que apócrifa, en la que un rabino hace que un niño recorra con sus manos las letras del alfabeto hebreo —en realidad arameo desde el exilio en Babilonia, pero esa es otra historia— que están escritas con miel en un tablero. La idea es que luego el niño se chupe los dedos y los relama y asocie ese sabor insuperable con el acto de aprender y de leer; el acto de saber en los dos sentidos de la palabra. Es lo que logra Irene Vallejo con lo que escribe, la dicha de sus lectores, la nostalgia y la certeza de esa belleza que ya no los abandonará jamás.

Esta Academia, querida Irene, fue la primera en el Nuevo Mundo y la fundaron y la han frecuentado no solo grandes escritores y filólogos, sino también grandes latinistas y helenistas, desde don Miguel Antonio Caro en el siglo XIX, cuya traducción de la *Eneida* en octavas reales hizo que Borges de joven pensara en su Ginebra natal que ese era el

original y que la versión latina de Virgilio era apenas una traducción posterior e insuficiente, Caro, que tradujo del castellano al latín la *Canción a las ruinas de Itálica*, de su casi tocayo en el siglo XVI don Rodrigo; o el padre Félix Restrepo que escribió, ya en el siglo XX, el mejor libro que existe para adentrarse en el alma de la lengua de Homero y de Hesíodo y de Plutarco, la *Llave del griego*. Esta Academia Colombiana de la Lengua, querida Irene, hoy se complace y se honra en abrirte sus puertas, y perdón que te tutee, pero es que así es siempre en latín y el vocativo mayestático lo dejé ayer en alguna parte y no lo encuentro. Sé que contigo no habrá problema: bienvenida a esta que desde hoy y para siempre es y será, porque ya lo era, tu casa.

Muchas gracias, doña Irene Vallejo Moreu.

APUNTES SOBRE EL LENGUAJE Y EL DIÁLOGO*

Por
Cecilia Balcázar de Bucher**

Reflexiones sobre el lenguaje

Considero un privilegio y un honor el haber sido invitada a hablar hoy aquí ante ustedes, en el aniversario de la Academia.

Los lingüistas nos aventuramos a veces a entrar en los campos ajenos porque el lenguaje, la lengua, la palabra —términos que no son sinónimos como muchos podrían creer—, tocan con todos los campos del saber y de la vida misma. En una frase muy conocida y citada, un famoso lingüista afirmaba «Lingüista soy y nada de lo que es humano me es ajeno». Y hay que asumir los retos que esa posición implica. Sabiendo que el saber es uno; que entender el misterio del lenguaje nos sobrepasa; que uno de los desafíos es romper fronteras, feudos del conocimiento; y encontrar relaciones, causalidades, analogías...

Valiéndome de la *palabra* que aquí pronuncio; de nuestra *lengua* común —el español—; del don inapreciable del *lenguaje*, comparto con ustedes algunas reflexiones sobre ese lenguaje, excelsa expresión de la imaginación, que moldea nuestro propio yo; nuestra personalidad; que expresa a la vez que esconde las relaciones con todo lo que nos rodea en el mundo físico, animal, vegetal, y en cuyo ámbito cerrado habitamos.

Sabemos que al ser humano se lo caracteriza contemporáneamente como un ser de lenguaje. Y el lenguaje no nombra una realidad que esté allí afuera, preestablecida, como se creyó siempre—como la gran

* Disertación presentada en la sesión solemne del 10 de mayo de 2024, con motivo del 153.º aniversario de la Academia Colombiana de la Lengua.

** Miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua.

mayoría lo sigue creyendo—, sino que crea esa realidad, sin que seamos conscientes de ello. Crea la cultura en la que vivimos, las narrativas de las religiones, las ideologías científicas, políticas, culturales, sociales; y de manera muy profunda e ignorada, nuestra propia identidad como sujetos.

Es claro hoy, como nunca lo fue antes, de qué es capaz ese mecanismo «lenguajero». «*Langagier*», se dice en francés —y la palabra no existe en español—, que inventa también «metaversos» en una labor análoga a la del lenguaje natural, al crear otras «realidades», ficticias, en las que podríamos habitar e interactuar en el mundo virtual con otros seres humanos.

No ha sido fácil para la humanidad, para los grandes filósofos de la historia pensar y analizar el lenguaje desde fuera de él mismo; tener claridad sobre la proeza creativa que representa; al tiempo que advertir el peligro de vivir acríticamente en los mitos y narrativas que construye.

Esta consciencia contemporánea del lenguaje, cuyo interés se puede trazar, sin embargo, hasta la antigüedad presocrática, tuvo una consecuencia importante en lo que a finales del siglo XX se conoció como «el giro lingüístico» de todas las ciencias sociales y humanas; precedido, es verdad, por el giro que había dado la física a comienzos del mismo siglo, según los principios de la relatividad y de la incertidumbre.

Ese giro lingüístico permitió, por ejemplo, que se pusiera en duda el papel del antropólogo tradicional, como imposible observador «objetivo» del aborígen que había sido construido desde el etnocentrismo occidental; estuvo entre las causas del desmoronamiento del muro de Berlín; del fin de la vigencia del estructuralismo aplicado al campo de lo social, sustituyéndolo por la metáfora de la sociedad, concebida como un texto que se reescribe, y no como una estructura estable y estratificada naturalmente en clases sociales estáticas —«clases en el papel», decía el sociólogo Bourdieu—. Ese giro permitió también que, desde la reflexión a que dio lugar, se planteara dentro de la ciencia política la diferencia entre los términos *contradicción* y *oposición*, solo resuelta la primera por la eliminación del contradictor y la postulación de una síntesis, y admitiendo la segunda la coexistencia de diversos puntos de vista, la complementariedad y la apertura al diálogo. Asimismo-

mo, permitió que se cuestionaran los principios cambiantes de ciencias que se creían «objetivas» como la economía; y que se consideraran como narrativas contingentes los sistemas filosóficos, fruto de la creatividad de sus autores. Incluso, de manera osada, se ha llegado a conjeturar ahora que Sócrates fue una creación de Platón para poder expresar sus concepciones filosóficas.

Ese giro lingüístico estimuló nuevos enfoques de las «ciencias» jurídicas; permitió que se concibieran como acuerdos transitorios, vigentes solo en el interior de determinados contextos sociales. En nuestra propia Constitución de 1991 acogemos la validez paralela al sistema legal vigente, de leyes y castigos que han regido por siglos los comportamientos de las comunidades indígenas.

Permitió también el giro lingüístico concebir que descripciones pretendidamente «objetivas» como las de la geografía hicieran del lenguaje del mapa, que es el llamado *territorio*, una construcción desligada de lo empírico del *terreno*. Porque el mapa construye linderos, tomados como reales, más allá de los accidentes geográficos, para legitimar poderes y subordinaciones ligadas a lo que en inglés se ha denominado la mentira de la tierra: *The lie of the land*. El lenguaje dispone en el tablero de la geografía mundial centros y periferias proyectados desde los meridianos del poder. Porque una cosa es el mapa trazado desde los centros de ese poder, otra la inmensidad del terreno reducido a escala por intereses políticos. Y un gran etcétera... como el relativo a las ciencias de la salud que han construido lenguajes relativos a las distintas visiones del cuerpo humano ya sea como conjunto de órganos; como sistema energético de meridianos; como sistema funcional de factores interrelacionados en conjuntos... sin mencionar aquí otros saberes ancestrales que hablan de cuatro cuerpos en cada ser humano.

En esa deconstrucción total del conocimiento tradicional —al que no escapa un enfoque diferencial entre la narrativa religiosa y la experiencia mística—, ¿dónde encontrar un asiento de realidad?, ¿dónde fincar alguna certeza que permita escapar del peligro del nihilismo, de la negatividad, de la desesperanza?

Allí surge una experiencia humana compartida por los iniciados a través de los siglos; en distintas latitudes; más allá de cualquier

narrativa: la posibilidad de «salirse del lenguaje»: de acallar el monólogo interior; de cultivar el silencio para entrar en contacto con la energía que somos, con la luz que inunda, más allá de la estructuración de la mente, que es lenguaje. Es la contemplación silenciosa como la que practicaron san Juan de la Cruz, santa Teresa de Ávila, y en la que se han encontrado, más allá de las narrativas de las religiones, místicos de procedencias religiosas y geográficas diversas: el budismo, el taoísmo, el sufismo, el hinduismo, las prácticas de diferentes tribus originarias de América... para acceder a otra forma de relacionarse con el yo profundo por fuera de las creaciones de la mente. Lo que tradicionalmente se ha considerado del dominio espiritual, lo reconocen y aconsejan ahora terapeutas de muchas disciplinas como metodología transformadora. Para luego regresar al plano de la consciencia, con la experiencia interior necesaria para establecer una comunicación creativa con los demás para afrontar el diario vivir con esperanza.

Dicho de otro modo: ¿cuál es el papel de la palabra, el papel del todopoderoso *lenguaje*?

¿Qué significa crear la «realidad»?

Es construir el significado del mundo en que vivimos; los entramados de la cultura, los ordenamientos del tiempo, los rituales del trabajo y del ocio, la percepción de las horas, la organización del espacio, la honra o la precariedad del amor; la extensión del ahora y la finitud o infinitud del horizonte, más allá de nuestra hora final; también —y el conocimiento es muy relevante en nuestros días—, la relación simbiótica, de pertenencia, de asombro, que establecemos con la naturaleza viviente, o la relación de sujeto a objeto inerte, origen de su ignominiosa explotación.

El lenguaje construye dentro del sistema de la cultura que de él se deriva, el sentido del propio cuerpo, de los propios *cuerpos*: como fino, complejo e insuperable ordenador multisistémico; como sitio del cilicio, como sujeto u objeto del placer, de lo sagrado y de lo profano; de lo lúdico y deportivo, de lo ascético o sensual y deleitoso. El lenguaje se «in-corpora» y marca los rasgos de su inexorable escritura hasta en la superficie tatuada de la piel.

La palabra, concreción oral del lenguaje, de la lengua, de la cultura, expresa oralmente las fascinantes ficciones del mundo que habitamos; aun la narrativa contingente de la historia. Su juego, derivado del sistema abstracto de inclusiones y exclusiones, sus vacíos, sus silencios— a distintos niveles— articula los eslabones de la memoria individual y colectiva. Y lo que no se nombra no alcanza la existencia del sentido.

La ausencia de palabras puede desaparecer dos veces a los desaparecidos; volver invisibles a los desplazados, estigmatizar a los migrantes que deambulan hambrientos en las calles de las ciudades o en las selvas de nuestra geografía; en los mares del mundo. Puede desconocer la neurodiversidad, hacer caso omiso de las identidades de género y sexuales o nombrarlas para que jueguen un papel en el ámbito de lo social y se respeten en el contexto cada vez más amplio, por obra del lenguaje, de los derechos humanos.

El lenguaje construye el ámbito de la ley, de la justicia, y puede denunciar o silenciar el crimen; prohijar el olvido; centrar su foco en el castigo del victimario, o en el derecho denegado de las víctimas. Puede esconder con eufemismos y narrativas que lo justifiquen, la inhumanidad de la guerra, el horror del genocidio.

El ser humano es un narrador por antonomasia. Un productor de lenguajes científicos, tomados tantas veces como dogmas, que explican el mundo de manera provisoria y crean instituciones y enfoques que funcionan temporalmente y que pueden ser un fracaso total en el largo plazo. El lenguaje se legitima a sí mismo y, naturalizándose en el uso, se presenta investido de objetividad y de verdad, cuando hace tanto tiempo la filosofía y la ciencia social han repensado y minado el concepto de objetividad y la pretensión de verdad desde una atalaya epistemológica.

Desde el ángulo del académico que vive en el cultivo de la lengua y de la palabra, del escritor, de la escritora, ¿qué mejor tema de reflexión para quien con su narrativa construye mundos alternos y funda con su palabra el mito ancestral y el mito nuestro de todos los días, en permanente devenir y en permanente obsolescencia? ¿Qué mejor tema para el periodista que cree en la transparencia de su lenguaje como si no estuviera creando con su palabra y con su imagen la «ilusión de realidad»

que se propone transmitir—presuponiendo ingenuamente que esa realidad del sentido está objetivamente dada, allí afuera, en un mundo supuestamente diferente al mundo creado por el consenso de la palabra y por su propio lenguaje—? ¿Qué mejor tema de reflexión para la poeta, el poeta, que abre la brecha en el muro de contención del lenguaje para tener un atisbo efímero de lo abierto, del silencio abisal, de lo indecible?

Todos estamos ubicados en el marco de lo cultural, de lo social, en la posición de clase heredada de nuestra propia historia comunitaria y familiar. No hay un sitio neutro desde donde se pueda observar a los otros, como se asumía tradicionalmente en la antropología. Es un aprendizaje muchas veces violento y traumático vivir en el espejo de la mirada del otro, de la otra, desde el espacio de las diferencias culturales, étnicas, etarias, de género, de origen geográfico, de clase. Es un camino de liberación el hacerse consciente de cómo el discurso construye imágenes de uno mismo, de los demás, de cada una, cada uno de nosotros.

Lo que puede darse, cuando se es consciente de esta realidad, es un esfuerzo de observación propia y de deconstrucción de un yo que el lenguaje ha construido; ya sea en la confrontación de los intercambios sociales; en la amistad, en el amor; para lograr el equilibrio en una interacción humana creativa que vaya más allá de las palabras. Muchas veces no son ellas las adecuadas para darle vida a eso que yace en el más irremediable silencio. Las palabras no comunican, se decía tradicionalmente en la lingüística, y el diálogo auténtico puede darse más allá de las palabras.

Porque es posible reconstruir el yo: narrarlo y re-escribirlo teniendo la consciencia de que su conformación, que antes se creyó sustancial y esencial, es una creación de la cultura. Somos lo dicho, lo hablado; somos la huella de las palabras que marcaron su impronta en las zonas más sutiles y maleables. Somos diálogo y nos hacemos en él. Somos la pizarra en donde la familia, la escuela, la comunidad, escriben de manera casi indeleble las categorizaciones que se han dibujado sobre lo real, de tal manera que acabamos creyendo que ese dibujo que el lenguaje traza es la realidad. Vivimos en el dibujo, en el trazo. Atrapados en la red urdida por la imaginación, por el miedo, por la superstición.

Heredamos una cultura, una forma de vida que se transmite, sin que lo sepamos, de boca a oído, y creemos que esa es la verdad. Las retículas opresoras en las que vivimos nos confinan en horizontes de sentido de los que es difícil escapar. Habitamos en el trazado de la cultura aquilataada en la forja del lenguaje y transmitida tácita o explícitamente por lenguajes orales, corporales, lenguajes de la emoción; dentro de los sistemas cerrados de las lenguas que nos encierran dentro de sus recintos herméticos.

Contrariamente a lo que se pudiera temer: que el pensamiento de la contingencia de toda verdad y de la relatividad de todo punto de vista —anatema para la mente dogmática que se afianza en narraciones colectivas— lleve a un nihilismo y a una desesperanza, los testimonios escritos por quienes lo integran en su vida son siempre los de haber recuperado el optimismo y la fe como expresión de una dinámica en la formulación de proyectos de vida. El haber concebido la experiencia de que a partir de las distintas visiones, prácticas y saberes, de una u otra manera y en distintos grados se incide en lo comunitario, y se puede, por el esfuerzo conjunto, construir una sociedad justa e incluyente, basada en principios de tolerancia y afianzada en el diálogo.

Se requiere asumir este pensamiento aparentemente nihilista y anárquico, que podría inducir la desesperanza, de manera positiva y creativa. Hundirse en ese abismo, así sea en el instante transitorio, es propiciar el posible contacto con lo *otro*. Poder volver también a la superficie de la vida diaria con la carga de luz que existe más allá de toda sombra.

Esta práctica requiere la iniciación al silencio. Un «no pensamiento» que se abre a lo no dicho y acoge la posibilidad del encuentro con el *otro*. De ahí su relación profunda con lo místico, con lo poético, con las nuevas visiones que resultan en nuevas construcciones de la ciencia. Como consecuencia del vacío creativo del no saber y del no pensar.

En el camino trémulo y zigzagueante hacia lo indiferenciado se abre para algunos, de repente, la intuición de la unidad del espíritu humano. Entendemos entonces lo que quiere decir esa expresión antigua de persona; máscara que se sobrepone sobre lo que en el fondo no está fragmentado.

Podemos dar un giro en esta reflexión y analizar nuestropreciado e inextricable legado del lenguaje en el terreno de la ficción. Ficción puede ser la trama de un relato escrito; una imaginación; una mentira. Pero en el sentido que hemos reiterado, de definir al ser humano como un ser de lenguaje, y que el lenguaje teje y materializa la imagen del mundo en que vivimos—dado que, como lo afirmara Nietzsche, crea el objeto que él mismo analiza posteriormente— podemos decir de otra manera que la ficción es la función extrema del lenguaje: constitutiva y fundacional, y que como lo afirma el filósofo Agamben, la única conversión significativa es la que se realiza en el orden del lenguaje.

Ficción es la imagen proyectada de los otros, de las otras, condensada en el epíteto con que los describimos, reduciéndolos y confinándolos tras una etiqueta; despojándolos de su versatilidad; deshumanizándolos; transformándolos fácilmente en el adjetivo, en el nombre que los clasifica y los priva de su propia humanidad e individualidad. Ficción la que tilda al otro en la novela de todos los días, de oligarca, opresor, explotador. O de bandido, terrorista, indigente; apátrida.

Ficción la de las posiciones políticas extremas sustentadas en textos pretendidamente «científicos» de lo social, de lo económico, en los que se apoya la rigidez doctrinaria de izquierda o de derecha; como si no supiéramos que la propia ciencia es también producto cambiante de la mente de sus creadores y que los modelos—así sean los de las ciencias puras—, los paradigmas que funcionan en un momento dado, no son eternos ni permanentes, y se sustituyen en el tiempo, tal como lo hemos mencionado.

Hay elementos de ficción en la memoria personal y en la memoria de los pueblos. Es también la memoria una construcción, un lenguaje que incluye o excluye selectivamente los hechos del pasado y es preciso tratar de reconstruirla de manera consensuada.

Para poder convivir dentro de comunidades desarrolladas, respetuosas de los consensos alcanzados, solo puede haber acuerdos, tácitos o explícitos, necesarios y vinculantes. No hay un punto de apoyo de verdad, dentro del propio lenguaje, que sirva como hito desde donde se pueda juzgar lo verdadero o lo falso.

Así lo afirmaba desde lo político el famoso Ernesto Laclau en su artículo sobre la «Muerte y resurrección de la teoría de la ideología». Así lo proclamó el filósofo cristiano Gianni Vattimo en su *Addio alla verità*. Así lo viven quienes encuentran la anhelada piedra angular en el silencio; por fuera de todo lenguaje.

El lenguaje heredado en la familia y reproducido en la escuela desde la primera infancia afianza el ordenamiento naturalizado en la cultura. Vivimos, sin saberlo, en el imaginario creado por ese ser todopoderoso. La violencia física y simbólica, presente desde antes de nuestra fundación como Estado nación, tiene que ver con la concepción de los otros, de las otras, sin asimilar positivamente la otredad.

No hay duda de que las acciones terroristas, que llevan hasta la autoinmolación en otras latitudes, se incuban ya desde las canciones de cuna como ha sido descrito en investigaciones sobre el tema. Se activan como fruto del lenguaje que interpreta a su antojo textos sagrados —el Antiguo Testamento o el Corán—, tal como ha ocurrido en otros momentos históricos en lo político, con las lecturas de Marx o de Karl Schmidt. Y, en lo local, con las diatribas incendiarias de «a sangre y fuego» —o de consignas de muerte que no sería propio mencionar aquí—; también con las cartillas repartidas por las antiguas Farc en las escuelas, dentro de los territorios donde no hizo presencia el Estado.

Para la construcción de la paz, la primera tarea es demoler las murallas que, sin saberlo, nos confinan: *The prison house of language*; los bastiones internos y externos de la exclusión; los límites creados y legitimados de generación en generación por las ideologías, por el lenguaje heredado.

Es preciso hacer consciencia de que las armas físicas no sirven contra los fortines de palabras, ya sean ellos políticos, religiosos, económicos, étnicos, de género, de clase. Es necesario el uso masivo de las armas del discurso mismo —*similia similibus curantur*—, porque «las cosas semejantes se curan con las semejantes»; para relativizar las certezas que generan la violencia y saber que solo podemos aspirar a crear órdenes transitorios y frágiles, idealmente basados en la comprensión, la compasión y la solidaridad como cimientos de la justicia.

En lo atinente a la creación de la nación, como lo mencionamos antes, si consideramos las distintas formaciones e instituciones culturales y las relaciones que establecemos con la sensibilidad de los distintos pueblos con los que convivimos, dentro y fuera del territorio, podemos decir que no estamos confinados al espacio delimitado por los tratados constitutivos del territorio, sino que con los pueblos hermanos —de América Latina, en nuestro caso— constituimos una gran nación. De allí podemos saltar, en otro terreno de comprensión, a nuestra hermandad planetaria.

La frase muy generalizada, originada en Plauto, de que «El hombre es lobo para el hombre [...] cuando desconoce quién es el otro» —esta segunda parte no se cita nunca— ha hecho camino en el imaginario colectivo, y pareciera justificar la actuación violenta como efecto de una pretendida constitución natural del ser humano. Pero reconocidos investigadores contemporáneos del comportamiento, como el neurobiólogo y filósofo Humberto Maturana, demuestran lo contrario; para él y para otros, «El amar es la emoción que sostiene y funda lo humano y [...] la aceptación del otro, la otra o lo otro, como legítimo otro [...] da origen a la convivencia social».

En el terreno de lo personal, el lenguaje crea la ficción de la máscara tras de la cual nos protegemos en la vida; hasta que, con mucho empeño y humildad profunda, logramos —como en una súbita iluminación— mirarnos, asumirnos y entender que el ego que hemos construido difiere del yo profundo; ese otro uno mismo, o una misma, que está por fuera del lenguaje, y que alcanzamos a experimentar cuando nos encontramos en la unidad del «todos somos uno» de la frase evangélica.

En el momento que nos corresponde vivir en Colombia, podemos optar por el optimismo; darle una oportunidad a la utopía realizable de la paz y de la construcción de una nueva nación, finalizando la larga saga de la guerra entre hermanos. Para eso, esperamos que los ideólogos de la revolución cruenta, cualquiera que ellos sean, no sigan convencidos de la cientificidad dogmática de una teoría, de un modelo que se cayó con el muro de Berlín; que puedan entender la nueva apertura en que vivimos y los nuevos retos que enfrenta la humanidad. Y que sus antagonistas puedan entender que el orden de exclusión social, naturalizado en nuestra vida cotidiana, no es nada natural sino construido

por quienes tuvieron o tienen el interés de crearlo y mantenerlo a través de la historia. Es difícil percibir el orden en el que se nace. Para los unos y para los otros es casi imposible visualizar las rejas de palabras inhumanas o de odio y resentimiento que nos encierran y confinan.

El desafío para todos, tirios y troyanos, es el de renovar la visión. Mover el caleidoscopio del lenguaje y asumir la difícil tarea de re-ordenar el mundo social que hemos creado, cuestionando los enfoques heredados; las emociones que hemos cultivado.

Los pactos y los acuerdos de paz son el comienzo del proceso. Pero hay que volverlos realidad convirtiéndonos —en lo personal y en lo comunitario— a un nuevo orden de justicia, de respeto y de convivencia con lo que nos es ajeno; obrando con fe y esperanza; guiados no solo por la razón si no, sobre todo, por el corazón. Porque como decía Pascal, «El corazón tiene razones que la razón no conoce».

Reflexiones sobre el diálogo

Inspirada en la narración que se hiciera recientemente en este recinto de cómo la Academia brasileña optó durante la pandemia por asumir posiciones políticas, no partidistas, que orientaran a la sociedad polarizada en fuerzas contradictorias, me permito leer estos apuntes expuestos recientemente ante antagonistas políticos en un contexto no académico:

Dentro de una democracia como la nuestra que abrió en la Constitución el espacio para la participación, es importante propiciar el verdadero diálogo no solo entre el gobierno y sus seguidores y opositores, sino en el interior de las comunidades. Una apertura hacia el otro, la otra, que se inicia con la presencia real, con las miradas que se encuentran y que superan las prevenciones y prejuicios al percibir la humanidad de los demás.

Silencioso y cauteloso, el primer encuentro permite la relación de usted–y–yo, de tú–y–yo, de vos–y–yo, para crear poco a poco la vivencia

de un «nosotros» con intereses comunes. Un «nosotros» que pueda actuar, por la intermediación de la palabra, como interlocutor válido de los «otros», sean ellos vecinos de barrio, de localidad, de ciudad; contradictores políticos o agentes del Estado; para que sea a través de la presencia humana, del silencio amigable, de las palabras y de su poder, como se construyan proyectos comunes; como se manifieste la solidaridad; como se exprese el descontento; como se canalice la protesta; como se relajen las represas que acumula el odio; como se manifieste la ternura. Porque hasta la ternura vive culturalmente represada por el miedo y el prejuicio.

Es difícil tener consciencia del papel que juega el lenguaje en la clasificación de los otros, lo que rara vez corresponde a su verdad. La imagen del otro, de la otra, es una construcción de la propia ideología y suele modificarse mediante la interacción de buena voluntad. A medida que se deshacen los prejuicios, las creencias que se urden para explicar y predecir sus comportamientos; para encerrar o confinar a los demás en la cárcel de los adjetivos que los describen, de las apariencias que los clasifican —ensalzándolos o estigmatizándolos—; de los epítetos que los ridiculizan o menosprecian, producto de una mirada reductora, que deshumaniza. La valoración del otro como interlocutor legítimo, como semejante, como sujeto, abre la posibilidad del verdadero encuentro dentro de una democracia participante que puede seguir construyéndose como una nueva socio-democracia.

Es urgente entender lo que implica el acercamiento de los opuestos, y aún de los contrarios, que expresan su deseo de establecer el diálogo; para que ese diálogo sea flexible, atento, cuidadoso; que trate de percibir con sensibilidad, en el horizonte de los otros, en su modo de mirar la vida —dentro del entorno social y cultural ajeno—, aquello que muchas veces no podemos ni siquiera pensar porque no pertenece al propio sistema de valores, a la propia manera de concebir y clasificar el mundo.

Podemos aspirar a un encuentro en otra esfera de lo humano, del ser auténtico que habita como energía transformadora en otra dimensión, en otra frecuencia, más allá de las palabras; más allá del yo de la personalidad, del yo social; en el encuentro sensible con quienes nos rodean; comprendiendo a cabalidad la unidad de la especie.

El diálogo actúa para conciliar las posiciones divergentes; para reconciliar también, por la intermediación de la palabra; para entender que se puede subvertir positivamente el propio orden, las creencias anquilosadas y anacrónicas. Y ser capaces de encontrar con versatilidad nuevos puntos de contacto, convergencias posibles, que abran el juego de las múltiples opciones personales y públicas dentro de nuestro sistema democrático.

En el mundo del diálogo, cuando este se da con el auténtico propósito de acercamiento, se produce lentamente, a veces a través de lenguajes no verbales, de la mirada, de la acción compartida, un espacio común, un campo de acuerdo impensado, y nos vamos además produciendo a nosotros mismos en nuestras diversas facetas, en la magia creativa de la comunicación. Vamos encontrando aspectos de la propia intimidad no conocidos; maneras de comportarnos, de sentir, de pensar—que considerábamos naturales y universales—, originados en nuestra propia y limitada posición en la cultura, en la sociedad, en el mundo. Vamos trayendo a la consciencia lo impensado. Vamos forjando nuevas y más ricas identidades personales y colectivas.

Por el hecho de *ser* en el diálogo los unos con los otros, propiciamos un proceso de apertura; identificamos maneras complementarias de abordar los problemas que dinamizan el cambio pacífico dentro de las circunstancias compartidas de un momento histórico. Y, aunque se delegue en uno o en unos pocos la conducción del diálogo institucional—los aspectos macro-políticos del diálogo—, los demás no podemos sustraernos a la propia responsabilidad de propiciar el entendimiento; sin asumir actitudes dogmáticas e inflexibles; involucrándonos con quienes nos rodean. Sin pertrecharnos detrás de barreras de prejuicios, de temores; de pretensiones de superioridad.

El fermento del odio, del resentimiento, de la violencia, se incuba por insensibilidad hacia el otro ser humano; por la desconfianza, en la que este país ocupa los índices mundiales más altos; por la exclusión y falta de reconocimiento; por la denegación de sus derechos, no solo por quienes ejercen el poder político, administrativo, económico, sino por quienes manejan el poder simbólico del capital cultural y social, y también por quienes se sienten excluidos de todas las instancias del poder aun siendo poseedores de riquezas culturales ancestrales;

de formas positivas de ver la vida y de vivirla con la sabiduría heredada y transmitida de boca a oído a través de la historia, que solo ahora en el siglo XXI, ante la crisis climática, ante la destrucción de nuestro hábitat, empieza a entenderse y a reconocerse.

Teniendo en cuenta el momento histórico que nos ha tocado vivir, es vital entender la unidad de la especie humana; no solo de nuestros connacionales; entender el papel de dispersión y de diáspora que han producido el lenguaje, las lenguas, la palabra desde el éxodo simbólico de Babel. Estamos llamados a comprometernos en el diálogo para la vida; para la sobrevivencia de la especie; el diálogo de la sensibilidad y la compasión, del silencio y el asombro ante todos los seres vivientes; el diálogo de todos los sentidos con la naturaleza viva que nos constituye y nos rodea, recuperando la visión ancestral e iluminada de nuestros ancestros indígenas, de nuestra invaluable herencia africana; logrando la reconexión con quienes hemos creído extraños y aun inferiores, sabiendo que su sabiduría ancestral tantas veces ha sobrepasado la menuda razón que se desarrolló en Occidente.

Diálogo propositivo y dinámico. No el monólogo de muerte, de desprecio y mezquindad. Diálogo para compartir con otro ser humano y verlo más allá de su apariencia; de sus diferencias y comportamientos ubicados en otro sistema cultural, en una estructura social distinta y respetable que no corresponde al sistema imperante de la estratificación de nuestra propia sociedad. Diálogo en vez de la violencia física y simbólica en la que vivimos, propiciando también las relaciones con otros países, con otras culturas.

Acoger al otro. Permitir que algo de él, de ella, trascienda hasta nuestra intimidad, más allá de las razones; de las palabras; de las apariencias que esconden tantas veces el verdadero ser. Dialogar en profundidad —a veces en silencio— para encontrar los rasgos comunes de lo humano. Para que una acción conjunta sea fecunda para nuestro desarrollo y para nuestra realización integral. Diálogo para prevenir y solucionar los conflictos. Porque es preciso y urgente encontrarse, expresarse y transformar por la acción mancomunada la propia realidad. Y asumir las responsabilidades que nos competen a nivel personal y en el ejercicio de la ciudadanía dentro de nuestra democracia, que a más de ser representativa es, también, desde 1991, una democracia participante.

ROGELIO ECHAVARRÍA: POETA DE LA COTIDIANIDAD, DEL AMOR Y DE LA MUERTE

Por
Cristina Maya Gallego*

La aparición de la generación de Mito en Colombia estuvo precedida por hechos de singular trascendencia a nivel internacional: la guerra civil española en el año 36 y la Segunda Guerra Mundial en 1939. Fue también la época de la violencia inicial en el país en zonas rurales del Quindío y en otras regiones del interior, cuyas nefastas consecuencias no son de todos conocidas. Ante este panorama de agitación, los integrantes de Mito no podían permanecer indiferentes. Jorge Gaitán Durán confirmaba, entre muchas de las declaraciones publicadas en la revista de su autoría, su decisión inquebrantable de hacerle frente a la crisis colombiana. Muchos de sus compañeros lo secundarían en este sentido.

Mito surge en el momento de la dictadura de Rojas Pinilla, a quien le sucede, después de la junta militar, Alberto Lleras Camargo entre 1958 y 1962. Época de cambios y rupturas que obligan a nuestros intelectuales a tomar una posición frente a su medio. Así pues, los miembros de Mito fueron conscientes de ello al inaugurar una etapa de crítica social, de meditación y al mismo tiempo de desmitificación de ciertos valores culturales, todo ello bajo el amparo de lecturas audaces y de la asimilación de autores muy significativos en el panorama intelectual europeo y latinoamericano. Con estos antecedentes, los nuevos poetas modelarían su visión del mundo y, desde luego, su propia poesía.

La generación de Mito, formada por Jorge Gaitán Durán y Eduardo Cote Lamus—fundadores de la revista—, y por los colaboradores Rogelio Echavarría, Fernando Charry Lara, Álvaro Mutis, Fernando Arbeláez y Héctor Rojas Herazo, se constituyó en 1955. Varios escritores de renombre internacional fueron también llamados a participar, entre otros,

* Académica de número y secretaria general de la Academia Colombiana de la Lengua.

Octavio Paz, Dámaso Alonso y el colombiano León de Greiff. La pretensión era no solo la de lograr una apertura continental, sino una entrada a la modernidad, lo que implicaba una ruptura parcial con los anteriores movimientos poéticos en Colombia. Fue otra generación marcada por la influencia filosófica. Ya en el modernismo, los filósofos de cabecera de Silva y Sanín Cano habían sido Nietzsche, Renán y Schopenhauer. Los de Mito serán Sartre, Heidegger y Marx. Ellos orientarían, definitivamente, a muchos de estos poetas. Freud con su teoría del inconsciente es capital para entender la corriente surrealista de toda la literatura y el arte contemporáneos. Luego, ciertas poéticas de vanguardia con Eliot y Valery—presente este último en la poesía piedracielista de Jorge Rojas—, Pound, Bretón, Camus y Borges. Neruda había sido ya asimilado por Piedra y Cielo, pero fue lectura obligada e influencia notable en Mito¹.

No obstante, sobre la repercusión de las vanguardias de posguerra, los críticos no logran ponerse de acuerdo. Algunos acaban por concluir que estas aparecen verdaderamente en los años sesenta con la irrupción del Nadaísmo. De todos modos, existió en Mito un cambio con respecto a Piedra y Cielo confirmado por el mismo Carranza cuando adujo que de una poesía puramente visual y sensorial, se llegó a una poesía de la subjetividad, de la interioridad, es decir, a una poesía del hombre cotidiano y de lo social; a una especie de humanismo existencialista en donde el concepto de desarraigo, de vacío y de contingencia son concluyentes de toda una manera de enfocar el mundo.

Desde el punto de vista formal, la utilización del verso libre se generalizó, aunque no de manera absoluta. Rogelio Echavarría, uno de los poetas más innovadores, ha vuelto a revivir el verso tradicional en sus últimas publicaciones. Lo mismo podríamos anotar con respecto a la metáfora, menos usual, es cierto, pero aun así presente en muchos poetas del grupo. Asimismo, el uso de la frase prosaica al lado del verso es evidente. Igualmente, el tratamiento del poema y su forma de abordarlo varía con cada poeta.

1 Sobre Mito hay abundante bibliografía pero recomendamos estos textos: Cobo, Juan Gustavo. *Mito. 1955-1962. Selección de textos*. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975.
Jurado Valencia, Fabio. *La revista Mito, diálogo político, diálogo con la literatura, y con las artes*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005.

La poesía de Cote Lamus, sobre todo la inicial, está más próxima a un lirismo preconcebido, es una poesía llena de sensibilidad, desgarrada, muy inclinada a lo romántico por encima de lo racional. En Rogelio Echavarría las cosas cambian: el tono es equilibrado, la expresión directa, poco adornada, más auténtica y sincera, aunque no por ello menos poética. Cote Lamus en sus poemas de madurez supera el tono lírico y se acerca más a lo conceptual, a la frase filosófica, incluso al pensamiento oscuro. «Estoraques»², su mejor poema, es una obra de cuestionamiento sobre el tiempo y la muerte, temas de carácter existencial. La poesía de Gaitán Durán, contrariamente a la de Echavarría, es optimista, dignifica lo intelectual y en muchos de sus poemas, como en el de Cote, anteriormente citado, se pasean figuras de la cultura y de la historia. En Rogelio Echavarría no existe ningún ánimo de intelectualización. En Gaitán Durán el mensaje es metafísico y en Cote desesperado y dramático, muy distinto de la calmada y soterrada voz de Charry Lara en sus poemas a la noche. Del mismo modo, Echavarría nunca se permitirá estridencia alguna en tanto que con tono sonoro Gaitán dirá: «Por mi boca está hablando la amargura del hombre». Característica de la poesía de Gaitán Durán es el erotismo acentuado unido a una profunda valoración por la existencia; en Echavarría, el amor es, en cierta forma, púdico e idealizado, y así como existe en su poética una economía de las palabras, Gaitán parece abusar de la metáfora y del símil. En el primero existe, finalmente, un amor a la vida por sí misma, en cambio, en el segundo, la vida encuentra sentido solo a través del amor.

Breve perfil biográfico

Nacido en Santa Rosa de Osos en 1926, su vida estuvo vinculada a las letras desde su muy temprana iniciación en el periodismo a los quince años, cuando comenzó a trabajar en el periódico *El Pueblo* de Medellín. Pero la poesía ha marchado paralelamente con la noticia como una forma más de asumir la cotidianidad. Todos los días una línea, todos los días un poema. Sus primeros maestros fueron, entre otros, Whitman,

2 «Estoraques» es considerado, quizás, como el mejor poema de Cote Lamus y aparece en su libro *Obra literaria*, publicado por el Instituto Colombiano de Cultura en 1976.

Baudelaire, Bécquer, Barba Jacob y Neruda. Personalmente, también como amigos entrañables, Aurelio Arturo, Fernando Charry Lara y Ovidio Rincón —periodista y poeta—. Rafael Maya fue, igualmente, uno de sus grandes estímulos.

De Medellín pasa a Bogotá y conoce a Álvaro Gómez Hurtado, quien lo recibe como redactor de *El Siglo*, periódico en donde permanecería por poco tiempo hasta que sospechan que se trata de un liberal «revolucionario». Se vincula, por ese entonces, con algunos integrantes del grupo de Cántico, entre los cuales figuran Andrés Holguín, José Constante Solanos, Daniel Arango, Eduardo Mendoza Varela, el mismo Charry Lara y Guillermo Payán. Comienza a gestarse en él un cierto inconformismo contra la lírica prodigada por el piedracielismo, con Jorge Rojas a la cabeza.

Como diría el español Jaime Fernán, su libro de poesía *El transeúnte*, uno de los más reeditados en Colombia desde su aparición inicial en 1964,

[r]esulta entonces que este libro empezó a escribirse antes de que Cote Lamus, por ejemplo, llegara a España trayéndonos su embajada de poesía y amistad [...]. Nos damos cuenta de que la actitud poética de Rogelio Echavarría avizoraba hace ya veinte años algo que se impuso más tarde, inclusive en la poesía española: una valoración de lo cotidiano, el canto a las cosas de todos los días santificado por la oración del poeta que advierte que ellas también deben entrar en el ámbito de lo poetizable, que gracias a él entran en el ámbito de lo poetizado³.

Esta opinión no solo consagra a Echavarría como uno de los grandes iniciadores de la poesía de la cotidianidad urbana, sino que riñe contra quienes quieren ver en él un simple continuador de la poesía que gestaron un Cote Lamus o un Gaitán Durán, lo cual tampoco sería, desde luego, demeritorio. Pero la poesía de *El transeúnte*⁴ fue conocida antes de Mito y se publicaría en libro solo en 1964. No obstante, Rogelio Echavarría,

3 Cobo Borda, Juan Gustavo. «El transeúnte llegó antes, mucho antes». En *El transeúnte paso a paso. Repertorio crítico de la obra de Rogelio Echavarría*, Universidad de Antioquia, Medellín, 2000.

4 Echavarría, Rogelio. *El transeúnte: 1948-1993*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1994.

con su característica sencillez, nunca ha pretendido hacer alarde de nada. Sin ser tímido, como lo fuera Aurelio Arturo, asume la vida con actitud sincera, lleno de amabilidad y espontáneo en la amistad. Sus días transcurren entre los libros y la autoría de varias antologías de carácter divulgativo, entre las cuales figuran dos tomos de sus reseñas hechas para *El Tiempo*, diario al cual estuvo vinculado por cerca de treinta años.

Su poesía

Si alguien se ha aproximado a lo cotidiano con verdadero fervor y sabiduría, es Rogelio Echavarría. Rastreado la vida con lentes de aumento ha captado asuntos y detalles que para muchos pasan inadvertidos. Se necesita ser profundamente humano para lograrlo. Atento a cuanto acontece a su alrededor, nunca parece ajeno a nada. Por la calle circulan transeúntes anónimos que se masifican en su diario deambular: el empleado de oficina, el jubilado, la madre abandonada, el mendigo; con la misma intemperancia de la lluvia que cae despiadadamente sobre los cuerpos y el persistente frío de una ciudad gris y triste. Todos tienen para Echavarría una razón de ser y un destino. El habitante feliz no está presente en esta poesía de techos abiertos; la libertad y la opresión conviven en cualquier esquina.

Para Echavarría no existe una referencia concreta a lugares, ni a ciudades, ni a pueblos. Un evidente desarraigo convierte a sus personajes en ciudadanos del mundo. El poeta se cuida de no ubicar nunca espacios ni atmósferas como todo caminante que va de paso. Lo pasajero toma en este sentido una importancia esencial y al mismo tiempo genera una profunda identidad: «Todas las calles que conozco son un largo monólogo mío». No es necesario averiguar el destino de las cosas, pues el hombre está muchas veces engañado con el suyo propio e ignora la proximidad de la muerte. En esta última parece encontrarse la clave de toda la poesía de Echavarría. El transeúnte es una especie de eterno viajero que no sabe con certeza de dónde viene e ignora su posterior meta; lo único que se asoma como evidente a su existencia es la muerte. Por ello la alusión a la infancia, a los orígenes, es una referencia obligada. Las cosas son muchas veces inalcanzables, su conocimiento nos es frecuentemente vetado. Detrás de semejante concepción de la vida hay, sin duda, una raíz existencial. El ir y venir, el movimiento temporal, y

aun el espacial, son dialécticos, permanentes en el hombre y propios de quienes ven la vida sin ánimos de eternizarla. Navegamos entre el mundo del conocimiento y el de la ignorancia. No obstante, somos víctimas de lo uno y lo otro. Nunca llegamos finalmente a conocer la verdad y nos invade un perpetuo espejismo, pues existen potencias superiores que guían y orientan nuestra existencia e infortunadamente vivimos y medramos en medio de ellas.

Hay en todo esto una cierta reminiscencia religiosa, vista con el sarcasmo de quien definitivamente no cree en mitos o los retoma sin mucha convicción: «La niñez es una doncella que muere con el primer amor... sale del paraíso al que nunca puede tornar, pues lo impiden arcángeles con sus centelleantes espadas».

Metaforizar la leyenda con tan evidente realismo es una sencilla forma de ironía. Con mayor seriedad se rememora la leyenda de Edipo, ciego por ignorar sus orígenes: «Todos nacemos ciegos y morimos sin saber qué es la luz». La historia puede reducirse a un solo día, el hombre termina por ignorar al mundo y por ignorarse a él mismo por no llegar jamás a la meta, puesto que se encuentra continuamente desandando sus pasos con la intención de regresar y comprender, a la vez, que lo perdido nunca se recupera. «Estamos condenados a morir sin vivir», dice el poeta. Este verso recuerda aquella concepción de Martín Heidegger, según la cual el hombre desde que nace ya es demasiado viejo para morir, o como dice unos de sus estudiosos: «Con Heidegger hemos aprendido que la muerte no es algo que nos va a llegar del futuro, sino que es algo con lo que cargamos todos los días, en cada acto de nuestra existencia, en cada respiro la muerte se fortalece»⁵.

El tema de la temporalidad está muy arraigado en la poesía de Rogelio Echavarría, como quien vive descifrando los signos de la existencia en busca permanente de una respuesta. Unos se quedan aferrados al pasado, otros viven pensando en el futuro volcados hacia una efímera esperanza. Otros, finalmente, se ligan al presente. En el caso de nuestro poeta ese volver continuo hacia el pasado no es, desde luego, romántico;

5 Manzano Arzate, Josué. «El sentido de la muerte en Ser y Tiempo de Heidegger», *Pensamiento. Papeles de Filosofía*, n.º 2, 2011, p. 105.

para él el pasado no es sino una forma más de olvido, no más que un vacío en la existencia.

El realismo de Echavarría lo obliga a ir en contra de la corriente y avizorar el mundo sin los ojos del romántico. El escenario nocturno ya no es el motivo de múltiples y variadas reflexiones, como lo fue en Pombo, ni la atmósfera mágica para pensar en el amor; ya no son las estrellas titilantes ni los «murmullos» de Silva, solo el ruido cortante del jet que cruza el firmamento como un pájaro de acero mientras la luna sencillamente «cambia su semáforo».

¿Ecos, quizás, de la revolución literaria que desde una posición vanguardista asumió Luis Vidales en el año 25?⁶ Desde luego que con Echavarría nuestra poesía penetra en una atmósfera distinta y, sin duda, innovadora. Se ha dicho, con razón, que con él empieza la nueva poesía colombiana de la cotidianidad, la que rompió con los moldes líricos tradicionales y tuvo su culminación en el Nadaísmo y luego en la poesía de la Generación sin Nombre. Con la diferencia de que Echavarría asume el mundo con un lenguaje poético visto a través de la metáfora que, lejos de disgregar el mensaje, precisa y concentra aún mejor la expresión poética.

La poesía de Rogelio Echavarría tiene la virtud de trasladarnos a un mundo concreto y palpable: la vida de todos los días. Así, en su poema «Vida corriente» aparece el abigarrado mundo de la cotidianidad como una especie de *collage* en donde diferentes episodios se mezclan unos con otros. Generalmente es la clase media con todos sus anhelos y frustraciones; aquella que monta en bus y va y viene por la ciudad como por la vida. Unos sueñan, otros dormitan, los demás hablan, otros ríen o lloran. Todos imbuidos en el afán diario que acaba por alienarlos y recordarles su terrible contingencia: «Tan pronto como estamos ya no estamos». «Vida corriente», escrito de manera descriptiva y ágil es, sin duda alguna, una representación contemporánea del acontecer diario. Una similar representación, aunque en cierto modo dramática, de esa cotidianidad se

6 Dentro de la generación de los Nuevos, Luis Vidales es quien con mayor audacia asume una posición de vanguardia con una poesía que rompe con cierto clasicismo imperante en muchos de ellos y hace una poesía urbana, surrealista, desmitificadora y de contenido social.

encuentra en «La mesa de los jubilados». El poeta reflexiona largamente sobre la suerte de estos hombres como haciéndolos partícipes de su propio destino. Dicha ironía se mezcla con el drama en buena parte de los versos de Echavarría. No obstante, es importante notar el alambique al que somete el poeta sus propios sentimientos y el equilibrio de una sensibilidad que evita a toda costa llamar la atención, para superar el delirio al que muchas veces se ve abocada toda situación dramática.

Equilibrio, sarcasmo e ironía van de la mano en medio de un pudoroso silencio, del orgullo de conservar la independencia aferrándose a la soledad de las sombras. Así son sus personajes, solitarios, trágicamente pequeño-burgueses, pero víctimas siempre de sus propias circunstancias. «¿De qué ríen, en qué porvenir meditan?». Una sociedad mediocre impone valores en tal sentido y el ciudadano medio los acata sin evaluarlos. De allí surge la masificación que es el peor signo de alienación. Todo ello es una forma de morir: «Mas yo muero de muerte, verdadera: de cansancio y olvido».

A lo anterior se suma que el individuo anda desguarnecido, enfrentado a los peligros que día a día y en cualquier parte lo acechan; su vida pende de un hilo, lo que equivale, en cierta forma, a aquella contingencia de la existencia en la que tanto énfasis hacía Heidegger. El peligro aparece y el poeta lo percibe: «Cien pasos doy de para atrás / pero la muerte los advierte». En su poema «¿Dónde espera mi muerte?» el tono lírico se evita y el lenguaje se torna irónico y descarnado:

¿Dónde espera mi muerte? ¿En qué extraviada
tisis nocturna, esquina o lecho estéril?
¿Cuál piloto sin pilas, qué auto loco...?
¿En qué espina sin pez, en qué espinaca?

Luego es tan fácil morir que parece un absurdo.
Tan muerto queda el que ha caído
del piso cien del Empire State
o resbalado en el jabón.

Tanto así que la vida es simplemente muerte disfrazada.

Este mundo, donde todo en apariencia es gratuito y sin sentido, se asemeja al teatro cuyos actores somos todos. El poeta y el artista también

lo son, llevan la máscara, es decir, son personas, como lo concebían los griegos. En todo momento nos es necesario adoptar esta máscara que independiza y masifica a la vez. Estamos condenados a actuar constantemente en una sociedad vana y frívola y ni siquiera la muerte es un hecho heroico. El que sucumbe defendiendo una causa o un ideal muere lo mismo que quien ha pasado por la vida sin dejar huella alguna. A unos y a otros la muerte los iguala, como también lo expresó sabiamente Jorge Manrique en sus famosas coplas.

El drama del artista —músico, pintor o poeta— está visto por Echavarría con singular trascendencia. En su poema «Andante», lo mismo que en «Lugar común», el artista está solo frente a su propio destino, frente a su obra. Su lucha por obtener una realización en este campo es una guerra sin cuartel. El solista empieza su concierto con pulso firme y mano segura. Al final tiene ganados los aplausos. El poeta, por el contrario, es solitario, no vive del escenario, es víctima de su propio empeño al plasmar todo un universo vital que a la postre no le gratifica, y vive desgarrándose por la costura desgarrada del alma. El poema que mejor sintetiza este sentimiento es el titulado «Artista»:

El sombrero de copa
y la almillá
rota

La vida es una aventura, un juego en el que se puede perder o ganar aun en la inocencia. Estamos ciegos ante el conocimiento y lo que creemos hacer bien lo hacemos mal; esto es parte también de la terrible contingencia de lo humano. La vida es azar, y con toda la pericia que usemos para llevar a cabo nuestras empresas estamos sometidos a equivocarnos, en ello consiste la fatalidad del hombre. En palabras conmovedoras el poeta le dice al hijo: «No quise de tu cielo estar distante / y te dejé en un limbo desdichado».

No obstante, en medio de este pesimismo que Echavarría ha asumido con persistencia, al menos en su poesía hay una apertura, una razón de ser que a pesar del desencanto es un rayo de luz: el afecto. El poeta encuentra en la compañera, en más de una ocasión, alivio a su soledad y un hilo de optimismo. En su poema «Cuarto menguante» el panorama es en extremo desolado, la casa y el techo simples, el entorno es

oscuro; sin embargo, está el consuelo del amor que compensa la nostalgia.

Y yo, sembrado en ti, de ti extrañado,
uso mi poquedad en riquecerte,
liberado de ti y a ti aferrado y tan sabio de ti sin comprenderte.
(Siempre plena la luna del amante
aunque aparezca con su faz menguante).

Su poema «Paisaje» es también una bella alusión a la mujer y un respiro a la permanente presencia de la muerte.

La esposa teje flores
contra la mala suerte
y su hilo infinito
me aleja de la muerte.

Pero en Rogelio Echavarría se adivina casi siempre una fina ironía, una nota de humor incluso en los momentos de mayor intensidad afectiva. Es una forma más de quitarles trascendencia a las cosas en un acto lúdico que es casi una costumbre. Así lo deja entender en muchos de sus poemas, en los que intenta jugar un poco con las palabras y con su sentido.

De otra parte, su poema «La felicidad» refleja una filosofía en torno al amor que se entrega incondicionalmente y se hace centro del universo. El poema en tono interrogativo —como muchos de nuestros poetas lo han hecho— revela una intención meditativa y reflexiva y ubica la poesía de Echavarría en un mundo de lucidez, aunque no de frío racionalismo.

Hay miríadas de seres en el universo
que son felices y no te conocen.
[...]
Muchos también te han visto
y son felices sin amarte.
[...]
¿Por qué, pues, soy el único hombre
para quien tú eres toda la felicidad en el mundo?

Sin duda, el poeta encuentra en el amor un asidero y una razón de ser. Qué confesión más sincera, lejos esta vez de toda posible ironía o rasgo de humor, la pronunciada en su poema «Declaración de amor». Habla aquí en forma directa como una manera de mostrar su perfil de hombre modesto, sincero y enteramente auténtico.

Mírame. Soy el que ves siempre a la orilla de tu
lecho
y con quien habrás de rasgar el velo que cubre los
sueños.
Soy el diseminado que tiene en ti el último centro.
Busco una soledad que prolongue la mía.

La compañera del hombre es, ni más ni menos eso, una prolongación, el punto de encuentro de dos identidades, el espejo donde se pueda reflejar el otro yo. El amor se convierte así en confraternidad, en una sola voluntad, en una entrega en donde cada uno ayuda a completar al otro. Hagamos, entonces, énfasis en estos versos:

Me llego a ti, ciega de no haber visto lo que empaña
al mundo
a modelar tu barro núbil y orearlo al sol de mis sudores.

La soledad se torna, pues, un acto de fe:

Y mis manos no aman las joyas, ni una onza de oro
pero el llanto endulzó su ajado pergamino
y su caricia es noble y alta.

Al mismo tiempo, la mujer es la personificación de esa modestia tan alabada por el poeta:

Recibe todas las armas de mi agradecimiento
por ahorrarme hasta el día necesario tu cuerpo,
por la justeza de la orla de tu falda,
por la honradez de tus manos y la mina sellada de
tus costados,
que las ferias están ebrias de lo que ocultas,
llenas hasta la hartura de belleza gratuita.

En su poema «Única» todo es lirismo, el amor se debate en medio de la intemperancia de los opuestos, hiere y cura a la vez, olvida y añora. Se trata de hallar siempre lo perdurable.

¿Dónde hallarte definitivamente quieta y mía, cuándo,
contemplarte secos los ojos que no quieren cambiar
sus aguas?

A veces el amor se remonta a la dulce edad de los sueños, donde todo es esperanza. Sin embargo, la distancia siembra el olvido, entonces el poeta asume su queja con un profundo sentimiento.

Por lo distante no me amas
Ya y por no verme me olvidaste
como si no fuera en la infancia
cuando la sangre principiase [...].

Así terminan amándose los recuerdos o el olvido de los mismos. En estos términos el amor vive en el poeta como una de las pocas tablas de salvación contra el poder destructor de la muerte.

Bibliografía

Gutiérrez Girardot, Rafael. «La literatura colombiana en el siglo XX». En: *Manual de Historia de Colombia*, t. III. Bogotá, Colcultura, 1980.

HENRYK SIENKIEWICZ, NOBEL DE LITERATURA 1905: NOVELISTA DE LA HISTORIA PATRIA Y DE LOS VALORES UNIVERSALES

Por
Bogdan Piotrowski*

Por lo general, se reconoce que Henryk Sienkiewicz es el quinto nobel de literatura. Es verdad en cuanto al premio mismo, pero, en cuanto al autor, sería sexto. No podemos olvidar que el año anterior, en 1904, se otorgó el premio compartido entre Frédéric Mistral, poeta francés, y José Echegaray, dramaturgo español. Como se trata más del escritor que de la historia del Premio Nobel, consideramos que es necesaria esta aclaración.

El Premio fue entregado por la vida y obra del novelista polaco que, en ese entonces, tenía 61 años de edad. En la decisión de los jurados que le otorgaron el Nobel de Literatura destaquemos que fue «por sus méritos sobresalientes como un escritor épico». Fue Stanisław Tarnowski, profesor de la Universidad Jaguellónica y presidente de la Academia de Artes en Cracovia, quien postuló por primera vez a Henryk Sienkiewicz al Premio Nobel en enero de 1902. Entre otros argumentos presentados al presidente del Comité de Nobel subrayó la importancia no solamente de los aspectos artísticos, sino del criterio de los más altos ideales que guiaban en ese entonces a los jurados en la elección y que el autor polaco cumplía cabalmente, al expresar en su obra la honrada concepción de la vida y la noble filosofía.

Aunque el Premio se otorgó por la vida y obra, el título más conocido universalmente es la magistral novela histórica *Quo vadis*. *Novela de los tiempos de Nerón*, publicada por entrega, o en episodios, en el periódico *Gazeta Polska* en Cracovia, bajo el dominio del Imperio austrohúngaro, en los años 1895-1896, y en 1896 salió en forma de libro. En poco tiempo la novela se volvió un *best seller*.

* Miembro numerario y tesorero de la Academia Colombiana de la Lengua.

En 1905 fueron candidatizados, entre otros escritores: León Tolstói, Rudyard Kipling, Algernon Swinburne, Selma Lagerlöf, Giosue Carducci y la polaca Eliza Orzeszkowa; algunos de ellos recibieron el premio después. En la justificación de la decisión leemos: «Solamente, al intentar de abarcar toda la creación de Sienkiewicz, se puede ver cómo es de enorme. Su estilo épico alcanza las cumbre del virtuosismo. Si causa esta sensación imponente en alguien que conoce sus obras únicamente en las traducciones, cómo deben de ser bellas en el original». Alfred Jensen, traductor de los clásicos polacos al sueco, entregó personalmente la decisión oficial de la Academia Sueca. En respuesta dirigida al secretario de la Academia, Carl David af Wirsén, escribió:

La noticia que Usted me anuncia de veras me hace feliz [...] tanto más que el honroso reconocimiento [...] no [lo] recibo únicamente para mí [...] sino lo relaciono con mi país, con la nuestra literatura [...] nuestra literatura tan antigua, tan rica, tan grandiosa, mientras tan poco conocida [...]. Este premio internacional [...] es la solemne confirmación de nuestro rol y de nuestra participación en el progreso intelectual y cultural del mundo.

Henryk Sienkiewicz llegó a Estocolmo el 9 de diciembre de 1905, en víspera de la ceremonia del galardón. Entre los jurados que apoyaron la candidatura de Sienkiewicz estaban no solamente los hombres de letras, sino también reconocidos historiadores. En el discurso laudatorio, Carl David af Wirsén subrayó los amplios horizontes investigativos y el sentido de historia. Analizando los diferentes títulos, señaló la tradición de los grandes románticos: Mickiewicz, Slowacki y Krasinski. Subrayó el apego a la historia nacional y la religión católica.

El galardonado pronunció su discurso en francés y su texto fue ampliamente divulgado en la prensa polaca de Varsovia, Lvov o Leópolis y Cracovia, principales centros culturales de la Polonia repartida. Henryk Sienkiewicz habló no como alguien que llegó a la gloria, sino como el representante de una gran nación que reclamaba en el foro internacional la independencia y la libertad. En sus agradecimientos manifestó: «[...] el alto areópago que me otorga este premio y el digno monarca que me lo entrega, coronan no solamente a un poeta, sino también a la nación cuyo hijo es este poeta». Y, más adelante, destacó: «Así mismo afirman que esta nación prominente participa en la labor universal

y que su trabajo es fértil y su vida necesaria para el bien de la humanidad». La causa nacional fue siempre para H. Sienkiewicz un motivo esencial tanto en su pensamiento, como en sus actividades.

Su actitud patriota se reflejó especialmente en las memorables frases:

No obstante, este honor, tan apreciado por todos nosotros, es aún tanto más apreciado por el hijo de Polonia!... ¡La declaraban muerta y he aquí una de las miles de pruebas de que ella vive! ¡La declaraban incapaz de pensar y trabajar, he aquí la prueba de que actúa! ¡La declaraban conquistada, he aquí una nueva prueba de que sabe vencer! Quién no recuerda las palabras de Galileo: *¡E pur si muove!*..., si ante el mundo entero se reconoce su trabajo y una de sus obras coronadas.

Ciertamente, estas palabras fortalecieron los sentimientos patrióticos de los polacos separados por las superpotencias de ese entonces: Prusia, Rusia y Austria, pero también recordaban al mundo la gran injusticia y la necesidad de vivir en la verdad. Aunque sometida, Polonia pertenecía a la historia y a la cultura universales y seguía manteniendo sus lazos vivos. El epíteto «polaco» aparecía varias veces en su intervención. Fueron la palabra y su expresión artística las que reclamaban la milenaria tradición. Es preciso señalar que si muchos países postulaban a sus candidatos y movían todos los canales diplomáticos, el hecho de que un escritor en la lengua de un país que no existía en el mapa geopolítico, y no podía ejercer ninguna influencia —en ese entonces, más de un siglo— haya recibido el cetro literario, testimonia que su obra respondía de modo excepcional a los tiempos, a los valores universales y a las expectativas de los lectores. Sus ideas reflejan los anhelos atemporales de todo hombre, sin importar la cultura.

Por otra parte, el hecho de aludir al *trabajo* en el discurso de la premiación del Nobel tiene un especial significado. El trabajo para los positivistas, especialmente en Polonia, no era un mero concepto, sino todo un ideal. Adquiría dimensiones filosóficas de la importancia de la acción cotidiana en la existencia individual y de la sociedad entera. Existía un *ethos* real de trabajar a favor de la nación y construir el bien común. La cultura y, especialmente, la literatura, además de formar un patrimonio, motivaban para trabajar solidaria y diariamente con amor y entrega, con empeño y persistencia. Una nación con arraigadas

tradiciones de siglos, un pasado con muchas glorias en su historia y un fuerte sentido de identidad propia no podía renunciar de ninguna manera al legado de sus antepasados. Se trataba de preservar la supervivencia biológica de la nación con la esperanza de que lleguen las circunstancias políticas que permitan el restablecimiento de Polonia como Estado.

En la siguiente década, después de la I Guerra Mundial, Polonia fue restituida. Sienkiewicz representaba la voluntad y los anhelos de su nación, y sus declaraciones despertaban la conciencia internacional. Indudablemente, su obra literaria fue una de las contribuciones significativas en este proceso de la recuperación de la independencia y de concientizar a las otras naciones y sus gobiernos.

Algunos aspectos biográficos y el contexto histórico

Conviene acercarse al personaje titular. Henryk Adam Aleksander Pius Sienkiewicz nació el 5 de mayo de 1846 en Wola Okrzejska (Podlaquia). Su padre descendía del linaje noble que se reconoce en Lituania desde el siglo XVI. También su madre Stefania pertenecía a la antigua familia noble polaca de Cieciszowski en Podlaquia; es importante destacar que cultivaba la poesía y logró publicar varios cuentos y la novela *Hija única*, bastante apreciada por los críticos contemporáneos. El origen noble no significaba aristocrático ni rico. La tradición de la nobleza polaca no hay que relacionarla con la aristocracia o los magnates, más bien constituyó la clase media con larga tradición familiar, especialmente, la de los hidalgos que a lo largo del siglo XIX, al migrar a las ciudades, empezaban a desempeñar trabajos intelectuales, especialmente en la administración, y ejercer las profesiones liberales.

Hay que recordar que Polonia, al ser desmembrada ya en 1772 y en 1793, desapareció del mapa de Europa el 24 de octubre de 1795, después del Tercer Reparto acordado entre Rusia, Prusia y Austria. Varsovia con Mazovia, Podlaquia, Polesia y Silesia, quedaron bajo el dominio de Prusia¹. Sin embargo, entre los polacos se despertó la esperanza de

1 El 5 de agosto de 1792 se firmó el pacto en Petersburgo y se llevó a cabo el I Reparto de Polonia entre Rusia, Prusia y Austria. El país buscaba alianzas con los vecinos y las llevó

recuperar la independencia con las guerras de Napoleón, a quien apoyaron militarmente creando sus propias legiones que luchaban bajo el lema «Por la libertad vuestra y la nuestra», y cantaban la marcha que con el tiempo se volvió el himno nacional, entre cuyas estrofas se encuentra la famosa frase «Aún Polonia no ha muerto, mientras nosotros vivimos». En recompensa, en 1807 Bonaparte creó el Gran Ducado de Varsovia que duró hasta el Congreso de Viena, cuando las superpotencias decidieron otorgar buena parte del territorio a Rusia. El imperio ruso logró ocupar 462 000 kilómetros cuadrados de los territorios polacos. Si bien es cierto que desde 1815 Polonia no existía, con el tiempo, el zar Nicolás I incluyó, entre sus títulos de emperador y autócrata de Rusia, el de rey de Polonia; así también lo empleaban sus sucesores. Ciertamente, en este uso influían mucho el prestigio internacional y el glorioso pasado de Polonia. La familia de Sienkiewicz vivió bajo el yugo de los zares.

Sin embargo, los polacos se aferraban a su identidad nacional. En el Reino de Polonia de los zares la vida cultural se concentró en Varsovia y Vilna. En esta última floreció la literatura romántica, encabezada por el poeta nacional Adán Mickiewicz. A pesar de las enormes presiones de las políticas de rusificación, coacciones y extorsiones, a diario y de forma continua, los polacos fortalecieron la voluntad de defender su nacionalidad y su cultura; muchos, aunque no participaron con armas, se sintieron soldados de la causa. Al mismo tiempo se iba consolidando el proceso de integración con los habitantes de las otras dos partes de Polonia, ocupadas por los prusianos y los austriacos.

Comenzó un férreo proceso de «rusificación» que encontró una amplia oposición en distintos frentes entre los polacos. A pesar de las prohibiciones, los polacos soñaban con su autonomía política, cultivaban su lengua y literatura y se apegaban a su fe católica. A lo largo del siglo XIX hubo en Polonia, ocupada por los rusos, decidida resistencia cultural, pero también la militar que se manifestó en dos grandes

a cabo, pero la historia demostró su incumplimiento. Sin embargo, los gobiernos enemigos deciden invadir a Polonia y más tarde firman el II Reparto el 23 de enero de 1793. Los ocupantes intervienen nuevamente, anexas las tierras polacas y el 25 de noviembre de 1795 el rey de Polonia, Estanislao Augusto, firma la abdicación. Polonia desaparece del mapa geopolítico y en la historia de Europa quedan los hechos del irrespeto a todos los principios de la ley internacional.

levantamientos contra los rusos. Los polacos nunca aceptaban que su destino fuera manejado por otros e iniciaron la heroica carrera por la libertad. El primer intento, llamado Levantamiento de Noviembre, duró desde el 29 de noviembre de 1830 hasta el 21 de octubre de 1831. Durante casi un año, 140 000 combatientes lucharon en contra del más grande poder en Europa. La nación humillada tuvo que cuestionarse: ¿cuál es nuestro futuro? El desamparo afectó especialmente a los jóvenes. Se trataba de vivir con dignidad o desaparecer. Henryk Sienkiewicz, como muchos otros de su edad, se inclinaba a reconstruir la sociedad polaca según las nuevas reglas democráticas que regían en el occidente de Europa. En 1858, el joven Henryk continúa sus estudios en Varsovia y tres años después toda la familia se establece en la capital.

En la infancia, Sienkiewicz se formó bajo las influencias del Romanticismo, escuchando sobre las hazañas y el martirio de los insurrectos de 1830, pero ciertamente lo marcó más el Levantamiento de Enero, cuando tenía diecisiete años, y pudo seguir el desarrollo de los acontecimientos y sus consecuencias. Esta vivencia histórica marcó profundamente sus sentimientos patrióticos que posteriormente lo guiaban en su creación literaria.

El 22 de enero de 1863, tres décadas después, estalló el Levantamiento de Enero que duró hasta el 11 de abril de 1864. Participaron 220 000 insurgentes. Las luchas de los patriotas dejaron profundas heridas en la memoria colectiva. Perekieron entre 10 000 y 20 000 combatientes. El ejército pacificador desplegó todo tipo de crueldad y de terror: mil hombres fueron ejecutados y cerca de 38 000 fueron condenados a Siberia. Cerca de 10 000 polacos decidieron exiliarse en otros países. Cientos de ciudades perdieron sus estatus y privilegios. Fueron arrasados pueblos enteros que ayudaban a los patriotas; destruidos y quemados archivos, bibliotecas, monumentos; confiscadas 1 600 propiedades rurales, cerrados los conventos y monasterios católicos. Se desató aún más la rusificación.

Varios escritores de la generación de H. Sienkiewicz fueron activos en la Insurrección de 1863; mencionemos algunos: Adolf Dygasinski participaba activamente en las tropas de los insurrectos. Orzeszkowa tomaba parte en la lucha y, entre otros, escondía al mismo cabecilla de la Insurrección, general Romuald Traugutt. También Prus perdió la salud

en una batalla y de por vida sufrió de agorafobia. Adam Asnyk regresó del exterior para engrosar las filas de los insurrectos.

El mismo Sienkiewicz, cuyos antepasados siempre defendían la causa nacional, lamentaba hasta sus últimos días no haber podido participar en el levantamiento de 1863 y que fue el único en la familia que no pudo cumplir con este deber. La razón era sencilla: sus padres no le habían permitido tomar las armas por su salud frágil; no obstante, sí autorizaron a su otro hijo. La frustración marcó muy profundamente la psicología de Henryk Sienkiewicz y al escritor le pesó este complejo toda la vida.

Después del levantamiento en 1863, Varsovia sucesivamente pierde su posición administrativa y queda sometida a todo tipo de presiones de rusificación. Entre otros, se frena el desarrollo de la educación. En 1869 se cierra la Escuela Principal donde Sienkiewicz estudió derecho y medicina y, luego, filología. El escritor expresó la gratitud a sus profesores «por ese fundamental, alto amor por los ideales que nos inculcaron en el alma»². El sentido de pertenencia a la nación fue un elemento indispensable en la educación.

Henryk descubrió desde muy temprana edad su vocación literaria y, muy pronto, comenzó a ejercerla. Al principio se dedicó a enseñar y a escribir. Perteneció a la generación que, a pesar de las dificultades de la censura rusa y las prácticas mercantiles de los editores, logró ejercer la literatura. Mencionamos a algunos de estos autores: Józef Ignacy Kraszewski, Teofil Lenartowicz, Boleslaw Prus, Wacław Szymanowski y Gustaw Kamiński.

En la práctica, existió la doble profesión de periodista-literato. También vale la pena recordar la divulgada costumbre en esa época, no solamente en Polonia, sino en toda Europa y América, de publicar novelas por entregas en los periódicos. Así también trabajaba el futuro Premio Nobel.

H. Sienkiewicz, como escritor, recurrió a varios seudónimos, el más popular fue «Litwos», pero también firmaba como «Musagetes», «Juliusz

² Kulczycka-Saloni, Janina Maria Straszewska. *Literatura Polska, Romantyzm, Pozytywizm*, PWN, Warszawa, 1990, pp. 271-272.

Polkowski» y «K. Dobrzy-ski». En 1872, a los 26 años de edad, publicó su primera novela *Na marne. Szkic powiesciowy* —*En vano. Estudio novelesco*— y *Humoreski z teczki Worszyly* —*Las humorescas de la carpeta de Worszylo*—. A partir de 1873 se dedicó al periodismo, que le permitió desarrollar su otra pasión: los viajes. Trabajó en la *Gazeta Polska* —*Gaceta Polaca*—, *Przeglad Tygodniowy* —*Revista Semanal*—, el semanario *Niwa* —*Labrantío*— y el diario *Nowiny* —*Noticias*—. Ya para 1882 era director del diario *Slowo*, que le otorgó un nuevo nivel de notoriedad. Resulta indispensable destacar, igualmente, que el escritor desarrollaba una amplia actividad sociopolítica y de beneficencia. Lo testimonian innumerables artículos publicados en la prensa polaca, pero también sus numerosas cartas. La voz democrática de Henryk Sienkiewicz se hacía escuchar igualmente en el extranjero.

Henryk aprovecha la fama adquirida en el periodismo para elaborar una carta abierta al entonces emperador alemán Guillermo II. En dicha carta, el escritor rechazaba la invasión alemana a Posnania, una ciudad al oeste de Polonia. A través de este acto, el polaco logró captar la atención internacional, con varios países sumándose al apoyo a la tierra polaca. La actividad política de Sienkiewicz se intensificaba con el correr de los años hasta su muerte.

En 1895, en el libro publicado con motivo de los ochenta años de Bismarck —en el cual figura la encuesta organizada por la revista *Gegenwart* dirigida a los veinte artistas más famosos en Europa, entre quienes estaba también invitado el escritor polaco— Sienkiewicz denuncia las acciones del exterminio de la nación polaca promovida por el excanciller von Bülow y Guillermo II. El canciller Otto von Bismarck es recordado por los alemanes como el arquitecto de la unificación de Alemania, pero no se puede olvidar que también fue el promotor de la *Kulturkampf*, es decir, de la brutal germanización de los polacos. Muy conocida es la carta abierta dirigida a la baronesa Berta Suttner en que se opone a la manipulación de la opinión mundial a favor de Prusia; texto publicado en *Czas*, en 1900. Un año después, publica también en *Czas* la carta «De la violencia prusiana», denunciando la persecución y el maltrato de los niños en Wrzesnia³, una pequeña ciudad que conta-

3 El año escolar comenzó el 1 de abril de 1901. Las autoridades decidieron que hasta la religión se enseñara en alemán y distribuían los catecismos en alemán. En el colegio

ba en ese entonces con 5 535 habitantes, en su mayoría polacos, y quienes se hicieron conocer en el mundo entero por su protestas contra la germanización: eliminación del polaco en la administración, en la rama jurisprudencial y en la educación. En 1909, Sienkiewicz publica un «libro encuesta» en que colaboran personalidades internacionales que él mismo invita para mantener a Polonia en la arena internacional y demostrar los atropellos de Prusia⁴.

Mas las protestas de H. Sienkiewicz no se limitaban contra Prusia, también se oponía a los procesos de rusificación en los terrenos polacos ocupados por el zar. Indiquemos únicamente algunos ejemplos. En el año 1904 escribe «List otwarty Polaka do Ministra Rosyjskiego» —«Carta abierta de un polaco al ministro ruso»—, en que denuncia las diferentes maneras de opresión, la burocracia y las deficiencias administrativas. El año siguiente publica otra titulada «Carta abierta a la redacción del diario Rus» en Petersburgo. El mismo año, el diario *Rus* publica «List w sprawie szkolnej» —«Carta sobre los asuntos educativos»— en que reclama la educación en polaco en el reino de Polonia. Poco después, Sienkiewicz publica el anuncio en que convoca a contribuir con las donaciones para la organización de la educación en el marco de la Patria Escolar. Luego, entre otros textos, salen a luz la *Proclama a los agricultores* y el *Proyecto del comité nacional de ayuda a los desempleados*.

El escritor emprendía muchas acciones a favor de la cultura polaca; entre otras, promovió la creación del Museo del poeta nacional Adán Mickiewicz y fue miembro fundador del Comité de la construcción del monumento al poeta en Varsovia. También conviene recordar que en su apartamento se reunían los fundadores de la Asociación Científica de Varsovia. Fue presidente de la Caja Literaria de Varsovia, miembro

algunos niños se negaron a recibirlos y otros los devolvieron el día siguiente. De 158 alumnos 118 estaban en huelga. En las clases, los niños no querían contestar en alemán. Las autoridades aplicaban a los niños los castigos corporales y hasta los arrestaban por unas horas. A sus padres les aplicaban multas. Los días 2, 13 y 20 de mayo de 1901 los niños recibieron latigazos públicamente. La protesta duró cuatro años. Más tarde, veinte personas de Wrzesnia fueron condenadas a la cárcel, desde dos meses hasta dos años y medio.

4 Sienkiewicz, Henryk. *Prusse et Pologne*. Bureau de l'Agence Polonaise de Presse, Paris, 1909.

del Comité Delegado Teatral, coorganizador de la Caja de Ayuda a los Investigadores Mianowski, que funciona hasta ahora. Fundó la beca Maria Sienkiewicz —conmemorando así a su fallecida amada esposa con quien tuvo dos hijos, cuyo matrimonio duró solamente cuatro años— para los artistas y escritores en condiciones materiales difíciles. Colaboró en la construcción de una iglesia en Zakopane y de una clínica para afectados por la tuberculosis. Resulta imposible mencionar su concurso con muchas otras organizaciones.

Al autor tampoco le faltaron reconocimientos internacionales: fue miembro de la Academia de Ciencias y Artes de Serbia, ciudadano de honor de la ciudad de Lvov —Leópolis— (1904) y caballero de la Legión de Honor, otorgado por el gobierno de Francia (1904).

El inicio del milenio también trajo homenajes al gran escritor. Lo apreciaban en el mundo entero y lo señalaron hasta en Colombia en las palabras introductorias a uno de sus libros: «En 1900 todos los países eslavos celebraron con grandes fiestas el jubileo del ilustre novelista»⁵. En Polonia, con motivo de los veinticinco años de la creación literaria de Henryk Sienkiewicz, se creó el Comité de Jubileo que compró la propiedad de Oblegorek y se la ofreció al escritor laureado. La nación rinde el merecido tributo a su admirado guía espiritual. El escritor, junto con su familia, habitaron el palacete desde 1902 hasta agosto de 1914. Cuando estalla la I Guerra Mundial se traslada a Suiza, vía Cracovia y Viena. Allí sigue desarrollando su activa labor social y política. Poco después, junto a otro gran artista, el pianista de fama mundial Ignacy Paderewski, crearon el llamado Comité de Vevey (Comité General Suizo de Ayuda a las Víctimas de Guerra en Polonia)⁶.

Henryk Sienkiewicz muere en Vevey, Suiza, el 15 de noviembre de 1916. Los compatriotas deciden homenajear póstumamente al amado escritor y se organiza el segundo entierro que tuvo lugar el 27 de octubre de 1924. Sus restos fueron depositados en la cripta de la catedral de San Juan en Varsovia.

5 Sienkiewicz, Henryk. *Quo vadis. Novela de los tiempos neronianos*, traducida de la versión francesa de B. Kozakiewicz y J. L. de Janasz por un Bogotano, Bogotá, Colombia, Librería Americana, 1901, p. 3. (Colección universal, N.º. 472 y 473).

6 Ludorowski, Lech. «Patriotyczno-obywatelska sluzba Henryka Sienkiewicza dla Ojczyzny». En *Niepodleglosc i Pamiec*, 2018, No. 61 (1).

Evolución literaria

Henryk Sienkiewicz fue un polímata y sus intereses intelectuales se reflejan tanto en su labor periodística y los diferentes géneros en que incursionó, como en su creación artística. Desde su juventud, sus ciclos de columnas en los periódicos gozaban de mucha popularidad; mencionemos algunas: *Bez tytułu* —*Sin título*— (1873), *Sprawy bieżące* —*Asuntos corrientes*— (1874-1875), *Chwila obecna* —*Momento actual*— (1875) y *Wiadomości Bieżące* —*Noticias corrientes*— (1880-1881). El ejercicio periodístico le permitió conocer la realidad social de diferentes estratos en Polonia y en países de varios continentes, pero también ahondar en la naturaleza de los hombres. Asimismo, le facilitó pintar imágenes de todos los colores y esculpir a los personajes vivos que entablaban amistades con los lectores. Fue un taller cognitivo y estético que practicaba con brillo y talento literario excepcional por medio de cartas, columnas, reportajes, comentarios, notas, crónicas y artículos. Siempre demostraba sus reflexiones morales y éticas que tanto lo caracterizan en su obra y su vida. Su pluma no se limitaba a transmitir la belleza, sino también testimoniar la verdad. Su buen humor y la ironía salpicaban todos sus textos.

Por otra parte, le encantaba viajar. Lo hizo a lo largo de toda la vida. Excelente observador, sabía transmitir al lector sus impresiones y recrear los ambientes, además de transmitir sus apreciaciones sobre la sociedad que estaba conociendo. Fueron las *Cartas del viaje a América*, publicadas en *Gazeta Polska*, entre los años 1876 y 1878, las que le trajeron la fama a este autor que recién cumplía treinta años. En esa época, de relativamente poca comunicación, todos querían saber más sobre el continente de la gran promesa que se reflejaba en el asombroso desarrollo económico. Durante sus viajes a lo largo y ancho de los Estados Unidos pudo conocer directamente la realidad del joven país y darse cuenta también de muchos pormenores y sus lados oscuros. La injusticia social y, especialmente, el exterminio de los aborígenes fueron los aspectos que no podía admitir. Otro tema que analizó con perspicacia fueron las condiciones de vida de los inmigrantes, tanto de los colonos polacos, como de otras nacionalidades. Más tarde, publica igualmente con mucho éxito *Las cartas del África* (1892).

Muchos títulos literarios testimonian los conocimientos periodísticos adquiridos en las travesías por otros países y continentes. Los cuentos

Latarnik —*El guardafaro*— (1882) y *Wspomnienie z Mariposa* —*Recuerdo de Mariposa*— (1889) y *Za chlebem* —*Detrás del pan*— (1880) son historias de los emigrantes polacos en los Estados Unidos. El lector descubre muchas vidas desperdiciadas, frustraciones y amargas. No todos lograron realizar sus sueños en el otro lado del océano.

Un lugar especial ocupa *Sachem* (1889) que denuncia el exterminio de los indígenas en Norteamérica y que es considerado por algunos como uno de sus mejores cuentos americanos⁷. La trama del cuento narra la invasión de los colonos alemanes en Texas y, especialmente, la antigua aldea Antelope que en la ficción juega el papel del tradicional lugar sagrado de los indígenas Black Snakes. Como resulta muy comprensible, la población autóctona no acepta la imposición de la civilización de los extranjeros. Surgen los enfrentamientos y aumenta el conflicto que conduce al exterminio de la tribu. Años después, los alemanes construyen en el mismo sitio la nueva población con el mismo nombre, donde se pregonan la misericordia y la filantropía.

Julian Krzyzanowski cataloga este cuento como una «obra maestra de ironía»⁸. El autor, con palabras muy amargas, marca a los alemanes de hipocresía. Quince años después llega a Antelope un circo y la gran atracción es *Sachem*, anunciado en el programa como el último descendiente de los Black Snakes. Vestido en atavío de un guerrero, *Sachem* canta una canción de venganza y finge romper la gigantesca araña de luces y quemar el circo con petróleo ardiente. Después reaparece con un plato para cobrar dinero del público aterrado. El reconocido crítico literario observa, con razón, que Sienkiewicz presenta el conflicto entre los indígenas y sus opresores blancos, señalando una situación análoga en Polonia. Transforma un tema nativo-americano en una fuerte declaración política. La injusticia que tanto percibía en su país natal la encontraba también, lamentablemente, en otras latitudes. No obstante, siempre tenía la valentía para denunciarla y luchar contra ella.

Para testimoniar su genio y su laboriosidad, enumeremos de su extensa producción narrativa los títulos escritos en 1880. El cuento *Szkice*

7 Gutthy, Agnieszka. «América a los ojos de un escritor polaco: Henryk Sienkiewicz». En *Eslavística Complutense*, 2006, 6, p. 206.

8 Krzyzanowski, Julian. *Sienkiewicz a Warszawa*, PIW, Warszawa, 1975, p. 252.

weglem —*Esbozos con carboncillo*— refleja las dificultades en la vida de los campesinos; así mismo en *Janko Muzykant* —*Juanito Músico*—, *Za chlebem* —*Detrás del pan*— y *Jamiol. Z pamietnika poznanskiego nauczyciela* —*De las memorias de un maestro de Poznan*— revela las presiones de los procesos de germanización; *El señor Secretario*, una novela corta que acusa a las clases privilegiadas, despliega la difícil vida campesina, afectada por la ignorancia y las injusticias que empujan hasta hacia la tragedia. Temáticas similares narra en *El organista*.

Por otra parte, los cuentos «La bienvenida» y «En el Olimpo» son reflexiones sobre la tradición de las creencias, respectivamente, Krisna y mitos griegos en la cultura. A continuación, un acápite del último título mencionado:

Luego, después otro Numen se presentó ante los Apóstoles. Era una diosa altiva, ruda, irónica, que sin requerimiento empezó a hablar, teniendo a flor de labios una sonrisa de desdén:

—Yo soy Pallas Atenea. No vengo a pedir os vida, porque soy solo ilusión. Ulises, en la vejez, me veneró, Telémaco, imberbe aún, prestó atención a mis palabras, ni a vosotros os será dado despojarme de la inmortalidad; pero tranquilizaos, porque nunca he sido otra cosa que sombra vana, no otra cosa soy, ni otra cosa seré por los siglos de los siglos⁹.

Este breve fragmento basta para señalar uno de los motivos insignes en la creación literaria de nuestro autor que siempre indagaba por las razones metafísicas y no se limitaba a la realidad material. Sus inquietudes lo hacían buscar respuestas no solamente en el catolicismo, sino que se extendían a diferentes culturas y a través de todos los tiempos. Lo cautivaba la espiritualidad como la máxima expresión de la humanidad y que permite trascender al hombre.

Por otra parte, en los análisis de la vida cultural de la época hay que tener en cuenta la censura. Estas circunstancias obligaban a los escritores de la generación de Sienkiewicz a la autocensura y a aceptar todo

9 Sienkiewicz, Enrique. «En el Olimpo». En *El señor Secretario*. Narraciones, traducción 192, Calpe, Madrid, p. 150.

tipo de sugerencias de los editores que no se arriesgaban a invertir. Por cierto, la censura no se limitaba a los textos escritos, también insistía en controlar la palabra viva que muchos escritores empleaban en todo tipo de discursos o conferencias. Los textos que iban a ser pronunciados tenían que ser presentados con anticipación ante los órganos de vigilancia y las correcciones no se podían modificar. Estas imposiciones quitaban la espontaneidad y la libertad de expresión, y obligaba a buscar modos de transmitir indirectamente las ideas propuestas y acudir a alusiones, insinuaciones o sugerencias, pero también a la perspicacia del lector y su capacidad crítica a través de analogías o comparaciones. Una de las reconocidas escritoras polacas del siglo XIX, Eliza Orzeszkowa, definió la literatura de su país en ese entonces como escrita en el «lenguaje carcelario». A su vez, Stanislaw Krzeminski comentó que se asfixiaba por la falta del aire y que la permanente mutilación del pensamiento del espíritu lo dejó lisiado.

Sin embargo, ante la intensiva germanización y la rusificación de las tierras polacas, Sienkiewicz desafiaba a los imperialistas por medio de su pluma. Esto sucede en la mencionada *Z pamietnika poznanskiego nauczyciela*—*De las memorias de un maestro de Poznan*—. Otro de los testimonios muy populares e ilustrativos está representado en la novela breve *Bartek zwyciezca*—*Bartek el Vencedor*—, publicada en 1882, donde describe la situación de un campesino forzado a ser soldado de los prusianos en la guerra contra Francia en 1870. El protagonista titular, embrutecido por la propaganda y la disciplina prusiana, lucha de forma ejemplar y su valentía es reconocida hasta por sus generales. No obstante, entre los prisioneros que cautiva se encuentran dos polacos. No los libera, pero a partir de este momento se desgarran su vida interior y cae en el alcoholismo. Luego, desmoralizado, regresa a su casa y encuentra a la familia endeudada. En la aldea de Denostación crecen los sentimientos nacionalistas prusianos contra los polacos. La familia sufre persecuciones y Bartek queda encarcelado por un año. Finalmente, está obligado, junto con su familia, a abandonar su tierra natal.

Todos estos títulos testimonian la sensibilidad social de Sienkiewicz, su don de entender la psicología de la gente, explican su enorme popularidad pero, sobre todo, comprueban su patriotismo que consideraba como uno de los más altos valores que puede encarnar una persona. Demostraba su reconocimiento a los sacrificios de los antepasados e

invitaba a sus contemporáneos a cuidar el legado recibido y luchar para transmitirlo a generaciones venideras.

La novela histórica y la famosa trilogía

Fue la novela histórica el género literario que inmortalizó a Sienkiewicz. Acercándose a la vida madura, el escritor decide revivir con su pluma el conocimiento del pasado de Polonia, tan necesario para mantener la identidad nacional y el sentido de pertenencia. Considera que el futuro nacional depende del conocimiento del pasado y del compromiso desarrollado en el presente. Este mandato resulta tanto más imperioso cuantas más amenazas se perciben en la vida de la sociedad. Por otro lado, las memorables fechas y los acontecimientos que recuerdan estos hechos hay que conservarlos de manera imprescindible.

La primera manifestación de la concepción histórica del futuro Nobel se refleja en una especie de diario o de memorias *Niewola tatarska —Esclavitud tártara—*, escrito en el año 1880. Aparece un subtítulo: *Urywki z kroniki szlacheckiej Aleksego Zdanoborskiego —Fragmentos de la crónica del noble Aleksy Zdanoborski—*. Esta pequeña obra anuncia muchos elementos constitutivos de la futura creación del autor. El lenguaje alude al antiguo polaco del siglo XVII, tanto en el uso de los anacronismos como de los latinajos, tan típicos para el barroco. El honor del noble constituye un principio al cual el protagonista —Zdanoborski— nunca puede faltar. Este marcado sentido de identidad hizo que la nobleza polaca se considerara la clase decisiva en la nación, llamada a defender la patria y dirigir su destino. El espacio literario corresponde a las legendarias tierras del Este. Don Aleksy narra su viaje a Ucrania, que no conoció antes, y comparte sus impresiones sobre diferentes lugares bastante distanciados: Zaslav, Bar, Haysyn y Mohylna. Por el camino encuentra gente de diferentes etnias y religiones. Poco después de integrarse al ejército polaco, el protagonista participa en una batalla contra los tártaros. La detallada descripción que se extiende a lo largo de varias páginas logra transmitir de modo convincente los momentos dramáticos de la debacle, las luchas entre los ejércitos, la música marcial, el manejo de las armas, incluidos los cañones, los enfrentamientos entre los soldados y los caballos, sangre, gritos y dolor.

La derrota implica heridas y muertes; al sobrevivir, llega la esclavitud. El narrador confiesa:

Los niños me lanzaban piedras e inmundicias, gritando: ¡gaur, gaur! Pero yo lo soportaba con paciencia, sobre todo porque Aga Sukyman, que en nuestra lengua sería «Salomón, praefectus», me encontró desmayado, me tomó cautivo y, al principio, me trató dignamente. Lo hizo porque vio mi bella armadura y el sable incrustado y consideró que yo era alguien importante en nuestra nación y esperaba recibir un gran rescate. Y yo, como consideraba que para un noble sería indigno engañar al enemigo, aun si llegara a la esclavitud, no se lo negaba. Le dije que aunque provengo de un linaje de tradición, no tengo ninguna fortuna y nadie vendrá por mí con un pago. Él no me creía, y así me decía en ruso: «¡Ah, vosotros los polacos! Todos se declaran pobres y no ofrecen los rescates, prefieren ser torturados porque se imaginan que su Dios les concederá grandes placeres en el cielo»¹⁰.

En las páginas se revelan claramente otros valores y otra cultura.

El cuento termina con la oración que dejó este «príncipe constante», al estilo de Calderón de la Barca. En sus últimas frases el protagonista alaba a Dios, a pesar de sus desgracias:

¡Oh, Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, seas alabado en tus obras. Por donde volteo mis ojos, allá te veo y donde te veo, allá te confieso! [...] ¡Y que me abandonaste y me privaste de felicidad, seas alabado! [...]. No llevaré los bienes terrenales, ni las riquezas, honores ni dignidades al otro mundo, porque soy pobre y así era. Pero, Señor, mostraré mi escudo y diré: «mira, no está manchada, y si está manchada, es solo con mi sangre. Conservé mi nombre intachable, no sometí mi espíritu —y doblado por el dolor— nunca me rendí»¹¹.

El sentido de la palabra y el de cumplir con responsabilidad el deber primaban en la existencia de un hidalgo, según Sienkiewicz, por encima de todas otras obligaciones. La vida de un noble honra su nombre y

10 Sienkiewicz, Henryk. *Niewola tatarska*. E-book, <http://wolnelektury.pl/katalog/lektura/niewola-tatarska/>, p. 9, trad. B. P.

[N. del E.]: B. P. son las iniciales del autor: Bogdan Piotrowski.

11 *Ibidem*, p. 17; trad. B. P.

a su familia; la patria constituía la entrega incuestionable y la religión católica garantizaba su plenitud. Como último aspecto, hay que señalar un rasgo excepcional en la tradición cultural de Polonia que la diferencia de modo especial del resto de Europa por su tolerancia religiosa. Si en el Occidente se aplicaba la regla *cuius regio, eius religio* y en Rusia el despotismo del zar imponía la fe ortodoxa, en la Polonia católica regía la tolerancia religiosa, y a lo largo de los siglos hubo una convivencia natural entre los católicos, ortodoxos, judíos, protestantes y musulmanes. Hay que recordar también otro rasgo fundamental en la historia de Polonia. Después de la muerte del último rey de la dinastía de los Jagellones —Segismundo Augusto, en 1572—, Polonia se volvió una monarquía electiva.

En la década de los ochenta del siglo XIX, Sienkiewicz publicaba en la prensa por entregas la famosa trilogía y, luego, fueron impresos los libros: *A sangre y fuego* (1884), *El diluvio* (1886) y *El señor Wolodyjowski* (1887-1888). El éxito de estos títulos fue inusual. En poco tiempo su lectura se hizo obligatoria en las escuelas. Indudablemente, en la trilogía se concentra la aspiración del autor reflejada en su propósito de «reconfortar los corazones» de la nación polaca, aunque este fenómeno se puede valorar, en realidad, en toda su creación.

Las tres novelas remiten al tormentoso siglo XVII, cuando la *Res Publica* de varias naciones vivía sus altibajos. Los herederos de la Polonia del siglo de oro pretendían vivir a sus anchas y el destino les traía muchos aprietos. Estos tiempos turbulentos, tiempos llenos de los conflictos sociales internos —armados—, las sucesivas guerras con los vecinos dejaron en la memoria colectiva muchas heridas. Se observó un notorio descenso demográfico: si al inicio del siglo había alrededor de diez millones de habitantes, a fines había una tercera parte menos. Para el país devastado, y con una economía muy reducida, no fue fácil su recuperación, pero lo logró. Esta época es recordada en la historia de Polonia como el trágico preludio de su paulatina decadencia a lo largo del XVII y su inevitable desaparición al final del siglo. Sin embargo, Sienkiewicz decidió evocar los grandes triunfos y los enormes sacrificios de los antepasados, quienes supieron recuperar el brillo nacional a pesar de las infinitas adversidades. Las glorias del pasado entablaban para sus lectores una fácil analogía con el siglo XIX y avivaban las esperanzas patrias. Tiene mucha razón uno de los críticos quien sostiene que:

Uno de los importantes elementos de la imagen histórica del mundo de la Trilogía es su espacio. Aunque la descripción en las novelas es reducida, no obstante las formas de su aprovechamiento, de la contaminación con las estructuras narrativas, de la imposición de los elementos de las aventuras, crean una imagen expresiva y fuerte de los lugares donde se desarrolla la acción¹².

La trilogía constituye un ciclo compacto y unitario en el tiempo y en el espacio. *A sangre y fuego* se remonta al reino de Juan Casimiro y las luchas durante la rebelión de los cosacos a mando del atamán Bohdán Jmelnitski (1666-1671). *El diluvio* ubica la trama novelesca durante la invasión de los suecos en Polonia, que se llama popularmente el diluvio sueco (1655-1660). *El señor Wolodyjowski* relata los difíciles tiempos de las guerras contra los turcos (1688-1673). La historia ofrece las luces y las sombras, momentos de victorias y de derrotas que el autor relaciona con las vidas y las pasiones de sus personajes. Los nobles llamados a servir a la patria aparecen como los defensores y los promotores de la nación y del Estado.

La admiración de los lectores por la novela *A sangre y fuego* opacó toda la tradición literaria anterior y el libro sirvió a Sienkiewicz como modelo para escribir sus demás novelas históricas. El texto comienza con estas líneas: «El año 1647 fue un año raro en que los distintos signos en el cielo y en la tierra auguraban unas catástrofes y acontecimientos extraordinarios». Ya las primeras palabras despiertan la curiosidad del lector quien se pregunta qué va a pasar. Y, en efecto, en cada página se desarrollan las sucesivas peripecias de los personajes. La narración ofrece un sinfín de aventuras, osadas gestas y heroicas batallas.

El lector conoce a Jan Skrzetuski, el protagonista, cuando al inicio de la novela salva la vida de Jmelnitski. Don Jan es un noble sin fortuna y ejemplo de soldado; valiente, siempre fiel y dispuesto al sacrificio, se enamora de la princesa ucraniana Helena Kurcewiczowna, de antiguo linaje. Paralelamente a la trama histórica que abarca varios años se hilvana el motivo amoroso, y en cada capítulo se despliegan las descripciones de la naturaleza y de los sentimientos de los personajes. Desde

12 *Ibidem*, p. 132.

la rebelión de los cosacos la acción novelesca adquiere un dinamismo espectacular, lleno de intrigas, batallas, enfrentamientos, desafíos y duelos.

Los personajes de *A sangre y fuego* se volvieron de cierto modo, así como los de las novelas posteriores, modelos sociales que encarnaban los rasgos personales y las virtudes que posteriormente quedaron en la memoria colectiva. Fueron elementos imprescindibles en la tradición nacional de la cultura y, se podría decir, referentes familiares en la vida cotidiana. Hasta ahora ocurre que la gente los identifica —o se identifica— con ellos para comunicarse más fácilmente porque despiertan emociones. En fin, los personajes ficticios de Sienkiewicz representan los rasgos típicos entre los polacos que apreciaban la vida y daban valor a la vida. Uno de los personajes centrales, Jan Onufry Zagloba, alude, desde sus nombres, a la tradición sármata de los nobles polacos y, a pesar de los errores cometidos, resulta empático, servicial y su buen humor y el lenguaje jovial lo hacen una figura inolvidable. Igualmente, están muy bien caracterizados los personajes como Longinus Podbipieta, Bohun, Rzedzian y muchos otros más. En la novela aparecen, igualmente, los personajes históricos: mariscal de campo Esteban Czarniecki, príncipe Jaremi Wisniowiecki, Bohdán Jmelnitski, etc. No faltan personajes de diferentes grupos sociales, religiones y naciones. Todos ellos contribuyen a una construcción del universo novelesco, y a través de la mimesis se trata de reflejar la realidad histórica del modo más objetivo posible.

Desde el primer título de la famosa trilogía está expuesta la temática de la identidad individual, pero también la colectiva y la nacional que tanto llaman la atención en los momentos de la crisis o de la amenaza. Por ende, Sienkiewicz aspiraba a mantener muy despierta la conciencia social y fomentar a través de los personajes literarios una clara concepción axiológica.

Para poder entender bien la segunda parte de la trilogía —*El diluvio*— es importante contextualizarla aunque fuera brevemente. El tercer rey electo de Polonia fue el príncipe sueco Segismundo III Vasa y reinó en Polonia desde 1587 hasta 1632. Lo sucedió su hijo Ladislao IV Vasa, y en 1592, con el nombre de Segismundo I Vasa, heredó el trono de Suecia de su padre Juan III de Suecia, casado con Catalina Jagellón.

El rey Carlos X Gustavo quería obligar a su primo, el rey Juan Casimiro, quien fue rey de Polonia y gran duque de Lituania y ocupaba el trono entre los años 1648 y 1668 —también fue rey titular de Suecia hasta 1660—, a renunciar al trono de Suecia. A finales de 1654 las huestes suecas pisaron las tierras polacas, y muchos adversarios polacos del rey —poco popular entre los nobles— se pasaron a su bando. Parecía que el país iba a ser dominado por el enemigo y resultó un milagro que, según la tradición, Sienkiewicz atribuye a la Virgen negra y a la heroica la defensa del monasterio de Jasna Góra en Czestochowa. Ningún lector olvida estas palabras del narrador:

porque el estampido de los cañones que batían las murallas de Jasna Góra conmovió el corazón de todos, y un grito de reverente admiración y al mismo tiempo de inmenso desdén, resonó de los Cárpatos al Báltico. Reanimada por el heroísmo de los frailes, la nación salió del letargo [...]. Entretanto, por toda la República se divulgaba el manifiesto de Juan Casimiro a su pueblo. Los nobles se daban golpes de pecho oyendo las sublimes palabras de su rey, el cual les exhortaba a tener ánimo, a abrir el corazón a la esperanza y ensayar la liberación de la República, sublevándose contra los suecos¹³.

La patria fue salvada por la Virgen negra a quien, posteriormente, el rey Juan Casimiro la coronó como reina de Polonia. Una vez más, la religión católica resultaba ser cimiento de la nacionalidad.

En la última parte de la trilogía —*El señor Wolodyjowski*— Sienkiewicz retoma los difíciles tiempos de las guerras contra los turcos (1673-1688) y alude a hechos tan significativos como la abdicación del rey Juan Casimiro y la elección del rey Miguel Korybut Wisniowiecki.

En esta novela se reflejan los momentos cruciales en la visión militar, como la toma de Kamianets-Podilski por el ejército musulmán, pero también hay la referencia a la victoria de Juan Sobieski en Chocim sobre los turcos. Conviene también señalar que existe otra traducción de la novela cuyo título es *Un héroe polaco*¹⁴.

13 Sienkiewicz, Henryk. *El Diluvio*. Maucci, Barcelona, 1901, tomo II, p. 136.

14 Sienkiewicz, Henryk. *Un héroe polaco*. Ciudadela libros, Madrid, 2007.

La novela crea una visión de las diferencias entre los ejércitos enemigos y sus culturas. Las descripciones llenas de detalles crean un marco axiológico complejo donde la admiración se mezcla con el rechazo. Los paisajes juegan valores simbólicos y refuerzan los aspectos psicológicos de los personajes, como en este fragmento en que se describe a uno de los más representativos personajes musulmanes:

Azya [...] se levantó, se acercó a la ventana, contempló la luna que surcaba como una nave silenciosa la ilimitada soledad de los cielos. El joven tártaro la contempló largo rato; después se llevó las manos al pecho, levantó los dos pulgares y su boca, que una hora antes había confesado la fe de Cristo, murmuró con una especie de melancólica cantilena: «¡La ala hila Alah! ¡Mahomet Rossul Alah!» [Dios es grande y Mahoma es su profeta]¹⁵.

La traición y la astucia de Azya aparecen en numerosas páginas y el lector lo identifica como un villano.

En oposición, el personaje titular se proyecta en la novela como un modelo social para los polacos. Su heroísmo no tiene límites y hasta está decidido entregar su propia vida para salvar la patria y a sus compatriotas. Al final de la novela, el protagonista se ve obligado a entregar el castillo y la ciudad de Kamieniec —Kamianets— a los otomanos. Leemos:

Volodyovski los aguardaba apoyado en un cañón. Lo saludaron en silencio.

—¿Cuáles son las condiciones de la capitulación? —les preguntó.

—La ciudad no será saqueada, se respetará la vida de los habitantes y sus haberes. El que no quiera permanecer tiene el derecho de salir dirigiéndose a donde le plazca.

—¿Y la fortaleza?

15 Sienkiewicz, Henryk. *Pan Miguel Wolodyowski*. Editorial Maucci, Barcelona, 1901, p. 287.

Los comisarios bajaron la cabeza y respondieron:

—Ha sido cedida al Sultán para siempre[...].

Pan Miguel se quitó el casco; echó una mirada sobre las ruinas, sobre el campo de su gloria, sobre los cadáveres, sobre las murallas, sobre los parapetos y sobre los cañones. Después levantó sus ojos al cielo y exclamó con acento de ferviente plegaria:

—¡Gran Dios, concédele la fuerza de resignarse! ¡Da la paz a su corazón!

Estas fueron sus últimas palabras [...].

De pronto tembló la tierra y un estruendo siniestro retumbó en los aires: torres, murallas, cañones, caballos, hombres y cadáveres volaron en alto, envuelto todo en una inmensa llama como una terrible descarga de metralla dirigida al cielo [...].

Así murió Volodyovski, el Héctor de Kamianets, el primer soldado del Reino¹⁶.

Para Sienkiewicz el heroísmo es una de las virtudes más sobresalientes de sus compatriotas. Cumplir con el deber y con la palabra de honor de un noble significaba enfrentar los peligros en vez de complacerse con los derechos. Volodyovski trascendió su presencia temporal y perduró en la memoria de su nación. Tanto en esta novela, como en las otras, el autor recordaba esta necesidad de cumplir con el *ethos* nacional.

El señor Wolodyjowski, así como *A sangre y fuego*, reafirman la idea de *antemurale christianitatis*. Sienkiewicz retoma la idea de mesianismo romántico de que Polonia y los polacos son llamados a cumplir los designios de la divina providencia. El autor quiere destacar que el país ocupa un puesto excepcional en la historia de Europa, no solamente por su posición geopolítica, sino por las razones religiosas. En la

16 Sienkiewicz, Henryk. *Pan Miguel Wolodyowski*. Editorial Maucci, Barcelona, 1901, tomo II, p. 263.

actualidad no todo lector puede identificarse con esta visión, pero es posible que, así como admiramos los héroes antiguos griegos, se asombrarán igualmente los futuros lectores de Sienkiewicz.

Tampoco faltan a lo largo de las tramas de las tres novelas las historias de amor de los protagonistas, llenas de suspensos, alegrías y tragedias, esperanzas y expectativas trucas. Las intrigas no terminan, pero los sentimientos se contagian entre los lectores y, finalmente, los afectos ganan. En *A sangre y fuego* el protagonista, el coronel Wolodyovski, «el primer sable de la República», está comprometido con la señorita Ana quien muere y, después, Pan Miguel se enamora de la traviesa Basia. En *El diluvio* la pareja está compuesta por la señorita Alejandra—Olenka—Billevich y el coronel Andrés Kmita.

En la trilogía, a pesar de los numerosos personajes que actúan en diferentes episodios, se conserva la unidad de la narración; asimismo, entre diferentes libros. Como ejemplo, citemos el fragmento inicial del Capítulo I de *Pan Wolodyowski*:

Tras el fin de la guerra con Hungría y después de la celebración del matrimonio entre Pan Andrés y Panna Alejandra Billevich¹⁷, un caballero valeroso y renombrado en el reino de Polonia, Pan Miguel Wolodyowski, coronel del escuadrón de caballería ligera de Lauda, se disponía igualmente a unirse con los dulces lazos de Himeneo con Panna Ana Borzobogati Krasienki.

Surgieron, sin embargo, obstáculos a consecuencia de los cuales la boda tuvo que diferirse. La novia había sido educada por la princesa Griselda Wioshnyevetski, sin cuyo consentimiento Panna Ana no quería casarse de ningún modo¹⁸.

Los romances de los protagonistas y sus infinitas peripecias y aventuras, todo salpicado con mucho humor, hacen una narración ágil. No cabe duda de que los tres títulos son el ciclo de novelas más populares en la literatura polaca. En la época cuando Polonia no existía como

¹⁷ En polaco, *Pan* quiere decir Señor, *Panna* Señorita y *Pani* señora.

¹⁸ Sienkiewicz, Henryk. *Pan Miguel Wolodyowski*. Editorial Maucci, Barcelona, 1901, p. 5.

Estado, la literatura permitió recuperar el orgullo patrio y fomentar la identidad nacional. Los momentos gloriosos en la historia del país martirizado despertaban sentimientos de esperanza, y los personajes literarios, tanto ficticios como históricos, fueron reconocidos como modelos para una sociedad en crisis.

Al ciclo de novelas sobre la historia de Polonia en la creación de Sienkiewicz hay que agregar obligatoriamente otra novela de gran popularidad: *Los teutones* (1900). En las páginas se despliega un enorme panorama histórico en que se puede apreciar la afirmación de la política del rey Ladislao Jagellón y las crecientes influencias occidentales en el país, la consolidación de la identidad nacional y los procesos de transformación social. Se destaca la batalla en Grunwald, una de las más grandes en el Medioevo, y la victoria del ejército polaco-lituano sobre los caballeros teutónicos, el 15 de julio de 1410. Perecieron ocho mil soldados del ejército de la orden alemana y tres mil soldados en servicio del rey de Polonia y del gran duque de Lituania.

Naturalmente, también en la novela *Los teutones* hay una gran trama amorosa. El joven, valiente y guapo caballero Zbyszko se enamora a primera vista de Danusia, hija del reconocido señor Jurand de Spychów y dama de la corte de la princesa de Mazovia. Sin embargo, el idilio se transforma en la fatalidad. Danusia, cuya madre fue asesinada por los teutones, es raptada también por ellos. Su padre se entrega humillado para que la liberen, y le quitan la vista. La doncella pierde el juicio, es rescatada y muere. Zbyszko busca justicia, y junto con su tío Macko deciden participar en la batalla de Grunwald. La narración novelesca sugiere revivir la memoria colectiva y las infinitas tragedias individuales como elementos de la construcción de identidad nacional. La literatura, como transmisora y cultora del imaginario social, ordena el saber cognitivo y elabora el marco axiológico de la comunidad y de la nación. La novela se vuelve una especie de archivo. En el caso de *Los teutones* encontramos otro objetivo claro de la necesidad histórica de la sociedad.

La interpretación del autor buscaba la veracidad histórica y tuvo también notorias influencias en la mentalidad de sus contemporáneos. Insinuaba que la unión del pueblo permite rechazar a los invasores. La analogía entre los ataques de los teutones y la represión de parte de los

ocupantes prusianos se extendía igualmente a los territorios ocupados por Rusia y Austria. El pasado permitía avivar la esperanza y trabajar para el futuro, abre nuevos espacios para el tiempo. Como las novelas anteriores, *Los teutones* ejerce y mantiene una acción formativa entre varias generaciones y no se limita a la historia nacional, sino que se extiende como signo a la visión universal de los tiempos. Es un medio de memoria cultural y un símbolo de la lucha justificada por la identidad.

La obra de Sienkiewicz no se limita a las novelas históricas sobre Polonia, el autor decidió narrar igualmente la realidad contemporánea y publicó dos novelas: *Bez dogmatu —Sin dogma—* (1891) y *Rodzina Polanieckich —Familia Polaniecki—* (1984). Posteriormente, optó por dedicar su atención a la época del emperador Nerón y los inicios del cristianismo.

Epopeya del cristianismo: *¿Quo vadis?* (1896)

Quo vadis. Novela de los tiempos neronianos resultó una revelación mundial, y en los años siguientes fue publicada en ochenta países y traducida a más de cincuenta lenguas. En el umbral del siglo xx fue el libro más leído en el mundo. En 1901, solamente en los Estados Unidos y la Gran Bretaña, se vendieron dos millones de ejemplares. Si bien es cierto que el Premio Nobel fue otorgado por vida y obra a Henryk Sienkiewicz, no cabe duda de que la gran epopeya sobre la persecución de los primeros cristianos en el Imperio romano durante el mando de Nerón contribuyó significativamente al otorgamiento del preciado galardón. Los críticos están unánimemente de acuerdo de que en *Quo vadis* el mundo romano está representado de manera muy fidedigna y detallada, amplia y penetrante, además, en un lenguaje cautivador y a la vez sencillo.

El novelista se preparó muy concienzudamente para escribir su nuevo libro. Sus viajes a Italia fueron de gran ayuda. Algunos críticos señalaron que el autor puede ser considerado como el topógrafo de la Roma antigua. Comenzó a escribirlo a comienzos de 1895 en Varsovia y lo terminó un año después en Niza. *Quo vadis* empezó a publicarse por entregas en folletón, en 1895, en tres periódicos representativos de Polonia: *Gazeta Polska —Gaceta Polaca—*, en Varsovia, ocupada por

Rusia; *Dziennik Krakowski* —*Diario Cracoviano*—, bajo el dominio de Austro-Hungría; *Dziennik Poznanski* —*Diario de Poznan*—, región oprimida por Prusia. Unos meses después, la novela fue publicada en tres tomos.

El título de la novela retoma la famosa pregunta «¿*Quo vadis, Domine?*», que, según la tradición, haya pronunciado San Pedro a Jesucristo huyendo de Roma en el año 64 y a la cual oyó la respuesta: «*Eo Romam iterum crucifigi*» —Voy a Roma para ser crucificado—. En este lugar fue erigida la pequeña iglesia Santa María in Palmis, que es tan conocida como la capilla *Quo vadis*.

La lectura de la novela ofrece páginas llenas de la tiranía del cruel y despiadado Nerón y el despliegue de la visión de Roma antigua con sus características del mundo en decadencia. Los patricios complacían los caprichos del emperador lujurioso, bufón y engreído, convencido de su divinidad; pero también los de Popea, su tercer esposa, bella, calculadora y desalmada, quien manipulaba la corte llena de intrigas y asesinatos. Sienkiewicz describe el ambiente de la descomposición social, pero detalla también los fastuosos palacios y los lujos, así como la miseria de los esclavos condenados a cualquier extravagancia o arbitrariedad. Como en las demás novelas de Sienkiewicz, también en *Quo vadis* está presente el motivo romántico: el amor entre Marco Vinicio y Ligia que se despliega a lo largo de la trama.

Los mismos nombres de los personajes novelescos fueron escogidos por el escritor con un propósito simbólico. Marco, como buen romano, fue consagrado al dios Marte, y Vinicio significa en latín «el que viene». A su vez, el nombre Ligia, proveniente del griego, se asocia con los cantos melodiosos de sirenas —especialmente Telxiepia de la *Odisea* de Homero— y representa la pasión, actitud fuerte y decidida a ayudar a los que lo necesitan. Podríamos seguir con las aclaraciones simbólicas de otros nombres, pero optamos únicamente por señalarlo como recurso. Marco Vinicio es patricio y soldado valiente del ejército romano. Ligia, aunque es esclava, adoptada por el general Aulo Plaucio y educada por su esposa Pomponia Grecina, es nada menos que princesa, hija del rey de los ligios que provenían de la región norte entre el Oder y el Vístula y amenazaban al Imperio. Pomponia es cristiana y también transmitió su fe a la hija adoptiva. Cuando Vinicio está en la bús-

queda de Ligia, casualmente escucha el sermón del apóstol Pedro en Ostrianum y se sorprende por los valores espirituales enunciados y los altos ideales practicados en las catacumbas. En consecuencia, igualmente, se vuelve cristiano.

El mundo novelesco de los cristianos parece muy pobre en oposición a las costumbres paganas. Vivían modestamente en el alejado Trastevere, buscaban vivir con fe y esperanza, con amor y virtudes, y se reunían por la noche para orar. No faltan las escenas de los sacrificios. Las multitudes paganas que reclaman luchas, sangre y mártires que agonizan sonriendo a la espera de la felicidad eterna. En la novela, la ficción se entrelaza con la historia que transmiten los personajes como Nerón, Séneca, los apóstoles Pedro y Pablo o Gayo Petronio. No faltan los acontecimientos reales, como el incendio de Roma, descrito en un excepcional tono trágico.

La novela se fundamenta en el principio de la contradicción. Despliega, por un lado, la visión de la deslumbrante, pero decadente cultura pagana de Roma y, por el otro, el naciente y perseguido cristianismo; dos filosofías y dos conceptos muy distintos del mundo y de la vida. Nerón —tirano loco— encarna el materialismo que es vencido por el espíritu. El autor concluye en el epílogo: «Así como pasó Nero, así pasa el vendaval, la tempestad, el incendio, la guerra y la plaga». Esta frase, indudablemente, reduce la importancia de las adversidades y despierta la esperanza, fundamental en la historia occidental. Por ende, no es de extrañar que los críticos internacionales y los lectores de su novela relacionen la persecución de los cristianos con el martirio del pueblo polaco bajo los imperios ruso, prusiano y austro-húngaro.

Acerquémonos a algunos motivos literarios para poder apreciar mejor el estilo y la imaginación que caracterizan a este gran escritor. La novela comienza con estas palabras:

Petronio despertó a eso de medio día y, como de ordinario, fatigado: la víspera había asistido a un banquete en casa de Nerón [...]. Hacía algún tiempo que su salud no era buena, y su despertar era más penoso; pero el baño matinal y un hábil masaje activaban la circulación perezosa de su sangre, y levantaban sus fuerzas tan por completo, que del *oleotequium* (último comportamiento de los baños) salía rejuve-

ncido, con los ojos brillantes, y tan lozano, que Otón mismo no hubiera podido competir con él. De ahí que se le llamase «el árbitro de las elegancias».

Al día siguiente, pues, de aquel festín, en el cual había discutido con Nerón, Lucano y Séneca sobre el problema de si la mujer tiene o no alma, Petronio se hallaba tendido sobre una mesa de masaje cubierta con blanquísima capa de algas egipcias, y dos robustos bañadores, empapadas las manos en aceite, amasajaban sus músculos. Con los ojos entrecerrados, Petronio esperaba que el calor del lacónicum, unido al que aquellas manos desarrollaban, penetrasen su cuerpo y lo aliviasen del cansancio¹⁹.

Tito Petronio Niger es uno de los personajes novelescos que reaparece y vuelve a lo largo de toda la narración. Este personaje histórico, amante de placeres, no solamente está muy bien caracterizado, sino que fue rescatado del olvido por Sienkiewicz. El Premio Nobel, sin duda alguna, admiraba la prosa del autor del famoso *Satiricón* quien, probablemente, fue el primero en escribir de forma decididamente realista. Es cierto que Tácito describe a Petronio como un personaje decadente y lujurioso, reconocido y elogiado por sus gustos estéticos hasta por el propio Nerón, y en esta tendencia lo proyecta igualmente Sienkiewicz, pero el escritor polaco lo revive y lo hace actuar en las páginas de su libro como un personaje elocuente, desenfadado, perspicaz, jovial, agudo, irónico y mordaz. Además, en su versión, Petronio parece conservar un sano juicio y ciertos valores éticos; su papel no se limita a ser juez dictaminador, más bien asume el papel de intermediario, componedor e intercesor. El talante de ambos escritores resulta similar —aunque los separan dos milenios— y les abrió las puertas a la literatura universal.

El incendio de Roma en la época de Nerón es bien conocido en la historia. No obstante, los siguientes fragmentos nos permiten apreciar la visión que desplegó Sienkiewicz y que, ciertamente, cautiva y trastorna a todo lector. Citamos solamente unos breves fragmentos:

¹⁹ Sienkiewicz, Henryk. *Quo vadis. Novela de los tiempos neronianos*, traducida de la versión francesa de B. Kozakiewicz y J.L. de Janasz. Bogotá. Librería Americana, 1901, pp. 5-6.

El resplandor de la ciudad incendiada teñía de púrpura el firmamento hasta los confines del horizonte. La luna llena surgió enorme, y bien pronto fue de cobre incandescente. En los abismos de aquel cielo rojizo titilaban rojizas estrellas; a la inversa de las noches ordinarias, la tierra estaba más luminosa que los cielos. Roma alumbraba la Campania entera. La sangrienta claridad reproducía a lo lejos las colinas, las casas, las villas y los templos [...]. Entre tanto el fuego aniquilaba los barrios uno tras otro [...] desde las colinas sobre las cuales estaba recostada la ciudad, las llamas, cual las olas del mar, se extendían hacia los valles [...]. El incendio, alimentado por gran cantidad de materia inflamable, producía ahora una serie continua de explosiones. Las gentes que acampaban fuera de la ciudad, y aquellas que se habían instalado sobre los acueductos, distinguían la naturaleza del combustible en la coloración de las llamas.

Trombas de aire hacían brotar de entre el abismo millones de cáscaras incandescentes de nueces y almendras que subían hacia el firmamento cual enjambres de lucientes mariposas, y estallaban chisporroteando; o bien, arrastradas por el viento, caían sobre los nuevos barrios, sobre los acueductos o en los campos que rodeaban la ciudad. La confusión aumentaba momento por momento, y en tanto que la población de Roma huía por todas las puertas, las gentes de los contornos [...] afluían hacia Roma, atraídos por el incendio y por la esperanza del botín.

Los rumores más monstruosos circulaban de puerta en puerta: unos decían que Vulcano había desencadenado, por orden de Júpiter, las llamas subterráneas; otros, que Vesta vengaba el ultraje hecho a Rubria. Según unos, César había hecho incendiar la ciudad para librarse de los olores pestilentes de la Suburra, y también para edificar una ciudad que se llamaría Neronia; según otros, César se había vuelto loco, daba orden a los pretorianos y a los gladiadores para que atacasen al pueblo, y una carnicería general era inminente²⁰.

La descripción del incendio se mezcla con la interpretación de los hechos históricos, y la ficción despierta y fomenta la imaginación a través

²⁰ *Ibid.*, pp. 347-348.

de los elementos mitológicos. La tragedia y el caos se reflejan perfectamente en la visión creada por el Nobel. Las descripciones son tan pictóricas que las tenemos presentes ante nuestros ojos²¹. Por cierto, el escritor polaco fue gran conocedor de la pintura de esa época que reflejaba la antigüedad y que estaba muy de moda en los círculos del academismo. Mantenía estrecha amistad con algunos pintores, por ejemplo, con Henryk Siemiradzki, quien plasmó en el lienzo, entre otros cuadros, las inolvidables *Antorchas de Nerón* (1876).

Es preciso señalar, igualmente, la importancia que ofrece *Quo vadis* respecto al cristianismo. Sin extendernos, recordemos la particular interpretación histórico-religiosa de esta gran novela de Sienkiewicz que ofreció Juan Pablo II en la homilía con que inició su pontificado. El memorable domingo del 22 de octubre de 1978 dirigió a las multitudes reunidas en la Plaza de San Pedro y a los millones de televidentes que siguieron la transmisión de la ceremonia reflexiones de particular interés. Como sucesor de san Pedro, el Sumo Pontífice establece naturalmente una analogía con la misión del apóstol. El papa Wojtyla subraya la importancia del significado de la Ciudad Eterna y medita sobre sus razones:

¡Pedro vino a Roma!

¿Qué fue lo que le guio y condujo a esta Urbe, corazón del Imperio romano, si no la obediencia a la inspiración recibida del Señor? Es posible que este pescador de Galilea no hubiera querido venir hasta aquí; que hubiera preferido quedarse allá, a orillas del lago de Genesaret, con su barca, con sus redes. Pero guiado por el Señor, obediente a su inspiración, llegó hasta aquí.

Luego, el obispo de Roma alude abiertamente a la novela de su compatriota:

21 Henryk Sienkiewicz, en reconocimiento a la pintura de Piotr Stachowicz, le otorgó los derechos de ilustrar *Quo vadis*. Las primeras versiones alcanzaron a aparecer junto con los textos entregados al lector en el semanario *Kraj*, en 1896. El ciclo de pinturas al óleo, casi monocromáticas, fue expuesto en su totalidad en 1902 y desde entonces despertaba entusiasmo en las galerías y salones de arte. Actualmente, conforman la exposición permanente en el palacete-museo del autor en Oblegorek.

Según una antigua tradición (que ha tenido magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero el Señor intervino, le salió al encuentro. Pedro se dirigió a Él preguntándole: «*Quo vadis, Domine?*: ¿Dónde vas, Señor?». Y el Señor le respondió enseguida: «Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez». Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta su crucifixión.

Karol Wojtyła fue un lector consumado y un poeta y dramaturgo, cuya creación literaria se extendía de forma ininterrumpida a lo largo de siete decenios. También fue crítico y teórico literario y sus apreciaciones tienen un valor excepcional, no solamente para la cultura occidental, sino la universal, especialmente en referencia al siglo XX. En sus palabras se entrelaza una particular visión del que encabezaba la Iglesia católica con una profunda comprensión del arte y de su papel en la vida de la sociedad. La fusión de las búsquedas de lo espiritual y de las expresiones estéticas acompaña la humanidad desde siempre y durante los últimos dos milenios ofreció obras maestras, entre las cuales se incluye *Quo vadis*.

Henryk Sienkiewicz apreciaba de modo singular el aporte de la cultura grecorromana. Citemos unas frases de la carta que escribió a su amiga, la pintora Jadwiga Janczewska:

Ática, sin ser indefinida ni terrible, es obviamente [...] la matriz de toda la civilización. Sin ella no se sabe dónde estaríamos y qué fuéramos. Todas las demás civilizaciones se perdían en las fantasmagorías y monstruosidades, ella fue la única que asumió el mundo real como la base para la ciencia y el arte, y, simultáneamente, supo crear de estos elementos puramente reales el orden supremo, la armonía verdaderamente divina. En una palabra: supo ser divina, sin dejar de ser humana y esto explica todos su significado²².

Es de señalar que, en poco tiempo, *Quo vadis* fue adaptada a las escenas de teatro y hasta se adaptó a la ópera. Sin extendernos, men-

22 Sienkiewicz, Henryk. *Dziela* [Obras]; *Listy* [Cartas]. PIW, Warszawa, 1951, tomo 2, parte 1, pp. 248-249.

cionemos algunas composiciones. En los teatros del mundo, las múltiples adaptaciones se estrenaron en los primeros años del siglo XX. En 1908, Jean-Charles Nougues compone la música en cinco actos y seis escenas. A lo largo del siglo XX fueron creadas varias obras, pero limitémonos a indicar algunas de las últimas, por ejemplo, las dieciséis canciones de la ópera *rock Quo vadis*, presentada en Barcelona en 1998, que compusieron Juan Canovas y Tony Carmona. En Polonia se estrenaron *Quo vadis* de Feliks Nowowiejski en Barczewo (2016) y el oratorio de Piotr Rubik (2018) en varias ciudades. La compositora checa Sylvie Bodorová inauguró su *Quo vadis* en 2021, en Pilsen, y la obra fue ejecutada con mucho éxito los años siguientes.

La acogida de la novela fue sumamente notoria en la novísima expresión artística de ese entonces: las adaptaciones cinematográficas. En la Italia de 1913, la novela fue introducida como lectura de colegio y se lanzó la respectiva adaptación al cine —*Quo vadis*—, dirigida por Enrico Guazzoni. La película que duró dos horas, con lujosos escenarios, cinco mil extras y éxitos de taquillas, marcó un verdadero hito en la historia de cine mudo. La crítica se desbordaba con los elogios y el mismo Augusto Rodin la reconoció como obra maestra. Asimismo, fue muy triunfante la película, igualmente homónima, realizada en 1924 por Gabriel d'Annunzio y Georg Jacoby. En Hollywood, en 1951, Mervyn LeRoy dirigió para la Metro Goldwin Mayer su versión con los actores Robert Taylor, Deborah Kerr y Peter Ustinov, otro gran triunfo artístico. Franco Rossi dirigió en 1985 una serie de televisión bajo el mismo título, que también gozó de una amplia audiencia. Finalmente, Jerzy Kawalerowicz dirige una nueva versión de *Quo vadis* en 2001, la producción más costosa en la historia del cine polaco; su estreno se llevó a cabo en el Vaticano con la asistencia de Juan Pablo II. El cine fortaleció la divulgación del mensaje universal que ofrece *Quo vadis* e invita a la reflexión sobre la historia, la moral y la humanidad.

En la historia de la literatura hay títulos que se vuelven hitos y marcan de modo concluyente la tradición cristiana. Nadie duda de que una de ellas la representa la *Divina comedia* de Dante Alighieri. *Quo vadis* de Henryk Sienkiewicz comparte este lugar privilegiado. Con muchos fundamentos, la novela fue recibida por los críticos, desde el principio, como la epopeya del cristianismo. Sin lugar a dudas, se trata de un libro clásico en la literatura universal.

Últimos títulos

En la reflexión histórica de Sienkiewicz sobre el pasado de Polonia no pudo faltar uno de los momentos más insignes: la batalla de Viena. Al principio, el autor planeaba escribir un ciclo de tres tomos, pero, finalmente, redujo el proyecto a uno y lo publicó en 1905: *Na polu chwaly*—*En el campo de la gloria*— que se remonta a los tiempos del rey Juan III Sobieski. La novela inicia unos meses antes del memorable año de la confrontación con el Imperio otomano y despliega las costumbres y la mentalidad de los hidalgos que tanto repercutía en los tiempos posteriores. Como en otras de sus novelas, la trama se construye en el romance —en este caso, entre Anna Sieninska y Jacek Taczewski—, plasmado dentro de un rico marco de las costumbres de los nobles de la época. El autor las analiza con detenimiento, apreciando sus valores, pero también con mucha frecuencia critica todos los vicios. Una vez más, despliega sus capacidades en proyectar las descripciones plásticas que retienen la atención del lector como en el inicio del libro:

El invierno del año 1682 al 1683 fue tan helado que ni siquiera los hombres más viejos recordaban uno similar. En otoño caían largas lluvias y en la mitad de noviembre llegó la helada que amarró las aguas y cubrió los árboles como que con una costra vidriosa. En los bosques la escarcha cayó en los pinos y empezó a romper las ramas. Los primeros días de diciembre, las aves después de las nuevas heladas volaban hacia las aldeas y los pueblos y hasta el animal salvaje abandonaba la maraña y se acercaba a las viviendas humanas²³.

Señalemos, además de los elementos pictóricos, la intencionalidad simbólica cargada de augurios, presagios o vaticinios. De esta manera, la descripción se anticipa a la acción novelesca.

La huérfana Anna Sieninska y Gedeon Pagowski, su tutor, se establecieron en la pequeña propiedad rural en la selva de Kozienie, cerca de Radom, en el centro de Polonia, obligados a abandonar sus

23 Sienkiewicz, Henryk. *Na polu chwaly* [*En el campo de la gloria*]. Wydawnictwo Armoryka, Sandomierz, 2014, p. 7, traducción B. P.

extensas tierras en Ucrania, después de la rebelión de Jmelnitski. En una conversación con los vecinos, los cuatro hermanos Bukojemski y Serafin Cyprianowicz, quienes también provienen de Ucrania, podemos enterrarnos:

—Sí [...]. Es bueno tener parentescos en el senado terrenal y mucho más en el celestial [...]. Tanto más seguro el apoyo [...]. Pero, mis señores, y ¿de qué modo llegaron ustedes de Ucrania a nuestra Selva de Kozienice porque, como lo escuché, ya llevan por aquí varios años?

—Ya son tres años. La rebelión arrasó con las propiedades ucranianas y, luego, las fronteras también cambiaron por allá. No queríamos servir a la caterva pagana de los tártaros, entonces nos reclutamos en el ejército, después arredrábamos tierras hasta que nuestro familiar, el señor Malczynski, nos nombró guardabosques²⁴.

De forma indirecta, se introduce el problema multicultural de la «Polonia de varias naciones» y los conflictos étnicos. Más adelante, se despliega aún más la visión respectiva:

El señor Pagowski puso la mano en su frente y la mantuvo un buen rato para decir con tristeza:

—A decir verdad, en aquellas regiones solamente puede quedarse el campesino o el magnate. El campesino, porque cuando llegue la embestida pagana, entonces se esconderá en los bosques y sabrá vivir allá como un animal salvaje durante varios meses; y el magnate, porque tiene sus fortalezas y sus ejércitos que lo defiendan [...]. ¡Y hasta esto! Existían los Zólkiewski y perecieron, existían los Danillowicz y perecieron. De los Sobieski pereció el hermano del rey Juan que no gobierna por la gracia de Dios [...]. ¡Y cuántos otros más! Uno de los Wisniowiecki se torcía en un gancho en Estambul [...]. Korecki, asesinado con los palos de hierro. Perecieron los Kalinowski y antes derramaron su sangre los Herbut y los Jazlowiecki. En diferentes épocas sucumbieron varios Sieninski que antaño poseían toda esta región [...]. ¡Qué cementerio! Hasta la madrugada no terminaría si quisiera enu-

24 *Ibid.*, p. 8.

merar a todos [...]. Y si citara a los nobles y no solo a los magnates, un mes no alcanzaría.

—¡Es verdad, es verdad! Y hasta uno se extraña que Dios multiplicó esta guarrada tártara y turca²⁵.

Los conocidos nombres de las familias polacas con frecuencia tenían sus raíces en las tierras de origen ucraniano, pero también se sugiere en el libro la existencia de las migraciones:

Empero, en esta República vivía un pueblo temerario que no entregaba benévolamente sus gargantas a los cuchillos de los invasores orientales. Es cierto que llegaban cada vez más nuevas oleadas de los colonos polacos a estas terribles tierras limítrofes, salpicadas de tumbas y empapadas de sangre, es decir: Podolia, Ucrania y Rutenia Roja²⁶.

Las interpretaciones de la historia política, como se observa en esta cita, se refieren a menudo a las tradiciones familiares y, de esta manera, la narración aviva los sentimientos patrios de los lectores, pero también busca legitimar las acciones de los pobladores. Aunque no es fácil juzgar su propia nación, especialmente en las circunstancias tan difíciles como las vivió Polonia, el autor tiene la valentía de hacerlo. No descuida la objetividad.

A lo largo de la novela, Henryk Sienkiewicz hilvana numerosas reflexiones sobre la multiculturalidad de la Polonia de ese entonces, que incluía varias naciones, lenguas y religiones. Esta complejidad étnica parecía estar bien integrada, aunque no faltaban los conflictos. Según su interpretación, las amenazas venían del exterior. Ucrania y otras regiones del Este pertenecían a Polonia, principalmente por medio de la relación dinástica que se constituyó a través del matrimonio de la reina de Polonia con el gran duque de Lituania, en 1399. En virtud de la unión de Lublin se constituyó en 1569 un solo Estado llamado Res Publica Utriusque Nationis, República de las dos Naciones, a menudo, también conocida como República Nobiliaria²⁷ que, entre otros, incluía

²⁵ *Ibid.*, p. 25.

²⁶ *Ibid.*, p. 28.

²⁷ *Conf.* Grze-kowiak-Krwawicz, Anna. «Luces y sombras de la República nobiliaria polaco-lituana» en *Anuario histórico ibérico*, 2023, n.º 2.

el palatinado de Kiev. Los criterios de Estado, políticos y nacionales, fueron muy distintos de los de hoy. Este antecedente pluricultural de la globalización de hoy nos invita a la reflexión sobre la actualidad y el pasado. Se sostiene que la experiencia histórica enseña y que resulta indispensable pensar en el marco axiológico. ¿En qué valores se va a fundamentar el futuro? ¿Primará el hombre como el centro de la organización social o será el culto al becerro de oro? El tema de la identidad nacional no es algo superficial o etéreo. Los países de tradiciones milenarias no parecen renunciar a su historia, por el contrario, se empeñan en afirmarla.

La mancomunidad polaco-lituana mantenía la administración separada, pero conjuntamente elegía al rey, tenía la Dieta común y dirigía la política exterior. En la Europa absolutista de ese entonces, Polonia constituía un Estado particular en que la nobleza ejercía una fuerte presencia política a través del famoso *liberum veto*, que condujo a la creación de la primera Constitución europea el 3 de mayo de 1791. Por otra parte, también hay que reconocer el paulatino debilitamiento del Estado especialmente a lo largo del siglo XVII que eliminó al país del mapa por medio de los tres repartos entre sus vecinos en 1772, 1793 y 1795.

En el campo de la gloria termina con las escenas del encuentro de los ejércitos polacos en Cracovia que se alistan para emprender el camino a Viena. Mas también en esta novela la trama amorosa termina con un desenlace afortunado. A pesar de infinitos obstáculos, intrigas y malentendidos, los protagonistas, Anna Sieninska y Gedeon Pagowski, se casan y en el matrimonio está presente el mismo rey Jan Sobieski. La solemne ceremonia augura la prosperidad y la felicidad a la nueva familia. Es evidente que el escritor, al insistir en la importancia de este núcleo fundamental en la sociedad, consolida igualmente la suerte de las futuras generaciones de Polonia.

Es preciso recordar que en el siglo XVII Polonia sigue siendo una superpotencia con el territorio que se extiende desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Europa cristiana está amenazada por la invasión musulmana. Por solicitud del papa Inocencio XI, Leopoldo I Habsburgo, el emperador del Sacro Imperio Romano y el archiduque de Austria, el rey de Polonia se unió a la liga en contra de los turcos. La victoria en Viena, o en Kahlenberg, fue una de las más decisivas en la historia de

Europa porque paró la invasión del Imperio otomano. El 12 de septiembre de 1683, el ejército aliado de sesenta y cinco mil soldados dirigido por el rey Juan III Sobieski venció a 285 000 musulmanes. En esta gesta, el papel primordial lo tenían los húsares polacos, quienes ostentaban la última tecnología militar con su particular estrategia. Roma festejaba la noticia²⁸. «La victoria de Sobieski en 1683 en Viena fue comparada por los contemporáneos al éxito del emperador Constantino contra Majencio (312). La victoria de Viena se reconoció en Roma como el mayor triunfo del catolicismo desde los tiempos del emperador Constantino»²⁹. Los historiadores afirman que a partir de ese momento empezó el declive de los otomanos en Europa y se fortaleció el poderío de los Habsburgos.

Hay otra novela en que el autor comentado delibera sobre el concepto de Estado y el de nación. El lector de hoy dispone de, por lo menos, un triple foco histórico para su interpretación: el tiempo de la narración, el tiempo de su elaboración y la actualidad. En 1910, Sienkiewicz publica *Wiry —Remolinos—*, novela política en que se proyectan las nefastas influencias de la revolución rusa de 1905-1907. Se opone a las posiciones radicales que conducen a las confrontaciones sociales y causan más dolor y tragedias que verdaderas soluciones para la gente. Siempre crítico y defensor de la justicia, quiere que su pluma ayude a entender la necesidad de buscar incansablemente el bien común y denuncia todo tipo de abusos. También en las páginas de esta novela invita a reflexionar sobre las costumbres que no le parecen apropiadas:

Comían, bebían, bailaban, ¡ah! Hasta peleaban por placer. No fueron malos ni crueles, porque el hombre feliz no puede ser totalmente malo. Tenían en el corazón cierto sentimiento de humanidad [...]. Ahora

28 Jan Kazimierz Denhoff, abad de Mogila, y el secretario personal del rey Sobieski, Tomasso Talenti, depusieron el estandarte de los mahometanos a los pies de S. S. Inocencio XI. Talenti también entregó al papa la famosa carta del rey que inicia con las memorable frase «*Venimus, vidimus, Deus Vicit*», en que parafraseaba la famosa expresión de Julio César. Conviene también señalar que, doscientos años después, el reconocido artista polaco de pinturas históricas Jan Matejko regaló al papa León XIII, en nombre de la nación, el gran mural *Batalla de Viena* que se encuentra en los Museos Vaticanos.

29 Rozek, Michal. *Polonica w ko-cio-ach Rzymu [Polonica en las Iglesias de Roma]*, Fundacja Jana Pawla II, Roma, 1991, p. 21.

llegaron los tiempos de la penitencia y este relajo, por ley de herencia, sobre todo en esta esfera a la que pertenece Krzycki, y aún así se quedó. A él no le bastan ni el amor a una mujer, ni a la Patria. Las va a amar y en caso dado morirá por ellas, pero en la vida aplicará el relajo. Y, usted lo ve, precisamente por esto dije que la gente así no reconstruirá nuestra sociedad³⁰.

Si bien es cierto que el autor a lo largo de su proceso creativo representaba a la clase noble —entendámosla como la clase media en la sociedad polaca— como la real fuerza nacional, tampoco se distanciaba de una visión objetiva. No le faltaba el valor de denunciar sus errores y sus vicios, y con argumentos insistía en la necesidad de los cambios en su mentalidad y en sus costumbres. No se limitaba a cantar las gestas del pasado, sino que afrontaba los menesteres que exigían los nuevos tiempos. Sienkiewicz invitaba al lector a reflexionar acerca de las nuevas dinámicas que imponen los tiempos, y sugería en sus páginas la inquietud de cómo puede converger el legado con la visión del futuro.

Las interpretaciones del pasado no solucionan los enigmas de la historia y sus paradojas siguen siendo objeto de estudio. En la tradición del sarmatismo polaco, que evolucionó desde el Renacimiento, una de las grandes contradicciones fue la famosa libertad dorada de los nobles que se expresaba con el tan elogiado e igualmente cuestionado *liberum veto*. Este último parecía defender el orgullo nacional y la democracia. Además, ¡cómo no recordar también que a lo largo de los siglos XV y XVI Polonia se diferenciaba del resto de Europa por la libertad de culto! La gran mayoría de los habitantes de la mancomunidad era católica, pero todos disfrutaban del credo religioso y la libertad individual, y convivían pacíficamente con los perseguidos de otros países que allí se refugiaban. Oficialmente, el derecho quedó consignado en 1573 con la Confederación de Varsovia. En Polonia no existían guerras religiosas.

Al morir el rey Segismundo II Augusto, quien logró la unión del reino y del gran ducado como un solo país, desaparece la dinastía de los Jagellones y se introducen las elecciones libres al trono. Se forma la república con el sistema democrático nobiliario. La Dieta, que era el

30 Sienkiewicz, Henryk. *Wiry*, t. II. Warszawa, 1910, p. 229.

órgano legislativo, era el foro en que los nobles defendían la famosa «libertad dorada» que consistía, entre otros asuntos, en el derecho a la elección del rey y el «*liberum veto*». Bastaba un solo voto con la protesta de «no lo permito» para romper todos los acuerdos adelantados. Defendiendo la igualdad de condición entre los nobles, los sarmatistas rechazaban la «peste de la tiranía». En la sociedad circulaba el popular dicho: «*Szlachcic na zagrodzie równy wojewodzie*» —«El noble necesitado, igual al magnate acaudalado»—. Desde luego, en estas condiciones resultaba muy difícil ejercer el poder real. Sin embargo, en 1791 se llegó a aprobar la Constitución del 3 de mayo, que fue la primera carta magna establecida por escrito en Europa y la segunda en el mundo, después de la Constitución de los Estados Unidos. En estas circunstancias, la historia de Polonia sarmatista fue sacudida por numerosas revueltas internas y ataques externos. Los Estados vecinos empezaron a planear las invasiones y sus antecedentes se remontan a más de un siglo.

Con el tiempo, especialmente entre los ilustrados, el término de sarmatismo adquirió matices negativos, sinónimo de ignorancia y de retroceso. No obstante, la apreciación positiva del mismo permaneció muy viva en el arte. Los retratos se pintaban a la manera realista y trataban de enaltecer las virtudes de los antepasados y frecuentemente acudían a símbolos como escudos, elementos militares o epitafios. En la literatura polaca, los relatos de los nobles y de los líderes defendían las tradiciones familiares y transmitían sus hazañas. Desde luego, se trataba de transmitir la mejor imagen a las generaciones posteriores y proponer modelos sociales para la actualidad y los tiempos venideros. Se construía una axiología de la coherencia cultural con implicaciones sociales. Se trataba de afirmar los lazos interpersonales en la comunidad y fortalecer la congruencia existencial.

Cinco años antes de morir, nuestro autor, de repente, publica un nuevo género literario con que sorprende a sus lectores y, al mismo tiempo, amplía el círculo de sus admiradores. ¡Otro gran éxito! La extensa novela *W pustyni i puszczy* —*A través del desierto y de la selva*— (1911) retoma sus experiencias de los viajes por el continente africano. Los exóticos paisajes y las peripecias que viven Stas y Nel hicieron que el texto fuera «devorado» por niños y jóvenes. Una novela clásica de aventuras y obra maestra de la literatura juvenil.

Resultaría incompleta la presentación de la creación literaria de Sienkiewicz si no mencionamos que el autor inició otra novela *Legiony* —*Las legiones*—. Lamentablemente, no la terminó a causa del estallido de la I Guerra Mundial, cuando el escritor se ve obligado abandonar su tierra natal y, a través de Cracovia y Viena, llega a Suiza para dedicarse a la causa patria y la labor social. El mismo título nos remite a otro hito de la historia de Polonia, a la época de Napoleón y la creación de las legiones bajo el mando del general Jan Henryk Dabrowski. Incuestionablemente, aspiraba revivir la expectativa de conseguir la independencia de Polonia. Es preciso señalar que la *Canción de las Legiones Polacas*, escrita por Józef Wybicki en 1797, y con la música de un anónimo, es el himno nacional de Polonia desde 1927.

Es notorio que la novelística de Henryk Sienkiewicz se focaliza en el pasado. Hay que reiterar que fue la respuesta a disminuir el dolor patrio por no existir Polonia como un Estado soberano, y el genio literario ofrecía la soberanía de la imaginación histórica, recordando las glorias que lograron los antepasados. Aunque la libertad política estaba arrebatada, cada libro del autor afianzaba el alma polaca y consolidaba los lazos espirituales de sus compatriotas.

Teórico y crítico literario

Conviene recordar que el Nobel de Literatura de 1905 fue también un teórico y crítico literario. Estaba muy consciente de que tanto las investigaciones científicas de la historia como las de la literatura no gozaban de una larga tradición, y que la novela histórica surgió apenas con la Ilustración. Uno de los más meritorios aspectos de su teoría son los estudios sobre la crítica y la teoría literaria, como *O naturalizmie w powie-ci* —*Del naturalismo en la novela*— (1880), *O powie-ci historycznej* —*Acerca de la novela histórica*— (1889) o el estudio *Listy o Zoli* —*Cartas sobre Zola*— (1893). Muy valiosos resultan también sus comentarios concernientes a la historia de la literatura polaca, por ejemplo, aquellos sobre Mikolaj Sep-Szarzynski y Kasper Miaskowski. Fue él quien descubrió el talento de María Konopnicka, una de las poetisas más representativas de la época del positivismo y sumamente popular entre lectores, especialmente de las letras para la infancia. Conocedor de la historia, publicó también reseñas de obras publicadas por los historiadores de

la época: Michal Bobrzynski, Tadeusz Korzon, Ludwik Kubala, Karol Szajnocha y Józef Szujski.

Henryk Sienkiewicz desarrolló un espíritu crítico-literario independiente y, aunque vivía en los tiempos del positivismo y comulgaba con ciertas ideas, su interpretación de la realidad histórica y de la cultura dispone de su propia visión. En sus textos críticos hallamos las advertencias sobre las propuestas del realismo y del naturalismo y la necesidad de evitar los extremismos. La literatura y el arte son para él mucho más que la imitación fotográfica de la realidad. Aunque el escritor vivía en la época del positivismo, supo conservar distancias con las tendencias de moda y defender con sus propios argumentos la visión de su creación. Lo comprueba plenamente su texto *O powieści historycznej—Acerca de la novela histórica—*. Además, sostiene que, así como los positivistas introducen los descubrimientos fisiológicos y psicológicos como las últimas tendencias de las ciencias naturales, de igual manera se pueden asimilar los conocimientos de la historia y sus disciplinas afines, por ejemplo, la arqueología. Consecuentemente, pone en duda las afirmaciones del afamado danés Georg Brandes o del célebre escritor francés Hipólito Taine, quienes cuestionaban la vigencia de la novela histórica, considerándola como una reliquia romántica del pasado. Naturalmente, son conocidas también sus polémicas con algunos hombres de letras polacos.

Desde luego, Sienkiewicz es un gran defensor de la novela histórica. Resultan sumamente ilustrativas las siguientes palabras al respecto, que son dignas de citar a pesar de su extensión:

La novela histórica no tiene que faltar a la verdad, ni de la vida ni de los tiempos. Puede ser tan real, vibrar de vida, como cualquier otra fundamentada en las relaciones contemporáneas. Sin embargo, no hay que deducir que el solo conocimiento de los tiempos, tomado de los códigos diplomáticos, anuarios, crónicas o memorias, así como el conocimiento de la arqueología, fueran condiciones suficientes para crear una novela histórica rebosante de vida y de verdad. No basta siquiera el talento, aunque fuera excelente por sí solo y apoyado por el saber igualmente exquisito.

A base de estos hechos se pueden agregar y esclarecer antiguas relaciones históricas y privadas, pero debemos pensarlos en frío. Así como

los términos facilitados por el conocimiento son apenas incorporados y transformados en formas por la imaginación, así son las formas creadas por ellas, el sentimiento las hace vivas y las llena de la sangre caliente. Puede ser el amor profundo del escritor por la historia de su sociedad, puede ser solamente un enamoramiento del autor por una nación, en cierta forma, de una civilización del pasado. En el primer caso va a actuar de manera más poderosa, en el segundo menos; en todo caso, el sentimiento va a jugar un papel inconmensurable durante la creación. A menudo es la primera causa de la creación. Mueve la imaginación, le da el poder extraordinario, lo hace una especie de lente que tiene el don de centrar todos los rayos sobre un objeto del que de nuevo surge la clara visión artística de las cosas. De él depende también el alcance de la creación gracias al cual la obra, si así puede decirse, se escribe sola: finalmente, de él depende la sinceridad, la base principal de todas las obras de arte en general y de la literatura en particular.

Mientras más sentimiento, más rápido se vuelve rosa el mármol de la historia³¹.

Es obvio que el autor cumplía a cabalidad la teoría en la práctica y sus páginas comprueban esta congruencia artística. Sus personajes, inmersos en la historia, son realmente vivos. Aún más, parecen acercar el pasado al presente. No tienen el olor a momias, más bien traen aires frescos y comparten sus preocupaciones como si fueran las de hoy y que, a decir la verdad, a menudo son las de siempre. Las novelas de Sienkiewicz invitan al juego intelectual y el difícil discernimiento entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira que, aunque a menudo muy bien fingida y acomodada, sigue siendo mentira. A pesar de todas las adversidades y hasta las tragedias que tienen que vivir los personajes novelescos, por lo general abrazan la esperanza y siguen con tenacidad el camino de la verdad.

La creación del futuro Nobel no se limita a los recursos retóricos o estéticos, sino que su poética se acerca a las necesidades de sus

31 Sienkiewicz, Henryk. *O powiesci historycznej*, Redakcja Tygodnika Ilustrowanego, Warszawa, 1906, p. 22, 23

contemporáneos. La historia narrada se enlaza con el mundo de la época del autor y sus lectores, sus ideales y los problemas socioeconómicos. En vista de que la clase noble constituía un alto porcentaje de la sociedad y fue la única fuerza real política, conservar la tradición significaba mantener la cultura nacional, sin renunciar a las visiones del progreso. En la historia de la literatura polaca, la novela histórica tenía su lugar bien posicionado gracias a las obras maestras de autores como Julian Ursyn Nimcewicz, Franciszek Salezy Jezierski y Michal D. Krajewski, del siglo de la luz, y en el siglo XIX Henryk Rzewuski, Teodor Tomasz Jez, Zygmunt Kaczkowski, Wladyslaw Lozinski y Józef Ignacy Kraszewski; Sienkiewicz se inspiraba en sus libros y los comentaba en sus artículos periodísticos.

El fenómeno de la novela histórica no se puede limitar a una interpretación meramente estética. Su meollo artístico extiende sus profundas raíces en la realidad de los tiempos que narra y la concreción de los ideales sociales que aspira representar. En el caso de Sienkiewicz se trata, entre otros, en reafirmar la madurez de la identidad nacional. Esta conciencia colectiva de los rasgos propios de la sociedad polaca la encarnan los personajes novelescos con todas las particularidades individuales de su personalidad. Este aspecto adquiere una dimensión especial en las circunstancias cuando Polonia estaba borrada del mapa geopolítico de Europa. Recordar la grandeza del país y su importancia en el pasado del continente resultaba un imperativo. Por otra parte, fue la lengua otro elemento diferenciador y, al mismo tiempo, la fuerza que consolidaba el espíritu de la patria y de sus ciudadanos. La novela histórica permitía cultivar la memoria y el amor al legado nacional.

Traducciones y la recepción de la obra de Henryk Sienkiewicz

Es preciso reconocer que Henryk Sienkiewicz, ya a finales del siglo XIX, gozó de gran acogida en todos los continentes. En muchos países, por ejemplo, en Francia, Italia y Estados Unidos, sus obras fueron los *best sellers*. Después de la premiación del Nobel se intensificó la divulgación de la creación del autor laureado. Su popularidad internacional confirma el hecho de que sus obras fueron traducidas a más

de cincuenta lenguas, entre otras, al chino y al árabe. En Italia, en pocos años aparecieron casi cien ediciones de *Quo vadis*, de por lo menos dieciocho traductores. La novela traducida al latín fue regalada al papa León XIII.

El lector español conoció la obra de Henryk Sienkiewicz al iniciarse el siglo XX. En Madrid sale a la luz pública el libro *Misterios del amor (en vano)*³². No obstante, en aras de la verdad, fue la Casa Editorial Maucci de Barcelona la que, en 1900, publicó con un asombroso éxito *Quo vadis*³³. Hay que reconocer los méritos de Emanuele Maucci, fundador de la editorial, quien inmigró de Italia a España y cuya empresa logró publicar durante más de setenta años dos mil quinientos títulos de un millar de autores. El año siguiente, la prestigiosa editorial presentó varios volúmenes de Sienkiewicz: *Los cruzados*, *El diluvio*, *La familia Polaniecki*, *Pan Miguel Volodyovski*³⁴. En 1902 sale *Sigámosle*, que vuelve a publicarse posteriormente por otras editoriales³⁵.

Es de remarcar que desde el año 1901 empiezan a publicar a Henryk Sienkiewicz en América Latina. En Colombia, de la prensa bogotana en la Librería Americana sale *Quo vadis. Novela de los tiempos neronianos*, traducida de la versión francesa de B. Kozakiewicz y J. L. de Janasz. El éxito del Nobel seguía también los siguientes decenios en el mundo hispano. Al inicio de los años veinte vio la luz *Narraciones* —«El señor secretario», «El organista», «La bienvenida», «En el Olimpo»—, impreso en Madrid por Espasa Calpe (1921); se aclara que esta publicación es una traducción de N. Tansin directamente del polaco. Al año, la misma editorial publica *En Vano*. Una nueva traducción de *Quo vadis*, salió en

32 Sienkiewicz, Henryk. *Misterios del amor (en vano)*. Editorial Antonio R. López, Madrid, 1900.

33 Sienkiewicz, Henryk. *Quo vadis*. Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1900.

34 *Los cruzados*, traducción Augusto Riera, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1901; *A sangre y fuego*; *El diluvio*, traducción de Iván Merleski. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1901; *La familia Polaniecki*, traducción Augusto Riera, Barcelona: Casa Editorial Maucci, 1901; *Pan Miguel Volodyovski*, traducción de J. Santos Hervás. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1901; Sienkiewicz, Henryk *Sigámosle*, traducción de Tomás de M. Graells. Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1901.

35 Sienkiewicz, Henryk. *Sigámosle*, Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1902; Sienkiewicz, Enrique. *Sigámosle*, Librería y Tipografía Católica, Barcelona, 1916; Sienkiewicz, Henryk. *Sigámosle*, Editorial Dédalo, Madrid, 1943.

Argentina en el año 1943 y diez años después sale otra edición en Barcelona³⁶.

Ahora bien, las traducciones siempre han despertado polémicas que se conocen desde hace siglos. El polaco no pertenece a las lenguas que gozan de acogida internacional; por ende, su circulación es limitada. No es de extrañar que los traductores de la obra de Sienkiewicz acudieran a las traducciones en otras lenguas, especialmente en francés y en ruso. Por tal razón, la doble traducción despertaba inquietudes acerca de su validez. Actualmente, cuando se desarrollaron tanto los estudios de traductología —en sus aspectos teóricos y de aplicación—, así como su carácter multidisciplinar, se levantan cuestionamientos, no siempre justificados, concernientes a las traducciones finiseculares y del comienzo del siglo XX. Una de las estudiosas al respecto publicó: «Henryk Sienkiewicz, el autor polaco más publicado y peor traducido en España, y su impacto en la prensa española de principios del siglo XX»³⁷. En este contexto, es importante analizar la acogida y la recepción de la obra en la época y analizar los logros artísticos de las traducciones. A pesar de las limitaciones de las traducciones es muy válido, sin ninguna duda, su aporte en la divulgación y la construcción del acercamiento entre las culturas.

En España, una de las voces más autorizadas es la de Emilia Pardo Bazán, escritora naturalista muy popular en esa época, quien compartió con sus lectores dos textos sobre Sienkiewicz³⁸. En general, sus apreciaciones acerca de la pluma del autor polaco resultan elogiosas, aunque su visión positivista se aleja de la posición histórico-literaria del polaco. Lo que nos interesa subrayar está relacionado con las traducciones y su preferencia por leer sus libros en francés.

36 Sienkiewicz, Henryk. *Quo vadis*, Bruguera, Barcelona, 1953.

37 Zaboklicka, Bozena. «Henryk Sienkiewicz, el autor polaco más publicado y peor traducido en España, y su impacto en la prensa española de principios del siglo XX» en T. Seruya & A. Pieta (eds.). *En IberoSlavica. Translation in Iberian- Slavonic Cultural exchange and Beyond*, CompaRES/CLEPUL, Lisboa, 2015.

38 Pardo Bazán, Emilia. «Libros de moda». En *La Ilustración Artística. Periódico Semanal de Literatura, Artes y Ciencias*, 979, 1 de octubre de 1900; y también «Literatura extranjera. El autor de moda, Enrique Sienkiewicz». En *La Lectura. Revista de Ciencias y Artes*, febrero de 1901.

No pudo faltar otra gran figura literaria española de ese entonces que opinara sobre la creación del escritor polaco: Juan Valera. En uno de los capítulos del libro que recoge las reflexiones del autor de *Pepita Jiménez* sobre la literatura en el umbral del siglo XX, que se titula «Sobre la duración del habla castellana con motivo de algunas frases del Sr. Cuervo» consigna, entre otros asuntos, lo siguiente:

No me atormenta la mala pasión de la envidia, pero, sin envidiar, reconozco y deploro que éxito tan grande de librería como va teniendo en nuestra nación la novela *¿Quo vadis?*, del autor polaco Sienkiewicz, no ha tenido ningún novelista español, aunque entren en cuenta las *Pequeñeces* del Padre Luis Coloma³⁹.

Aclaremos que la mencionada novela del prolífico escritor jesuita fue publicada con un éxito enorme entre 1890 y 1891; posteriormente llevada al cine español y como una telenovela en México. No obstante, el reconocimiento a Sienkiewicz del éxito sin precedentes entre los lectores españoles por la autoridad como Valera tiene su peso.

Aunque hay varios elementos críticos del político y escritor español que pueden ser interesantes, limitémonos a dos párrafos finales en que la mofa parece dominar:

Casi no hay novela histórica sin cierta ineludible falta de armonía que el autor debe hacer que se perdone o se disimule, logrando así el triunfo. En el *¿Quo vadis?* la falta es patente, pero subsanada o remediada con arte y talento. Hay dos acciones. La principal es la que menos importa: un caballero, prendado de una muchacha virtuosa y cristiana, se vale de malos medios para hacerla su manceba. Ella se resiste. Él se enamora al fin, seria y honradamente, y se hace también cristiano. Y después de algunos lances y aventuras el caballero y la muchacha se casan como Dios manda y se van a holgar en una hermosa quinta que poseen en Sicilia. Estos son los héroes y protagonistas y este es el asunto principal de la novela. La comparsa, el coro y el otro asunto más amplio,

39 Valera, Juan. «Sobre la duración del habla castellana con motivo de algunas frases del Sr. Cuervo». En *El superhombre y otras novedades. Artículos Críticos sobre Producciones literarias de Fines del S. XIX y Principios del XX*, Librería de Fernando Fé, Madrid, 1903, p. 219.

en que el asunto principal encaja, son una legión de mártires, apóstoles y santos, y una serie de acontecimientos terribles y reales, que inspiran la Apocalipsis al Águila de Patmos, y que preparan la prodigiosa mudanza de Babilonia en nueva Jerusalén, y el vencimiento del imperio de la fuerza por el imperio del espíritu, del que igualmente ha de ser capital Roma, purificada y santificada por la sangre de los confesores de Cristo.

En suma, yo no quiero decir más sino que la novela *¿Quo vadis?* se lee con gusto o con provecho, como dice el Sr. Cuervo que solo se leen en América cuatro o cinco de nuestros autores⁴⁰.

A pesar de los esfuerzos de objetividad, trasluce el escepticismo de Valera y sus posiciones positivistas que, naturalmente, cuestionan la validez de la novela histórica. *Nota bene*, resulta también muy llamativa, desde el punto de vista panhispánico, su apreciación polémica de las opiniones de Rufino José Cuervo respecto a la influencia de la literatura española en Hispanoamérica. Sin extendernos más, señalemos solamente que los lectores podían conocer otras críticas en la prensa española de la época⁴¹.

A pesar del vertiginoso éxito comercial, recordemos también que Rusia no firmó el convenio de Berna de 1886 que protegía los derechos de autor, y Sienkiewicz oficialmente fue su ciudadano, así que nunca disfrutó del poder de Midas.

Lo cierto es que la creación literaria de Sienkiewicz influenció el imaginario colectivo, no solamente en Polonia, sino en el mundo entero. Muchos de sus libros fueron reelaborados como guiones de cine. Anteriormente, se mencionó el éxito de *Quo vadis* y sus diferentes versiones cinematográficas. Los ejemplos triunfales se podrían multiplicar. También los volúmenes de su famosa trilogía fueron acogidos en el cine. La película *Los teutones* realizada bajo la dirección de Aleksander Ford, en 1960, tuvo más espectadores —32 315 695— que los habitantes de Polonia.

40 *Ibidem*, pp. 220-221.

41 *Conf.* Araujo, Fernando. «'Los caballeros teutónicos' de Sienkiewicz». En *La España Moderna*, 1901; Gómez de Baquero, Eduardo. «La novela 'Quo vadis-' de Enrique Sienkiewicz». En *La España Moderna*, octubre de 1900.

Anotaciones finales

Al final de la vida, H. Sienkiewicz fue llamado por los polacos el «Gran limosnero de los polacos», «Samaritano misericordioso», «Mariscal del espíritu nacional» y muchos otros nombres muy honrosos. Mas él mismo subrayaba con humildad que únicamente prestaba el servicio a la patria para salvar la amenazada vida polaca. Defendía la dignidad personal y la dignidad nacional como hombre, como ciudadano y como autor. En su creación prevalecían sus sentimientos patrióticos y el bien común de sus compatriotas. El realismo de su escritura lo relacionaba con la verdad de la historia, llena de misterios.

Henryk Sienkiewicz optó por la tradición sarmática para avivar las llamas del amor patrio, una tradición cuestionada por algunos, pero de profundas y fuertes raíces. Se puede afirmar que el sarmatismo, como un elemento definitorio en la cultura, se mantiene hasta la actualidad. Se refleja en muchas costumbres por medio del buen humor y los chistes, respeto y unión familiar, hospitalidad, generosidad, solidaridad o el besamanos, aún presente con frecuencia en todos los estratos de la sociedad polaca, como la manifestación de la cortesía hacia las damas, de la buena educación y del respeto. Fue un fenómeno recóndito e íntimo en las almas de los polacos, cuya luz el escritor hizo resplandecer. Tocó los sentimientos latentes de sus compatriotas que empezaron a hincharse y cumplió con el compromiso y su propósito de siempre: el de reconfortar los corazones, como él mismo lo decía. El marco de valores transmitido en su narrativa aún perdura con sus valores imperativos que responden a una clara visión antropológica de la persona humana.

Aunque las novelas de H. Sienkiewicz proyectan fundamentalmente la historia de Polonia, su expresión simbólica se extiende a todos los países del mundo por los valores universales que son fáciles de apreciar en cada uno de sus libros. Como ya lo hemos señalado, después de las insurrecciones de noviembre 1830 y de enero de 1863, los sentimientos de fracaso y de frustración penetraban en la sociedad polaca y parecía que lograr la independencia era solamente una ilusión. Los movimientos sociopolíticos se inclinaban a renunciar a este objetivo. Los positivistas apostaban por el trabajo orgánico y muchos líderes buscaban cierta autonomía administrativa por medio de acuerdos con los monarcas ocupantes. Los socialistas, encabezados por Ludwik Warynski, promo-

vían más el supuesto progreso comunista internacionalista interpretado desde el punto de vista de la lucha de clases.

En esas circunstancias, fue algo inexplicable que el futuro Nobel, guiado por el amor patrio, insistiera en el ideal de la independencia, recordara el heroísmo de los antepasados y animara a través de sus novelas a sus compatriotas a persistir y rechazar las cadenas. Parecía un acto quijotesco. No obstante, el escritor demostraba su legitimidad y avivaba la esperanza para el futuro. Acudía a la válida argumentación que, desde la constitución oficial del Estado de Polonia que se formalizó con el bautizo del país en 966, la nación tuvo que rechazar los incontables ataques de parte de sus vecinos a lo largo de los siglos. No cabe duda de que la defensa incondicional de la libertad, como el valor absoluto, es la razón del éxito y de la vigencia de la creación literaria de Henryk Sienkiewicz.

El rechazo de la esclavitud es un fenómeno universal, tanto a nivel personal como de las naciones. Si bien es cierto que el autor narra casos específicos relacionados con Polonia, no cabe duda de que el mensaje trasciende a todas las culturas y a todos los pueblos. Nadie quiere, ni puede vivir en una jaula. Sin la libertad, la gente está condenada a la muerte; sin la identidad, la gente no logra su plenitud, vegeta. También en nuestros tiempos de globalización, a pesar de las interminables declaraciones de los derechos humanos y de las actuaciones de la ONU, somos testigos de injusticias, dominaciones y usurpaciones de todo tipo.

La actualidad de la filosofía de la historia de Henryk Sienkiewicz sigue vigente. Presenciamos las guerras por la soberanía de algunos Estados y la independencia nacional, por ejemplo, en Ucrania y en Palestina. Por ende, la obra novelesca del primer Nobel polaco en literatura sigue actual. Provee en sus páginas, *per analogiam*, el legítimo derecho a la autodeterminación de las naciones y de los Estados desde el punto de vista social y político. A su vez, su visión humanista reclama a los hombres la resiliencia y el heroísmo, pero también mantiene la esperanza de la paz en el futuro. Defender los valores existenciales de las personas y de los pueblos es la razón de la universalidad de Henryk Sienkiewicz. En este sentido, sus novelas históricas ofrecen un mundo suprahistórico, profundamente humano.

ALDOUS HUXLEY: VISIONARIO DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y LA POSMODERNIDAD*

Por
Jorge Emilio Sierra Montoya**

Muchos de quienes nacimos en la segunda mitad del siglo pasado leímos al célebre escritor inglés Aldous Huxley (1894-1963), autor de novelas mundialmente famosas como *Un mundo feliz* y *Contrapunto*, o en círculos más cerrados, *Música en la noche*, un libro de ensayos. Algunos incluso lo consideramos digno del Premio Nobel de Literatura, galardón que finalmente no obtuvo, por lo cual entró a formar parte de la lista privilegiada de autores que fallecieron sin recibirlo a pesar de merecerlo —como Jorge Luis Borges, en primer término—.

Pero, a diferencia de la mayoría de escritores notables, cuyos nombres suelen ser desconocidos por el público en general, Huxley gozó de enorme popularidad, la misma que se prolonga hasta hoy, sesenta años después de su muerte, y tiende a ser cada vez mayor cuanto más pasa el tiempo, al irse cumpliendo una y otra vez sus profecías o vaticinios, presagios o maravillosas intuiciones.

Él es, sin duda, el gran visionario de la inteligencia artificial y la posmodernidad, según decimos en el título del presente ensayo. Y es esto precisamente lo que abordamos a continuación, donde veremos cómo el mundo de hoy, aquel que ha venido desarrollándose, sobre todo en las últimas décadas, tiende a manifestarse en el futuro próximo y lejano, el cual se describe ante la mirada sorprendida, expectante, por momentos aterrorizada y siempre con mucha incertidumbre por parte de los lectores, entre quienes no dejamos de contarnos.

Vamos, pues, al grano.

* Palabras pronunciadas el 19 de septiembre de 2024 en sesión virtual de la Academia Colombiana de la Lengua.

** Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

Guerra, política y tecnología

Un mundo feliz fue escrito en 1932, entre las dos guerras mundiales del siglo pasado: poco más de una década después de concluir, en 1919, la primera, y casi un lustro antes de empezar la segunda, en 1939. No es de extrañar, entonces, su ambiente bélico, donde la guerra está presente como una sombra de principio a fin; es incluso el principal factor que determina, en la novela, el cambio y el correspondiente paso del mundo antiguo, viejo, obsoleto, al nuevo o actual, caracterizado este como «un mundo feliz» a diferencia del anterior.

En efecto, fue la guerra de los nueve años la que partió en dos la historia de aquel mundo, dando origen al «mundo feliz», ya sin historia, cuyos dieciocho capítulos se desenvuelven en un sofisticado escenario londinense, como si la capital británica lo fuera del planeta o el universo, por utópico que parezca.

Pero hay más: la obra surgió también cuando había triunfado, en 1917, la revolución bolchevique en Rusia, donde se impuso el comunismo concebido por Marx y llevado a la práctica por Lenin y Stalin. Tampoco es de extrañar que ahí se refleje, en brillante parodia, una sociedad regida por el totalitarismo, la autoridad suprema del Estado y el cuestionado colectivismo marxista, como si el pueblo en su conjunto fuera una sola persona o, mejor, como si millones de personas fueran idénticas, sin diferencias individuales.

Un mundo feliz es, sí, un duro cuestionamiento a tal sociedad, entrando al espinoso terreno político, como también lo hizo Huxley —dada su vasta formación científica (mal de familia, por cierto), intelectual o cultural— en los campos especializados del arte y la literatura, la historia y la música, la filosofía y la ética, cuando no en la misma ciencia con su fruto por excelencia: la técnica y la tecnología, piedra angular de la novela.

La guerra, la política y la tecnología son, en fin, el campo donde se mueven los personajes, quienes van cobrando vida, como si la muerte, según lo iremos descubriendo, no existiera ni importara.

Entremos, pues, al Mundo Feliz de Huxley.

El Estado Mundial

Desde el principio de la obra, llegamos a ese Mundo Feliz. ¿Adónde? A Londres, la capital británica, tan conocida por nuestro autor, oriundo de Inglaterra. De inmediato, él nos ubica en los centros de incubación y almacenamiento de la central londinense, si bien hay otros centros como Singapur, en el Lejano Oriente.

Más aún, Londres es la sede del Estado Mundial, uno de carácter internacional que reemplazó a los antiguos estados nacionales, regidos otrora por principios de soberanía, autonomía y cosas por el estilo, mandados a recoger en esta nueva época. Luego volveremos sobre el tema.

Por lo pronto, allí, en la Central de Londres, existen cámaras de fecundación con salas de envasado y laboratorios, almacenes de órganos e incubadoras, donde los óvulos humanos se fecundan en forma artificial, generándose embriones y posteriores seres humanos —en envases, claro— dentro de una producción en serie similar a la de textiles, carros, electrodomésticos, etc. Como si fuera poco, los modernos avances científicos y tecnológicos permiten multiplicar a dichos seres humanos, quienes obviamente son iguales, idénticos, en cifras espectaculares, por millares a partir de un solo óvulo, según las funciones que cada «persona» habrá de cumplir en la sociedad. Es así como surgen las diversas castas: desde las superiores, como los Alfas y Betas, hasta las inferiores de Gammas, Deltas y Epsilones, cuyas funciones están determinadas desde el momento en que comienza el citado proceso de fecundación.

Predestinación y acondicionamiento

¿Y cómo se llegó —preguntarán ustedes— a tan extraordinario avance científico? Muy simple: todo ello tiene lugar en las salas de predestinación social, donde se les suministra más o menos oxígeno a los bebés, quienes son sometidos, desde su concepción, a los respectivos programas de acondicionamiento.

En primer lugar, predestinación y acondicionamiento para el trabajo a través, por ejemplo, de la hipnopedia, en la cual reciben, durante el sueño,

más y más mensajes de programación que van quedando grabados en sus mentes para después actuar con la obediencia debida, en silencio.

Los nuevos seres humanos aprenden, pues, a amar el trabajo que les fue asignado en los tubos de ensayo que reemplazaron a los vientres maternos, por la sencilla razón de que «el fin de todo acondicionamiento [según informa el anónimo narrador] es hacer que cada uno ame su destino social, del que no podrá librarse».

No tienen libertad, mejor dicho. Ni les importa. O la tienen de sobra para hacer lo que tienen que hacer: su trabajo que tanto disfrutan, que les da paz, estabilidad social, alegría, bienestar y, en último término, felicidad, tan soñada por la humanidad desde su aparición en la tierra. Es el Mundo Feliz, en definitiva. Y es el Estado Mundial que lo dirige, confiado ante el futuro y sin huellas del pasado, realizando a cabalidad el lema que predica y aplica: Comunidad, Identidad y Estabilidad. Es la gloria plena.

Los personajes

Los personajes principales de la obra son Bernard Marx y Lenina Crowne, nacidos en la Nueva Era del Mundo Feliz, o sea, son seres humanos hechos en laboratorio, fabricados en cierta forma, como la mayoría de sus habitantes, aunque de castas superiores: Alfa-más y Beta-más, cuyo nivel de inteligencia es elevado, a diferencia del resto de la comunidad. Pero, a pesar de su amistad y la relación sexual que luego entablan, son seres opuestos, con criterios y comportamientos distintos. Así, mientras ella es hija auténtica de dicha sociedad, con sus novedosos valores y prácticas, él es bastante crítico de la misma, independiente frente a las normas estatales y, por tanto, sujeto a las burlas, las críticas y el castigo al que finalmente será sometido con su exilio o destierro.

Entre estos personajes aparece John, El Salvaje, traído de Nuevo México, de una reserva indígena, quien representa al hombre primitivo, de la antigua era, que al ser trasladado al Nuevo Mundo termina siendo aniquilado por él, situación que lo lleva al suicidio —última escena de la novela—.

Hay otros actores, de ninguna manera secundarios, como los directivos o funcionarios estatales, quienes nos llevan al pleno conocimiento de la realidad que nos envuelve y hacia la que, por lo visto —según lo vamos deduciendo los lectores—, viene avanzando la humanidad a lo largo y ancho del planeta. Veamos.

¡Gracias a Ford!

El Mundo Feliz es uno que, por medio de sus propias leyes, ha logrado dominar la naturaleza y ponerla a su servicio, lejos de obedecerla. En tal sentido, satisface los deseos primarios, instintivos, de cada uno, como en el sexo, y en él todos son verdaderamente libres; una libertad condicionada, fruto de la sugestión y el lavado cerebral, desde el nacimiento hasta la muerte, la cual ya no tiene importancia. Tampoco importan la familia, el hogar, la maternidad y el cuidado de los hijos —sin padres, claro está—; ni la vejez, que no se manifiesta porque la juventud, la eterna juventud, se extiende hasta una edad madura, cuando llega a su término la vida programada; ni la belleza del arte, dado que se controlan los sentimientos y emociones que hacían infeliz al ser humano. Ni se pierde el tiempo con la lectura de libros prohibidos, como la Biblia y los escritos de Shakespeare; ni con la historia, borrada de un plumazo por Ford —reemplazo absoluto del Dios tradicional, a quien nadie recuerda—, igual que a la religión y la moral con aquellas virtudes absurdas, peligrosas, que solo El Salvaje posee y defiende.

Contemplar la naturaleza, por su lado, es algo inútil, como no sea al aprovecharla para hacer negocios con zonas campestres de descanso y diversión en juegos deportivos, los cuales demandan enormes inversiones y, por ende, cuantiosas compras, clave del comercio que mueve a la economía.

Esto, en fin, es el bienestar, el gozo y la felicidad, con total obediencia de unos y otros, con orden y estabilidad, con uniformidad porque todos somos iguales, «todos pertenecemos a todos», y todos tenemos derecho a todo, todo lo que nos da el Estado, ¡gracias a Ford!

¡Es el Mundo Feliz!

Juicio al marxismo

Antes de entrar en detalle a la parte final de este ensayo, donde ahondaremos en el cumplimiento de las profecías de Huxley en nuestra época a través de la inteligencia artificial y la posmodernidad, debemos detenernos en un tema político de máximo interés y también de enorme actualidad: el marxismo.

Un mundo feliz es igualmente una parodia de la sociedad comunista —nacida en Rusia en 1917, quince años antes de publicarse la novela—, a la que condena de antemano en medio de burlas, sátiras y críticas implacables que, en su momento, habrán provocado el correspondiente impacto internacional.

En efecto, los dos personajes principales llevan los nombres de Lenin y Marx: Lenina y Bernard Marx, quienes son amigos, a su vez, de Engels y Bakunin, siendo Trotsky mencionado de paso, en segundo plano. Es como si los sometiera, en verdad, a un juicio público, identificándolos sin rodeos.

Y ni hablar del Estado Mundial, con el sueño sagrado del internacionalismo proletario como telón de fondo —«Proletarios de todo el mundo: ¡Uníos!», recordemos—, en el marco de un Estado totalitario, universal, donde todos seamos comunistas de acuerdo con el profetismo marxista, sacado, a la fuerza, de Hegel.

Es el colectivismo marxista, además. Donde se impone la solidaridad, donde todos somos uno en todo, iguales, idénticos —a veces, gemelos—, por la producción en serie de los seres humanos en laboratorios, convertidos en simples máquinas de trabajo para la producción, cual dictadura de los trabajadores, fieles a su actividad laboral, cualquiera que les hayan asignado desde la cuna o, para ser exactos, desde la probeta o el envase.

Es la obediencia total, colectiva, donde la individualidad desaparece por completo para darle paso al hombre masa, al pueblo y, en último término, al Estado, cuyo poder supremo se encarna en Ford, el nuevo Dios, a quien se le rinde culto, ese culto a la personalidad por medio de la propaganda que catapultó a Lenin, Stalin, Mao, Fidel Castro...

Para ello, se recurre al lavado cerebral, a métodos modernos como la hipnopedia y su grabación de mensajes en las mentes desde la concepción del embrión hasta el fin de la existencia, cuando la muerte está programada, tanto como la ordenada a quienes no obedezcan, cuyo destino puede ser igualmente la cárcel o el destierro —a Siberia, por ejemplo—.

De ahí surge la estabilidad social, según se proclama en el lema del Estado Mundial, que no debemos olvidar: «Comunidad, Identidad, Estabilidad».

¿Cómo no ver ahí la representación del Estado soviético o ruso, que ha pretendido ser universal, como China comunista, transformada en la segunda potencia del mundo, ambos en alianza con otros países, incluso de América Latina? ¿Cómo no pensar en esto?

Juicio al capitalismo

No deja de ser paradójico que la degradación humana, generada por el colectivismo marxista, se presente también en el capitalismo y su modelo político, la democracia liberal, tal como la describe Huxley en su *Mundo Feliz* que es, en alto grado, el nuestro y tiende a serlo cada vez más.

Repasemos lo dicho antes sobre esa nueva era para comprobar cómo actualmente se está manifestando a plenitud, acompañada de un férreo materialismo —i semejante al marxista!—, donde los principios, valores e ideales de la pasada modernidad, que se remonta a la Ilustración y el racionalismo cartesiano, son eliminados por completo, según lo hizo «Nuestro Ford» —o sea, Nuestro Señor— en la novela.

Para empezar, la moral tradicional se ha perdido. La transmutación de todos los valores, proclamada por Nietzsche, está vigente; los individuos, en forma unánime, reclaman más y más derechos, dejando a un lado sus deberes, y la religión, al menos en Occidente, está mandada a recoger, mientras los filósofos de la ciencia y el lenguaje, como Wittgenstein, niegan el sentido y la validez de la metafísica, siendo la religión no el opio del pueblo, al decir de Marx, sino el porvenir de una ilusión,

según Freud, o la mejor literatura de ficción jamás concebida, según Borges.

Y «si Dios no existe —en palabras de Dostoievski—, todo está permitido». Ello salta a la vista: una ética sin moral, valga la expresión. Que se traduce en hedonismo, en el placer desatado, sin control, particularmente en materia sexual, dando al traste con la familia, el hogar, la monogamia y la maternidad, tal como Huxley lo advirtió, al tiempo que se ordenan el uso de anticonceptivos y, en caso de embarazo involuntario, los abortos inmediatos, urgentes.

Dicho hedonismo, con su culto al placer como propósito central en la vida individual y colectiva, se manifiesta, asimismo, en las actividades deportivas, el cine y la televisión, la música ensordecedora y los bailes frenéticos —que en las páginas del libro concluyen en orgías—, o, en definitiva, en esta «civilización del espectáculo» como la llamara el nobel Mario Vargas Llosa en una de sus obras más recientes y populares, donde cuestiona un fenómeno social del que él mismo fue víctima.

¡Llegó el *Mundo Feliz!*

Y qué decir de la eterna juventud, de cómo todos huimos de la vejez o la ocultamos, con salones de belleza repletos y cirugías plásticas a granel, cuerpos perfectos y mentes vacías, huecas, como si la cultura hubiese, de veras, desaparecido, y con ella los libros de literatura, la belleza del arte clásico, la música agradable al oído y los encuentros tranquilos, en silencio, con la naturaleza, según lo anticipó, con visión profética, el propio escritor inglés.

Nada de enfermedades, porque abundan las curas milagrosas ante los avances extraordinarios de la medicina. Nada de dolor, porque están a la mano cientos de medicamentos que lo curan en un abrir y cerrar de ojos, y nada de preocupaciones, porque para eso está el soma, la droga sanadora que se consume aquí y allá, en las más encumbradas esferas y en las más bajas, siguiendo la predestinación y el acondicionamiento de las distintas clases sociales o castas, quienes gritan al unísono «¡El soma es la salvación!» ante el Estado Mundial, globalizado, en que vivimos.

En el campo económico, donde el consumo se reconocía allá como el motor de la producción y fuente de la riqueza en la sociedad, aquí estamos en manos del consumismo, donde somos por lo que compramos, por las marcas que usamos, cuesten lo que cuesten. No importa, ni mucho menos, que carezcamos de dinero para pagar la comida o el arriendo. ¡La droga, el soma, nos ayuda a superar tales problemas!

Para rematar está el profundo sentido de utilidad, que es como nuestra esencia. Hay que ser útiles, en síntesis; con trabajos prácticos, como arreglar carros o clavar puntillas. Nada de soñar con la poesía, ni de reflexionar con la filosofía, ni de interesarse por la historia, por el futuro del mundo o por cómo la ciencia, a fin de cuentas, puede volverse contra el hombre.

¡No! ¡El Mundo Feliz ha llegado a esta sociedad posmoderna! ¡Alabado sea Ford, cuyo apellido identifica a los carros más elegantes y rápidos, próximos a cruzar por los aires con la velocidad del sonido!

Inteligencia artificial

Llegamos ahora, por fin, a la inteligencia artificial, de la que también Huxley fue visionario, igual que de la sociedad posmoderna e incluso mucho más que de esta, pues en su época, cuando el libro fue escrito y se publicó (1932), el avance de las nuevas tecnologías era incipiente, lejos de imaginarse que en tan poco tiempo tendrían el desarrollo espectacular de los últimos años, inconcebible para nuestros abuelos.

Pero, es aquí, entre los robots que se vienen tomando al planeta, donde más nos sorprende el espíritu visionario del gran escritor inglés. Es increíble, en verdad, que hace casi un siglo alguien anticipara, con precisión matemática, el mundo posindustrial en que nos encontramos, signado por la robótica, la internet, el universo digital, las redes sociales y su uso generalizado en la vida diaria, a cada momento, y en áreas especializadas como la medicina, la física y la química, entre otras disciplinas de las llamadas ciencias físicas o naturales y lógicas o formales.

Es como si tuviéramos, por fin, las llaves que abren las puertas, antes cerradas al conocimiento humano, de los misterios o enigmas que

explican la totalidad del cosmos, poniéndolo a nuestro servicio. Descubrimos, al parecer, la partícula de Dios que dio origen al universo y, en especial, a la materia, acorde con el materialismo reinante a lo largo y ancho del planeta, a diestra y siniestra, en Oriente y Occidente. ¡Alabado sea Ford!

El hombre, en consecuencia, reemplaza al Dios tradicional, como Prometeo en la mitología al robarse el fuego de los dioses, esta vez sin castigo; es el gran creador no solo de la materia, sino de la vida —tanto humana como vegetal y animal— a la que multiplica *ad infinitum*, en los laboratorios e industrias avanzadas, cuanto desee para elevar la productividad del trabajo, los alimentos y, claro, las mascotas que ahora, por fin, reemplazan a los niños de antes en los hogares.

Logramos, además, develar el código genético de cada individuo, de cada uno de nosotros, y en esa forma podemos manejar a nuestro antojo, en cada cuerpo, desde los genes que son el principio de la vida futura, por siempre, para tener, como en el Mundo Feliz de Huxley, seres perfectos que logran prolongar su existencia más allá de las enfermedades y el dolor, en un Estado Mundial que dejó la obsoleta y tonta democracia, sea popular o liberal. ¡Gracias a Ford!

Estamos, no hay duda, en el reino de la fertilización *in vitro*, descrito con pelos y señales por Huxley, quien también vislumbró la producción en serie de hombres y mujeres a partir de la clonación, mientras por doquier, en su extensa obra, saltan detalles increíbles del Nuevo Mundo, como los carros voladores y el cine sensible, con recursos técnicos maravillosos, entre otros muchos que nos dan, sí señores, placer, bienestar, paz, alegría y la siempre anhelada felicidad, al fin poseída.

Todo ello confirma que el Mundo Feliz de Huxley ha llegado, aunque sus habitantes no sean personas hechas en fábrica, sino máquinas, las cuales gozan de inteligencia artificial, dada por el hombre, al que superan con creces en su capacidad intelectual, su memoria, su imaginación y hasta su creatividad, pues los recientes modelos GPT pueden escribir como Shakespeare, pintar como Leonardo, esculpir como Miguel Ángel y escribir música de ángeles, como Bach. ¡Aleluya!

Conclusiones

Hemos llegado al término de nuestro recorrido por *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, la magistral novela que con el paso del tiempo, a lo largo de casi un siglo, se hizo realidad, siendo ya un espejo de la sociedad contemporánea, tanto por la inteligencia artificial, que ahora está en boga, como por el posmodernismo que la identifica. Es nuestro mundo, sin duda; el de hoy y del futuro, nada menos.

¿Qué decir, entonces, frente a esta realidad que se nos impone y tiende a ser, como tanto hemos dicho, cada vez mayor? En primer lugar, admitir su evidencia y su carácter ineludible, gústenos o no. Mal haríamos al cerrar los ojos ante ella y clavar la cabeza en la arena, como el avestruz ante el peligro. Que nadie los cierre. Todos, sin excepción, somos presas de ella, a la que hemos descrito, a vuelo de pájaro, en las páginas anteriores, a veces con un sentido crítico, fácil de percibir, como cuando pasamos por el marxismo y el capitalismo, sistemas puestos al banquillo por la pluma profundamente analítica, con la más fina ironía, de este visionario británico con dimensiones, por qué no, de profeta.

Sí, no podemos menos de ser como él: críticos de dicha realidad, más aún cuando son pocos, muy pocos, quienes lo hacen, seducidos por la magia de la tecnología, por el entretenimiento y la diversión que nos generan el cine y la televisión, por el tiempo dedicado a navegar en internet y las redes sociales, así como por los valores o antivalores que nos transmiten, sin interrupción, los medios de comunicación —con propaganda a granel que nos despierta las ansias de comprar, característica del consumismo—, los cuales nos informan, forman y deforman, alejándonos de la visión humanista que muchos hemos considerado la razón de ser de nuestras vidas, del sentido y la esencia de nuestra existencia.

¿Cómo no advertir, por ejemplo, los riesgos de esa nueva tecnología y de la sociedad posmoderna, que parece llevarnos a la deshumanización total, donde somos víctimas del hedonismo y el egoísmo rampante, solo nos importa el aquí y el ahora, sin recordar el pasado, la historia, y no nos preocupamos por el futuro, sin ningún propósito de trascendencia, sin democracia ni libertad, y a pesar de esto, de todo esto, sentirnos felices, realizados, por el lavado cerebral de la

publicidad comercial y estatal, que hace fácil someter las conciencias desde la infancia?

¿No estamos creando así las condiciones propicias para la esclavitud generalizada, sin que nos demos cuenta? ¿Y para desatar un conflicto nuclear, con proporciones globales, que nos lleve a una guerra como la de los nueve años en la novela, tras la cual la humanidad retorne a sus orígenes primitivos, salvajes, con arcos y flechas? ¿Y qué decir de la posible extinción de la vida en la tierra por el cambio climático, causado también por la codicia del hombre?

¿Cómo permanecer tranquilos e indiferentes ante la manipulación indebida de la ciencia, de nosotros mismos, y la prohibición de libros como la Biblia o de la religión y la moral, el arte y la buena música, la literatura y la poesía, o la cultura en su conjunto, en una sociedad donde el español, el polaco, el francés... son lenguas muertas, bajo el imperio de un idioma universal que, seguramente, sería el inglés? ¿Y que todo ello sea inútil, nada productivo, de ningún modo generador de riqueza, que es lo fundamental?

¿Cómo, en fin, no pegar el grito en el cielo ante el peligro inminente de que tal panorama sombrío, crítico, apocalíptico, sea obra de máquinas que ya empiezan a suplantarnos en el trabajo, en las escuelas y universidades, en el hogar y, digámoslo de una vez, en todas partes?

Sí. Ante esto se requiere, sobre todo, asumir la responsabilidad de los intelectuales, aquella que invocó Chomsky durante la guerra de Vietnam. He ahí el reto y el compromiso que nos tocó en suerte.

OPINIÓN Y DIVULGACIÓN: EL LÉXICO, LA ORTOGRAFÍA Y LA GRAMÁTICA DESDE LA «GAZAPERA»*

Por

María Alejandra Medina Cartagena**

Doctor Eduardo Durán, miembros de la Academia Colombiana de la Lengua, señoras y señores que nos acompañan presencial o virtualmente, buenos días. Aprecio esta invitación no solo por el honor que significa intervenir en este importante recinto, sino porque asimismo ha sido una oportunidad para reflexionar sobre el quehacer que semanalmente me ocupa.

Lo que me propongo a continuación es, en primer lugar, presentar el objetivo de la columna sobre léxico, ortografía y gramática llamada la «Gazapera», que se publica cada lunes en el diario *El Espectador*. Es una sección que surgió a finales de los años setenta del siglo pasado y que ha experimentado un proceso de transformación, poniendo en práctica diferentes estilos, pero siempre insistiendo en los consensos alcanzados en torno a nuestra lengua, con el fin de promover su adecuado uso. Es una tarea a la que actualmente me dedico con entusiasmo, pero, debo reconocerlo, a menudo bajo el apremio que caracteriza a una edición impresa.

De la misma manera, debo admitir lo incómodo que como periodista me resulta hablar de mí misma, como ahora, cuando se supone que nos entrenamos para todo lo contrario. Sin embargo, y lo explicaré, escribir dentro de lo que se enmarca como periodismo de opinión me ha permitido aligerar esas cargas y es, en últimas, lo que me tiene hoy aquí.

* Palabras pronunciadas el 2 de julio de 2024 en la Academia Colombiana de la Lengua.

** Periodista e historiadora de la Universidad del Rosario, editora de la sección «Internacional» del diario *El Espectador* y columnista de la «Gazapera» en el mismo medio.

En segundo lugar, me propongo plantear algunas reflexiones alrededor de varios asuntos, como la función de la divulgación a través del periodismo, de la resistencia que en ocasiones se encuentra en los lectores y del rol que en estos debates desempeñan dispositivos como los diccionarios.

Finalmente, me referiré a otros esfuerzos de divulgación y, brevemente, al potencial de los nuevos lenguajes digitales para continuar con esta labor.

Para poner las cosas en contexto, regreso a finales de 2020, cuando se me presentó la oportunidad de participar en el reconocido espacio de la «Gazapera», ese que don Roberto Cadavid Misas, más conocido como Argos, miembro de esta prestigiosa institución, convirtió en un símbolo del amor por la lengua española en nuestro país; la misma columna semanal que luego pasó a las manos de don Gabriel Escobar Gaviria, que firmaba bajo el seudónimo de Sófocles, quien, con juicio y dedicación, preservó el distinguido carácter de esta sección.

Corrían los meses más drásticos de la pandemia, cuando en mis ratos libres, a través de Instagram, empecé a publicar claves de ortografía. Era un conocimiento empírico que, desde la primaria, por iniciativa propia, había alimentado y que incluso me llevó varias veces a causar enojo en mis profesoras de español por controvertirlas con argumentos que sostengo hasta el día de hoy. Dejo claro, así, que mi aproximación ha sido principalmente no académica.

Grande fue mi sorpresa cuando, en vez de risitas condescendientes como las que con prevención esperaba por mi contenido «ñoño», empecé a recibir mensajes de agradecimiento por compartir con los demás información que consideraban clara y útil. Entre mis lectores estaba mi jefe, Fidel Cano, director del diario *El Espectador*, quien, ante la lamentable ausencia de don Gabriel por motivos de salud, me propuso llevar mi contenido a las páginas del periódico, primero de forma ocasional y luego definitiva.

Tremendo desafío el que acepté pese a que mis antecesores se aventaron con muchos más años de experiencia y, sobre todo, con más años de lectura que yo. Ambos eran ingenieros e igualmente apasionados

no solo por la ortografía, sino también por la historia. De hecho, desde las primeras publicaciones de la «Gazapera», Argos iba de cacería de errores ortográficos en las propias páginas de *El Espectador*, pero también de imprecisiones históricas, por ejemplo, en los crucigramas.

Traigo esto a colación no solo como una efeméride, sino porque me ha suscitado una serie de reflexiones sobre el periodismo y la historia, que comparten la vocación investigativa y divulgativa; sin olvidar el servicio mutuo que se prestan en su afortunada, inevitable y a veces conflictiva convivencia.

La historia y el estudio de la lengua tienen acaso más cosas en común. La primera que me salta a la vista es la idea equivocada que *a priori* se suele tener de estas disciplinas. Como estudiante de historia, no fueron pocas las veces que fui interpelada, con la intención de corcharme, para dar una fecha exacta sobre algún hecho histórico. Fue algo que nos advirtieron desde los primeros semestres: al decir que estudian historia pueden recibir preguntas como «¿y en qué siglo vas?». Así, queda todo reducido a un plano ejercicio de memoria o de aspiración esencialmente positivista para contar las cosas «tal y como fueron».

Nada más lejos de la realidad. Sobre el quehacer del historiador, el francés Marc Bloch, cofundador de la *École des Annales*, nos recuerda lo siguiente en uno de sus textos fundamentales:

Los hechos humanos son, por esencia, fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medición matemática. Para traducirlos bien, y por lo tanto para penetrar bien en ellos (porque ¿acaso es posible comprender perfectamente lo que no se sabe decir?), se necesita una gran finura de lenguaje [un color justo en el tono verbal]. Ahí donde resulta imposible calcular, se impone sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y la expresión de las realidades del espíritu humano, el contraste es, considerándolo bien, el mismo que entre la tarea del obrero que trabaja con una fresadora y la del laudero: ambos trabajan al milímetro, pero el primero usa instrumentos mecánicos de precisión y el segundo se guía, ante todo, por la sensibilidad de su oído y sus dedos (Bloch, 2001, p. 57).

Sobre lo anterior, no está de más anotar el lazo entre la historia y la lengua que Bloch nos presenta en este fragmento. No en vano, por

cierto, hay un amplio consenso respecto a que el desarrollo de sistemas de escritura marca un quiebre entre la prehistoria y lo que conocemos como historia.

Sin embargo, si la investigación como un campo de lleno de caminos por explorar estimula al estudiante de historia, la posibilidad de que no sea una actividad en solitario puede ser mucho más cautivadora. Me refiero a aproximaciones como la de la historia pública, que, parafraseando al historiador Robert Kelley (1978), busca sacar de las aulas el método histórico. Esto es: construir el conocimiento en comunidad e, igualmente, compartirlo con la comunidad. Todo, con el propósito de que los resultados de la investigación estén verdaderamente al servicio de la gente y no confinados en discusiones entre pares académicos.

Esto me lleva a referirme de nuevo a la importancia de la divulgación, en la que los periodistas también tenemos un rol no menor, y creo que la «Gazapera» ha cumplido con su parte de la tarea. Argos se hizo un nombre con su estilo característico, de humor mordaz, al señalar los desaguizados en la prensa. «El más relevante cazador colombiano de errores gramaticales», escribió el periodista y escritor Alexander Prieto Osorno (2004) en el «Rinconete» del Centro Virtual Cervantes. «Se caracterizó por promover el lenguaje y la cultura cotidianos, con formas coloquiales, sabor popular y antiacadémico y un gran sentido del humor» (Prieto Osorno, 2004). Allí mismo, este autor destacó la labor de don Gabriel como sucesor.

Sófocles, como don Gabriel era conocido, llegó a las páginas de *El Espectador* tras advertir faltas en el diario por medio de las cartas de los lectores (Redacción Cultura, 2024). Con una inteligencia y una agilidad admirables mantuvo viva esta columna y su misión.

Tras mi llegada, no pretendí imitarlos. El estilo que propuse era sencillamente pedagógico, con base en inquietudes frecuentes que leía o escuchaba acerca de nuestro léxico, la ortografía o la gramática. La «Gazapera», además, sigue cazando errores, pero no exclusivamente en la prensa, sino sobre todo en el habla común, con el objetivo de explicarlos y enmendarlos. Lleva, en adición, otro componente que le otorga sentido al hecho de formar parte de la sección «Opinión» del

periódico: tomar postura sobre las posibilidades que ofrece nuestra lengua, que es menos rígida de lo que muchos quisieran o esperarían.

No han sido pocas las veces que he recibido comentarios de los lectores reprochando que mi respuesta a una pregunta sea que varias opciones son válidas a la vez o que la nuestra es una lengua viva, al servicio de una gran diversidad de hablantes y en tiempos de profundas transformaciones por cuenta de las nuevas tecnologías, la crisis climática, la defensa de los derechos humanos, entre otros.

Uno de los principales referentes para estos reclamos es el diccionario, sobre todo el *Diccionario de la lengua española (DLE)*, repertorio de nuestra lengua por excelencia. Quisiera detenerme aquí precisamente para reflexionar sobre este como un dispositivo de autoridad—conferida indirecta, pero indiscutiblemente por los hablantes— que, al tiempo que refleja la riqueza del español, deja en evidencia sus propias limitaciones.

Anualmente, con base en el trabajo de instituciones como la que hoy me recibe, esta obra es actualizada para reflejar cambios en nuestro vocabulario. La labor, a su vez, toma como referente el contenido de los medios de comunicación, los entornos digitales, entre otros campos. Se trata de un proceso que informa sobre las transformaciones que como sociedad experimentamos, y el hecho de que sea una actualización por año también habla de lo rápido que una innovación o un replanteamiento puede suceder, a diferencia de, por ejemplo, los ajustes en la *Ortografía* o la *Gramática*. Con todo lo anterior en mente, la Real Academia Española (RAE), en la presentación de estas actualizaciones, reitera su labor como notaria de la lengua.

La más reciente renovación del *DLE*, la 23.7, fue presentada en noviembre de 2023, tres años antes de la esperada 24.^a edición, que marcará el tercer centenario del primer diccionario de la RAE, el conocido como *Diccionario de autoridades*¹ (Real Academia Española, 2023a). Si bien la publicación de finales del año pasado incorpora más de 4000

1 [N. del E.]: *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua.*

novedades relacionadas con nuevas palabras o acepciones², uno de los cambios más llamativos fue la introducción de sinónimos y antónimos en la obra: 260 188 y 20 091, en total, respectivamente (Real Academia Española, 2023b). Por supuesto, no todas las entradas fueron complementadas con este atributo.

Todo lo anterior puede ser un ejemplo concreto de lo que Juan Manuel García Platero, doctor en Filología, señala en su texto «El diccionario y sus limitaciones» (2017, p. 524), al referirse, en general, a este tipo de repertorios, cuyo papel educativo también subraya:

Pese a que no nos encontremos con unos criterios sistemáticos para la inclusión de piezas léxicas y a la dudosa representatividad variacional, el diccionario se convierte, conviene reiterarlo, en un elemento de prestigio, teniendo en cuenta, en todo momento, una indiscutible tendencia academicocentrista (García Platero, 2015b). Se trata de una obra por naturaleza incompleta (no puede ser de otra manera cuando se pretende catalogar unidades léxicas de una lengua viva), que atiende a criterios comerciales, por lo que hay que tomar decisiones condicionadas que van más allá de lo estrictamente lingüístico, en función del tipo de usuario al que va dirigido el producto (Quemada, 1987).

En esta publicación, el autor invita a

ser conscientes de que las condiciones de formato de los repertorios lexicográficos imposibilitan el reflejo del sistema, a no ser que se trate de una lengua muerta; por ello se habla de catálogos imperfectos. Pero lo señalado, lejos de entenderse como un defecto, ha de considerarse un reflejo de vitalidad (García Platero, 2017, p. 530).

Dado el carácter imperfecto e inacabado, García Platero exalta estos repertorios como una «manifestación puntual de actualizaciones de consenso», que la lexicografía se encarga de documentar. Habla, además, del «estado ocasional» de los diccionarios porque estos «nacen con fecha de caducidad, la que los propios hablantes, en función del devenir del tiempo, consideren oportuna» (García Platero, 2017, p. 531).

2 [N. del E.]: entre las novedades también se incluyen enmiendas.

Curiosamente, desconocer esa vitalidad y la función al servicio de los hablantes es lo que lleva a considerar erróneamente el contenido de los diccionarios como palabra irrefutable o escrita sobre piedra. Entre las funciones de la «Gazapera» ha estado, justamente, recordarles a los lectores que la lengua no pertenece a una autoridad, sino a sus hablantes.

Una de las principales obras de referencia en esta tarea ha sido una que es reconocida precisamente por su exhaustividad en la documentación del empleo cotidiano de la lengua: el comúnmente conocido como «Diccionario de María Moliner», oficialmente *Diccionario de uso del español*. En las fuentes recurrentes de consulta se encuentran, asimismo, otras obras de la Asociación de Academias de la Lengua Española, como el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario de americanismos*, recordatorio, por demás, de que la mayor comunidad de hispanohablantes se encuentra nada más y nada menos que en nuestro continente.

El desarrollo reciente de la «Gazapera», además, ha sido testigo de la creación o transformación de otros esfuerzos de divulgación. Por ejemplo, fue en 2020 que el patrocinio de la Fundación del Español Urgente (Fundéu) pasó a manos de la Real Academia Española, lo que en parte de la comunidad causó el temor de que la postura crítica y las opiniones disidentes que la fundación solía expresar dejaran de existir. Aunque esto puede haber sucedido en alguna medida, lo que ameritaría un estudio más profundo, la Fundéu y los recursos que ofrece siguen siendo de gran valor para resolver dudas, obtener recomendaciones pertinentes y coyunturales, entre otros servicios.

La propia RAE, por su parte, ha renovado su sitio web y sus recursos. Con una interfaz amigable, ha puesto a disposición las entradas de «Español al día» o el repositorio del «Observatorio de palabras». Este último no ha estado exento de confusiones o controversias, como cuando en 2020 incorporó el término *elle*. A la Academia, pero principalmente a los medios de comunicación les cabe una mayor responsabilidad para informar, con más claridad, los alcances de este tipo de publicaciones a fin de evitar noticias falsas como aquella que afirmaba que la RAE había admitido el lenguaje no binario, con todas las imprecisiones que decir eso implica. En línea con lo anterior, cada vez que se actualiza el

DLE, de forma vaga distintos medios titulan que la Academia «admitió» tal o cual palabra, despojando a la comunidad hablante de su potestad innata. Esto creo que puede abrir la cuestión sobre si hay fallas estructurales en la comunicación, enseñanza o socialización entre los hablantes de la misión que tienen instituciones como las academias de la lengua.

Asimismo, recae en este ecosistema la responsabilidad de invertir mayores esfuerzos de divulgación para que todas las útiles herramientas citadas sean conocidas, difundidas y aprovechadas.

Ahora bien, en América y Colombia son varios los esfuerzos divulgativos lejos de pretensiones académicas. Muchos de ellos han traspasado las fronteras gracias a internet, a través de Youtube, Instagram, X —antes Twitter— o TikTok. Podría mencionar labores como la de la asesora lingüística Paulina Chavira en México. La también periodista ha participado en proyectos destacados como la fundación de la edición en español de *The New York Times*. Sin embargo, su nombre tomó particular notoriedad con su campaña #117errores, que denunció ciento diecisiete errores en las guías de educación pública del país, así como con la iniciativa en Twitter #PonleAcento, que logró enmendar los errores de acentuación en las camisetas de la selección de fútbol de México en el marco de la Copa Mundial de Fútbol de 2018 (Archibold, 2018).

En Colombia, hay *youtubers* de gran éxito, como Mónica Higuera Rueda, más conocida como «la profe Mónica». El carisma, el conocimiento y la claridad de esta santandereana la han hecho acreedora de numerosos seguidores en redes sociales, invitaciones a distintos medios de comunicación e incluso una nominación al Premio India Catalina (Rodríguez Rey, 2024).

En televisión, es inevitable enaltecer la labor y recordación de productos como el *Profesor Súper O*, serie animada lanzada en 2006 (Jáuregui Sarmiento, 2021), y los segmentos de don Cleóbulo Sabogal Cárdenas³, quien ha sido un puente entre el conocimiento de esta Academia y el público general a través de pantallas como la de Caracol Televisión.

3 [N. del E.]: oficial de información y divulgación de la Academia Colombiana de la Lengua.

En la prensa escrita, además, no se podría dejar de resaltar el trabajo de instituciones como la integrante de esta Academia doña Lucila González de Chaves, en periódicos como *El Colombiano* y *El Mundo* de Medellín, o Fernando Ávila en el diario *El Tiempo*, sin olvidar sus prolíficas bibliografías.

Por su parte, en un intento por llegar a nuevas audiencias, la «Gazapera» ha trascendido a la comunicación a través de plataformas como X e Instagram, además de canales más tradicionales como el correo electrónico, fuente recurrente de consultas por resolver.

Esta columna de opinión ha buscado también mantenerse a la vanguardia sentando posición sobre asuntos contemporáneos como el impopular, pero necesario, debate del lenguaje no sexista, la adopción de neologismos y la comunicación en clave de redes sociales.

La «Gazapera» seguirá trabajando con el propósito de exaltar la riqueza y la capacidad de adaptación de nuestra lengua, al tiempo que insiste en la importancia de apelar a los consensos para privilegiar una clara, fluida y efectiva comunicación, lo que, creo, es el ideal.

De otro lado, considero que las instituciones académicas y los agentes divulgadores enfrentan enormes retos en la era digital, que ha propiciado la creación, adopción e intercambio de neologismos, extranjerismos y todo tipo de jergas a escala global. Admitiendo que esto es susceptible de permear nuestra lengua, el monitoreo de estas novedades es indispensable para mantener vigentes y hacer más accesibles los resultados de los esfuerzos pedagógicos.

De nuevo, muchas gracias por la invitación a participar de esta sesión. Para mí ha sido un enorme honor.

Referencias

- Archibold, R. (2018, 23 de junio). *México llegó al Mundial con una victoria para la ortografía (y para una editora del Times)*. The New York Times. <https://www.nytimes.com/es/2018/06/23/espanol/america-latina/mexico-mundial-ponle-acento.html>
- Bloch, M. (2001). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica.

- García Platero, J. M. (2017). El diccionario y sus limitaciones. En I. Sariego López, J. Gutiérrez Cuadrado y C. García Escribano (Eds.), *El diccionario de la encrucijada: de la sintaxis y la cultura al desafío digital*. Escuela Universitaria de Turismo Altamira.
- Jáuregui Sarmiento, D. (2021). *El profesor Súper O vuelve para defender el lenguaje*. Señal Colombia. <https://www.senalcolombia.tv/serie/profesor-super-o-era-tecnologia>
- Kelley, R. (1978). Public History: Its Origins, Nature, and Prospects. *The Public Historian*, 1(1), 16-28. <https://doi.org/10.2307/3377666>
- Prieto Osorno, A. (2004, 10 de diciembre). *Cazadores de gazapos. La gazapomanía colombiana (IV)*. Centro Virtual Cervantes. https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/diciembre_04/10122004_01.htm
- Real Academia Española (2023a, 28 de noviembre). *La RAE presenta las novedades del «Diccionario de la lengua española» en su actualización 23.6*. Real Academia Española. <https://www.rae.es/noticia/la-rae-presenta-las-novedades-del-diccionario-de-la-lengua-espanola-en-su-actualizacion-236>
- Real Academia Española (2023b, 28 noviembre). *Los sinónimos y antónimos se incorporan al «Diccionario de la lengua española» en su actualización 23.7*. Real Academia Española. <https://www.rae.es/noticia/los-sinonimos-y-antonimos-se-incorporan-al-diccionario-de-la-lengua-espanola-en-su>
- Redacción Cultura (2021, 23 de junio). *Adiós a Gabriel Escobar Gaviria, el hombre de la Gazapera*. El Espectador. <https://www.elespectador.com/el-magazin-cultural/adios-a-gabriel-escobar-gaviria-el-hombre-de-la-gzapera/>
- Rodríguez Rey, S. (2024, 21 de marzo). *La profe Mónica, la creadora de contenido que enseña ortografía y gramática, está nominada a los India Catalina*. Infobae Colombia. <https://www.infobae.com/colombia/2024/02/25/la-profesora-monica-y-su-gesta-por-la-ortografia-y-la-gramatica-en-redes-sociales/>

ARNOLDO PALACIOS, EL HÉROE DISCRETO DE LA LITERATURA COLOMBIANA*

Por
José Luis Díaz-Granados**

A mediados de 1926, mientras se escuchaba la algarabía feliz de los muchachos que retozaban alrededor de su casa natal en Cértegui, poblado que se localiza en la región Pacífica del Chocó, el niño Arnoldo de los Santos Palacios Mosquera, de apenas dos años de edad, único varón de Venancio y Magdalena, sintió que no podía moverse dentro del lecho en el que acababa de despertar. Tanto el padre como la madre le insistían en que se levantara y se dirigiera al comedor, y el niño, que, sofocado por el intenso calor de la estrecha alcoba, hubiera querido liberarse de ese incómodo e incomprensible estado físico, sentía que le era absolutamente imposible intentar el más mínimo movimiento corporal. La madre y las nanas que le acompañaban, en medio de la desesperación, comenzaron a evocar a todos los santos y santas de su devoción, mientras el padre salía a buscar a los más cercanos curanderos del pueblo. Uno de ellos recetó de inmediato masajes con bálsamos y menjurjes de la cintura para abajo, lo que resultó inútil, pero por lo menos encendió una luz de optimismo cuando se les dio la seguridad de que el niño no moriría.

Muchos años después, en la madurez de su existencia, en la casa de Normandía que le regaló el presidente de Francia, François Mitterrand, Arnoldo Palacios, junto a su esposa francesa Beatrice, antropóloga, traductora y estudiosa del tema de la negritud, y sus hijos Jean Luc, Pol, Eloísa, Matías y Leopoldo, evocaría las tinieblas de esos duros momentos, con los cuales escribiría el párrafo inicial de su portentoso libro *Buscando mi madredeíós*, que dice textualmente: «No sabría recordar el tiempo ni la impresión de haber caminado niño con mis propias

* Palabras pronunciadas el 5 de septiembre de 2024 en sesión virtual de la Academia Colombiana de la Lengua.

** Poeta, novelista y periodista colombiano.

piernas. En cambio, no se borrarían de mi memoria las horas en que me desperté en mi camastro sin poderme levantar».

Arnoldo Palacios nació en Cértégui el 20 de enero de 1924. A los quince años, con los mayores impedimentos y limitaciones corporales, se trasladó a Quibdó, capital del Chocó, luego de haber iniciado estudios elementales en la escuela pública de Cértégui y de Ibordó, y de haber descubierto una precoz adicción a la lectura de los grandes clásicos, cuyos libros llegaban al corazón de la selva a través de maestros y condiscípulos, que no vacilaban en prestárselos al joven e inquieto intelectual en ciernes. Así, en la plenitud de su adolescencia, Arnoldo leyó la *Ilíada* y la *Odisea*, *Don Quijote de la Mancha*, *Edipo Rey*, *Romeo y Julieta*, *María* de Jorge Isaacs y *Quo Vadis*, entre otros. Todo ello ocurría dentro de las incomodidades propias de quien se moviliza por todas partes a rastras, gateando, o con la ayuda de unas muletas rudimentarias.

A comienzos de la década de 1940, después de haber cursado la enseñanza primaria en el Colegio Carrasquilla de Quibdó, y en medio de toda clase de obstáculos y contrariedades, Arnoldo viaja a Buenaventura, donde toma un tren que lo conduce a la capital de la república y allí inicia, semanas después, su educación secundaria en el Externado Nacional Camilo Torres, con una beca concedida por el rector del establecimiento docente, el eminente educador y humanista José María Restrepo Millán. Allí fue compañero de aula de Jaime Posada Arias, futuro periodista estrella de *El Tiempo*, ministro de Educación Nacional y director de la Academia Colombiana de la Lengua. En la biblioteca escolar completa el ciclo inicial de su cultura literaria de manera autodidacta, con la cual se va desarrollando a plenitud su vocación literaria, especialmente en el arte de narrar novelas, cuentos y crónicas periodísticas. Es entonces cuando Arnoldo Palacios no duda en comenzar a escribir una novela donde recrea, entre recuerdos y vivencias, ciertos dramas personales, en especial el del hambre, las injusticias sociales, la explotación inhumana y los tratamientos discriminatorios por parte de los poderosos patronos del oro y del platino hacia los trabajadores de ascendencia africana y los indígenas de los pueblos originarios. El manuscrito de esa obra, titulada *Las estrellas son negras*, que el autor guardaba celosamente en la gaveta de la oficina de un amigo en la Avenida Jiménez de Quesada, desapareció entre las llamas que arrasa-

ron el centro de Bogotá el 9 de abril de 1948, cuando el caudillo popular Jorge Eliécer Gaitán cayó acribillado en la puerta de su oficina, víctima del odio partidista y sectario, por lo que sus millares de correligionarios salieron iracundos a las calles a vengar el magnicidio. Esa horrible noche, Arnoldo permaneció oculto en El Félix, tradicional restaurante bogotano que aún existe, frente al edificio de *El Espectador*, de donde salió al día siguiente en busca de refugio seguro, el cual encontró en casa del jurista Luis Carlos Pérez y su esposa, la notable poeta colombiana Matilde Espinosa.

Pocos días después, el poeta piedracielista Carlos Martín, quien se desempeñaba como secretario general del Ministerio de Educación, le ofreció al afligido narrador una oficina con escritorio, papel y máquina de escribir para que pudiera reconstruir su novela. De esa forma pudo Arnoldo Palacios culminar *Las estrellas son negras*, cuya primera edición la publicó un año después Clemente Airó, escritor republicano español refugiado en Colombia, en su famosa Editorial Iqueima, con prólogo del profesor José María Restrepo Millán e ilustración de la carátula del pintor Alipio Jaramillo. La novela tuvo un reconocimiento relativo: tanto el público lector como los críticos y comentaristas bibliográficos recibieron con discreto entusiasmo la obra primigenia del joven escritor del Chocó. Tuvieron que pasar largos años para que esta reveladora novela del Chocó profundo recibiera el justo reconocimiento de los lectores de su patria.

El nombre de Arnoldo Palacios era en ese entonces medianamente conocido en los círculos intelectuales de la capital, sobre todo por sus ensayos, crónicas, entrevistas y artículos de prensa, que se publicaban cada siete días en el semanario *Sábado*, dirigido por Plinio Mendoza Neira y Abelardo Forero Benavides, y en donde colaboraba la «crema y nata» del periodismo cultural colombiano con letrados de la talla de Armando Solano, Germán Arciniegas, Alberto Lleras Camargo, Juan Lozano y Lozano, Eduardo Caballero Calderón, Darío Samper, Anna Kipper, Elvira Mendoza, Luis Eduardo Nieto Caballero, Otto Morales Benítez, Marzia de Lusignan, Germán Pardo García y Fernando Guillén Martínez, entre otros.

En los años siguientes, el joven escritor de Cértegui colaboró con las *Noticias Culturales* del Instituto Caro y Cuervo, con textos escritos en

impecable prosa donde comentaba tanto obras de autores clásicos españoles como de figuras descollantes de la cultura y la política del Chocó —Adán Arriaga Andrade y Diego Luis Córdoba, entre otros—, y escribía también sobre los literatos y bohemios que se reunían en el Café La Fortaleza que después se convertiría en el legendario Café Automático, al que hicieron famoso poetas y pintores como León de Greiff, Rafael Maya, Jorge Zalamea, Luis Vidales, Arcadio Dulcey, Hernando Vega Escobar, Jaime Ibáñez, Jorge Gaitán Durán, Marco Ospina y jóvenes promesas literarias de Colombia, entre las cuales se destacaban Carlos Ramírez Argüelles, Marco Fidel Chaves —joven poeta de Cali precozmente prologado por Neruda—, Maruja Vieira, Emma Buenaventura y Lucy Tejada.

Este importante ciclo periodístico del escritor chocoano —junto con sus posteriores escritos del mismo género desarrollados desde Europa— fue investigado en profundidad y luego compilado por el escritor, librero y editor Álvaro Castillo Granada, quien en 2009, con la anuencia entusiasta del autor, lo publicó bajo el sello de Ediciones San Librario con el título de *Cuando yo empezaba*, volumen que, en 2022, el editor aumentó con más artículos y crónicas, y apareció en Isla de Libros con el título definitivo de *Cuando yo empezaba y otros textos recobrados*.

A comienzos de los años cincuenta del siglo xx, ya ampliamente conocido y reconocido en el mundillo cultural bogotano, Arnoldo Palacios dictó una conferencia sobre la cultura negra en Colombia, y el diario *El Liberal*, dirigido por Alberto Galindo, destacó el suceso acompañando la noticia con una foto del joven novelista en la primera página del periódico. El dirigente político del Chocó, Diego Luis Córdoba, quien se desempeñaba como senador de la república, hizo que se le otorgara un auxilio destinado a los estudiantes de su departamento, denominado Beca César Conto, creada en memoria de ese connotado poeta y educador radical, primo y amigo entrañable de Jorge Isaacs, el inmortal autor de *María*, la más importante novela romántica suramericana del siglo xix.

Y fue así como Arnoldo Palacios, a sus veintisiete años, partió para París, la metrópoli soñada por millares de poetas, escritores y artistas en todos los tiempos, y venciendo infinidad de dificultades físicas, especialmente por la debilidad muscular y la parálisis parcial en sus piernas,

comenzó a hacer uso de la subvención para estudiar Lenguas, recorriendo la Ciudad Luz y reconociendo en cada esquina y en cada monumento los prodigios, las leyendas y las marcas de la historia y la belleza de las artes, que le resultaban tan familiares a ese joven culto y sensible escritor de Colombia. Era una época controversial en el terreno ideológico, no solamente debida a los recientes estragos de la Segunda Guerra Mundial con las profundas heridas producidas por la ocupación alemana, sino porque se iniciaba el período histórico que se conoce como la Guerra Fría, fruto de la polarización geopolítica y de poderío cultural, deportivo, científico, armamentista y espacial entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, países vencedores del nazismo, al que se sumaron las guerras de independencia de las colonias francesas en Asia y África, y especialmente en Indochina —lo que después se conoció como Vietnam, Laos, Camboya y Tailandia—.

En 1950, Arnoldo Palacios, quien ya se desempeñaba como periodista junto con numerosos intelectuales de Asia, África y América Latina, fue invitado al Segundo Congreso Mundial de los Partidarios de la Paz, celebrado en Varsovia (Polonia), y allí pronunció un importante discurso donde hizo severas críticas al gobierno colombiano de entonces, presidido por el dirigente conservador Laureano Gómez. Conocido el suceso en Bogotá, el Parlamento le revocó la beca y dejó a la deriva por las calles de París al joven escritor chocono, quien pudo sobrevivir gracias a la ayuda de los estudiantes e intelectuales colombianos allí presentes, quienes después se conocerían como «La Generación del Estado de Sitio» y descollarían con amplitud en los ámbitos del arte, la cultura y la política. También se relacionó con artistas y escritores provenientes del continente africano y las Antillas, sobre todo con los activistas del denominado Movimiento de la Negritud, promovido por el gran poeta y futuro presidente de Senegal, Léopold Sédar Senghor, el poeta martiniqués Aimé Césaire y el poeta de la Guayana Francesa, nacido en Cayena, León Damas, alrededor de la librería —y revista— *Preséance Africaine*, un templo intelectual y legendario del África en el corazón de París. Allí, Arnoldo conoció a Franz Fanon, el autor de *Los condenados de la tierra*, uno de los libros más leídos en aquella época, prologado por el filósofo existencialista francés Jean-Paul Sartre.

Una mañana de aquellos días, me contaba el mismo Arnoldo, caminando casi a rastras por una calle de la orilla izquierda del Sena, un

automóvil se detuvo y quien lo conducía le entregó una tarjeta, al tiempo que le decía que fuera al día siguiente a la dirección allí indicada. Así lo hizo el joven chocoano. Era el consultorio de un reputado médico ortopedista, quien lo atendió con especial afecto y no dudó en operarlo pocos días después de la pierna derecha, que era la que más dificultad mostraba. Fue así, gracias a ese milagroso encuentro, que Arnoldo Palacios pudo caminar ayudado por sus muletas durante algunos años en la plenitud de su vida. En honor a ese cirujano de nombre Pol [sic], bautizó Arnoldo a uno de sus hijos.

Durante la década de 1950, Arnoldo viajó por varios países —la Unión Soviética, Polonia, Italia, Suiza, Alemania, Suecia, Inglaterra, Rumania, Checoslovaquia, Islandia y desde luego, Francia—; incluso vivió largas temporadas en el primero de ellos. Allí, en Moscú, publicó su segunda novela, *La selva y la lluvia*, impresa en la Editorial Progreso en 1958, y trabajó como redactor y comentarista de libros en revistas especializadas en literatura de América Latina. De nuevo, radicado en París, siguió escribiendo crónicas, reseñas y libros narrativos sobre su Chocó nativo, y conoció a muchos personajes famosos como el escritor estadounidense Richard Wright, cuya novela *Sangre negra* había leído en su adolescencia. Conoció a los jazzistas supremos, Duke Ellington y Louis Armstrong, más conocido como Satchmo, y alguna noche, según le contó al periodista colombiano Juan Leonel Giraldo, después de degustar en un restaurante de la Main Gauche los frijoles picantes de Louisiana con esos famosos músicos, fue convidado al estudio en el cual se filmaba la película *París Blues*, donde se maravilló ante la belleza y el carisma de ese símbolo deslumbrante, único y tormentoso llamado Brigitte Bardot.

A partir de la década de 1960, Arnoldo Palacios regresó con relativa frecuencia a Colombia. Para entonces, su nombre ya se había consolidado entre la pléyade brillante de los grandes escritores afrocolombianos herederos de Candelario Obeso, del celeberrimo «Negro» riohachero Luis A. Robles, el más brillante parlamentario del siglo XIX, de Manuel Saturio Valencia, Rogerio Velásquez, Jorge Artel, Manuel Mosquera Garcés, Daniel Valois Arce, Diego Luis Córdoba, Miguel Caicedo, Manuel Zapata Olivella, Helcías Martán Góngora, Natanael Díaz, Luz Colombia Zarkanshenko, Carlos Arturo Truque, Hugo Salazar Valdés y Marco Realpe Borja, entre otras y otros, y de todos aquellos poetas,

novelistas y cuentistas que enarbolaban en sus obras la bandera de la negritud, la negramenta, el negrerío y la negredumbre, con los innumerables ritmos secretos y las mil y una leyendas insondables de sus genios creadores, siempre inspirados en el espíritu esencial e imperecedero de los ancestros africanos.

A mediados de esos fulgurantes años sesenta del siglo XX, en compañía de varios escritores de mi generación —entre los cuales sobresalían Germán Espinosa, Policarpo Varón, Óscar Collazos, Fanny Buitrago, Luis Fayad y Roberto Burgos Cantor—, tuve el privilegio de conocer a Arnoldo Palacios, por invitación del maestro Manuel Zapata Olivella y su esposa catalana Rosa Bosch, en su apartamento del Barrio Santa Fe de Bogotá. Estos ojos de quien escribe vieron esa tarde al escritor de Cértegui bailar con diligente destreza corporal y sin dejar en ningún momento sus muletas, un tamborito panameño, armoniosamente acoplado con la destacada poeta colombiana de origen antillano Olga Elena Mattei de Arosemena.

Mi amistad con el autor de *Las estrellas son negras* se fue consolidando con los numerosos viajes que Arnoldo realizaba a Bogotá, y en cada encuentro se fue acentuando un inmenso afecto fraternal —admirativo y reverente de mi parte—, durante casi medio siglo, desde esa lejana fecha de marzo de 1966 hasta pocos días antes de su partida a la eternidad, en noviembre del año 2015.

Entre 1949 y 2010, *Las estrellas son negras* fue editada en español en seis ocasiones. Desde la publicación inicial, en Editorial Iqueima, en 1949, con muy pocas excepciones, entre las cuales destaco la emocionada bienvenida otorgada por el también novelista y agudo crítico literario Eduardo Zalamea Borda —el legendario Ulises, director de la página literaria del diario *El Espectador*, también «descubridor» del talento de un precoz estudiante magdalenense llamado Gabriel García Márquez en 1947—, la obra primigenia de Arnoldo Palacios fue poco asimilada por los comentaristas bibliográficos de entonces, y desde luego, incomprendida en toda su integridad narrativa.

Tuvieron que pasar veintidós años para que esta importante, pero invisible novela del escritor de Cértegui pudiera ver una segunda edición. Y fue la realizada en 1971 por la Editorial Revista Colombiana,

dentro de su Colección «Populibro», y luego de esperar un largo camino de casi tres décadas para que la crítica local y los lectores en las universidades y talleres de literatura consolidaran a cabalidad el estudio profundo y analítico de la obra magistral de Arnoldo Palacios, se conoció una tercera edición de esa novela de denuncia social, gracias al entonces recién fundado Ministerio de Cultura, que la publicó en 1998.

En 2007, Intermedio Editores lanzó la cuarta edición de *Las estrellas son negras*, con amplia promoción y divulgación a todo lo largo y ancho de la nación colombiana. Tres años después, el Ministerio de Cultura lanzó la Colección «Biblioteca de Literatura Afrocolombiana», en la que encontramos los lectores una quinta edición de la ya canónica novela, y en 2020, un lustro después del fallecimiento de su autor, Seix Barral dio a la luz la sexta edición en español de la novela estelar del hacedor chocono.

Arnoldo Palacios, este héroe discreto de la literatura colombiana, en cuya obra inicial hace una permanente denuncia política en contra del Estado colombiano,

sobrepone la dignidad literaria sobre la mezquindad política, allí donde el lenguaje prevalece sobre lo ideológico y donde el centro del universo es el Chocó, el departamento de Colombia donde los fantasmas son negros, la noche es más negra que la negritud y los negros son más oscuros que los blancos de la Colonia, los que depositaron esclavos en esa geografía donde futuros gobiernos no han hecho más que cerrar sus puertas para que nadie salga de su confinamiento (Álvaro Miranda).

Dice el notable escritor de Bahía Solano (Chocó), Óscar Collazos:

La tremenda denuncia social que hay detrás de su historia, el descubrimiento de un mundo de miserias inédito en la novela de la época, la aparición del mundo afrocolombiano visto por un escritor afrocolombiano que ofrecía este expediente autobiográfico a través de Irra, un personaje magníficamente estructurado, estas y muchas otras cualidades no bastaron para recuperar esta novela del olvido e introducirla en la academia y en el canon de la narrativa colombiana.

Remata el sesudo crítico literario y periodista Antonio Cruz Cárdenas:

Lo cierto es que medio siglo después, *Las estrellas son negras* está ahí, ahora, no solo como relato literario de gran valor, sino como testimonio de una raza, la negra, minoritaria y marginada, cuyos padecimientos de escasez, injusticia y desigualdad son comunes, también, a una gran parte de la población colombiana.

Otras obras notables del centenario novelista de Cértegui son la ya citada novela *La selva y la lluvia* —traducida al francés como *La forêt de la pluie*—, excelente reinención de la controvertida historia política de la Colombia comprendida entre 1930 y 1948, período en el que nuestro país, en medio de las más beligerantes adversidades, entra por fin en la modernidad; *El duende y la guitarra*, libro en el que Arnoldo Palacios revive para las nuevas generaciones afrocolombianas las más certeras y reveladoras leyendas chocoanas con su lenguaje envolvente, multicolor y seductor; los inéditos *Navidad de un niño negro*, *Chocó: amargo panorama*, *Cuentos de platino y oro*, *Recopilación de literatura oral del Chocó*, *Panorama de la literatura negra* y el publicado por el Ministerio de Cultura en 1989, *Buscando mi madrededíós* —término coloquial que significa, más o menos, buena fortuna o grano de oro—. A semejanza de su novela inicial, este último libro está dividido en cuatro grandes capítulos y contiene una ambiciosa crónica autobiográfica trazada desde la raíz de sus remotos ancestros en esa noble tierra con costas sobre el Caribe y el Pacífico, donde revela, con una prosa rigurosa y rebosante de belleza verbal, la búsqueda incesante de su razón de ser en este mundo. Solo a lo largo de tan sublime obra literaria sus lectores nos damos cuenta de que es en la obra misma, con su lenguaje hechizante y cautivador, donde la inalcanzable *madrededíós* se convierte en la realidad sublimada del propio Arnoldo Palacios y en el principio y fin de su prodigiosa, rigurosa y perdurable obra literaria.

DE TORO Y GISBERT, MIGUEL. *AMERICANISMOS*, LIBRERÍA PAUL OLLENDORF, 1912

Por

Carlos Manuel Varón Castañeda*

Obra pionera de la metalexicografía hispánica

En consonancia con la emergencia de voces autorizadas que sumaban excelentes trabajos lexicográficos a los esfuerzos de la Real Academia Española (RAE) por actualizar su *Diccionario de la lengua castellana*, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, otras personas letradas, sin pertenecer al grupo de numerarios de la corporación, contribuyeron con sus reflexiones metalexicográficas a la labor de esta. Al margen de los más insignes y famosos de estos personajes, dentro de los que descollaron figuras como R. J. Cuervo, hubo otros menos conocidos, pero no por ello menos relevantes para la formalización de la labor lexicográfica.

Entre estos últimos se encuentra don Miguel de Toro y Gisbert (Madrid, 1880-París, 1966). Heredero de la tradición lexicográfica de su padre, don Miguel de Toro y Gómez (Ossorio y Bernard, 1908, p. 450)¹, se radicó en la capital francesa, ciudad donde se doctoró en Letras (1927) y trabajó principalmente para la Editorial Larousse haciéndose cargo, entre otros trabajos destacables, de la primera adaptación a la lengua española de *Le Petit Larousse Illustré* (1908). Cabe destacar que padre e hijo trabaron amistad con Cuervo cuando este último se radicó en París, y De Toro y Gisbert tomó nota de las *Apuntaciones críticas del lenguaje bogotano* para componer varios de sus trabajos posteriores, incluido el que es objeto del presente escrito.

* Estudiante del Máster de Lexicografía Hispánica y Corrección Lingüística (RAE-Universidad del León) y becario MAEC-AECID-ASALE (2023-2024).

1 Ossorio y Bernard, M. (1908). *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Imprenta y Litografía de J. Palacios.

A la par con su labor para Larousse, De Toro y Gisbert fue un colaborador habitual de la RAE, de la que fue miembro correspondiente; y en esa línea aportó textos al *Boletín* de esta corporación, además de otras publicaciones periódicas —*Revue Hispanique* y *Bulletin Hispanique*—. Especial interés le merecieron las variantes dialectales del español de América, una de las cuales —la argentina— constituyó el objeto de estudio que dio lugar a su tesis doctoral (1927).

Son precisamente las voces americanas el tema central de *Americanismos* (1912). La hiperestructura de esta obra, cuyo carácter metalexigráfico se manifiesta tanto en sus prolegómenos como en su contenido capitular, consta del mencionado apartado introductorio, seguido por diez artículos en los que el autor examina hipótesis de la época sobre el español de América a través de comentarios de obras concretas; destaca la relevancia de esta variante respecto de su contraparte peninsular; y emite valoraciones sobre otros trabajos lexicográficos que versan sobre la realidad lingüística de algunos de los países americanos.

En la introducción de la obra, además de enunciar la estructura capitular, su autor toma postura respecto de la corriente que, en sus palabras, centra su atención en la impureza léxica del español de América y pretende «regenerarlo». Si bien De Toro y Gisbert no rechaza de plano esa concepción purista —posición más que esperable en función del pensamiento imperante de la época y de la concepción inicial de las academias americanas como corporaciones destinadas a promover el regreso a la «hispanidad»—, sí cuestiona sus motivaciones: llama a la unidad lingüística², critica la pobreza estilística de ciertos escritores de su tiempo —sin citarlos de forma directa— y cuestiona las calidades escriturales y científicas de obras escritas «para combatir la corrupción del idioma» (p. 2); pero también reconoce la riqueza léxica del español de América, destaca la necesidad de incluir americanismos en los diccionarios de lengua en lugar de censurarlos y, de modo particular, establece como necesario concentrarse, más que en rechazar la variación léxica americana, en hacer mayores esfuerzos pedagógicos por lograr que la sintaxis del español sea correctamente empleada en el plano de la escritura por todos sus hablantes, tanto españoles como americanos.

2 «Conviene [...] que se exprese con la misma voz una misma cosa en [...] España y América para que se entiendan prácticamente entre sí pueblos que teóricamente tienen la misma lengua».

En el primer capítulo, denominado «El idioma nacional de los argentinos», De Toro y Gisbert propone una fuerte crítica a la obra de igual título escrita por el médico y latinista Lucien Abeille —radicado en Argentina desde 1889—, muy polémica en su momento y hoy considerada un ejemplo de la fuerte carga ideológica nacionalista que acompañó a buena parte de las obras lexicográficas concebidas en América entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. De Toro y Gisbert, en tanto lexicógrafo mejor documentado que Abeille, ataca en el este capítulo justamente la falta de fundamentación filológica del segundo y la cuestión medular de su planteamiento: la hipótesis del «autonomismo» lingüístico que funda en Abeille la idea de un «idioma nacional»; esto es, la idea de que, por cuestiones de carácter léxico, morfológico y fonológico, el español usado en la Argentina ha sufrido una transformación tal que en poco tiempo se erigiría como una lengua completamente independiente. De Toro y Gisbert desestima este razonamiento al exponer que, lejos de constituir rasgos distintivos, estos fenómenos —algunos de los cuales califica de «grotescos», lo que no contribuye a sustentar sus críticas en los tiempos actuales— son visibles en otras variantes del español de América y aun en España. A partir de ejemplos de conversaciones, citas de las mismas fuentes de Abeille, de obras de origen español —para efectos de comparación y contraste— y obras filológicas anteriores, De Toro y Gisbert construye una argumentación que confuta de raíz la tesis del idioma nacional y propone, en cambio, una mirada que reconozca las diferencias sin considerarlas más que desviaciones propias del habla popular, lejanas de la norma culta y, por tanto, dignas de estudiarse, mas no necesariamente de adoptarse.

El segundo capítulo, «La lucha de las lenguas y el separatismo lingüístico», continúa con la propuesta esbozada en el capítulo precedente y añade datos de carácter histórico, demográfico y filológico —incluso tuerca a favor de Cuervo en una polémica que este sostuvo con Juan Valera a propósito de la evolución del español³— para sostener que la vitalidad de la que goza la lengua española hace inviable

3 Esta polémica ha sido objeto de interés para varios autores. En esta línea, recuentos y análisis de las circunstancias históricas e ideológicas que motivaron el desencuentro entre Valera y Cuervo pueden encontrarse en trabajos como Caparros, R. (1961). Una polémica. Cuervo-Valera. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 4(12), 2034–2036. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/6135

pensar en que pueda llegar a existir un «divorcio lingüístico» entre España y América; y que en esta línea, las actitudes de desconfianza y recelo —«el odio al hombre de España» (p. 48)— respecto de la herencia española en la realidad lingüística americana solo entorpecen la natural evolución de la lengua hacia una cuyos hablantes ostenten, ante todo, unidad.

Concluye la exposición de la tesis de la unidad en pro de la hispanidad el capítulo tercero, «El divorcio literario». En este apartado, más concentrado en asuntos bibliográficos y bibliométricos, se defiende la tesis de que buena parte de las dificultades comentadas en los capítulos precedentes deviene de la incapacidad y falta de visión comercial de las editoriales tanto españolas —por no distribuir masivamente sus productos en Hispanoamérica— como francesas —por editar traducciones españolas descuidadas de textos escritos en francés—; y que solo la unión fraternal entre unos y otros causará «un verdadero renacimiento intelectual entre España y América» (p. 62).

Hasta este punto, el autor ha centrado su atención solo tangencialmente en hechos lingüísticos verdaderamente analizables, enfocándose, en cambio, en asuntos que tocan más la esfera de lo político.

«La historia natural», quinto capítulo de la obra, se encarga de llevarla al terreno lexicográfico. De Toro y Gisbert observa en este apartado el hecho de que, en su opinión, el campo léxico de la fauna y la flora ha sido soslayado en los trabajos lexicográficos sobre americanismos. Al respecto, propone dos ideas para futuros diccionarios de voces americanas: 1) además de proporcionar definiciones detalladas de los nombres de animales y plantas, añadir a la microestructura su nombre científico latino para evitar ambigüedades por falsas sinonimias; 2) revisar los criterios de inclusión/exclusión de términos de fauna y flora en el *Diccionario de la lengua castellana* (RAE) y propender a que se incluyan en esta obra solo aquellos que sean compartidos por todas las variantes dialectales del español. La primera sugerencia parece acercarse más al terreno de los diccionarios enciclopédicos, dada la afinidad del autor con estos. La segunda sugerencia, en cambio, reviste mucho más interés para la elaboración de diccionarios de lengua por su carácter panhispánico: el hecho de que De Toro y Gisbert destaque la necesidad de privilegiar el uso general sobre las variantes particulares es una no-

ción de trabajo aún vigente en la composición de la macroestructura de los diccionarios generales.

El sexto capítulo, «Sinónimos», ofrece una revisión somera de ciertos vocablos del español peninsular que su autor considera «curiosos», acompañada por definiciones sinonímicas cuya veracidad se confirma a través de diccionarios regionales diferenciales y obras dialectológicas, tales como el *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas* (Pichardo, 1836), el *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones de lenguaje* (Uribe, 1887) y las ya nombradas *Apuntaciones críticas del lenguaje bogotano* (Cuervo, 1872). Sobre este repertorio de voces cabe anotar algunos detalles. Primero, si bien la macroestructura de este capítulo es semasiológica, el leuario no está organizado en orden alfabético estricto. La microestructura, por su parte, ostenta un orden más o menos estable: lema – sinónimos (destacados en *itálicas*) – fuentes entre paréntesis – anotaciones metalexigráficas (si las hay). Ahora bien, la forma de presentación de la información sí es altamente variable. El primer enunciado contiene solo el lema en *negrita*, mientras que no hay unidad cuando se inicia el segundo: en algunos de los artículos se presentan citas acompañadas de marcas diatópicas en *cursiva* y en otros simplemente se las incluye como parte de la definición p. ej. «*Méj. Duarte*» (p. 76) y «se llama en Méjico al *aura* (p. 77)», al tiempo que no hay unidad respecto del orden de los países; hay notas al pie que contienen referencias bibliográficas, pero no se establece por qué no se las cita en el cuerpo del texto como las demás p. ej. la nota 1 de la p. 77; y no se utilizan marcas gramaticales para distinguir, por ejemplo, los lemas que son verbos de los sustantivos. Las acotaciones metalexigráficas, por su parte, de extensión también variable, se centran especialmente en destacar casos de entradas que merecen ser objeto de revisión en el *Diccionario de la lengua castellana*.

Una colección de neologismos aparecidos en variantes dialectales del español americano ocupa las páginas del séptimo capítulo de la obra, titulado «Nuevas acepciones». De Toro y Gisbert separa las que considera neologismos de aquellas que componen casos de homonimia entre voces usadas en España y sus homógrafas/homófonas usadas en países americanos —cuya microestructura es la misma de «Sinónimos»—. A diferencia de lo visto en el capítulo sexto, la macroestructura del apartado de neologismos sigue el orden alfabético estricto y la microestructura,

más sencilla, ostenta muy pocas variaciones entre artículos: lema en negrita, seguido de punto – definición – fuentes entre paréntesis; cabe destacar que se enlista una sola forma compleja de tipo V. + Sust. como entrada independiente. Cierra el capítulo una reflexión breve respecto de la necesidad de que se incorporara en el *Diccionario de la lengua castellana* un número mayor de voces que, por efectos de cambios semánticos, han derivado en «indecencias», palabras soeces.

En el capítulo 8, «Purismo y americanismo», De Toro y Gisbert retoma el sentir crítico de los primeros compases de la obra, pero enfila esta vez sus baterías hacia la censura de voces propias del español de América en el *Diccionario de la lengua castellana*, siempre que se trate de palabras que, a su juicio, pertenezcan al habla culta y «hermoseen» la lengua. De nuevo, el autor destaca en este capítulo la importancia de la representación de las variantes dialectales en el *Diccionario* académico y refuerza la idea de que aquellas voces de uso restringido a ciertos grupos de hablantes deben permanecer excluidas mientras su uso no haya alcanzado los dominios del español peninsular —en sus palabras, «provincialismos»—. De nuevo, el orden de las entradas comentadas en el capítulo y su microestructura es altamente variable, pero abundan las notas críticas y, sobre todo, los llamados a la RAE a consolidar la ya mencionada unidad lingüística panhispánica a través de cuatro proyectos, dos de los cuales se han materializado en años posteriores: un diccionario histórico y uno de americanismos.

En «Andalucismos y otros provincialismos», antepenúltimo capítulo, De Toro y Gisbert presenta un leuario de voces usadas en el español de América que, a su entender, provienen del español de Andalucía, con lo que espera desvirtuar la idea de que son voces exclusivas del primero, y que la RAE debería prestar más atención a incluirlas en el *Diccionario de la lengua castellana*. De nuevo, el leuario está ordenado alfabéticamente, pero la microestructura es mucho más flexible y dada a la especulación en algunos casos, posiblemente por carecer el autor de datos que sustentaran sus afirmaciones p. ej. «no creo que tenga que ver con...», (p. 152). En la misma línea, no todos los artículos están soportados en fuentes concretas.

«Los diccionarios de americanismos», capítulo décimo de la obra, es completamente metalexigráfico. En él, De Toro y Gisbert celebra el

hecho de que se elaboren nuevos diccionarios dedicados al español de América, pero lamenta que estas obras no ostenten las cualidades que, a su juicio, deberían compartir todas las obras lexicográficas: 1) método científico; 2) objetividad —por censurarse en muchas de ellas voces de origen peninsular aduciendo que son exclusivamente americanas—; y 3) conocimientos de orden etimológico y filológico. A estos apuntes les sigue un conjunto de reseñas críticas de diccionarios que el autor ha «tenido ocasión de consultar», organizados en tres grupos: «diccionarios de vicios del lenguaje[,] diccionarios de voces de origen indio [y] diccionarios de americanismos propiamente dichos» (p. 172). De Toro y Gisbert emite juicios, algunos de ellos sustentados en ejemplos, sobre estas obras a la luz de las tres cualidades enunciadas anteriormente y de otras que se abordaron en capítulos precedentes. Así entonces, hay, entre lo más destacable, comentarios respecto de la ausencia de macroestructuras claramente definidas, del excesivo purismo en desmedro de la representación de la realidad lingüística de los países, y de la ausencia de voces del ámbito de la fauna y la flora en los lemmarios.

Se completa la obra con un colofón de metalexicografía que es, además, el más extenso de sus capítulos. Bajo el título «Cabos sueltos», De Toro y Gisbert aborda un elevado número de temáticas —separadas en subsecciones, rasgo exclusivo de este capítulo— que no tuvieron cabida en artículos precedentes, siempre examinadas al tenor de una posición que trata de conciliar el regreso al «hispanismo» con la rigurosidad que debería caracterizar cualquier trabajo lexicográfico. Comienza por una disquisición vigente todavía: destacar, a partir de una transcripción de datos de Cuervo y de reflexiones propias, los marinerismos como elementos fundantes del español de América e, incluso, de los usos regionales de términos de la marinería en colonias francófonas o anglófonas. A esto le siguen: un apartado de carácter onomástico en que se enlistan hipocorísticos de uso común en América; otra subsección en la que se examinan algunos vocablos «de género [gramatical dudoso]» en América (p. 236), con algunas anotaciones sustentadas en ejemplos de autoridades americanas —p. ej. Andrés Bello—; dos secciones más en las que, por un lado, se examinan datos etimológicos de un conjunto reducido de lemas incluidos en el *Diccionario de la lengua castellana* como americanismos, y por otro, se proponen enmiendas a artículos concretos de la decimotercera edición de esa obra; y un último apartado que contiene una reseña del *Diccionario argentino ilustrado*

con numerosos textos de Tobías Garzón —no incluida en el capítulo 10.º por haber llegado «a última hora» a manos de De Toro y Gisbert—, cuestionada por De Toro y Gisbert por seguir los postulados teóricos de Abeille, pese a reconocer la rigurosidad con que se elaboraron su macro y microestructura.

El trabajo de Miguel de Toro y Gisbert constituye un trabajo precursor. Al margen de su adhesión a la idea de «exaltación de la hispanidad», propia de buena parte de las naciones americanas en la segunda mitad del siglo XIX y perfectamente explicable si se examina la obra con los ojos de la época en que fue concebida y compuesta, llama la atención el hecho de que la idea de panhispanismo sigue vigente y, más aún, potenciada en los desarrollos actuales de la lexicografía hispánica. De igual modo, el interés del autor por exhortar a que se elaboraran diccionarios a partir de una *planta* rigurosamente concebida marca una diferencia interesante entre su posición y la de algunos de los autores a quienes cita, esto es, hombres de letras que llegaron a la lexicografía de forma intuitiva, mas carecían de formación específica en el ramo. Dicho de otro modo, esta obra de De Toro y Gisbert, aun reconociéndose sus limitaciones, constituye una muestra de la formalización de la disciplina lexicográfica y, de modo particular, de la metalexicografía; y en esa línea propone derroteros metodológicos que, guardadas las distancias, siguen vigentes hoy.

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *EN AGOSTO NOS VEMOS*, PENGUIN RANDOM HOUSE, 2024

Por
Pedro Antonio López Sierra*

En agosto nos vemos: una digna hija literaria de Gabriel García Márquez

La aparición de un hijo póstumo causa revuelo porque la gente se pregunta: ¿será este digno hijo de sus padres?, ¿se parecerá al padre?, ¿heredará sus cualidades, sus defectos?, ¿será como sus hermanos mayores?, ¿se le reconocerá su filiación con el padre? De manera análoga, la publicación de una novela póstuma, y hasta entonces inédita, de un autor, suscita preguntas semejantes. Y más cuando se trata de un grande de la literatura universal como lo es nuestro nobel de literatura Gabriel García Márquez.

Con motivo de la trigésima sexta versión de la Feria Internacional del Libro de Bogotá—Filbo—, celebrada entre finales de abril y comienzos de mayo de 2024, se presentó *En agosto nos vemos*, obra a la que se catalogó como «el acontecimiento literario de la década». Con sobradas razones: después de la desaparición de «Gabito» en 2014, siempre valdrá la pena regocijarse ante la aparición de una obra de su autoría.

El regocijo tiene que ver con el hecho de que nuestro nobel no dejó de trabajar hasta sus últimos años de vida. En la nota del editor se lee: «el 18 de marzo de 1999 los lectores de Gabriel García Márquez recibieron la feliz noticia de que el Nobel colombiano trabajaba en un nuevo libro compuesto por cinco relatos autónomos con una misma protagonista: Ana Magdalena Bach». Es decir, nunca dejó de escribir: sempiterna misión del creador.

* Profesor de la Universidad Libre.

Ahora bien, enhorabuena sus hijos, Rodrigo y Gonzalo, traicionaron la voluntad de su padre quien afirmaba: «Este libro no sirve. Hay que destruirlo». Ellos no lo destruyeron con la esperanza de ver qué pasaba. El tiempo se encargó de poner las cosas en su lugar. Como afirman en el prólogo: «leyéndolo una vez más a casi diez años de su muerte descubrimos que el texto tenía muchísimos y muy disfrutables méritos».

Estos méritos son los que nos permiten afirmar que *En agosto nos vemos* es una digna hija literaria de Gabriel García Márquez; y para justificarlo, enumeraremos algunas de sus características de fondo y de forma. De esta manera, esperamos lograr convencer a quienes tienen dudas al respecto.

Consideremos uno de los temas de la novela y que, posiblemente, es el principal en todas sus obras: la pasión como complemento y anverso del amor. En efecto, Ana Magdalena Bach, la protagonista de *En agosto nos vemos*, es una mujer de cuarenta y seis años, casada hace veintisiete años con Doménico Amarís y madre de dos hijos. Se trata de una mujer culta que ha estudiado una carrera de artes y letras, y quiere vivir el amor de una manera rebelde: explorando su deseo. Ese deseo surge en el momento en que cada 16 de agosto va a llevar un ramo de gladiolos a la tumba de su madre, Micaela, enterrada en una isla cercana a su lugar de habitación.

Ese viaje, que realiza sola cada aniversario de la muerte de su madre, le permite aventurar encuentros con hombres diferentes a su esposo. Estos amores furtivos: el del hombre que «vestía de lino blanco, con el cabello metálico»; el del «vampiro triste solicitado por las policías del Caribe como estafador y proxeneta de viudas sin sosiego, y probablemente asesino de dos de ellas»; y el que «tenía parsimonia de un rector magnífico, una voz pausada y mansa, y un talento asombroso para los improperios galantes», convierten a Ana Magdalena Bach en una heroína que asume su deseo y se empodera a partir de las decisiones que toma en cada viaje.

En este orden de ideas, vale la pena añadir que la protagonista «siguió leyendo lo que más le gustaba: novelas de amor de autores conocidos, y mejor cuanto más largas y desdichadas». Quizás sus encuentros de amores furtivos sean una antítesis de lo leído: son encuentros casuales,

rápidos y, prácticamente, sin ningún significado afectivo para ella. Los encuentros la hacen entender que el deseo y la pasión son remedos del amor. No hay amor en esos encuentros: solo epidermis.

Otro aspecto importante de *En agosto nos vemos*, propio de la narrativa garciamarquiana, son sus referencias al mundo de la música y de la literatura. Efectivamente, desde el punto de vista de la anécdota, de la historia o de la fábula que se cuenta —en términos del formalismo ruso—, a medida en que el lector asiste a los avatares de nuestra heroína, el narrador va desplegando referencias del mundo musical del que hacía gala García Márquez en varias de sus obras. Tampoco se deben olvidar sus diálogos con Julio Cortázar sobre Bela Bartok, músico al que se hace alusión.

Además de Bartok —en los encuentros furtivos de Ana Magdalena Bach— se va dejando constancia del mundo de la música clásica: Debussy, Chaikovski, Brahms, Chopin, Rajmaninov, Dvorak, Mozart, Schubert, Chausson. De igual modo, la música popular de Agustín Lara, Elena Burke, los Panchos y Celia Cruz, entre otros. Todos complementan el universo musical de la novela en cuestión.

Respecto a las alusiones al mundo literario, estas se convierten en una particularidad de la novela. En efecto, a partir del personaje central, los lectores van dándose cuenta de que *En agosto nos vemos* es un homenaje a la literatura. *Drácula* de Bram Stoker, *El día de los trífidos* de John Wyndham, *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. *Lazarillo de Tormes* atribuido a Diego Hurtado de Mendoza, *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway, *El extranjero* de Albert Camus, *Antología de la literatura fantástica* de Borges, Bioy Casares y Ocampo, *El diario del año de la peste* de Daniel Defoe, *El ministerio del miedo* de Graham Greene, entre otros títulos, recuerdan que García Márquez en sus novelas se convierte en un maestro que enseña todo el tiempo sobre el oficio de escribir y el oficio de leer.

Para concluir, recordemos un remoto artículo de García Márquez intitulado «Cómo se escribe una novela». En ese texto, nuestro Nobel reflexiona sobre el valor de la literatura y la capacidad de sindéresis del creador para juzgar la calidad de sus obras: sobre cuáles tienen mérito y cuáles no; sobre las que deben vivir y las que deben ser condenadas al

olvido, al fuego o al cesto de la basura. De manera análoga, sus hijos rescataron del eterno olvido *En agosto nos vemos* y traicionaron la voluntad del padre, tal como lo hizo el poeta Jorge Gaitán Durán al recuperar del cesto de la basura el «Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo». Enhorabuena al poeta y a Rodrigo y Gonzalo por restituir estas dignas líneas literarias de uno de los grandes escritores en lengua española del siglo XX.

CUESTIONES IDIOMÁTICAS

Por

Cleóbulo Sabogal Cárdenas*

Con la esperanza de

A esta expresión correcta se le cambia a veces la primera partícula: ⊗*en la esperanza de*. Esta variante es rechazada en la *Nueva gramática de la lengua española*: «[...] se considera incorrecto *tirarse en el suelo por tirarse al suelo*; en *la esperanza de por con la esperanza de*, así como *ayudar en por ayudar a* (*Me ayudó en llevarlo por Me ayudó a llevarlo*)»¹.

Así pues, se equivocó la profesora española Lola Pons Rodríguez cuando escribió: «[...] esta figura es también la representación del anhelo de quien encamina una oración en la esperanza de ser oído y la agradece materialmente [...]»².

Ejemplo práctico

Los autores de *Dilo bien y dilo claro* censuran este sintagma por redundante, pues «si no es práctico, no es un ejemplo»³. No obstante, aparece en el *Libro de estilo de la Justicia*⁴ y se halla en otras obras como el *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*⁵.

* Oficial de información y divulgación de la Academia Colombiana de la Lengua.

- 1 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2009, p. 2267.
- 2 Lola Pons Rodríguez. *Una lengua muy muy larga: más de cien historias curiosas sobre el español*. Barcelona: Arpa, 2017, p. 186.
- 3 Antonio Martín y Víctor J. Sanz. *Dilo bien y dilo claro: manual de comunicación profesional*. Barcelona: Larousse, 2017, p. 150.
- 4 Cfr. Real Academia Española y Consejo General del Poder Judicial. *Libro de estilo de la Justicia*. Barcelona: Espasa, 2017, p. 36.
- 5 Cfr. Francisco Marsá. *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*. Barcelona: Ariel, 1990, p. 292.

Asimismo, se usa la secuencia *ejemplo paradigmático*, que aparece en *Redes. Diccionario combinatorio del español contemporáneo* (2004) y en el *Diccionario combinatorio práctico del español contemporáneo* (2011). Sin embargo, esta constituye un «pleonismo por *ejemplo*, ya que *paradigma* significa 'ejemplo o ejemplar'»⁶ y por eso es rechazada en el *Compendio ilustrado y azaroso de todo lo que siempre quiso saber sobre la lengua castellana*⁷.

En vías de desarrollo

La locución *en vías de*⁸ significa «en curso, en trámite o en camino de. *Está en vías de solución*»⁹. No obstante, según la Fundéu, «en expresiones como *en vías de desarrollo* es redundante y basta con decir *en desarrollo*»¹⁰. Así y todo, el sintagma *países en vías de desarrollo* no solo está asentado en el uso «para aplicarlo a los países que son simplemente pobres o atrasados»¹¹, sino que la ortografía académica lo incluye al tratar la mayúscula en las áreas geopolíticas: «[...] se trate de expresiones genéricas en plural o de expresiones singulares con valor colectivo: *los países desarrollados, los países en vías de desarrollo, los países productores de petróleo, el primer mundo, el tercer mundo, la zona euro*»¹². Y lo mismo se encuentra en el mencionado *Libro de estilo de la Justicia*.

6 José Martínez de Sousa. *Diccionario de usos y dudas del español actual*. 4.a ed. Gijón: Trea, 2008, p. 281.

7 Cfr. Fundación del Español Urgente. *Compendio ilustrado y azaroso de todo lo que siempre quiso saber sobre la lengua castellana*. Barcelona: Debate, 2012, p. 122.

8 La *Nueva gramática de la lengua española*, el *Diccionario del estudiante* y el *Diccionario esencial de la lengua española* dicen que es locución preposicional, pero en el *Diccionario de la lengua española* aparece como locución adverbial.

9 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario de la lengua española*. 23.ª ed. Barcelona: Espasa, 2014, p. 2236.

10 Fundación del Español Urgente. *Manual de español urgente*. Barcelona: Debate, 2015, p. 168.

11 Francisco Marcos-Marín y Amando de Miguel. *Se habla español*. Madrid: Biblioteca Nueva/Fundación Rafael del Pino, 2009, p. 236.

12 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Ortografía de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2010, p. 476.

Al respecto, el periodista español Álex Grijelmo afirma: «Los *países subdesarrollados* (eufemismo en su día de “países pobres”) se convirtieron luego en *países del Tercer Mundo* o *tercermundistas*, hasta que eso se consideró un insulto. Así que pasaron a llamarse *países en vías de desarrollo*, locución que se empieza sustituir ahora por *países emergentes*»¹³.

¿Erre o ere?

La denominación *erre* aparece ya en el *Diccionario de autoridades*, primer lexicón de la Academia Española, publicado entre 1726 y 1739 en seis volúmenes, mientras que el nombre *ere* entró al lexicón académico en 1884. Ambos sustantivos continúan en la actual edición de esta obra (2014).

Pese a eso, la ortografía académica advierte: «La doble denominación de la *r* en función de su valor fonológico constituye, en realidad, una anomalía, ya que ninguna de las otras letras que representan también varios fonemas recibe por ello más de un nombre. En consecuencia, y para evitar las confusiones a que puede dar lugar la doble denominación, se recomienda desechar definitivamente el nombre *ere* para esta letra, que pasa a partir de ahora a llamarse únicamente *erre*. En perfecta coherencia con el nombre *erre* para la *r*, el dígrafo *rr* se denomina *erre doble* o *doble erre*»¹⁴.

Igualmente, el *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica* y el *Diccionario panhispánico de dudas*¹⁵ desaconsejan «el nombre *ere* para la *r*»¹⁶.

13 Álex Grijelmo. *Propuesta de acuerdo sobre el lenguaje inclusivo*. Madrid: Taurus, 2019, p. 74.

14 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Ortografía de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2010, pp. 71-72.

15 Cfr. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario panhispánico de dudas*. 2.ª ed. (versión provisional) [en línea]. Disponible en <https://www.rae.es/dpd/r>.

16 Cfr. Real Academia Española. *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica*. Barcelona: Espasa, 2018, p. 85.

Hacker y hackear

El anglicismo *hacker* entró a la 23.^a edición del *Diccionario de la lengua española* (2014) en letra cursiva por ser un xenismo, extranjerismo crudo o no adaptado y como sinónimo de **pirata informático**. Sin embargo, en la primera actualización en línea que tuvo esta obra, en diciembre de 2017, se le añadió una segunda acepción: «Persona experta en el manejo de computadoras, que se ocupa de la seguridad de los sistemas y de desarrollar técnicas de mejora»¹⁷. Pero en una revisión posterior se eliminaron los dos significados y se puso la forma castellanizada **jáquer** como remisión. Esta última contiene los dos sentidos, aunque el segundo fue modificado.

Por otro lado, en las últimas actualizaciones, se han incluido el verbo **hackear** —en letra redonda—, junto con la forma hispanizada **jaquear**, y el sustantivo **jaqueo**. Estas últimas dos grafías son las recomendadas¹⁸.

Por último, tengamos en cuenta que del anglicismo *to hack* no solo se han originado *hacker* y *hackear*, sino también otros voquibles usados en la jerga informática como *hack*, *hackeroso*, *hacking*, *hacktivismo* y *hacktivista*, según puede comprobarse en el *Gran diccionario de anglicismos*, de Félix Rodríguez González.

Membrear y membretear

El primero de estos verbos es el único que consta en el *Diccionario de la lengua española*, desde el año 2001, como sinónimo de *timbrar*, es decir, estampar un membrete. Asimismo, figura el participio adjetivo *membretado*, *da*. No obstante, en nuestro país el vocablo usual es el segundo, junto con su adjetivo *membreteado*, *da*.

Por eso, el verbo *membretear* figura en el *Lexicón de colombianismos* (1964, 1983), de Mario Alario di Filippo; en el *Nuevo diccionario de*

17 https://www.rae.es/sites/default/files/Novedades_DLE_2017.pdf.

18 Cfr. Real Academia Española. *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica*. Barcelona: Espasa, 2018, p. 402.

colombianismos (1993), del Instituto Caro y Cuervo; en el *Diccionario de americanismos* (2010), de la Asociación de Academias de la Lengua Española; y en el *Diccionario de colombianismos* (2018), del Instituto Caro y Cuervo.

Por otra parte, el adjetivo *membreteado, da* aparece en el *Diccionario de regionalismos de la lengua española* (1998), de Pablo Grosschmid y Cristina Echegoyen, y en el *Diccionario de uso del español* (2007, 2016), de María Moliner.

Así pues, los dos verbos son válidos, al igual que sus participios respectivos.

Miamense y sidneyano, na

Con el primer gentilicio, nombramos al natural de Miami, ciudad de los Estados Unidos. Aunque no aparece en el *Diccionario de la lengua española*, sí consta en otros lexicones académicos como el *Diccionario panhispánico de dudas* (2005) y el *Diccionario esencial de la lengua española* (2006). Asimismo, figura en el *Diccionario del español actual* (1999, 2011, 2023), de Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos; en el *Diccionario de uso del español* (2007, 2016), de María Moliner; y en el *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica* (2018), de la Real Academia Española.

Con el segundo adjetivo, nos referimos a los oriundos de Sídney, la ciudad australiana, según el maestro José Martínez de Sousa¹⁹, «la persona que más sabe de ortografía y de ortotipografía española»²⁰, a pesar de que el *Diccionario panhispánico de dudas* diga que «no existe gentilicio español para este topónimo»²¹.

19 Cfr. José Martínez de Sousa. *La palabra y su escritura*. Gijón: Trea, 2006, p. 194; *Diccionario de usos y dudas del español actual*. 4.ª ed. Gijón: Trea, 2008, p. 586.

20 Alberto Gómez Font. *Donde dice... debiera decir*. Gijón: Trea, 2006, p. 205.

21 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario panhispánico de dudas*. 2.ª ed. (versión provisional) [en línea]. Disponible en <https://www.rae.es/dpd/Sidney>

Muy mejor

De esta combinación, usual en periodos anteriores de nuestro idioma²², don Andrés Bello preceptuó lo siguiente:

[...] hablando de la salud se emplea corrientemente con el adjetivo *mejor* la forma abreviada: «la enferma está *muy mejor*»; «Se siente *tan mejor* que ha querido dejar la cama». Pero si *mejor* o *peor* hace el oficio de adverbio, es de toda necesidad la forma íntegra: «Los enfermos han pasado *mucho mejor* las primeras horas de la noche»²³.

Algo similar sostuvo el hermano Benildo Matías: «Se dice *muy mejor* cuando *mejor* es adjetivo: “La enferma está *muy mejor*”; y *mucho mejor*, cuando esta palabra es adverbio: “La enferma ha pasado *mucho mejor* la última noche”»²⁴.

Sin embargo, don Emilio Martínez Amador aclaró: «Aunque es regla que no se emplee la forma apocopada con ciertos comparativos como *mejor* y *peor*, sigue siendo usual construirlos con *muy*, como en los tiempos clásicos, en que era corriente decir *muy mejor* y *muy peor*»²⁵.

De ahí que el primero de nuestros lexicógrafos rechazara la secuencia *muy mejor* al hablar del vocablo *mucho*: «No hay apócope cuando le sigue *mayor, menor, mejor, peor, más, menos, antes, después* [...]»²⁶. Asimismo, sostiene: «*Mejor* puede ir precedido de adverbios cuantitativos como *algo, bastante, mucho*: *Son cuadros mucho mejores (no muy mejores)*»²⁷.

22 Cfr. Instituto Caro y Cuervo. *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Santafé de Bogotá: Imprenta Patriótica, 1993, t. VI, p. 694.

23 Andrés Bello. *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Caracas: Ministerio de Educación, 1972, nro. 1024.

24 Benildo Matías. *El castellano literario*. 8.^a ed. Bogotá: Stella, 1955, p. 93.

25 Emilio M. Martínez Amador. *Diccionario gramatical y de dudas del idioma*. Barcelona: Ramón Sopena, 1953, p. 890.

26 Manuel Seco. *Nuevo diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*. Barcelona: Espasa, 2011, p. 418.

27 *Ib.*, p. 116.

Igualmente, el lexicógrafo argentino Manuel Rafael Aragón reafirma lo dicho por Seco y expresa de manera tajante: «Evítese el uso de la construcción **más mejor*, que, aunque puede hallarse en los clásicos, se siente hoy decididamente vulgar: **era más mejor volver*; dígase simplemente *era mejor volver*. También es incorrecto **muy mejor, pero no: mucho mejor*»²⁸.

Por último, la censura de la construcción *muy mejor* aparece en obras académicas como la *Gramática descriptiva de la lengua española*²⁹, el *Diccionario panhispánico de dudas*³⁰ y el *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica*³¹.

28 Manuel Rafael Aragón. *Nuevo diccionario de dudas y problemas del idioma español*. 3.a ed. Buenos Aires: Losada, 2009, p. 722.

29 Cfr. Real Academia Española. *Gramática descriptiva de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 1999, vol. 1, p. 231.

30 Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. *Diccionario panhispánico de dudas*. 2.a ed. (versión provisional) [en línea]. Disponible en <https://www.rae.es/dpd/mucho>

31 Cfr. Real Academia Española. *Libro de estilo de la lengua española según la norma panhispánica*. Barcelona: Espasa, 2018, p. 422.

PUBLICACIONES

BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA (publicación semestral)

Residentes en Bogotá, anualidad	\$ 40.000
Residentes fuera de Bogotá, anualidad	\$ 43.000
Número suelto	\$ 30.000
En el exterior	USD \$ 120.00

OTROS LIBROS

<i>La apoteosis de la lengua castellana y las estatuas del paraninfo de la Academia</i>	\$ 20.000
<i>Breve diccionario de colombianismos</i>	\$ 40.000
<i>Historia de la Academia Colombiana de la Lengua</i>	\$ 20.000
<i>El lenguaje en Colombia</i>	\$ 55.000
<i>La locura de don Quijote</i>	\$ 20.000
<i>Nuevo elogio a Nebrija</i>	\$ 20.000
<i>Ortografía de la Real Academia Española 3.^a ed</i>	\$ 10.000
<i>El Quijote desde la Academia Colombiana de la Lengua ...</i>	\$ 50.000
<i>Selección de prosas académicas</i>	\$ 10.000
<i>Tratado de ortología y ortografía de J. M. Marroquín</i>	\$ 20.000

